

HOMENAJE A LOS NIÑOS ÍNDIGO



Más mensajes, anécdotas e impresiones sobre los niños índigo

LEE CARROLL & JANE TOBER

Libros Tauro

ÍNDICE:

Agradecimientos

Introducción

CAPÍTULO 1: Los niños sabios

Consejos sobre el amor

Qué es el amor

Una tarjeta especial

Zachary

De un niño de tres años

Los niños opinan sobre el matrimonio

El amor propio

El sobre

Impregnar el corazón

Sabiduría en el asiento trasero

La silla

Antes de llevarlo al médico

Dice que he hecho bien

Entrenando a Jombi

Un arreglo rápido en la cocina

Proverbios de los índigo

Lo que una madre ha aprendido de sus hijos

Refranes

Párvulo erudito

Mi amigo Johnny Joe

El niño automático

Niños que «simplemente saben cómo hacer las cosas»

Con energía solar, activado con la voz

¿Quién es este niño, después de todo?

No son como nosotros

21 futuros preciosos

CAPÍTULO 2: Los índigo espirituales

Un ángel llamado Robert

Captar los sentimientos auténticos

Los niños índigo

De una educadora sudafricana

Índigos del otro lado

El reconocimiento de una familia

«¡No están muertos!»

La historia de Katie

Zachary y Tyler

«Mamá, ella no va a morir»

«No se va a morir hoy, ¿Verdad, Oma?»

«¿Alguno de vosotros ve colores alrededor de los cuerpos»

«Abuela, ¿tú ves ángeles?»

«Mamá, Jesús nos salvará»

«Me siento como Jesús»

Recordando a Sai Baba

«¿No te acuerdas»

Subir a un nivel superior

Los consejos espirituales de una niña de tres años

«La mejor mamá que podía haber elegido»

¿Mantequilla en el té?

Mi viaje a través de la maternidad, criar a un sanador índigo

Te llevo a casa

Impresiones rabínicas

CAPÍTULO 3: Los índigo mayores

Los pre-índigo

La vida es un proceso

Aprender y evolucionar

Una nueva manera de entenderlo
«Estoy aquí como maestro»
«Soy una persona normal y aceptable»

CAPÍTULO 4: Nuestra segunda entrevista con Nancy Tappe

Otra sesión privada con Nancy Tappe

CAPÍTULO 5: El niño interior

«¿Por qué estás tan enfadada, mamá?»
Tu niño interior y tu niño índigo

CAPÍTULO 6: Sobre la relación con los hijos

Entrenamiento para padres. La paz comienza en casa: sabiduría y apoyo para padres de índigos
Las drogas, la muerte y la vida en el más allá.
Un legado duradero
Falta de atención e hiperactividad en venta
Unos juicios afirman que los fabricantes de fármacos y los psiquiatras inventaron el trastorno de falta de atención e hiperactividad para vender Ritalina

CAPÍTULO 7: A través de los ojos de un índigo

Para los autores de Los Niños Índigo
Mi vida a través de mis ojos índigo
Como mirarme en un espejo

CAPÍTULO 8: Lo que hemos aprendido

Los salvajes japoneses
Las madres que lloran por la noche

Epílogo

Notas

Acerca de los autores

NOTA DE CONTRATAPA

«A estas alturas, centenares de miles de lectores han disfrutado de nuestro primer libro, *Los niños índigo*, que no sólo ha despertado gran interés en todo el mundo por el profundo cambio de conciencia que manifiestan esos niños especiales, sino que además ha enseñado a padres, maestros y cuidadores a relacionarse con esos niños fascinantes. De modo que nos preguntamos qué podíamos hacer con las miles de cartas, anécdotas y observaciones que recibimos de padres, educadores y otras personas con respecto a sus experiencias con los índigo. La respuesta, evidentemente, fue escribir otro libro.

»*Homenaje a los niños índigo* es una recopilación de textos, artículos e impresiones personales sobre el fenómeno de los niños índigo. Aunque seguro que en el futuro vamos a escribir libros más académicos sobre los índigo, quisimos detenernos momentáneamente para rendir homenaje a estos niños, a su manera de pensar, de comportarse y a lo que aportan a nuestra vida.

»Con este libro no sólo pretendemos entretener sino también inspirar, enseñar y provocar un diálogo valioso. Los niños índigo forman parte de la transformación positiva del nuevo milenio y esperamos que el lector participe en este homenaje que les rendimos. »

- Lee Carroll y Jan Tober

JAN TOBER y LEE CARROLL hablan ante los miles de personas que asisten a sus seminarios en todo el mundo sobre la manera de dotar a los seres humanos de posibilidades y de poder. Lee ha escrito ocho libros de autoayuda en los últimos diez años, que han sido traducidos a muchos idiomas. Jan es autora de numerosos artículos, casetes de audio y discos compactos sobre temas de autoayuda. Ambos han sido invitados en tres ocasiones a presentar su mensaje de amor y esperanza ante las Naciones Unidas.

Es posible ponerse en contacto con ellos a través de su página web: www.indigochild.com.

AGRADECIMIENTOS

Algunas de las personas que hicieron posible este libro:
(por orden de aparición)

Nancy Coleman – William Linville – Kim Mander – Mallika Krishnamurthy – Steve Arnold – Cher Matthews – Allison Hurley – Connie Mann – Marie-Helene Dubois – Petra-Sara Neumayer – Dee – Gousei Robert Jacobs – Grace Col – Nancy Shea – Sharon Marshall – Jere Neal – Marcia Pack – Doris Crompton – Justine Turner – Jenny Marrs – Kerry-Lynne Findlay Chapman – Angela Graves – Anna – Bea Wragee – Mary Ann Gildroy – Rabino Wayne Dosick – Nan Sunshine – Umar Sharif – Jaye Powers – Barbara Brandt – Mike Meloy – Joyce Tutty – Kathryn Hutson – Brian Coleman – Joanne Wisor – Monique E. LeBlanc – Constance Snow – Gabby van Hereden – Renee Weddle – Anne Saunders – Susan Saunders – Jennifer Walsh – Robin Rowney – Sally Donovan – Bev Wells – Catherine – Barbra Dillenger – Nikki Dolan – Felicitas Baguley – Evelyn Beatty – Tracy Cisneros – Ivonne Zollikofer – Vanesa – Pamela Hollander – Nancy Tappe – Sharyl Jackson – Barbara Gilman – Shirley Michaels – Lisa Wallace – Katarina Friedrich – Patty Doe – Jacob Buttler – Betsie Poinsett – Karen Eck

A todos ellos ¡muchas gracias!

«Los niños son el mayor recurso sin explotar que tenemos»

EL DALAI LAMA

«Cada niño es una aventura hacia una vida mejor, una oportunidad de cambiar el patrón viejo y renovarlo»

HUBERT H. HUMPHREY

«Si vamos a obtener ayuda y salvación, sólo pueden proceder de los niños, puesto que de ellos salen los hombres»

María MONTESSORI, educadora italiana.

INTRODUCCIÓN

Este es el segundo libro que publicamos sobre los niños índigo, pero en realidad no es una continuación del anterior. En otras palabras, vamos a introducir algunos cambios y vamos a presentar la información que nos brindan los padres, además de algunos conocimientos más profundos que nos proporcionan los educadores y los profesionales. Mientras que el primer libro era una explicación y una revelación sobre el tema de los índigo, éste es menos académico y más divertido, con lo cual queremos decirle al lector que se prepare para encontrar más sentido del humor.

Jan y yo quisiéramos creer que todo aquel que abra este libro ya habrá leído el primero, titulado *Los niños índigo*, cuya edición castellana fue publicada en 2001 por Ediciones Obelisco.

Pero no podemos darlo por hecho, de modo que, por si el lector empieza a leer y se pregunta: «¿Qué es un niño índigo?», vamos a hacer una breve síntesis del mensaje del primer libro sobre los niños índigo, que tuvo tanto éxito de ventas.

* * *

Un repaso: Jan y yo damos conferencias y escribimos libros de autoayuda. A los asesores que dedicamos mucho tiempo a tratar con personas y a hablar de los atributos humanos, se nos suelen presentar patrones de comportamiento que no resultan obvios, por fuerza, para los que no tienen un «panorama general».

Como decíamos en el libro anterior, empezamos a oír hablar cada vez más de un nuevo tipo de niños o, por lo menos, de un tipo de problema nuevo para los padres. Las dificultades eran de una extraña índole, en el sentido de que representaban un intercambio inesperado y, aparentemente, atípico entre adulto y niño, con respecto a lo que había experimentado nuestra generación, o incluso la anterior.

Numerosos padres estaban perplejos y fuera de sus casillas. Distintas personas que trabajaban en guarderías infantiles de todo el país, algunas de las cuales llevaban más de treinta años en esa profesión, también nos contaban el mismo tipo de anécdotas: que la situación había cambiado en cierto modo con esos niños.

Caímos en la cuenta de que el fenómeno no se limitaba sólo a los niños estadounidenses, puesto que en nuestros viajes por todo el mundo habíamos hablado con muchos padres que se encontraban con el mismo problema. Hasta la cultura asiática, que aparentemente en el pasado producía niños que crecían en el honor y

el respeto hacia sus padres, a través de su formación cultural, comenzaba a manifestar las mismas anomalías en su comportamiento (véase el capítulo 8).

De modo que escribimos *Los niños índigo*, para lo cual recibimos muchísima ayuda de reconocidos escritores, académicos, personas que trabajan en guarderías, doctores, médicos y todos aquellos que se dedican a trabajar con niños todos los días.

Nos aventuramos a ofrecer la mejor información que pudimos conseguir sobre lo que observamos acerca de un tema que sabíamos que podía ser polémico. Después de todo, ¿quiénes éramos nosotros para dar a la sociedad un golpecito en el hombro y decirle: «Perdón, pero nos parece que la humanidad está evolucionando y la prueba son los niños»?

Pues sí, acertamos: el tema resultó polémico y recibimos cartas insultantes y una plétora de agradecimientos por salvar la vida de los niños, todo mezclado en el mismo saco. ¿Qué hace uno con eso? La respuesta es sencilla: ¡se tiran las que a uno no le gustan y sólo se publican las agradables en la página web! Hablando en serio, el factor que más confianza nos dio fue la gran aceptación que tuvo el libro, que se distribuyó en todo el mundo en cuestión de meses, fue traducido a muchas lenguas y vendió más que todos los demás libros que habíamos escrito hasta entonces. Nosotros lo interpretamos como una prueba de que realmente interesaba lo que decíamos. O eso, o se usaban las páginas del libro para forrar miles de jaulas de pajarillos.

Los niños índigo se empezó a vender en las librerías de todo el país, que entonces se dieron cuenta de que tenían un dilema de marketing (positivo, por cierto), porque no sabían en qué sección poner el libro. Lo encontramos en las estanterías de Barnes & Noble en la sección de «Educación de los hijos» y también en «*New Age*». Nos dijeron que en algunas librerías lo ponían en la sección infantil. Nos pareció extraño, porque lo habíamos escrito pensando en los adultos, no en los niños. Después nos enteramos de que algunos niños hacían que sus padres compraran el libro y se lo leyeran. De alguna manera se sentían atraídos hacia el tema con sólo conocer el título (ya se nos empiezan a ocurrir cosas raras).

También encontramos el libro en Costeo, un almacén mayorista que vende artículos de papel y bebidas a granel; seguro que el lector conoce alguno de ese tipo. En otros estados de Estados Unidos, hay una cadena que se llama Sam's. No sabíamos si tomarlo como un cumplido para el libro o no, pero ahora estamos seguros de que fue positivo. En la ciudad donde vivimos, San Diego, los libros sobre los niños índigo están justo al lado de las cajas que contienen cuarenta kilos de sujetapapeles. Los que van a la tienda encuentran nuestro libro cuando pasan para comprar el papel higiénico por toneladas.

Al final creamos una página web: **www.indigochild.com**, que recibió miles de visitas antes de que se cumplieran ocho meses de la publicación del libro. Muchos profesionales llevan el libro a su consulta y algunos recomiendan su lectura como parte del tratamiento. También nos han contado que los directores de varias escuelas han comprado el libro por cajas y han puesto un ejemplar encima del escritorio de cada uno de los docentes del centro.

De hecho, el libro suscitó una respuesta increíble en el último año y Jan y yo estuvimos concediendo entrevistas sobre el tema desde los controladísimos estudios de Radio Singapore (en Singapur) hasta el programa de radio «Dreamland», en el que «todo vale», que se emite en Estados Unidos, de costa a costa, que antes presentaba Art Bell y ahora presenta Whitley Streiber. (Ya hemos estado dos veces en este programa.) ¿Adónde vamos a ir a parar?

Nos han acusado de ser parciales en nuestras creencias espirituales (nuestra metafísica) y de promover un culto a la infancia (hubo algunas cartas muy airadas). Respondimos que no podíamos limitarnos a dejar a Dios de lado. A los que buscaran un estudio empírico que utilizara a los niños como conejillos de indias nuestra investigación los desilusionaría, porque tenía que ver con la vida y con situaciones profundas que se desarrollaban en todo el país y en todo el mundo. Resulta que nuestra posición espiritual sobre el tema coincidió con la de otros libros que tratan el mismo fenómeno (de los que hablaremos más adelante).

No estamos defendiendo ninguna iglesia ni religión, sino que hablamos de los aspectos espirituales de ciertos comportamientos índigo. Resulta que muchos de estos niños se interesan a menudo por la religión y por su propia espiritualidad. Ellos eligen su propia iglesia, evidentemente. De modo que si el niño decide hablar de Dios, nosotros lo comentamos con el lector. ¡Muchos niños ven ángeles! Para algunos padres eso es un problema y quieren llamar a los cazafantasmas, o salen corriendo a buscar a un exorcista (¡de verdad!); queremos garantizar al lector que los niños están bien. En realidad, pensamos que están mucho mejor que bien.

Si el lector quiere reír un rato, le recomendamos que vaya a **www.amazon.com** y lea las reseñas: ponen el libro por las nubes o por los suelos. Los que lo desprecian no han entendido lo que queríamos señalar. A algunos no les sirvió para nada; a otros, muchísimo. Incluso hubo quienes llegaron a la conclusión de que proponíamos que esos nuevos niños que vivían en la Tierra eran extraterrestres. Por supuesto que no era así, pero lo que sí decíamos era que nos parecía que se trataba de un tipo nuevo de evolución de la humanidad. Dejando de lado la diversidad de críticas, al cabo de dos años *Los niños índigo* todavía suele figurar entre los seiscientos libros más vendidos de la lista de Amazon.

Y un dato importante: el tema de los índigo no nos pertenece en exclusiva. Nos limitamos a presentarlo y a exponer lo que conocíamos y lo que veíamos. También sabíamos que iría apareciendo más información a medida que se fuera reconociendo el fenómeno, aunque desconocíamos lo que tardaría. Cuando publicamos *Los niños índigo*, aparecieron otros dos libros sobre el mismo tema que

seguían la corriente dominante: *Children of the New Millennium: Children's Near-Death Experiences and the Evolution of Humankind*, de P. M. H. Atwater² y *Old Souls: The Scientific Evidence for Past Lives*, de Tom Shroder³. Los dos trataban de los niños índigo, sólo que los llamaban de otra manera. ¿Habrán recibido también airadas cartas religiosas? ¿La gente habrá pensado que los niños que aparecían en sus libros procedían del espacio exterior?

Sin embargo, seguimos todavía en lo alto de la pila de las tiendas mayoristas y nunca vemos los demás libros cerca del nuestro, cuando vamos a comprar kilos de servilletas o esos frascos inmensos de mantequilla de cacahuete que duran cinco años. No está mal.

El propósito del libro

Como ya hemos dicho, en realidad este libro no es una continuación del anterior. Hay muchos escritores buenos por ahí que están retomando el tema y ofrecen información sobre la manera de educar a los niños índigo. Nuestra intención, en este caso, es dejar un poco de lado el aspecto académico y convertir el libro en un homenaje a la experiencia de los índigo. Queremos algo fácil de leer, una bocanada de aire fresco, risa, diversión y algunas lágrimas. También queremos tocar un par de temas en los que no entramos en el primer libro, como el de aquellos que suponen que han sido niños índigo pero que son demasiado mayores y no encajan en los parámetros que establecimos. Además, vamos a presentar información contundente (y en parte muy seria) sobre niños que han matado a otros niños, la manera de ayudar a nuestros adolescentes y la importancia de que los adultos trabajen con el niño que llevan dentro. Pero queremos advertir al lector que también le va a resultar divertido.

Muchos padres nos han escrito contándonos anécdotas de sus índigo: alentadoras, esclarecedoras, tristes incluso. Pero todas ellas se referían a la vida con los índigo: unos niños excepcionales que crecen en la Tierra, que son inteligentes, tienen sentido común y no reaccionan en absoluto como los niños de las generaciones anteriores. De modo que este trabajo tiene por objeto entretener, además de brindar cierto estímulo intelectual y educativo. Queremos que este libro proporcione al lector la oportunidad de conocer experiencias reales y también que se divierta con las cosas que los niños han dicho y hecho y que nos han contado sus padres.

De modo que, según convenga, hemos de quitarnos el birrete y ponernos un sombrero de papel. Un homenaje tiene que ser alegre y el lector está autorizado a reír a carcajadas, a llorar, a dar un respingo, a chillar y a exclamar: «¡Eh! ¡Si mi hijo hace lo mismo!» Entonces, quien no haya leído el primer libro, puede leerlo para averiguar de qué trata. Que aproveche para ir al almacén mayorista a comprar una tonelada de toallitas de papel, que están en el mismo pasillo, un poco más allá de la pila de libros sobre los índigo, justo al lado de las cajas que contienen la ración de salvado con pasas para un año.

Organización

Pasemos al tema de la organización. Nos gustaría gritarlo: «¡No la hay!» El que habla es el niño que llevamos dentro, al que le gustaría que no hubiera capítulos, ni notas, ni ninguna lata de esas (en el capítulo cinco aparecen más referencias al niño interior). Pero hemos tenido que ponerlos. No muchos, por eso.

La primera parte del libro consiste en una serie de anécdotas que nos han enviado los adultos y algunos niños. Algunas son muy breves; otras no tanto. Las vamos a intercalar con algunas frases de los niños e incluso con alguna poesía.

Como ya hemos dicho, hay un breve capítulo que rinde homenaje a los índigo de más edad y también (igual que en el libro anterior) algunas cartas de los propios índigo. Asimismo, hemos incluido una segunda entrevista con Nancy Tappe, nuestra experta en «color», así como las sabias palabras de muchos colaboradores más. Hemos dedicado un capítulo a la búsqueda del niño interior, que nos parece decisivo para ser buenos padres y, por último, un resumen de lo que hemos aprendido de los educadores, los padres, las noticias y la sociedad en general sobre la educación de los índigo.

Los colaboradores

En lo que respecta a los colaboradores, cada vez que presentemos una historia, procuraremos mencionar el nombre del adulto (o el niño, en algunos casos) que nos la ha hecho llegar. Algunos adultos no quisieron que se diera a conocer su nombre verdadero, porque no querían que sus hijos se avergonzaran cuando crecieran y leyeran este libro. Algunos niños que nos escribieron no quisieron que figurara el nombre verdadero de sus padres, lo cual nos revela la naturaleza de algunas relaciones. Hemos respetado sus deseos. Si algún lector encuentra aquí su historia (la que nos contó por carta hace mucho tiempo) y se ha cambiado de casa, o ha cambiado de dirección de correo electrónico desde entonces, por ese motivo no aparece aquí su nombre completo, ya que, en esos casos, sólo hemos mencionado el nombre de pila.

Internet: el nuevo dilema editorial

También hemos encontrado un dilema que, en cierto modo, nos ha resultado una novedad: cómo dar crédito a fuentes desconocidas, cuyas palabras encontrábamos en internet. En el campo editorial, se supone que uno dispone de fuentes de información, o que cita la procedencia de algo que no ha escrito uno mismo. En el caso de los niños o los padres que escribían de forma anónima en la página web, no sabíamos muy bien qué hacer. Nos preguntamos si teníamos que dejar de lado, sencillamente, un material excelente (y a veces muy divertido) o si lo podíamos publicar. Había que resolver una cuestión de integridad.

Hemos decidido lo siguiente: en este libro hemos publicado las joyas que encontramos en internet y, debajo del título, hemos indicado que el autor era anónimo y que la fuente era internet.

Si el lector encuentra en este libro algo que le parece que ha escrito él, o cuya procedencia conoce, le rogamos que se ponga en contacto con nosotros de inmediato, en www.indigochild.com. Podemos introducir en este libro todas las modificaciones necesarias cuando se publique una nueva edición y estamos dispuestos a incluir los créditos que nos soliciten, en la medida en que corresponda. Basta con que nos escriba y nos brinde alguna información sobre los derechos de propiedad intelectual, o alguna prueba de su autoría, para que incluyamos el nombre correcto en la cita mencionada. Además, publicaremos las correcciones en nuestra página web de forma que se hagan públicas de inmediato. En realidad, existen precedentes de esto en otros libros muy populares y hemos decidido hacer lo mismo.

* * *

¡Esperamos que este libro proporcione al lector conocimientos y perspicacia, que le haga reír y le brinde esperanza sobre el futuro de nuestro planeta!

1

LOS NIÑOS SABIOS

«¿En qué se diferencia un niño índigo de Bart Simpson [de la conocida serie de televisión *Los Simpson*]?» le preguntaron a Jan en una entrevista, el año pasado, poco después de que se publicara el primer libro sobre los índigo. ¿Cuál es la respuesta? Que los dos pretenden algo, pero sus objetivos son muy diferentes. Los bravucones (como Bart Simpson) quieren llamar la atención e insisten, una y otra vez, para conseguirla y, cuando consiguen lo que quieren, insisten un poco más, para averiguar dónde está el límite.

Lo que pretenden los niños índigo es insistir hasta que los comprenden o, por lo menos, hasta que los tienen en cuenta; después se detienen.

Resulta increíble observar la sabiduría de los índigo. Tienen perfectamente resueltas algunas cuestiones vitales muy profundas y están dispuestos a compartirlas con quien quiera escucharlos. Hasta los que no hacen las cosas demasiado bien demuestran unos procesos mentales muy inteligentes. Quisiéramos comenzar este homenaje con algunas frases sobre el amor y las relaciones (unos temas que nos interesan a muchos), dichas por niños:

CONSEJOS SOBRE EL AMOR

Autor anónimo. (Fuente: internet)

¿Cuándo está bien besar a alguien?

«No beses a una chica a menos que tengas suficiente dinero para comprarle un anillo grande y su propio aparato de vídeo, porque seguro que querrá grabar la boda en vídeo.» (Jim, 10 años)

¿Por qué se enamoran dos personas determinadas?

«Nadie sabe con certeza por qué ocurre, pero he oído que tiene algo que ver con la manera en que uno huele. Por eso se venden tantos perfumes y desodorantes.» (Jan, 9 años)

¿Cómo es enamorarse?

«Es como un alud: tienes que correr para salvar la vida.» (Roger, 9 años)

«Si enamorarse se parece en algo a aprender ortografía, no quiero hacerlo. Da mucho trabajo.» (Leo, 7 años)

¿Para qué sirve la belleza en el amor?

«Si quieres que te quiera alguien que no pertenece a tu familia, ser guapa no hace ningún daño.» (Jeanne, 8 años)

«No siempre tiene que ver con tu aspecto. Por ejemplo, yo soy guapo y todavía nadie quiere casarse conmigo.» (Gary, 7 años)

«La belleza es superficial. En cambio, la riqueza puede durar mucho tiempo.» (Christine, 9 años)

¿Por qué los que se quieren suelen ir cogidos de la mano?

«Para estar seguros de que no se les caen los anillos, que les han costado mucho dinero.» (Dave, 8 años)

¿Qué opinas sobre el amor?

«Estoy a favor del amor, siempre y cuando no se presente cuando ponen *Los Simpson* en la tele.» (Anita, 6 años)

«El amor te encontrará, por más que trates de esconderte de él. He tratado de esconderme desde los cinco años, pero las chicas siempre me encuentran.» (Bobby, 8 años)

«No tengo prisa por enamorarme. Bastante trabajo tengo en aprobar el curso.» (Regina, 10 años)

¿Qué cualidades tiene que tener un buen novio o una buena novia?

«Alguno de los dos tiene que saber hacer un cheque, porque por más que haya amor a toneladas, también habrá que pagar muchas facturas.» (Ava, 8 años)

¿Cuál es el método infalible para hacer que alguien se enamore de ti?

«No hagas cosas como ponerte unas bombas verdes apestosas. Puede que llames la atención, pero la atención no es lo mismo que el amor.» (Alonso, 9 años)

«Una posibilidad es invitarla a comer. Pero tiene que ser algo que le guste. Con las patatas fritas casi siempre me ha ido bien.» (Bart, 9 años)

¿En qué piensa la mayoría de las personas cuando dicen «te quiero»?

«La persona piensa: Claro que lo quiero, pero espero que se duche por lo menos una vez al día.»
(Michelle, 9 años)

¿Qué hay que hacer para que el amor dure?

«Hay que pasar la mayor parte del tiempo amando, en lugar de ir a trabajar.» (Tom, 7 años)

«Hay que saber besar bien. Así puedes lograr que tu esposa olvide que nunca sacas la basura.»
(Randy, 8 años)

* * *

Algunas de estas frases no sólo son divertidas, sino que también demuestran mucha perspicacia. Uno se pregunta de dónde procede tanta sabiduría. Un grupo de profesionales formuló la pregunta «qué quiere decir amar» a un grupo de niños de ocho años. Nadie esperaba respuestas tan profundas.

QUÉ ES EL AMOR

Autor anónimo. (Fuente: internet)

«El amor es lo primero que se siente, antes de que se interponga en tu camino todo lo malo.»

«Cuando mi abuela enfermó de artritis, ya no se podía agachar para pintarse las uñas de los pies, así que ahora se las pinta mi abuelo, aunque él también tiene artritis en las manos. Eso es amor.»

«Cuando alguien te quiere, dice tu nombre de una manera diferente. Tú sabes que tu nombre está a salvo en su boca.»

«Amor es cuando una chica se pone perfume y un chico se pone colonia para después de afeitarse, y salen juntos y se huelen el uno al otro.»

«Amar es cuando sales a comer y le das a alguien la mayor parte de tus patatas fritas, sin hacer que te dé ninguna de las tuyas.»

«Amar es cuando alguien te hace daño y uno se enfada muchísimo, pero no le grita, porque sabe que el otro se ofendería.»

«El amor es lo que te hace sonreír cuando estás cansado.»

«Amor es cuando mi mamá le prepara el café a mi papá y ella bebe un sorbito antes de dárselo, para estar segura de que esté bueno.»

«Amar es besarse todo el tiempo. Y cuando te cansas de besar, todavía quieres estar juntos y hablar más. Mi madre y mi padre son así. ¡Me dan un asco cuando se besan!»

«El amor es lo que está contigo en la misma habitación, en Navidad, si dejas de abrir los regalos y te pones a escuchar.»

«Si quieres aprender a querer mejor, te conviene empezar con un amigo al que odies.»

«Cuando le dices a alguien algo malo de ti mismo y temes que no te quiera más. Pero entonces te sorprendes porque no sólo te sigue queriendo sino que te quiere todavía más.»

«Hay dos tipos de amor: nuestro amor y el amor de Dios. Pero Dios los hace a los dos.»

«Amor es cuando le dices a un chico que te gusta su camiseta y entonces él se la pone todos los días.»

«El amor es como una ancianita y un ancianito que siguen siendo amigos a pesar de lo mucho que se conocen.»

«Durante mi recital de piano, estaba en el escenario, muy asustada. Miré a toda la gente que me observaba y vi a mi papá que me saludaba y me sonreía. Era el único que lo hacía y ya no tuve más miedo.»

«Mi mamá me quiere más que nadie. Nadie más me da un beso cuando me voy a dormir por las noches.»

«Amar es cuando mamá le da a papá el mejor trozo de pollo.»

«Amar es cuando mamá ve a papá oloroso y sudado y de todos modos le dice que es más guapo que Robert Redford.»

«Amor es cuando tu perrito te lame la cara, aunque lo hayas dejado solo durante todo el día.»

«Sé que mi hermana mayor me quiere porque me da toda su ropa vieja y ella tiene que salir a comprar ropa nueva.»

«Dejo que mi hermana mayor se meta conmigo porque mamá dice que sólo se mete conmigo porque me quiere, conque yo me meto con mi hermanita pequeña, porque la quiero.»

«Las tarjetas románticas como las del día de San Valentín dicen cosas que nos gustaría decir a nosotros, pero que no nos atreveríamos a decir ni locos.»

«Cuando estás enamorado, las pestañas te suben y te bajan y te salen estrellitas.»

«Amar es cuando mamá ve a papá en el retrete y no le da asco.»

«En realidad, no habría que decir "te quiero" si uno no lo siente, pero si uno lo siente, debería decirlo muchas veces, porque la gente se olvida.»

* * *

Hemos encontrado tantas anécdotas sobre la sabiduría que manifiestan unos niños muy pequeños que a menudo nos ha costado mucho decidir cuáles dejar de lado, porque todas eran fabulosas. Por cada anécdota que lea el lector, hay como diez más que no llegaron a publicarse. Los niños de hoy no sólo son sabios, sino que a menudo son maestros nuestros. He aquí un ejemplo de lo que queremos decir.

* * *

UNA TARJETA ESPECIAL

Nancy Coleman

Davis tenía cuatro años y en la escuela celebraban el día de San Valentín. Los niños tenían que darle una tarjeta a cada niño de la clase. Me dijo: «Mamá, hay un niño muy malo que en realidad no merece ninguna tarjeta. Pero he estado pensando: puede que si se la doy y lo trato bien, aunque no sea simpático, se sienta mejor consigo mismo.» ¡Qué orgullosa me sentí!

* * *

ZACHARY

William Linville

Tengo el placer de compartir algunas anécdotas relacionadas con Zachary nuestro hijo de siete años. Zachary supone una gran diferencia en nuestras vidas. Gracias a él, mi esposa, Laura, y yo hemos comprendido el sentido que tiene él para nosotros y, por consiguiente, tenemos más claro nuestro propio sentido.

Lo que quiero contar ocurrió cuando Zachary tenía seis años. Un día lo encontré sentado en el salón, encima del sofá, con los ojos cerrados. Tenía los juguetes desparramados por la habitación y era hora de que los recogiera. Le dije: «Zachary, es hora de que recojas los juguetes, por favor». Zachary no respondió ni dio ninguna señal de haberme escuchado. Algo inquieto, alcé la voz y repetí mi solicitud: «Zachary, ¡es hora de que recojas los juguetes, por favor!» Entonces abrió los ojos, me miró de frente y respondió: «Un momento, papá, ¡estoy hablando con mi Ser Superior y todavía no he acabado!»

Evidentemente, su respuesta inesperada me dejó fuera de mí. Entonces me invadió una gran sensación de alegría y comprensión, tanto es así que comenzamos a darle la oportunidad de optar y de elegir, como sugieren ustedes en su libro. Ahora nuestra vida resulta mucho más fácil.

El primer amor de Zachary es la Madre Naturaleza. El otro día, cuando salíamos de un herbolario, Zachary se puso a explicarme por qué ciertos árboles pierden la corteza y las hojas, y cosas así. Ya sé que todavía no han hablado del tema en la escuela de modo que, por curiosidad, le pregunté cómo sabía lo de los árboles. Su respuesta fue inmediata y sencilla: «Porque lo sé, papá.»

Mi mensaje a los padres es que tomen conciencia de las posibilidades que son inherentes a los niños de hoy. Muchos niños pueden ver a través de la fachada de las «antiguas costumbres del mundo». Están aquí para guiarnos y para enseñarnos una «manera mejor», una forma de vivir más alegre y armoniosa. Una forma de vivir que nos ayude a sentirnos en contacto con todas las cosas y con todo lo que existe.

* * *

DE UN NIÑO DE TRES AÑOS

Kim Mander

Tengo un hijo de seis años y creo que es un niño índigo. Sin embargo, puede que no sea índigo, sino un ser espiritual que realmente «sintoniza» con sus dones. Hace comentarios muy profundos sobre cuestiones que normalmente escaparían a un niño de seis años. Un día íbamos en coche por la carretera y yo estaba muy enfadada porque me estaba sacando de quicio y me hacía llegar tarde a una reunión que tenía a las ocho de la mañana. Le dije que me molestaba lo que estaba haciendo y de pronto (esto ocurrió cuando tenía tres años) me dijo: «Mamá, tu conciencia es la clave.» Le pedí que me lo explicara, porque lo que acababa de escuchar me había dejado muy sorprendida, y me dijo: «Es esa vocecilla que hay dentro del corazón que te dice lo que tienes que hacer.»

Precisamente el otro día, la vecinita de al lado le decía a mi hijo que el papá de ella podía derrotar al suyo porque aquel tenía cuarenta y seis años y era más fuerte. Mi hijo le respondió: «No importa lo fuerte que seas por fuera. Lo único que importa es lo fuerte que eres por dentro.»

He ido tomando notas de su vida desde que hizo ese comentario, a los tres años. ¡Ha dicho algunas cosas increíbles! Es capaz de ver el aura y a menudo sabe exactamente lo que piensan los demás.

Tiene el cabello rubio castaño y grandes ojos azules y es muy serio, y a menudo se limita a observar, en lugar de relacionarse con los demás. Sus maestros dicen que sabe más de lo habitual para un párvulo, pero que le cuesta mantener la concentración y trabajar de forma independiente. Según mi hijo, se debe a que el trabajo es aburrido y a que lo único que hacen es pintar.

* * *

¿El lector está dispuesto a seguir oyendo hablar sobre las relaciones? ¿Y si nos referimos al matrimonio en general? Pues bien, a continuación presentamos más ejemplos, tomados de internet, sobre el amor, el matrimonio y otras efusiones semejantes. ¡Verá que no tienen desperdicio!

LOS NIÑOS OPINAN SOBRE EL MATRIMONIO

Autor anónimo. (Fuente: internet)

¿Cómo decides con quién te casas?

«Tienes que encontrar a alguien a quien le gusten las mismas cosas. Por ejemplo, si te gustan los deportes, a ella tiene que gustarle que te gusten, y siempre tiene que ofrecerte algo para picar.» (Alan, 10 años)

«En realidad, hasta que no se hace mayor, nadie decide con quién se va a casar. Lo decide Dios mucho antes, y mucho después uno averigua quién le ha tocado.» (Kirsten, 10 años)

¿Cuál es la mejor edad para casarse?

«Los veintitrés son la mejor edad, porque a esas alturas ya conoces a la persona de toda la vida.» (Camille, 10 años)

«Ninguna edad es buena para casarse. Para casarse, hay que ser tonto.» (Freddie, 6 años)

¿Cómo se puede saber si dos personas que no conocemos están casadas?

«Puede que haya que adivinarlo, según parezca si le están gritando a los niños.» (Derrick, 8 años)

¿Qué te parece que tienen en común tu madre y tu padre?

«Que ninguno de los dos quiere tener más hijos.» (Lori, 8 años)

¿Qué hacen la mayoría de las parejas cuando salen?

«Uno sale con alguien para pasárselo bien y habría que aprovechar para conocerse. Hasta los chicos tienen algo que decir, si uno presta suficiente atención.» (Lynnette, 8 años)

«La primera vez que salen juntos, por lo general se limitan a contarse mentiras, lo cual despierta suficiente interés para que quieran salir otra vez.» (Martin, 10 años)

¿Qué harías si la primera vez que sales con alguien te fuera mal?

«Me iría corriendo a casa y me haría el muerto. Al día siguiente, convocaría a todos los periódicos para asegurarme de que hablaran de mí en todas las columnas necrológicas.» (Craig, 9 años)

¿Cuándo está bien besar a alguien?

«Cuando la persona tiene dinero.» (Pam, 7 años)

«Según la ley, tienes que tener dieciocho años, de modo que yo no me arriesgaría.» (Curt, 7 años)

«La norma establece que, si besas a alguien, te tienes que casar y tener hijos con esa persona. Así es como se hace.» (Howard, 8 años)

¿Es mejor estar soltero o casado?

«A las chicas les conviene ser solteras, pero a los chicos no. Ellos necesitan que alguien les vaya detrás, recogiendo todo.» (Anita, 9 años)

¿En qué sería diferente el mundo si la gente no se casara?

«Sin duda, habría que justificar muchos niños, ¿no?» (Kelvin, 8 años)

¿Cómo harías para que un matrimonio funcionara bien?

«Diciéndole a tu esposa que está guapa, aunque parezca un camión.» (Rick, 10 años)

* * *

Aparentemente es muy precoz, esta sabiduría. Yvonne Zollikofer habla de Víctor, su hijo de dos años, que le preguntó un día: «¿No es cierto, mamá, que soy muy mayor?» Ella respondió: «Sí, creo que sí, cariño.» Seguro que Yvonne no esperaba que un niño de dos años hiciera una pregunta semejante.

¿De dónde procede esa sabiduría tan precoz? Más adelante vamos a referirnos al tema de los niños que hablan de cuestiones espirituales (no religiosas), de algunos conceptos básicos de la vida. Pero, ¿qué decir del atributo del amor propio de los índigo? ¿Realmente lo captamos? A continuación, una historia real que, otra vez, tiene que ver con un ser humano que apenas tiene edad suficiente para saber algo más que lo fundamental y, sin embargo, parece saber mucho más.

EL AMOR PROPIO

Mallika Krishnamurthy y Steven Arnold

Toda su vida, mi hijo Sashi, que tiene seis años, ha manifestado mucha sabiduría y da la sensación de que sabe exactamente quién es y de qué está hecho. Cuando tenía dos semanas, la enfermera de pediatría comentó que parecía como si ya hubiera estado antes aquí.

Cuando tenía más o menos dos años, estábamos en una gran reunión familiar y se fue solito al coche. Lo encontramos sentado, muy tranquilo, a oscuras, y le preguntamos qué hacía. Dijo que sólo estaba «pensando».

Un día, cuando tenía tal vez tres años, hablábamos de todas las personas que él quería y que lo querían a él. Al llegar al final de una lista muy, muy larga, dijo: «Y me quiero a mí mismo, porque eso me da energía.»

Su vida ha estado llena de momentos así. Está lleno de sabiduría y compasión y es una fuente de inspiración para nosotros.

* * *

Algunas veces, la verdad sobre lo que ocurre realmente puede ser terrible cuando procede de los niños. A continuación, una madre soltera, Cher Matthews, relata las observaciones de su hijo de tres años sobre las personas con las que ella salía. La hizo cambiar de hábitos.

EL SOBRE

Cher Matthews

Mi hijo Justin nació en 1980 y toda su vida ha manifestado el comportamiento índigo más clásico. Simplemente «nació sabiendo».

Nunca olvidaré algo que dijo cuando tenía tres años. Está escrito en su álbum infantil, porque me resultaba increíble que, a esa edad, alguien pudiera ser tan perspicaz.

Siempre he sido madre soltera. Los hombres con los que salía cuando mi hijo era muy pequeño siempre trataban de «conquistarme» haciéndose amigos de Justin. De alguna manera, él sabía que en realidad no les interesaba conocerlo a él, sino que era una manera de apaciguarme a mí.

En resumidas cuentas, después de una de esas salidas, mi hijo me comentó: «Tú eres la carta y yo soy el sobre». Me pareció una afirmación muy extraña en boca de un niño tan pequeño. Le pregunté qué quería decir, de modo que me lo explicó: «Todo el mundo rompe el sobre para leer la carta y después tiran el sobre». De más está decir que su observación me dio mucha pena y todavía hace que se me llenen los ojos de lágrimas. Su percepción me hizo cambiar mi manera de salir y me ayudó a ser más consciente.

* * *

Ya hemos hablado de lo intuitivos que son los niños, incluso en relación con cuestiones tan serias como la muerte y el divorcio. Presentamos a continuación una anécdota que tiene que ver con Ethan, que hará que al lector se le derrita el corazón. Es posible que los niños no alcancen a comprender del todo los motivos, pero no cabe duda de que «sienten lo que ocurre».

IMPREGNAR EL CORAZÓN

Allison Hurley

Cuando mi hijo tenía tres años, mi marido y yo nos divorciamos. Por diversos motivos, me había trasladado a Inglaterra por un año y medio, y mi ex esposo y yo compartíamos la custodia de Ethan.

De setiembre a mayo regresé a Estados Unidos unas cuantas veces, pero en realidad no pude pasar con Ethan todo el tiempo que habría querido. Finalmente, el último lunes de mayo, viajó para pasar el verano conmigo.

El verano se me pasó en un abrir y cerrar de ojos, y su padre vino a buscarlo. Yo estaba absolutamente desconsolada. Ethan y yo hablamos mucho sobre lo que ocurría y siempre me quedaba pasmada al verlo tan tranquilo y tan centrado. Parecía comprender de verdad lo que ocurría.

En el aeropuerto, me abrazó y me besó por última vez antes de embarcar con su papá. Traté de mantener la calma y de concentrarme en el amor, pero me puse muy, pero que muy triste. Justo antes de embarcar, regresó corriendo adonde yo estaba y me dio un beso en la mejilla. Me miró al fondo de mi alma y, con su suave manita, frotó donde había besado y dijo: «Esto es para que se te impregne en el corazón». Y se marchó.

* * *

Connie Man habla con su hija de quince años, mientras su hijo de nueve escucha en el asiento de atrás. A veces uno piensa que los niños no entienden lo que ocurre, ¿verdad? Es posible que esta anécdota nos haga cambiar de opinión.

SABIDURÍA EN EL ASIENTO TRASERO

Connie Man

Mi marido y yo tenemos la suerte de tener tres hijos: Melissa, de quince años; Joshua, de nueve y Christiana, de tres. Esta historia tiene que ver con Melissa y Joshua. Una tarde, cuando fui a buscar a mis dos hijos mayores a la escuela, Melissa se puso a hablarme de la noche anterior. Había ido a una fiesta con algunos compañeros y quería saber si yo podía explicarle algo que había ocurrido durante la velada.

Para aclarar la situación, tengo que retroceder unos días, cuando Melissa me pidió que la ayudara a comprender la dinámica de cierta relación. Melissa y un compañero de clase, a pesar de que se gustaban, siempre se estaban «buscando las cosquillas el uno al otro». Ella era consciente de que la manera en que ella se sentía en esos encuentros era un mensaje y que su amigo hacía de mensajero, de modo que no preguntaba cómo cambiarlo sino cómo «recibir» el mensaje para cambiar la dinámica de la relación. La felicité por haber captado tan pronto esa verdad y le sugerí que nos sentáramos juntas para pedir ayuda y claridad en esa situación. Llevamos nuestra conciencia al corazón, nos abrimos al amor y Melissa expresó en voz alta su intención. mas un rato en silencio, compartimos nuestros pensamientos y sentimientos, y Melissa decidió que la próxima vez que tuviera algún conflicto con ese chico, en silencio le daría las gracias por esa oportunidad, abriría su corazón y le enviaría su amor.

Pero volvamos a la conversación del coche: Melissa me contó que, la noche anterior, ese amigo se había enfadado con ella y, en lugar de responderle con más gritos, ella le dio las gracias en silencio, abrió su corazón y le envió amor. Dijo que incluso había tenido la sensación en su corazón, que después salió un rayo de luz del corazón de ella al del chico y, por unos segundos, todo estuvo tranquilo. Después, Melissa se asustó e interrumpió el flujo de amor. No entendía lo que había pasado y quería que yo se lo explicara. Le dije que abrir el corazón te puede hacer sentir muy vulnerable y que no se diera por vencida después del primer intento, ya que el amor es más fuerte que el miedo.

Mi hijo Joshua estaba en el asiento de atrás jugando con su hermanita, sin prestar atención a nuestra conversación... al menos eso creía yo. Se inclinó hacia delante y dijo: «Missa, ¿y si, cuando abriste el corazón y le enviabas amor a tu amigo, lo que sentiste fue su miedo en lugar del tuyo? ¿Y si su ira fuese miedo?» Yo asentía con la cabeza, mientras me inundaba una sensación de respeto y mis ojos se llenaban de lágrimas de alegría y gratitud, que hacían que me costara conducir.

Lo único que pude decir fue: «¡Sí, sí, sí, Joshua! Por supuesto que puede haber ocurrido eso. Melissa estaba transformando el temor con amor.»

Melissa y yo seguimos reflexionando sobre sus sabias palabras y Joshua siguió jugando con su hermanita, sin saber que mi corazón cantaba y mi espíritu se elevaba vertiginosamente, por la bendición de estar en presencia de esos maestros del amor: mis hijos.

* * *

¿Qué piensa un niño de diez meses? ¿Es capaz de captar conceptos como ayudar a mamá, o cualquier otra cosa, aparte de la cuestión de ayudarse a sí mismo? La siguiente es la clásica situación de los índigo. Puede que no sea gran cosa, pero conviene tener en cuenta lo que dicen los expertos en evolución infantil acerca de esos primeros meses de vida. Un índigo no sólo manifiesta una actitud de «estuve allí.e hice aquello», sino que también presenta algunos atributos conceptuales que van mucho más allá de lo esperado. He aquí algunas anécdotas que harán que el lector se pare a pensar en las diferencias entre él y yo, cuando teníamos diez meses... y los nuevos índigo.

LA SILLA

Marie-Hélène Dubois

Cuando Ali tenía diez meses, consiguió empujar una silla hasta la cocina. Me enfadé mucho y le dije que la cocina era demasiado pequeña y que no cabía en ella una silla. Se la quité y volví a ponerla en la entrada. Ali no lloró y se fue a jugar a otro sitio.

Como tres horas después, me di cuenta de que se había fundido una de las tres bombillas que había en la cocina; entonces comprendí por qué Ali había llevado la silla a la cocina: quería ayudarme a cambiar la bombilla, pero era tan pequeño que no hablaba. Me sentí muy culpable ese día y me prometí que siempre trataría de fijarme en por qué mi hijo se comportaba de una manera determinada, antes de enfadarme con él. Por ese entonces, no sabía nada sobre los niños índigo, pero me daba cuenta de que mi hijo era muy especial y que, en cierto modo, era más inteligente que yo.

¿Al lector le parece extraño? Aquí tenemos al mismo niño, con catorce meses. Marie-Hélène Dubois continúa:

Cuando Ali tenía catorce meses, abrió por primera vez el armario de la cocina. Es un armario muy pequeño, en el cual guardo cantidad de cacerolas de todos los tamaños y de todo tipo. Todo está muy bien ordenado, porque hay muy poco espacio, y los dos estantes que contiene están repletos. Ali entró, abrió el armario y comenzó a sacarlo todo. Me dije: «¡Oh, no! Dejará la cocina toda desordenada y tendré que recogerlo todo.» Pero me retiré, dejando que mi hijo se divirtiera con su juguete nuevo.

Cuando regresé, al cabo de veinte minutos, me llevé una gran sorpresa. ¡No había nada en el suelo! «¿Dónde están todas mis cacerolas?», me pregunté en voz alta. Abrí el armario y vi que Ali había colocado cada una exactamente en su lugar (y eso que había alrededor de veinte cacerolas). Y así lo hizo cada vez que se puso a jugar con ellas.

* * *

A veces hay cosas que parecen difíciles de creer con respecto a estos niños. Para una madre, la última anécdota debe resultar francamente increíble.

Aquí va otra. Nos han contado muchos casos de niños que habían llevado a sus padres a una tienda, el año pasado, para buscar el primer libro sobre los índigo. ¿Cómo podían saber que les sería útil (a ellos o a sus padres)? ¿Cómo podían saber lo que ponía? Son preguntas a las que no podemos responder, pero aquí van dos historias. La primera se refiere a David, que parece que ayudó a sus padres a dar con el libro en un momento muy oportuno. La segunda trata de un chico que suele leer con su madre, ¡incluso el libro sobre los índigo!

ANTES DE LLEVARLO AL MÉDICO

Petra-Sarah Neumayer

Muchas gracias por su magnífico libro, *Los niños índigo*, que ha salvado a mi hijo, David Nathan, de seis años. Aunque parezca una exageración, es verdad. Estábamos a punto de darnos por vencidos. Como nuestro hijo es muy inteligente y sumamente sensible, no podía portarse bien ni estar con otros niños de su edad.

Comenzó a hablar a los ocho meses y él solo aprendió a leer y a hacer cálculos a los tres años. Ahora le interesan la ciencia y la astronomía. Todos los días habla con Dios y con los ángeles, a los que llama «mis ángeles» y «mi gente». Dice que es rey y parece saberlo todo.

A menudo se mostraba muy airado y agresivo con nosotros, porque no entendíamos su comportamiento. Nos preguntábamos a nosotros mismos (y también a él) por qué no podía ser «normal».

Finalmente, cuando estábamos a punto de llevarlo a un médico que habría comenzado a tratarlo con Ritalina, David Nathan me hizo entrar en cierta tienda y me pidió que buscara el libro sobre los índigo. Yo ya había visto su libro allí y sabía que tenía que comprarlo (aunque no había escuchado nunca la expresión «niños índigo»). En cuanto compré el libro, el comportamiento de mi hijo cambió. Parecía contento y satisfecho. Y sigue así.

P.D.: ¡A David no lo tratarán con Ritalina!

* * *

DICE QUE HE HECHO BIEN

Dee

Sólo quería darles las gracias por escribir el libro sobre los índigo. Tengo un hijo de trece años y creo que es un niño índigo. A menudo les digo a los demás que es diferente y que no se pueden aplicar con él los métodos tradicionales, pero en realidad nunca pude explicar los motivos. Muchos de mis familiares juraban que lo había «perdido» hacía un par de años. Nunca perdí la fe en lo que era ni en lo que llegaría a ser, y ahora veo que una parte mayor de él «cobra vida». Su libro me ha ayudado mucho a conocerlo mejor.

Nos enteramos de la existencia de *Los niños índigo* por un artículo del periódico y mi hijo me pidió que comprara el libro y lo leyera con él. Le cuesta bastante leer y sabía que necesitaría ayuda, pero lo ha

cogido muchas veces desde que lo traje a casa y ha leído unos cuantos párrafos. Me dice que instintivamente he hecho lo que sugiere el libro, durante toda su vida.

También he recomendado el libro a todos mis familiares que tienen hijos y a algunos de los maestros de mi hijo. Espero que los entusiasme tanto como a mí.

* * *

A continuación, vamos a contar una anécdota que demuestra que algunos niños van mucho más allá de las películas y los juegos violentos de hoy día y que realmente son perspicaces con respecto a esas cosas. A veces no se nos ocurre que los niños puedan discernir por sí mismos lo que es real de lo que es fantasía, de modo que restringimos el acceso a ese tipo de juegos o espectáculos. Hacerlo tiene mérito, pero la siguiente anécdota revela que algunos niños comprenden la diferencia e incluso que la experimentan en la realidad.

Este es el caso de un niño que, mientras recibía entrenamiento en las artes marciales, adoptó una postura interesante. Desde la perspectiva de su maestro de karate, he aquí la historia de Jombi, el índigo que no quería luchar.

ENTRENANDO A JOMBI

Robert Jacobs

Fui maestro de karate en un *dojo* de Florida durante las décadas de 1980 y 1990. En esa época, debí de conocer a miles de chavales. La mayoría de ellos eran memorables, algunos más que otros, y hay un niño que nunca olvidaré, que tenía siete años y se llamaba Jombi. Le habían diagnosticado déficit de atención y costaba mucho enseñarle. Siempre nos traían niños con problemas de atención. Sus padres tenían la esperanza de que aprendieran a concentrarse, o que adquirieran cierta disciplina, o que aprendieran a aprender. Jombi observaba mucho y hacía muchas preguntas, pero era un chaval simpático y agradable, y no causaba problemas. Yo era su maestro, o *gousei*, y lo trataba lo mejor que podía.

Recuerdo que, cada vez que le enseñaba algo, siempre quería saber primero el por qué y después lo pillaba más rápido. Algunas veces, sencillamente no teníamos tiempo de explicar nada; entonces no aprendía la técnica.

Un día le enseñé a arrojar a una persona al suelo. Le mostré que había que apartarse, mientras se sujetaba la manga y la solapa del adversario, y a continuación había que girar mientras se lo daba vuelta y se lo echaba al suelo. No comprendía por qué uno sencillamente no lo agarraba y lo hacía caer. Le expliqué que algunas personas tienen un tamaño mucho mayor y que hay que usar la astucia para derribarlas. Eso le pareció interesante, de modo que lo aprendió.

No entendía por qué repetíamos las patadas y los puñetazos, las partes aeróbicas del entrenamiento de karate. Le expliqué que, a través de la repetición, aprendía a coordinar el cuerpo con la mente. Me miró como si estuviera loco. Le dije que, después de repetir mil veces cada patada y cada puñetazo, podría dar una patada de forma automática, sin pensarlo. Volvió a dirigirme una mirada perpleja. «El ejercicio te hace bien -le dije-; te ayuda a crecer. Confía en mí.» Jombi se mantuvo incrédulo.

No quería practicar *kickboxing* (el boxeo a patadas), porque no le veía sentido. Le dije que le serviría para fortalecer y coordinar todos los músculos al mismo tiempo y que aprendería a defenderse.

-Defenderme, ¿de quién? -preguntó.

-Pues, tal vez de algún bravucón de la escuela -respondí. -Basta con alejarse, ¿no?

-Es mejor, sí, pero a veces no se puede; para eso están las escuelas de karate.

-¿Y si le pegamos, sencillamente?

-Te estoy enseñando a pegar bien, Jombi.

-¿Por qué, *gousei* Robert?

-Porque todos los malos de las películas y los dibujos animados que perdían en las peleas no sabían pegar bien, y tu madre paga por eso, conque haz caso, hermano, y levanta los puños.

Pero seguía sin querer luchar. Tenía miedo de hacerle daño a alguien. ¡Mecachis! Una de las niñas se acercó a él, le dio un golpe en la cabeza y dijo: «Venga, Jombi, ¡que es divertido!» Entonces aprendió *kickboxing*, riendo como un tonto mientras combatía, pero yo lo dejaba. Caray, si no quería desanimarlo. Luchar es una ciencia y si Jombi quería reír mientras aprendía la dulce ciencia, pues adelante. Creo que tuve más paciencia con él que con ningún otro chaval de la escuela.

Después de asistir a clase durante unos seis meses, Jombi se tuvo que presentar a un examen para conseguir el cinturón amarillo, el segundo peldaño de la jerarquía en mi escuela de karate. Jombi se colocó en el centro del *dojo* y demostró que había aprendido todas las patadas, los bloqueos y los puñetazos. Hizo las formas estilizadas que reciben el nombre de *katas*. Realizó los contraataques de una forma que nos resultó satisfactoria. Hizo *kickboxing* con una niña, riendo los dos como tontos, mientras el dueño del gimnasio, el director, los reprendía para que permanecieran serios. La madre de Jombi y yo simplemente nos mirábamos.

Entonces llegó el momento de romper un par de tablas y Jombi dijo que no quería. ¡Oh, no! Era lo último que faltaba para completar la prueba y se iba a acobardar justo entonces. El director se impacientó y temí que lo suspendiera. Le pedí que me dejara hablar con él un segundo.

Acerqué la cabeza a la de Jombi y le pregunté por qué no quería romper las tablas. Dijo que la tabla era bonita y que no le había hecho nada. Le pregunté si sabía lo que era la tradición. Me respondió: «Más o menos. Era algo que le dabas a alguien todos los años.»

Le dije: «No está mal, Jombi. La cuestión es que todo lo que sabes de karate se ha venido transmitiendo a lo largo de los años desde China y nuestro conocimiento se remonta a hace cuatro mil años. Jombi, lo único que tienes que hacer es romper las tablas y formarás parte de la antigua China. Te hemos enseñado las habilidades secretas y formarás parte de la tradición de los sacerdotes guerreros. Hazlo por China, por ti mismo y por tu madre. Hazlo por mí, Jombi. Por favor, sólo tienes que romper las tablas.»

Jombi me miró y dijo: «Conque por China, ¿no?» Asentí. Jombi rompió las tablas, su suave grito de guerra resonó en el *dojo* y el director le puso el cinturón amarillo. Jombi no sería Bruce Lee, pero aprobó el examen y me sentí orgulloso. Estaba orgulloso de todos los alumnos de la escuela, pero en el caso de Jombi sentí algo más. Pensé que tenía una vida muy dura por delante. Poco después abandonó nuestra pequeña familia karateca y sus padres lo apuntaron en otro distrito escolar. Le quedaba demasiado lejos para seguir viniendo a clase con nosotros. Lo vi una vez más, cuando lo trajo su madre, que quería comprarle otra camiseta de karate. Hablamos unos minutos, lo abracé y se marcharon.

Años después, asistí a un seminario de Kryon en Los Ángeles. Durante una conferencia sobre los niños índigo, de pronto me acordé de Jombi y se me ocurrió que podía serlo. Todo me cuadraba, realmente tenía momentos de inspiración y comprendí por qué Jombi hacía las cosas a su manera. En el seminario se comentó otra cosa, más o menos un minuto después de que penetrara en mi cerebro la verdad acerca de Jombi: que su mentor de karate era uno de esos niños índigo que nació antes de tiempo y no pudo retener la imagen de índigo. Evidentemente, ese mentor era yo.

* * *

¿El lector recuerda a Ali en la cocina, con todas las ollas y las cacerolas? (Todavía nos acordamos de él. Podemos clonarlo y enviarlo a todas las cocinas del país. ¡Es broma! No hace falta que los lectores nos escriban.) Era el que parecía saber dónde iba cada cosa. Tal vez debería conocer a Beatrix, experta en paños de cocina, con sólo dos años.

UN ARREGLO RÁPIDO EN LA COCINA

Grace Koh

Hace tiempo que quiero escribir acerca de mi hija de tres años, Beatrix. Nació con dos semanas de adelanto y montaba un número cada vez que trataba de meterla en la cama. Dormía muy poco y quería estar donde estaba la acción, desde el primer día. Había que prestarle atención todo el tiempo y más vale que uno se la prestara al 100 por 100, porque si no... Era como una reina y, cuanto antes nos hicimos a la idea, más sencillo nos resultó ocuparnos de ella. Enseguida se aburrió de estar acostada de espaldas y antes de cumplir los tres meses ya se arañaba las rodillas, tratando de incorporarse.

Cuando tenía casi dos años, entró en la cocina, donde yo estaba preparándole la comida, y se puso a jugar con el paño, que estaba colgado de un gancho. Preguntó por qué le había enrollado un trozo de elástico y le expliqué que, puesto que los ganchos no formaban una curva suficiente hacia arriba, el paño se caía al suelo cada vez que me secaba las manos. Por eso había enrollado la goma elástica alrededor del gancho, con la esperanza de que se aguantara mejor y, por tanto, no se cayera. (Pero no funcionaba del todo bien.)

Beatrix calló un momento y después saltó: «¿Qué te parece así, mamá?» Eché un vistazo y vi que había quitado la goma elástica, había enganchado la presilla del paño en el gancho y simplemente había estirado la goma elástica, colgándola entre dos ganchos. El paño no volvió a salirse del gancho, a menos que yo lo quisiera. ¡Una solución tan sencilla y tan eficaz! ¿A alguien se le puede reprochar que quiera tanto a un índigo?

* * *

Ninguna sección sobre la sabiduría estaría completa si no incluyera proverbios infantiles o cosas que hemos aprendido de los niños. Los que siguen han tenido una amplia difusión en Internet, de modo que es posible que el lector ya haya visto muchas de las afirmaciones siguientes.

Vamos a comenzar con proverbios infantiles, dichos sabios en boca de adultos pequeños.

PROVERBIOS DE LOS ÍNDIGO

Autor anónimo. (Fuente: internet)

- «No confíes nunca en que un perro te cuide la comida.» (Patrick, 10 años)
«Cuando tu papá se enfada y te pregunta: "¿Te parece que soy estúpido?", no respondas.» (Hannah, 9 años)
«Nunca le digas a tu madre que su dieta no da resultado.» (Michael, 14 años)
«Aléjate de los tontos.» (Randy, 9 años)
«No orines nunca sobre un alambrado eléctrico.» (Robert, 13 años)
«No te agaches con las espuelas puestas.» (Noronha, 13 años)
«No tires del dedo a tu padre cuando te lo pida.» (Emily, 10 años)
«Cuando tu mamá está enfadada con tu papá, no dejes que te cepille el pelo.» (Taylia, 11 años)
«No dejes jamás a tu hermanito de tres años en la misma habitación que los deberes de la escuela.» (Traci, 14 años)
«No estornudes delante de tu madre cuando estés comiendo galletas.» (Mitchell, 12 años)
«Los perros siguen teniendo mal aliento, incluso después de comerse un caramelo de menta.» (Andrew, 9 años)
«No sujetes nunca al mismo tiempo un aspirador y un gato.» (Kyoyo, 9 años)
«No se puede esconder un trozo de brécol dentro de un vaso de leche.» (Armira, 9 años)
«No te pongas ropa interior a topos debajo de unos pantalones blancos.» (Kellie, 11 años)
«Si quieres un gatito, empieza pidiendo un caballo.» (Lauren, 9 años)
«No te metas con tu hermana cuando tenga un bate de béisbol en la mano.» (Joel, 10 años)
«Cuando saques una mala nota en la escuela, enséñasela a tu madre cuando esté hablando por teléfono.» (Alyesha, 13 años)
«Nunca intentes bautizar a un gato.» (Eileen, 8 años)

* * *

La siguiente es una lista muy conocida, titulada «Lo que he aprendido de mis hijos (sinceramente, no es broma)». La hemos encontrado en internet y figuraba como «escrita por una madre anónima de Austin, Texas». De modo que si alguna de las lectoras es esa madre, le rogamos que nos lo haga saber.

LO QUE UNA MADRE HA APRENDIDO DE SUS HIJOS

Autor anónimo. (Fuente: internet)

- ✓ Una cama de agua de matrimonio contiene agua suficiente para dejar una casa de 185 metros cuadrados bajo diez centímetros de agua.
- ✓ Si rocías de laca para el pelo un montón de pelusa y pasas patinando por encima, se puede prender fuego.
- ✓ La voz de un crío de tres años es más fuerte que la de doscientos adultos en un restaurante repleto.
- ✓ Si enganchas la correa del perro de un ventilador de techo, el motor no tiene potencia suficiente para hacer girar a un niño de veinte kilos con ropa de Batman y capa de Superman. Sin embargo, la potencia sí que alcanza para desparramar pintura sobre las cuatro paredes de una habitación de 6 x 6 metros.
- ✓ Conviene no arrojar pelotas de béisbol hacia arriba cuando está encendido el ventilador de techo.
- ✓ Cuando uses como bate el ventilador de techo, hay que tirar la pelota hacia arriba unas cuantas veces, antes de atinarle. Un ventilador de techo es capaz de arrojar una pelota de béisbol a mucha distancia.
- ✓ El cristal de las ventanas (ni siquiera cuando es doble) no frena una pelota de béisbol que ha sido golpeada por un ventilador de techo.
- ✓ Cuando escuches el ruido del váter y alguien que dice «¡Oh, no!», ya es demasiado tarde.
- ✓ El líquido de frenos, cuando se mezcla con blanqueador para la ropa, produce humo, y mucho.
- ✓ Un niño de seis años puede encender fuego con un pedernal, por más que un hombre de treinta y seis años diga que eso sólo ocurre en el cine.
- ✓ Con una lupa se puede encender fuego, aunque esté nublado.
- ✓ Ciertas piezas del Lego pueden pasar por el tracto digestivo de una criatura de cuatro años.
- ✓ No conviene usar nunca las palabras «plastilina» y «microondas» en la misma oración.
- ✓ La cola rápida dura para siempre.
- ✓ Por más gelatina que se eche en una piscina, nunca podrás andar sobre el agua.

- ✓ De los aparatos de vídeo no salen bocadillos de mantequilla de cacahuete y jalea, por más que los anuncios de televisión digan que sí.
- ✓ Las bolsas de basura no sirven para hacer buenos paracaídas.
- ✓ Las canicas en el depósito de gasolina hacen mucho ruido cuando uno va conduciendo.
- ✓ Es probable que no quieras saber qué es ese olor.
- ✓ Mira siempre el interior del horno antes de encenderlo. A los juguetes de plástico no les gustan los hornos.
- ✓ Los bomberos de Austin, Texas, tardan cinco minutos en presentarse.
- ✓ Las lombrices de tierra no se marean con el centrifugado de la lavadora; en cambio, los gatos sí.
- ✓ Un gato puede vomitar el doble de lo que pesa, cuando se mareá.

* * *

A continuación, algunos refranes, pero con un giro inesperado. Son los más comunes, del tipo de «Más vale prevenir que lamentar», en los que, también tomada de Internet, aparece la sabiduría de los indigo. Se presentaron los comienzos de unos refranes muy conocidos a niños de primer grado y el maestro les pidió que los completaran.

REFRANES

Autor anónimo. (Fuente: internet)

- ✓ Más vale prevenir que... darle un puñetazo a uno de quinto.
- ✓ A hierro caliente... ten cuidado, no te vayas a quemar.
- ✓ Después de la tormenta... queda todo mojado.
- ✓ No subestimes nunca el poder de... las termitas.
- ✓ Treinta monjes y un abad pueden hacer beber a un asno... pero, ¿cómo?
- ✓ No muerdas la mano que... parece sucia.
- ✓ Sin noticias... no se puede vivir.
- ✓ Loro viejo no aprende... la matemática moderna.
- ✓ Quien con perros se echa... por la mañana apesta.
- ✓ Ama a todo el mundo, confía en ... mí.
- ✓ La palabra convence, la espada... hace daño.
- ✓ La ociosidad... es la mejor manera de relajarse.
- ✓ Donde fuego se hace... hay contaminación.
- ✓ Novia mojada... vestido hecho un asco.
- ✓ Centavo ahorrado... no vale gran cosa.
- ✓ A menos bulto... menos peso.
- ✓ No dejes para mañana lo que... te pongas para ir hoy a la cama.
- ✓ Ríe y el mundo entero reirá contigo; llora y... tendrás que sonarte la nariz.
- ✓ No hay mayor ciego que... Stevie Wonder.
- ✓ A los niños se les ve pero no se les... pega ni castiga.
- ✓ En el peor aprieto... consigue pilas nuevas.
- ✓ You get out of something what you... see pictured on the box.
- ✓ Si un ciego guía a otro... apártate.
- ✓ Más vale tarde que... embarazada.

* * *

Nancy Shea tiene tres hijos indigo y va a tener la amabilidad de contarnos dos historias por medio de su poesía, pero la que más le gusta se refiere a su hijo cuando le hicieron un examen de aptitud para ingresar al parvulario. Dice que no pudo incluir esta anécdota en los poemas que vienen a continuación.

En el examen había dos preguntas a las que respondió de forma insólita. Primero le pidieron que pusiera los nombres de las partes del cuerpo humano, del cual le presentaron un boceto. Lo habitual era que se nombraran los brazos, las piernas, la cabeza, las manos, etc. En cambio, ¡él dibujó los órganos que están dentro! Desde la silla reservada para los padres en la sala de espera, Nancy escuchó a la maestra comentar: «Muy interesante y dime: ¿para qué sirve la vejiga?»

¿Y la segunda? Le pidieron que nombrara algo con alas y respondió: «Los arcángeles». ¡Un niño de los nuestros!

PÁRVULO ERUDITO

Nancy Shea

Pequeño para su edad y con rasgos de bebé,
Entró, manso, a conocer a su nueva maestra

Que enseguida presintió que era un niño creativo
Y comenzó a hablarle con dulzura.

«Ya estás en parvulario. Vamos a ver qué sabes.
Vamos a hacer un par de pruebas divertidas y te puedes marchar.»

Él conocía todas sus partes, hasta las rodillas,
Y recitó con elocuencia su abecé.

«¿Qué pasaría si soltara esta pelota?»
La ley de gravedad no planteó ninguna dificultad.

Estas cosas vuelan y éstas tienen cuatro patas,
Ahora vamos a clasificar, usando clavijas de colores.

«¡Fantástico!», exclamó ella, sonriendo a su erudito
Que, henchido de orgullo, alargó el cuello.

Una pregunta más y se arrodilló a su lado:
«Dime qué tenemos cuando se funde el hielo.»

«No estoy seguro», respondió con una vocecita preocupada.
Formuló la pregunta de otra manera, para darle otra oportunidad.

Esperó con la paciencia y la elegancia de una bailarina,
Porque en el fondo sabía que él conocía la respuesta.

Hinchando el pecho con la convicción de un rey,
Respondió confiado: «Cuando se funde el hielo, es primavera».

* * *

MI AMIGO JOHNNY JOE

Nancy Shea

Johnny Joe era un chico estupendo,
Pero, lamentablemente, todavía no había aprendido a disimular.

A menudo decía lo que pensaba
Y solía poner a sus padres en aprietos.

He aquí lo que le ocurrió a este chaval
Un domingo en misa con su mamá y su papá.

Entró la esposa del pastor con un sombrero enorme
Y se fue a sentar justo delante de Johnny.

Su madre rogó para que se estuviera callado,
Pero Johnny se puso de pie y bramó: «Qué sombrero bestial».

Mientras la esposa del pastor trató de pasar por alto el comentario,
Su padre respondió con astucia: «Tienes razón, hijo, es enorme».

* * *

En nuestro primer libro, nos referimos a las dificultades que encuentran los niños índigo en la escuela. Los llamamos «rompe-sistemas» y anunciamos a los lectores que acabarían por destruirlo. Después de la

publicación de *Los niños índigo*, eso es, exactamente, lo que empezó a ocurrir. Los niños se han vuelto más listos que las pruebas y comienzan a quejarse de forma masiva de lo malas que son las preguntas. Empeora la situación un sistema que a menudo exige una curva de puntuación como criterio para conceder fondos públicos y para incorporar a los niños a la escuela.

En junio de 2000, la revista *Time* puso de relieve precisamente ese problema en un artículo titulado «¿Esa es su última respuesta?» Decía que «los educadores han tenido que rebajar el nivel de sus explicaciones para enseñar unos temas que solían ser de poca monta pero que entraban en los exámenes». *Time* informó también de que «en Illinois doscientos estudiantes afirmaron que habían suspendido el examen a propósito».

La situación coloca a los docentes entre la espada y la pared. El sistema les exigía que subieran las notas de los alumnos y los alumnos se negaban a hacer los exámenes. ¿Y qué ocurrió? Se convirtió en noticia. Otra vez, según *Time*, «tan sólo en los últimos meses, la acusación de que se hacen trampas con la complicidad de los profesores originó escándalos en escuelas de California, Florida, Maryland, Nueva York y Ohio». En un artículo titulado «¿Preguntas tontas para niños brillantes?», se hacía la siguiente afirmación: «La rebeldía de los educadores contra lo que consideran un sistema de pruebas inadecuado ha llegado incluso al terreno en el cual compiten los mejores alumnos».

¿Significa eso que, de pronto, los profesores se han vuelto deshonestos? De ninguna manera. Por si no lo hemos dicho todavía, nos parece que las personas que se dedican a la enseñanza sienten pasión por los niños, están mal pagados, poco reconocidos y son grandes defensores de la educación infantil.

Muchos de ellos se enfrentan al mismo dilema en diversos grados: ¿conforman a un sistema anticuado o reconocen que en realidad los niños necesitan algo nuevo? Es como andar en la cuerda floja y puede que, como padres, debiéramos dedicar un momento a rendir homenaje a los maestros de todo el mundo que se enfrentan a este desafío.

Mientras tanto, ¿cómo ven los niños esa lucha intelectual y política? Presentamos la breve historia de Lee, un niño de ocho años que no sabe nada de política ni del sistema; simplemente lo percibe. De Londres nos llega la historia del «niño automático».

EL NIÑO AUTOMÁTICO

Sharon Marshall

Como han pedido más historias sobre los niños índigo, he pensado que tal vez les gustaría conocer la interesante analogía que me presentó mi hijo Lee, de ocho años. A Lee le fascinan las máquinas y me dice a menudo que él es (ahora, no en el futuro) un gran inventor / científico.

Hace un par de días le pregunté por qué estaba tan descontento con la escuela. Me dijo que porque querían que funcionara de forma manual, pero que él era automático. Le pedí que me explicara lo que quería decir, de modo que añadió que funcionar de forma manual quería decir «ser controlado», que era lo que querían hacer con él los maestros.

Comenté que las máquinas sólo podían ser automáticas si antes habían sido programadas y, por tanto, que de todos modos hacía falta alguien que las controlara, al principio. Pero Lee res pondió (como si fuera evidente): «No, es distinto. Yo ya estoy programado. Yo ya sé lo que tengo que hacer y no necesito que me controlen los profesores.»

¿Qué puedo decir?

Les agradezco la oportunidad de compartir con ustedes la última joya de mi hijo y por dedicar el tiempo a escribir *Los niños índigo*, que hace que todo cobre sentido (¡hasta mi propia infancia!)

* * *

Los niños son magos con los aparatos electrónicos. Animamos al lector a que haga la prueba y le pregunte a sus hijos cómo hacer para que no se enciendan y se apaguen los números del aparato de vídeo, o cómo programarlo. ¡Seguro que saben!

Cabría esperar lo siguiente de un niño en la escuela primaria, pero, ¿y de una niña de menos de dos años? De acuerdo en que no programó el vídeo... pero puede que lo haga cuando cumpla los tres.

NIÑOS QUE «SIMPLEMENTE SABEN CÓMO HACER LAS COSAS»

Jere Neal

Tengo una nieta hermosa, que está a punto de cumplir dos años. Ha ocurrido muchas veces que ha dicho o hecho algo y nos hemos preguntado «¿De dónde lo habrá sacado?» Parece una criatura muy inteligente (claro que estoy predispuesta a su favor) y, además, es muy testaruda. Como dice el libro [*Los niños índigo*]: «No tienen problemas de valoración personal» y «Llegan al mundo sintiéndose reyes». Enseguida, cuando era bebé, nos hacía saber, sin ninguna duda, lo que le gustaba y lo que no. Tiene su propia opinión sobre todo, aunque también puede ser muy dulce, encantadora y sabe «manejar» a toda la familia, incluso a las personas que la cuidan.

Dos acontecimientos recientes que me vienen a la memoria son: (1) Cuando apenas tenía dieciocho meses, su madre la puso a mirar el vídeo de *La sirenita* mientras ella se preparaba en la otra habitación.

En realidad, en ese momento mi nieta no quería ver esa película sino *La dama y el vagabundo*, pero su madre estaba cansada de ésta, de modo que le dijo: «Mira *La sirenita*, que salgo enseguida».

Cuando salió de la otra habitación, mi nieta estaba sentada en el sofá, de lo más contenta, mirando *La dama y el vagabundo*. Había sacado la primera cinta del aparato, había introducido la otra en el lugar correcto y lo había puesto en marcha. ¡Su madre se quedó atónita!

(Nota de los autores: Sí, sí, estamos de acuerdo en que los niños son buenos imitadores. Pero queremos recordar al lector que esa pequeña tuvo que encontrar el botón para expulsar la cinta, extraerla, introducir la otra bien adentro para que se encajara y a continuación presionar el botón de puesta en marcha. Nosotros también nos habríamos quedado atónitos.)

(2) Hace poco (les recuerdo que todavía no ha cumplido los dos años), varios familiares estábamos sentados en la sala, hablando sobre la Navidad. Mi suegra dijo que le había comprado a mi nieta un «d-o-s-e-l» (y lo dijo letra por letra) para la cama. Mi nieta alzó la vista, dijo algo que todos entendimos como «dosel» y siguió mirando la televisión tranquilamente. Nos miramos los unos a los otros, sin poder creer lo que acabábamos de escuchar.

Pues bien, si una niña pequeña ya sabe manejar el aparato de vídeo, ¿qué podemos esperar de un niño de once años? Este en particular diseña ordenadores, mientras va resolviendo problemas de matemáticas.

CON ENERGÍA SOLAR, ACTIVADO CON LA VOZ

Marcia Pack

En primer lugar, quiero darles las gracias por su libro *Los niños índigo*, que ha sido para mí una revelación y me ha explicado muchas cosas. ¡Me parece que tengo la casa llena de índigos! Tenemos cinco hijos y mi esposo y yo hemos llegado a la conclusión de que todos son índigo: los mayores son los precursores y han pasado por toda la serie de dificultades que ustedes describen en su libro.

Mi anécdota simpática (tan sólo una de ellas) se refiere a mi hijo Kyle, que ahora tiene once años. Cuando estaba en tercero, le iba muy mal en la escuela: su capacidad para escribir, su capacidad deductiva y sus notas eran muy inferiores a lo que deberían haber sido. Kyle era muy impulsivo y con mucha frecuencia «reaccionaba» pegando a los demás. Sus reacciones solían ser desproporcionadas. A pesar de ser un niño brillante, era incapaz de concentrarse en una tarea y se distraía enseguida.

Su coeficiente intelectual era de 129, pero su rendimiento era de apenas 105, lo cual indicaba un «problema de aprendizaje», al haber una diferencia de más de veinte puntos entre ambos. Programé una entrevista con sus tres maestros, porque Kyle no podía acabar los deberes, era muy desorganizado y se «olvidaba» de todo.

Nos pusimos a hablar de un examen de matemáticas en concreto que había hecho en la escuela, en el cual sólo había acabado dos de los tres problemas. Como adultos, nos tenía muy intrigados; entonces sugerí que llamáramos a Kyle y le preguntáramos a él. Cuando entró, le enseñé el examen de matemáticas y le pregunté: «Kyle, no acabaste este examen. ¿En qué estabas pensando, en lugar de pensar en lo que tenías que hacer? ¿Estabas mirando fuera? ¿Alguien te distraía? ¿Qué pasó?»

Kyle lo contempló con detenimiento durante unos cuantos minutos y después respondió: «Oh, ¿este examen? Bien, es de cuando estaba diseñando el ordenador que funciona con energía solar, activado con la voz, para poder usarlo sin manos, incluso si no hay corriente, y sin necesidad de ratón.» Entonces buscó en su bolso y extrajo un esquema del ordenador que acababa de mencionar.

Los maestros y yo nos quedamos boquiabiertos, nos miramos los unos a los otros y uno de ellos dijo: «Bien, señora Pack, ¿qué sugiere usted?» Me eché a reír, alcé las manos y exclamé: «Por eso estoy aquí. Los expertos son ustedes y eso es lo que yo pregunto.»

Ha habido muchos «episodios índigo» más, pero éste nos ha hecho reír tantas veces, a mi esposo y a mí, que no he podido resistir la tentación de enviárselo por correo electrónico.

* * *

En el primer libro sobre los índigo, dijimos a los padres que lo mejor que podían hacer era: (1) respetar a sus hijos como amigos y (2) darles la oportunidad de elegir. Muchos nos han comentado que la mejor manera de relacionarnos con un hijo índigo consistía en tratarlo como un adulto en el cuerpo de un niño, que intenta «recordarlo» todo. Uno se limita a ayudarlo en su redescubrimiento. ¿A que nadie le gritaría a un amigo porque no quiere comer cuando uno quiere? Entonces no lo hagamos con los niños, tampoco. Si no tratamos a estos niños con respeto, son capaces de humillarnos de una forma que no es nada infantil. Tomemos como ejemplo el caso de Doris, que tiene cuatro hijos.

¿QUIÉN ES ESTE NIÑO, DESPUÉS DE TODO?

Doris Crompton

Tengo cuatro hijos, de cinco, ocho, once y doce años. A medida que me fui familiarizando con el material sobre los índigo, comencé a comprender mucho mejor a mis hijos. Antes no podía entender por qué no reaccionaban ante la manera en que yo intentaba imponerles una disciplina. Probablemente todos estemos de acuerdo en que los viejos métodos, los que se usaron con nosotros en las décadas de 1950 y 1960, ya no sirven más.

A veces, cuando me enfadaba con mis hijos, notaba que se miraban entre ellos y se preguntaban: «¿Qué le pasa a mamá?» A veces me decían: «Hoy estás de mal humor, mamá». Enseguida me di cuenta de que su nivel de energía era distinto. No se intimidaban en mi presencia, como solía hacer yo, cuando era niña, delante de uno de mis padres. En ocasiones, cuando perdía el control de mis emociones y mis hijos reaccionaban de esa manera, me sentía como si yo fuera la niña pequeña y ellos fueran más maduros que yo.

Una vez, uno de mis hijos me miró a los ojos y me dijo con firmeza: «Mamá, no puedes hablarme así». Una parte de mí podría haberse ofendido (¡un momento!, ¡aquí la adulta soy yo!), pero la otra dijo: «Tiene toda la razón». Me disculpé. No había arrogancia en su voz, ni malicia en su mirada, aunque sí había cierta dignidad que me conmovió.

Aprendí la lección, después de probar y equivocarme. A estos niños hay que tratarlos con respeto. Son hermosos seres luminosos y, cuanto más pienso de esta manera, más mejora mi relación con ellos. Ha sido casi como una transformación mágica; reaccionan mucho mejor cuando uno los trata como debería. Sólo se puede recurrir al amor. El miedo, las amenazas y todos los viejos recursos del pasado se pueden enterrar para siempre, porque ya no sirven más.

* * *

Quisiéramos acabar este capítulo sobre los niños sabios con un texto escrito por una educadora, una serie de redacciones muy breves de niños de nueve, diez y once años, y a continuación un poema.

Justine Turner es maestra de primaria, en California. Tal vez al lector le interese saber lo que piensa esta educadora sobre los niños de hoy.

NO SON COMO NOSOTROS

Justine Turner

Los índigo no reaccionan ante las tácticas de culpabilidad que antes eran habituales en las estructuras familiares y sociales. No reaccionan bien ante la coerción, cuando les hablan con condescendencia, los castigos, los tiempos de descanso, los «te quedas sin recreo, ni ante ninguna de las normas sociales habituales que han venido utilizando los maestros y las familias para imponer disciplina. No tienen la misma reacción que nosotros delante del director de la escuela (el gran jefe), ni tampoco ante un castigo físico. Hay muy pocas medidas que no los hagan replicar con violencia y que no se nieguen a obedecer. En primer lugar, cuesta mucho hacerlos entrar en vereda y, en segundo lugar, es que no hay vereda.

A lo que sí responden los índigo es al respeto: el respeto por quiénes son, como individuos sabios y como niños, y el respeto por sus problemas, tan abrumadores para ellos como para nosotros los nuestros. Responden al respeto por sus decisiones y su poder. Saben tomar decisiones, con ayuda, y luchan con energía para conseguir que su poder se note y sea importante. Ellos son importantes. Dentro de poco, estarán a cargo de nuestro mundo, lo cual, por sí solo, exige nuestro respeto.

Para mí, la enseñanza ha dejado de ser un lugar donde caben los números, las normas y las estructuras. Ya no es un lugar en el cual el éxito se mide exclusivamente en función de los resultados de los exámenes o de las tablas de multiplicar. ¿Qué sentido tiene? Los índigo disponen de herramientas y recursos con los que nunca hemos soñado (bueno, algunos de nosotros sí), y en el futuro tendrán todavía más herramientas con las que todavía no hemos soñado siquiera. Necesitan experimentar la alegría de aprender, de indagar y leer sobre historia, matemáticas, ecología y las ciencias de la tierra y las físicas, para poder crear sus propios sueños.

Tienen que aprender matemáticas, por supuesto, pero de una manera que los estimule a jugar con formas y patrones, con métodos alternativos y fórmulas, usándolos como conocimiento básico, pero dejando que sea el ordenador el que cuadre las cuentas (después de que ellos comprendan cómo se hace). Tienen que aprender a leer por el placer de la lectura y a ver las cosas de otra manera.

Creo que la enseñanza puede ser, ahora más que nunca, un lugar para educar seres humanos. Cada docente tiene la oportunidad, durante 183 días al año como máximo, de cambiar la vida de esos niños, para poder crear entre todos un mundo mejor. La escuela es un lugar donde esos chicos pueden darse cuenta de que no siempre van a estar presionados por unos adultos que no tienen la menor idea de lo que son. Su poder debe proceder de dentro. La escuela puede ser el lugar donde fracasan, pero también puede ser un lugar donde alguien se va a interesar por ellos lo suficiente como para

escucharlos, comprenderlos, contarles historias, reír con ellos y ayudarlos a recomponerse. Es un lugar donde esos niños pueden ver que son diferentes, no sólo para los demás sino también para sí mismos. Y ante eso reaccionan.

Estos niños hablan con mucha sabiduría. Luchan con la inseguridad, con crecer, con la impotencia, con la indefensión aprendida y con la injusticia social. Luchan con ser diferentes, con ser chico o chica, con tener amigos o no, con ser buenos para los deportes o no. No hay nada de lo que hablen que no podamos comprender, si prestamos atención. No hay nada que sientan que no hayamos sentido en algún momento de nuestra vida. Parece que eso es lo que necesitan y a lo que responden ahora: al hecho de que sintamos lo que ellos sientan, que significa que no están solos. Es entonces cuando pueden aprender. Es entonces cuando hacen el esfuerzo para averiguar lo que les podemos ofrecer como adultos, puesto que nos hemos interesado por lo que ellos tienen para ofrecer.

Ese es el momento en que nosotros, los docentes, podemos introducir los adjetivos y la suma, la zoología y los husos horarios. En esa coyuntura, tenemos la exquisita oportunidad de enseñarles asignaturas como la historia de una manera que les permita comprender el pasado y, al mismo tiempo, les brinde opciones para el futuro. Podemos enseñarles una ciencia que les hable del funcionamiento de la tierra y sus lugares especiales, y podemos enseñarles acerca del gobierno y la historia de las diferencias religiosas, para que esos niños aprendan formas alternativas de concebir las cosas. Tal vez parezca que los estamos educando para su futuro, pero en realidad lo hacemos para el nuestro.

Sugiero al lector que observe a esos índigo en compañía de niños más pequeños, cómo se nutren y se tocan, cómo orientan, cuentan y enseñan. Que ría para sí mismo al escuchar sus propias palabras en boca de ellos. Que los escuche quejarse de que los pequeños no hacen lo que les dicen. Que sonría y sabrá que ha sido bendecido. Que sepa que han escuchado lo que ha dicho y que lo han apreciado lo suficiente para repetirlo. Que ruegue porque lo haya dicho bien. Que ría con ellos cuando les indique cómo se siente y cómo se sienten ellos. Que sienta dolor cuando surja algo que hace daño y que entienda que no todas las personas que están en su vida están en paz. Que observe su poder cuando tratan de evitar que un hermano o hermana menor cometa el mismo error que han cometido ellos, como haberse portado «mal» en la escuela o formar parte de una pandilla. A veces, el apoyo o la salvación para los niños más pequeños sólo puede proceder de nuestros jóvenes. Que los observe con otros adultos. No importa si ese adulto es un obrero de la construcción o un bombero o un director de escuela. Lo que importa es el respeto que manifiestan hacia todas las personas. Hemos de enseñarles el aspecto y la sensación que produce el respeto. Esos niños tienen que saber qué hacer para conseguirlo y cómo darlo.

Ellos saben que se harán cargo. Saben que tendrán que tomar grandes decisiones y están asustados. Hasta el último de ellos, quieren hacerlo lo mejor posible, ya sean jugadores de béisbol o científicos. Quieren distinguirse, ser especiales, que los escuchen. Quieren hacerlo bien, todos y cada uno de ellos. Pero no siempre lo harán bien. Algunos están desorientados, muy perdidos. Algunos tendrán que pasar por muchos años de inadaptación antes de encontrarse a sí mismos. Algunos tienen la capacidad ahora mismo y su desafío consistirá en aprovecharla. No todos lo harán, evidentemente. En algunos está tan escondida que es casi un secreto. Otros caerán envueltos en llamas. Pero cada uno de ellos debería tener la oportunidad de que los guiemos de una manera que los estimule a hacerlo lo mejor posible, porque eso les ayuda a tener la sensación de que «lo están consiguiendo», que les permite continuar con sus propios sueños de grandeza.

Aunque nos parezcan niños que escriben sobre quimeras y fantasías, en realidad son jóvenes adultos que intentan encontrar su camino y su poder. Cuando escuchemos, hemos de prestar atención a eso. Cuando hablemos, hablémosles de grandeza y hagámoslo con inteligencia. Cuando organicemos, hagámoslo de forma limpia, sincera, poniéndoles límites que comprendan y que mantengamos. Eso es el respeto. Eso lo entienden y a eso responderán.

* * *

Ha llegado el momento de oír hablar a los niños de la clase de Justine sobre lo que ven por sí mismos. Ella pidió a sus alumnos que escribieran un texto breve sobre lo que querían ser y lo que querían hacer en el futuro.

Que el lector se pregunte si a los nueve años pensaba en llegar a ser un filántropo. Probablemente no. Analicemos el dilema de los sueños de los niños normales y la evidente tendencia de los índigo a ser «pacificadores». Un niño no puede decidirse entre el baloncesto y la pediatría. ¡Muy fácil! Decide que quiere ser un pediatra para jugadores de baloncesto.

Hemos eliminado las faltas de ortografía para facilitar la lectura, pero hemos dejado tal cual la gramática.

21 FUTUROS PRECIOSOS

De los alumnos

JUSTINE: Estos son textos escritos el veintitrés de enero de 2001. La pregunta que se planteó a los alumnos giraba en torno a las cuestiones de unos días nuevos, un comienzo nuevo y qué hacer y ser en esta vida, a partir de hoy mismo. Adoro a estos jovencitos y este trabajo.

ESTUDIANTE 1

Lo que quiero hacer con mi vida es ser médico. O podría ser maestro. Quiero ayudar a los demás. Quiero ser una persona que pueda ser útil. Las cosas en las que destaco son cosas de la escuela como los deberes, las matemáticas y un poco de historia. Lo que quiero trabajar es mi personalidad. Quiero ser una buena persona para todos y a veces pienso en qué puedo hacer para que el mundo sea mejor.

ESTUDIANTE 2

Cuando sea mayor, voy a ser presidente y a dar dinero a los pobres y a hacer la paz en la Tierra y no dejar que desparramen la basura, para hacer de este mundo un planeta mejor.

ESTUDIANTE 3

Quiero aprovechar mi vida y conseguir la mejor educación que pueda. Quiero ser poli cuando sea mayor, porque quiero ser igual que mi abuelo. Y quiero ser papá. Quiero ser una buena persona, que ayude a mucha gente. Quiero ser la mejor persona que pueda ser. Soy bueno en matemáticas, trato de no pelearme con nadie. Y también soy bueno para cuidar a mi hermanita.

ESTUDIANTE 4

Me gustaría publicar un libro o trabajar en una buena carrera, en algún lugar donde nadie me grite. Quiero ser una persona agradable y respetuosa o alguien que trabaje con otras personas. Alguien que brinde oportunidades o segundas oportunidades. Soy bueno para hacer barcos de papel o para hacer copos de nieve de papel. Quisiera ocuparme de mi salud, seguir mejor y no enfermar.

ESTUDIANTE 5

Cuando sea mayor, me gustaría ayudar a los demás a hacer realidad sus sueños. Además, pondría una sonrisa en cada cara. También me gustaría que todo el mundo estuviera de acuerdo.

Si pudiera decirles a todos que votaran, porque su palabra también cuenta. Me gustaría que todos se sintieran iguales. Me gustaría que todos tuvieran una buena jubilación. También quiero ser policía. Quisiera ser un caballero agradable.

ESTUDIANTE 6 (¡un chaval organizado!)

Cada día es una nueva vida. Voy a hacer lo siguiente cada día:

1. Ser una persona que se pone de pie y trata de hacer algo agradable.
2. En clase, soy bueno en matemáticas / ortografía.
3. Quiero trabajar en una escuela y hablar de mí, decir algo así como: «Me gustan los animales y las matemáticas».
4. Quiero comenzar un nuevo día bueno y darle los buenos días a todos.
5. Cuando sea mayor, voy a ser maestro o sustituto.
6. Soy bueno para escribir y jugar / sonreír con mis amigos.
7. Me gusta hacer algunas cosas que son muy divertidas en el recreo.
8. Comienzo algo nuevo y es que voy a la casa de mi amigo todos los días, después de la escuela.

ESTUDIANTE 7

Lo primero que voy a hacer es esto: quiero ayudar a los demás. Lo segundo que voy a hacer es esto: si alguna vez me olvido de hacer los deberes, decirle la verdad a la señorita Turner. Lo tercero que voy a hacer es esto: voy a ayudar a mi hermana, mamá, papá o mi prima. Lo cuarto que voy a hacer es esto: quiero estudiar para ser patinador o maestro. Quiero hacer bien las cosas. Quiero ser una buena persona que no grite. Quiero ser artista. Quiero ayudar a todo el mundo. Quiero ser bueno.

ESTUDIANTE 8 (Este niño se merece una suscripción a *Mundo animal* ahora mismo.)

Sueño con llegar a ser algún día ayudante de un veterinario. Me gustaría cuidar perros, gatos, cerdos y todo tipo de animales. Me gustaría ver distintos tipos de animales. Me gustaría hacer que los animales se sintieran mejor, lo mejor posible. Me encanta África y allí están la mayoría de los animales. Si los animales están malheridos, quisiera estar allí. Ayudaría a cualquiera que fuera veterinario. Los animales me gustan mucho.

ESTUDIANTE 9

Quiero aprovechar mi vida y tener una buena educación. Así lo que no conseguí antes, si tengo otra oportunidad, y presto más atención y así sé cómo aprovecharlo. Así podría conseguir un buen empleo que me guste. Quiero ser pediatra o pediatra de baloncesto, porque me gusta ayudar a los demás. El baloncesto, porque me gusta tirar al aro. Me parece que soy más libre jugando. Quiero ser una persona más responsable o servicial del mundo. Se me da bien ayudar a los demás, jugar al baloncesto y hacer los deberes. Quisiera dedicarme a ser más amable con mis compañeros o con los demás y dedicar tiempo a leer y escribir con más cuidado.

ESTUDIANTE 10 (hasta hizo dibujos alrededor de toda la hoja)

Con mi nueva vida, quisiera ser presidente. Daría de comer a los pobres y a los que tienen hambre. Les daría una casa donde vivir. Me gustaría ser amable con todo el mundo. Lo que se me da bien es ser amable con todo el mundo. Tengo que averiguar cómo se hace para ser presidente. Quiero ser estupendo.

ESTUDIANTE 11

Esta es mi vida. Lo que quiero hacer con ella es saber que podría hacer cualquier cosa con mi vida, si me lo propongo. El tipo de persona que me gustaría ser es el tipo de persona que se preocupa y podría ocuparse de mis responsabilidades. Me parece que sirvo como animadora, porque voy a clases y realmente me alaban mucho. Para lo que creo que no sirvo es para elegir lo que me voy a poner cada día para ir a clase.

ESTUDIANTE 12

Quiero esforzarme mucho en la escuela o tratar de ser presidente de México, para que llegue a ser un lugar mejor. Soy bueno en fútbol, correr carreras y con el skate. Quiero ser mejor y más listo, porque mi papá quiere que me esfuerce más. No quiero gritar mucho, porque me hace parecer malo. Quiero ser mejor en cosas como la escuela y los deportes. Quiero ser buena persona y, de mayor, quiero ser asesor para ayudar a los demás.

ESTUDIANTE 13

Quiero ir al instituto y sacar buenas notas para poder ser oficial de policía. Sólo quiero poner multas a las personas malas, como si secuestraran a un niño pequeño o a una niña pequeña y descubriéramos quién era el secuestrador. Espero que no me maten como al oficial de policía, pero no recuerdo su nombre. Soy un poco bueno conduciendo, aunque a veces choco. Quiero aprender a conducir más. Y a manejar armas, cuando crezca. Quiero ser oficial de policía porque quiero ayudar a la gente que se está muriendo y meter en la cárcel a quien secuestre a un niño o una niña.

ESTUDIANTE 14

Quiero ayudar a las personas que están deprimidas y quiero ser rica. Quiero ser muy lista. Quiero que Martin Luther King esté vivo todavía. Quiero que las personas de todo el mundo se den la mano y miren a esa persona a los ojos y le digan: «Eres mi hermana». Quiero ser amiga de todo el mundo. Quiero que mi mamá sea feliz.

ESTUDIANTE 15

Quiero ser alguien que ayude a los demás cuando lo necesiten. Todavía quiero ir a la escuela. Quiero aprender más historia. Quiero practicar más ortografía. Quiero hacer matemáticas. Quiero ir a la universidad para conseguir un trabajo mejor y cuidar de mi familia. Soy bueno jugando al *foursquare*. También hago bien mis deberes, aunque me olvide de llevarlos a la escuela.

ESTUDIANTE 16

Me esforzaría al máximo en los estudios. Acabaría el instituto en tres años. Iría a ver a la señorita Turner. Sería piloto de un caza. Compraría un perro. Quiero estudiar biología marina. Sería el mejor amigo de Cesar y de Richard. Acabaría mis deberes. Conseguiría una mancha para el leopardo. (Se refiere a un premio que se da en la clase a los que trabajan bien.)

ESTUDIANTE 17

Lo que yo haría con mi vida: daré clases o seré jugador de baloncesto profesional. Quiero ser alguien que participe en la iglesia. Me va bien en asignaturas de la escuela, en los juegos y en los deportes. Quiero esforzarme para ser más hábil e incluso mejor en baloncesto. También pienso que debería esforzarme para mejorar la letra. Lo digo todos los años y siempre mejora un poquito.

ESTUDIANTE 18

Quisiera esforzarme más para trabajar con mi grupo de música y como modelo. Tratar de hacerme rico para poder comprar mi propia tierra y mis propias máquinas y voy a tener seguridad y mi propia piscina particular y mi propia sala de fiestas, sólo para chavales, y ser una persona simpática y amable. E

ESTUDIANTE 19

Quisiera ser presidente y cambiaría el mundo, haciendo leyes nuevas. Y subiría las multas y nada de guerras, porque muere gente.

ESTUDIANTE 20

Hoy voy a comenzar una nueva vida. Quisiera ser una persona que ayude a los demás y los trate como quiere que la traten. Quiero ser agradable. Y quiero ser inteligente y las cosas en las que voy a esforzarme son mis habilidades con los demás. Lo que me gustaría hacer de mi vida es ser lo más servicial que pueda, ir al instituto y triunfar como cantante y bailarín y, cuando me jubile, trabajaré como voluntario para la comunidad.

ESTUDIANTE 21

Quiero tomar las decisiones adecuadas sobre lo que hay que hacer. Quiero ser una persona capaz de cambiar la vida de los demás, para que dejen de estar tristes y estén contentos y felices. Quiero ser capaz de demostrar a todo el mundo que cada uno puede ser lo que quiera ser y que uno puede hacer lo que quiera hacer. Se me da bien la limpieza. Se me da bien el canto. Se me dan bien muchas cosas pequeñas y un par de cosas importantes, aunque en realidad sólo me encanta hacer un par de cosas en las que soy realmente bueno, y que son ayudar a los demás y cantar. Las cosas que quiero esforzarme en cambiar son la expresión de mis sentimientos y comunicar mi tristeza a los demás cuando estoy mal. Pero quiero seguir siendo igual en todo lo demás, porque me gusta cómo soy. Mi decisión para el año nuevo es procurar aprender mejor y prestar atención a la maestra. Quisiera ser jugador de fútbol profesional. No quiero enfadarme siempre con alguien. Quiero dedicar más tiempo a mi familia. Cuando sea mayor, quiero ser empresario.

* * *

Hemos ofrecido al lector tan sólo algunos de los pensamientos que manifestaron los estudiantes en los textos anteriores. Lo que no pudimos enseñar fueron la letra (buena o mala), los dibujos garabateados en torno a las palabras y las diferencias evidentes en el nivel de aprendizaje. Algunos alumnos tenían una ortografía perfecta; en cambio a otros les costó mucho. Pero los sueños eran parecidos.

Pero sobre todo no pudimos enseñar el lector algo muy personal: las respuestas de Justine Turner, la maestra que formuló las preguntas, que escribió sus comentarios en cada una de las hojitas de papel que le entregaron sus alumnos. Como tantos otros maestros abnegados, era evidente que era una gran psicóloga, madre y educadora, todo en uno. Felicitó a los niños (sin tener en cuenta las faltas de ortografía ni las de gramática). Era un ejercicio sobre los sueños y la imaginación, de modo que evaluó lo bien que captaron el concepto de compartirlos personalmente. Les dio una palmadita en la espalda y escribió cosas como: «¡Estupendo!» y «No dejes de venir a verme cuando seas mayor». Justine es el tipo de maestro que uno recuerda toda la vida.

* * *

Hemos prometido al lector una poesía. Esta fue escrita por Jenny Marrs, madre de un niño índigo con síndrome de Down. Creo que el lector podrá captar la sabiduría tanto del índigo como de su madre.

EL EXTRA QUE HAY DENTRO

Jenny Marrs

Cada célula tiene un cromosoma de más, eso dicen,
Y lo único que ven es que «habrá un retraso».
Un retraso en el desarrollo: «No aprenderá a andar hasta los dos años».
Un retraso en el habla: «Hablará poco.»
Un retraso en el aprendizaje: «¿Aprenderá a leer y a escribir?»
El futuro previsto no era muy halagüeño.
Pero él demostró que estaban equivocados en todas estas cosas,
Aunque eso no es nada en comparación con el mensaje que trae.
De bebé, tenía tal aura de amor,
Que el afecto de su corazón tenía que proceder de lo alto.
Su abuela nos dijo una vez: «Me siento misteriosamente atraída

Hacia el amor tan especial que procede de John».
 ¿A quién veía él en ese punto de su habitación?
 Cuando reía y susurraba, sólo me lo puedo imaginar:
 ¿Estaba hablando con ángeles, lo hacían feliz?
 ¿Ya estaban guiando a este bebé?
 ¿Lo llenaban de compasión y le daban el don
 De saber por intuición cuándo uno necesita que le levanten el ánimo?
 Lo he visto tantas veces entrar en una habitación
 Trayendo consigo el sol y la felicidad, donde antes había melancolía.
 Tiene el corazón totalmente abierto. Es auténtico. Es sincero.
 Tiene un encanto y una dulzura que casi no pasan desapercibidos.
 Un desconocido me dijo una vez: «Los niños pierden las alas
 A los siete años, más o menos, se dedican a cosas más mundanas».
 Dijo que mi hijo tiene un plan mucho mejor,
 Porque conservará las alas y está tocado por la mano de Dios.
 Sigue aprendiendo y creciendo, pero está más cerca que la mayoría
 De alcanzar la perfección divina, y sin embargo lo diagnosticamos a él.
 ¿No será que a nosotros nos falta ese cromosoma
 Y la sabiduría que nos conduce a nuestro hogar celestial?
 John se esfuerza tanto por aprender todas las cosas del mundo,
 Lee y escribe, le encanta la escuela y canta.
 Habla bastante bien, aunque sigue siendo hombre de pocas palabras
 Porque sólo en el silencio se escucha la voz de Dios.
 De modo que siéntate a sus pies y escucha, si te atreves,
 Porque este niño tiene tanta sabiduría para compartir.

* * *

*"Un niño pequeño y vital no conoce límites para su voluntad, y esa es la única realidad para él.
 No es que quiera, desde el principio, enfrentarse a otras voluntades, sino que simplemente no existen para él.
 Como el artista, sale adelante hacia la obra de creación, en su gloriosa soledad.»*

Jane Harrison, humanista inglesa, especializada en los clásicos¹

LOS ÍNDIGO ESPIRITUALES

Hemos dicho en el primer libro sobre los niños índigo que muestran mucho interés por Dios; y no sólo eso, sino que dijimos también que eran muy sensibles a la energía, que veían y sentían cosas insólitas y que tenían opiniones sobre lo que podía ser Dios y también sobre quiénes podían ser ellos (los niños). En este capítulo vamos a combinar las dos cosas, junto con algo de misterio y de miedo.

¿Es posible que hayamos tenido una vida anterior? Puede que sólo esté en nuestra imaginación. Justo antes del cambio de milenio, las revistas de difusión nacional publicaron muchos artículos sobre religión. Como parecía que estaban a punto de cumplirse las profecías del Apocalipsis, aparecieron un montón de informes analíticos e informativos sobre la opinión que tenían acerca de la tierra las religiones principales. Se afirmó que el "85 por 100 de la población mundial cree en la otra vida» (hay que tener en cuenta los millones de personas que practican el islamismo, el hinduismo y el budismo). Sin embargo, nuestras propias observaciones nos demuestran que, si bien puede que esto sea cierto, la mayoría no cree en una vida anterior, en particular los que proceden de culturas occidentales.

Para nosotros, como maestros metafísicos, eso no tiene demasiado sentido espiritual. Se supone que, de alguna manera, mediante el nacimiento biológico, uno consigue un alma inmortal. Antes uno no existía y, de repente, vive «para siempre». Si realmente estábamos vivos antes, dudamos de que alguna vez podamos probarlo, como tampoco nadie puede demostrar lo contrario. Demostrar conceptos como el cielo y el infierno pertenece a la misma categoría, y hasta el Papa se metió en el asunto el año pasado y los definió diciendo que no eran reales (www.vatican.va). Como no somos evangélicos, no le pedimos al lector que lo crea, sino que sigue siendo un misterio espiritual que sólo Dios conoce... ¿o puede que los índigo también? En otras palabras, nunca nadie nos lo va a dar resuelto, pero podemos pensar en ello y decidir por nosotros mismos. El poder de decisión espiritual es el máximo privilegio de todo ser humano. Hace falta mucha pureza de intenciones para preguntarle a Dios lo que es adecuado y lo que no lo es, algo que es muy personal y que se conoce con el corazón.

Lo interesante que está ocurriendo ahora es que los niños índigo de todo el mundo hablan con sus padres de quiénes eran antes. Es un hecho tan difundido que se ha convertido en tema habitual de análisis en los seminarios y conferencias a los que asistimos. Ocurre mucho antes de que se haya podido exponer a los niños a cualquier tipo de dogma sobre una vida anterior, y por lo general justo después de que aprendan a hablar. Como ya hemos dicho, a muchos padres los intimidan ese tipo de conversaciones y llevan a sus hijos a los sacerdotes o a otras personas de su iglesia para que les ayuden a sacarles «el demonio» de dentro.

Si el sistema de creencias del lector realmente no está en armonía con esta cuestión de las vidas pasadas, le recomendamos lo siguiente: que no tema ni por sus hijos ni por sí mismo. No están poseídos. Tiene que aceptarlos con paciencia, aunque no crea lo que dicen. Los padres cuentan que los niños suelen dejar de mantener conversaciones de esta índole cuando tienen entre ocho y diez años. No hay que menospreciarlos ni decirles que están equivocados, porque lo único que se consigue es alejarse de ellos. Conviene llevarlos a la iglesia que uno elija y observar cómo disfrutan con la experiencia. Estos niños son muy maduros espiritualmente y a muchos les apetecerá mucho ir a la iglesia. Sentirán el amor en la congregación y se sentirán cómodos con la sensación de formar parte de algo espiritualmente profundo para todos, algo que para ellos se parece mucho a estar en «casa».

Algunos padres que no van a la iglesia (ni a la sinagoga ni a ningún otro lugar de culto) nos han dicho que sus hijos quieren hacerlo, de modo que los han llevado a recorrer las iglesias de su barrio, cuando alcanzaron cierta edad. Todos los domingos (o los sábados, según los casos), visitan un lugar de culto diferente. Los niños permanecen sentados durante el oficio religioso y observan y «sienten». Al cabo de unas cuantas semanas, los padres les piden a los hijos que decidan adónde quieren ir.

Nos parece que esta es la situación de mayor consideración que conocemos en relación con los índigo, porque respeta su capacidad de discernimiento y les brinda libertad de elección. No los introduce por la fuerza dentro del molde religioso al que pertenecen sus padres (o tal vez los padres de sus padres), sino que es un ejemplo magnífico de cómo deben ser los padres de los índigo. Y ya puede creernos el lector, que los niños responden de manera muy positiva. Claro que lo que no hemos dicho aquí es que los adultos también acuden a la iglesia con los niños, hasta que estos tienen edad suficiente para dejarlos allí solos y pasarlos a recoger. No obstante, a la mayoría de los adultos la experiencia les ha resultado muy satisfactoria y los ha vinculado más con sus hijos. Además, suelen nacer muy buenas amistades en esos encuentros.

Los niños espirituales son grandes fanáticos de Dios, lo cual no es una afirmación negativa sino un hecho. Se sienten próximos a la energía divina y suelen hablar de ella. Si les dejan, incluso son capaces de crear su propia iglesia, si la de sus padres no les satisface. Les molestan las creencias espirituales ilógicas y las personas que dicen una cosa y hacen otra. Captan la energía del engaño y se dan cuenta cuándo una persona está desequilibrada. Esperan que los adultos sean íntegros y reaccionan cuando no lo son. Incluso en Oriente Medio, donde los niños viven en campamentos donde les enseñan a «combatir en nombre de Dios», reaccionan ante la falta de integridad de los adultos. No hay

ninguna norma que diga que los índigo van a pensar de una manera o de otra. Por el contrario, notamos que responden a la «palabra de Dios» con más profundidad que ninguno de nosotros a su edad. Nancy Tappe, la primera mujer que habló de los niños índigo, nos cuenta algo más sobre la psicología de este fenómeno en otro capítulo.

Desde que nacen hasta los ocho años, aproximadamente, de la boca de los índigo salen comentarios muy profundos sobre Dios y la humanidad. A veces ven ángeles o amigos mágicos (a propósito, por lo que nos cuentan los padres, dicen los niños que lo mismo ocurre con algunos de sus animales domésticos), lo cual difiere de nuestras propias fantasías como niños, como demuestran numerosos psicólogos infantiles. En nuestra época, veíamos lo que nos sugerían la televisión y el cine. Nuestros amigos eran Peter Pan o el hada Campanilla, en cambio estos niños no tienen ningún modelo para lo que nos cuentan. No es algo de este mundo ni está (todavía) en el cine ni en la televisión.

En una época en la que los físicos informan que el centro de toda la materia tiene por lo menos once dimensiones (de las cuales sólo "vemos" cuatro, según la llamada teoría de cuerdas), ¿no es concebible que haya un mayor universo invisible «allí fuera» y que nos acompañen algunos trozos de divinidad interdimensional? De pronto, la ciencia admite que no podemos verlo todo y que puede haber muchas más cosas que ver. ¿Existen los ángeles? ¿Es posible que los niños puedan ver de forma interdimensional durante los primeros años de su vida, tal vez simplemente porque estuvieron «allí» hace pocos años? ¿Qué pasa con sus experiencias previas al nacimiento?

No es este un foro en el cual vayamos a responder a esas preguntas. Por el contrario, hablaremos aquí de lo que los niños han dicho o experimentado. Después, el lector podrá reflexionar por sí mismo sobre esas cuestiones universales. ¿No es interesante que los niños puedan ser la clave para mostrarnos la verdad divina? «Por boca de los niños...» empieza a ser una frase más profunda que nunca.

¿Qué conseguimos cuando le preguntamos a los niños acerca de Dios? Cuando Kathryn Hutson le preguntó a su hijo de cuatro años (en una grabación) «¿Qué es Dios?», esta fue su respuesta: «Una inmensa bola luminosa de la que salen pinchos; lo toca todo y te hace sentir bien». (Todavía conserva la cinta.) Brian Coleman iba caminando un día por la playa con su hijo Davis y se fijaron en cómo el sol atravesaba las nubes y resplandecía sobre el agua.

Davis le preguntó a su papá:

-¿Sabes cómo llamo a esos puntos que hay en el agua?

-¿Cómo? -preguntó Brian.

-Los llamo «puntos de Dios».

-Vaya. ¿Y para qué sirven esos puntos de Dios?

-Cuando la gente muere, esos rayos de luz son como ascensores que vuelven a llevar el alma al cielo.

Observe el lector que el niño dijo «vuelven a llevar... al cielo», como si la vida en la Tierra fuera una interrupción de la vida celestial.

* * *

¿Y qué me dice el lector de un niño que realmente trata de averiguar lo que ocurrió antes de que él llegara? Joanne Wisor nos habla de Greg, que tiene cuatro años.

UN ÁNGEL LLAMADO ROBERT

Joanne Wisor

Tenemos un índigo que ahora tiene nueve años. Greg siempre ha hablado de que veía ángeles. Los ha descrito de distintos colores y ha dicho que incluso se convierten en animales y en aves, como halcones y águilas, cuando él se encuentra solo en su habitación. Cuando vamos en el coche, a veces dice cosas como: «Mamá, viene un ángel marrón en el coche con nosotros».

Cuando Greg tenía cuatro años, se bajó de la cama una noche (el típico truco para retrasar la hora de ir a la cama) y me contó una historia sobre un ángel que lo cuidaba antes de que naciera. Hasta me dijo su nombre. Pero cuando más tarde se lo conté a mi esposo, no pude recordarlo.

Unos seis meses después, nos contó a los dos exactamente la misma historia, otra vez. En cuanto dijo el nombre, lo recordé. Dijo que un ángel llamado Robert Stoben lo había cuidado antes de nacer. Dijo que Robert le había contado que él (Robert) había muerto en un accidente automovilístico cuando iba a visitar a sus abuelos. Nos dijo que Robert lo había acompañado hasta que llegó el momento en que tenía que venir, de modo que se metió en mi sangre y se quedó en mi barriga hasta que el doctor me cortó y lo sacó. (Me hicieron una cesárea, pero no creo que él lo supiera, ni qué era.)

Cada vez habla menos de esas cosas, a medida que se hace mayor, pero de vez en cuando se abre y nos cuenta más acerca de lo que ve. Nunca lo presiono, porque quiero que lo que tenga que decir sea puro. Trato de mantener la puerta abierta, se puede decir, y trato de responder al centenar de preguntas que hace por día (¡qué le vamos a hacer!) lo mejor que puedo. ¡Algunas son de lo más extraordinarias! Una vez me preguntó: «Mamá, hace mucho tiempo, cuando la gente tenía coches como los de los

Picapedras, ¿hablaban en inglés?» Como el lector se puede imaginar, no tengo oportunidad de aburrirme en esta casa.

* * *

Como ya hemos dicho, los niños índigo a menudo «ven» perfectamente nuestro interior. Muchos padres han escrito al respecto. Aquí tenemos a una madre que compara lo que ha ocurrido con su hijo de dos años y medio con una experiencia espiritual. A veces, los niños nos hacen eso.

CAPTAR LOS SENTIMIENTOS AUTÉNTICOS

Monique LeBlanc

Rémi tenía alrededor de dos años y medio cuando me preguntó un día:

-Mamá, ¿estás enfadada?

-No, no estoy enfadada -le respondí con calma.

Repitió la misma pregunta dos veces y cada vez insistí en que no lo estaba.

Unos días después volvió a preguntarme si estaba enfadada y volví a decirle que no lo estaba. La segunda vez que repitió la pregunta, pensé para mis adentros: «¿Por qué me lo pregunta tantas veces? ¿Acaso ve o siente algo que yo no veo?» Me parecía extraño que se repitiera la misma situación.

Como me esfuerzo en educar a mi hijo con la máxima honestidad de la que soy capaz, sabía que tenía que dar buen ejemplo, de modo que busqué en mi interior para averiguar qué sentía. Mi corazón estaba inquieto. Sentía como si se estuviera librando en mi interior una batalla o una tormenta, y la agitación me aporreaba las paredes del corazón. Racionalicé: «Es imposible que sienta lo que ocurre dentro de mí, porque hacia fuera mantengo el control. Tengo la voz tranquila y no manifiesto ninguna impaciencia.»

Como soy extravertida, había aprendido, hasta ese momento, a reprimir algunas de mis manifestaciones externas de ira. Era capaz de controlar el tono de mi voz y también de prestar atención a mis palabras, lo cual me parecía una verdadera hazaña. Pero entonces el interrogatorio de mi hijo me dejó perpleja. Todo eso me pasó por la mente en los segundos que siguieron después de que mi hijo me preguntara por segunda vez si estaba enfadada. Me di cuenta de que lo había negado tres veces, la primera vez que me había interrogado, hacía pocos días, y me sentí como el apóstol Pedro, cuando había negado tres veces a su maestro, Jesucristo. No quise hacer lo mismo. Confrontando el deseo de ser honesta conmigo misma, me agaché, lo miré a los ojos y reconocí: «Rémi, tienes razón. El corazón de mamá está inquieto y estoy enfadada por dentro, pero no contigo, mi amor. Te quiero.» Entonces lo abracé y mi corazón se llenó de amor.

Me asombró la perspicacia de ese crío de treinta meses que podía ver en mi interior y detectar mis sentimientos ocultos. Me di cuenta de que me había guiado para mirar dentro de mí y ponerme en contacto con mis sentimientos. Di gracias a Dios por haber hecho que ese niño entrara en mi vida. Supe en mi

interior que ese niño, a pesar de no ser de mi propia sangre, porque lo adoptamos cuando tenía once días, estaba hecho para estar con nosotros y que nos habían «contratado para ello. Comprendí verdaderamente que ser padres es tanto una experiencia de aprendizaje como una relación de enseñanza. Mi corazón quedó muy agradecido por esa experiencia, que me conmovió hasta las lágrimas, y disfruté del momento.

* * *

Seguro que algún lector piensa: «No me lo creo... en realidad, esas son cosas para los que creen en fenómenos paranormales... para chalados y esotéricos. Nadie en su sano juicio puede creer una cosa así.»

En ese caso, en todo el mundo los educadores y los padres están perdiendo el juicio. La experiencia con los índigo, por misteriosa que parezca, se está dando con la misma frecuencia en los círculos profesionales que en los más esotéricos, porque es un fenómeno universal.

* * *

Queremos que el lector conozca a Constance Snow, una abogada de Florida que está escribiendo un libro titulado *How to Bring a Lawsuit with Love* (algo así como *Cómo demandar con amor*). ¿A que al lector jamás se le ocurrió que vería un profundo cambio de conciencia en el derecho? Es un buen comienzo. Constante conoce personalmente a algunos niños índigo y ha entrevistado a familiares de índigos para reunir información sobre casos reales.

Da charlas y dirige talleres, y utiliza elementos tanto jurídicos como espirituales en sus presentaciones. Pensamos que al lector le interesaría conocer a alguien que tiene una profesión que exige un pensamiento claro, lógico y conciso... que no tiene nada de chalada.

LOS NIÑOS ÍNDIGO

Constance Snow

Para los padres de los índigo, criarlos suele ser una tarea difícil. El motivo de esa dificultad es que ellos, los índigo, no se ajustan a las normas habituales según las cuales fueron adoctrinados sus padres. Además, no resulta fácil controlarlos mediante la vergüenza, la culpa, los límites físicos o el castigo. Por consiguiente, se diría que confrontan su «voluntad» con la de sus padres y otras formas de autoridad. Ya sabemos que no pretenden ser «testarudos» como una forma de imponer su propio ego; simplemente hacen valer lo que saben que es su propia verdad como seres vivos.

Como son niños, hay que guiarlos. Conviene reparar en que la misión de los padres en tal caso consiste en guiar, más que en controlar. Cuando se los reconoce, se los apoya y se los nutre, estos niños pueden brindar la máxima felicidad a sus familias. De lo contrario, son capaces de hacer reafirmaciones sin precedentes y poner a prueba constantemente la autoridad de sus padres.

Puesto que los índigo poseen una sabiduría a menudo superior a la de sus padres, puede que se comuniquen con mayor facilidad con los miembros de más edad de la familia, como los abuelos. Es posible que los padres se den cuenta de cómo tratar con eficacia a estos niños extraordinarios cuando encajan los consejos de sus propios padres. A través de los índigo, los abuelos comenzarán a ser mucho más reverenciados como sabios asesores dentro de la familia y la sociedad.

Cuando los padres y los abuelos se dan cuenta de que han engendrado un índigo, lo mejor que pueden hacer es honrar al niño con gran amor y respeto, como si fuera un Niño Jesús, y después encomendarse al apoyo y el cultivo de la verdad del Ser que hay dentro del cuerpo del niño. Han de convertirse en el inteligente administrador de ese niño índigo poderoso y querido. Aceptar al índigo por lo que es, en particular cuando se enfrenta a turbulencias dentro del proceso educativo, exige convicción por parte del adulto. El padre o la madre deben estar convencidos, en cuerpo y alma, de que guiar al niño índigo tiene la máxima importancia y que es una responsabilidad que ha de asumir con alegría.

Aportar sencillez y relajación al proceso proporcionará una atmósfera más sencilla, en la cual disfrutar de las actividades cotidianas de la vida familiar. Conviene prestar poca o ninguna atención a las circunstancias desagradables y concentrarse en la verdad de lo que uno reconoce, que es la alegría de contribuir al proceso evolutivo de la raza humana, criando a un ser humano espléndido y poderoso con amor, compasión y paz.

Los niños índigo son sumamente sensibles a la energía y son capaces de percibir vibraciones desde muy lejos. Si los factores de la sociedad dominante pretenden diagnosticar y etiquetar a nuestro hijo de una manera poco aceptable (por ejemplo, diciendo que tiene problemas de falta de atención o de hiperactividad), conviene estar muy versados en el tema, buscar la clave para el método de aprendizaje y la creatividad del niño y tratar de que lo revisen según consideraciones de salud alternativas, sobre todo el tratamiento de hipersensibilidad (alergia) a sustancias alimenticias y medioambientales comunes. Hay que recordar también que nuestras emociones y nuestro estrés crean vibraciones que pueden desencadenar reacciones de hipersensibilidad en nuestro hijo.

* * *

Presentamos otra anécdota, esta vez de una educadora sudafricana. Pues sí, la experiencia de los índigo tiene alcance mundial. Gabby van Heerden es una de esas personas que cree ser índigo, a pesar de haber nacido en 1970. Nos ha contado detalles de su vida y no cabe duda de que lo parece. En este libro vamos a incluir un capítulo sobre los «índigo mayores», que demuestra que Gabby no es la única que se siente así. Le apasiona comprender a los índigo actuales y ocuparse de ellos lo mejor que puede.

Gabby comparte la clase con esos niños, a menudo muchas horas al día. Escuchemos lo que tiene que decirnos esta educadora sobre las decisiones, la manera de tratar a los índigo y, pues sí, incluso sobre los ángeles y la energía.

DE UNA EDUCADORA SUDAFRICANA

Gabby van Heerden

Acabo de concluir la lectura de su libro y, como siempre, doy gracias al Universo por enviarme la información correcta en el momento adecuado. ¡Tantas cosas han encajado en su sitio!

El motivo por el cual les cuento la historia de mi vida es que los acontecimientos me han conducido hasta convertirme en educadora. Me opuse con energía, porque aborrecía la escuela. Pasé tres años en el instituto, detestándolo tanto como a la escuela, pero al cuarto decidí especializarme en la enseñanza de las artes plásticas. Fue como si todo cobrara sentido.

En nuestro rígido sistema educativo, yo no tenía cabida, ni tampoco los niños con los que trabajaría. La enseñanza de las artes plásticas me abrió toda una serie nueva de posibilidades y pude comprender en qué podía consistir realmente la educación. Comprendí por qué estaba haciendo lo que hacía y valoré la libertad que me proporcionaba, a mí y a mis alumnos.

Aquí es, en realidad, donde comienza mi historia. Tengo la suerte de dar clases de arte en Ciudad del Cabo, en un lugar llamado el Centro de Arte y Diseño Frank Joubert. Enseñamos artes plásticas desde preescolar hasta el final del bachillerato y también damos cursos para maestros y para otros adultos.

Al leer su libro, me di cuenta de la cantidad de niños índigo que han pasado por mi vida y de la suerte que he tenido de conocerlos. Como maestra, soy una «rompe-sistemas» y nunca he encajado dentro del modelo de enseñanza establecido. Por consiguiente, creo que he atraído a esos niños que también son «rompe-sistemas» por derecho propio, que son los niños que necesitan que se los trate como adultos. Cometí el error de llamar «mis bebés», una vez, a mi clase de niños. Un niño me miró y dijo: «Hace mucho que he dejado de ser un bebé». Había vidas enteras en sus ojos y, me disculpé enseguida.

También tuve la suerte de que me enviaran a una índigo llamada Patricia, que ahora tiene seis años y, durante los cuatro primeros años de su vida, asistió a una escuela para niños autistas. Ahora se ha incorporado al sistema dominante y lleva algo más de un año en mi clase de arte. Patricia posee la sabiduría de años y sólo hace algo cuando le encuentra sentido. A menudo prefiere estar sola, pero con frecuencia se coloca cerca de un niño que necesita algún tipo de apoyo. Por consiguiente, no suele estar dos veces en el mismo lugar y es raro que se siente con el mismo grupo de niños. A menudo la veo comunicarse con los ángeles en un mundo propio. Valoro y respeto su independencia y su inquebrantable convicción de estar exactamente donde tiene que estar. La compadezco muchísimo cuando pienso que tiene que pasar por un sistema escolar tan rígido como el nuestro (aunque está cambiando), pero sé que está enseñando muchas cosas a los maestros y también a los demás niños.

Mis índigo hablan con frecuencia acerca de sus ángeles o de otros seres con toda naturalidad. A menudo los dejo pintar o dibujar a sus ángeles o sus amigos, y me suelo quedar perpleja ante la belleza y la minuciosidad de esos dibujos.

La clase de artes plásticas es un lugar ideal para los índigo. Hay que elegir. Dentro de un marco básico, los niños tienen que decidir cómo dibujar y qué colores emplear. Las cosas no están bien o mal y la clase determina lo que iremos haciendo, de una semana a otra, la velocidad con que lo haremos y cuál será el proceso.

A medida que surgen, se habla de cuestiones espirituales y vitales, como si fueran acontecimientos de todos los días. A menudo descubro que esos niños comprenden las cuestiones espirituales mucho mejor que sus padres. A medida que he ido avanzando en mi propio camino espiritual, lo he comprendido mejor. Me resulta increíble la claridad con la cual comprenden esos niños los conceptos espirituales.

Trabajo con otros dos índigo, Mark y Bobbie. A los dos les han diagnosticado hiperactividad. A los padres de Bobbie les recomendaron que lo trataran con Ritalina, pero decidieron que no sería bueno para su hijo. Bobbie suele tener problemas con sus compañeros, porque tiene la capacidad de captar lo esencial en cualquier situación, lo cual suele resultar incómodo para los niños y los adultos que lo rodean, que preferirían no conocer la verdad. Parece muy cómodo con el hecho de ir siguiendo su propio camino, pero en ocasiones también parece arrastrar consigo mucha frustración, porque no encaja.

A Mark lo trataron con Ritalina, pero sus padres, sabiamente, han interrumpido el tratamiento y lo han cambiado a una escuela que trata mejor a los niños. También es un «rompe-sistemas» y con frecuencia aprendo mucho con él.

Siempre pongo música en mi clase, quemo aceites de aromaterapia y suelo tener piedras y cristales. No los uso de manera activa, pero dejo que los niños «jueguen con ellos. Cuando lo recuerdo, me doy cuenta de que muchos de los índigo se han sentido atraídos hacia las piedras y los cristales, o han pedido a los demás que guardaran silencio para poder escuchar la música. También son ellos los que se acercan para decirme que la música es espantosa y para pedirme que la cambie enseguida.

Suelo llevar colgado un cristal en torno al cuello, y alguno de mis alumnos ha venido a pedirme que se lo deje, si siente que necesita apoyo o si ha tenido un día difícil en la escuela. Mi crís tal suele ser lo primero que observan los índigo cuando entran en mi clase. Me parece que tener cerca piedras o cristales (que ellos mismos han elegido) ayuda a equilibrar y a centrar a un niño índigo.

Ojalá mis padres hubieran tenido este libro cuando yo era niña, si bien también ellos tuvieron la sabiduría de dejarme seguir mi propio camino, aunque no lo entendieran. Se lo he dejado a algunos colegas, para que podamos alcanzar una comprensión más amplia de nuestros niños.

* * *

Ahora que ya hemos entrado en el tema de lo sobrenatural con una abogada y una educadora, ha llegado el momento de escuchar a algunos padres. Prepárese el lector para escuchar a otro de esos «esotéricos».

ÍNDIGOS DEL OTRO LADO

Renee Weddle

Mi marido y yo no nos decidimos a tener hijos hasta que estuve cerca de los treinta. Nuestro hijo Jesse nació en agosto de 1987 y nuestra hija Mattea, en julio de 1990.

Jesse era un encanto de bebé. No lloraba casi nunca, era muy tranquilo y no le gustaba que lo tuvieran en brazos demasiado tiempo, ni siquiera de recién nacido. Si lo cogíamos mucho, se ponía a llorar hasta que lo metíamos en su cuna y nos marchábamos de la habitación. Muchas personas nos comentaron que eso era muy insólito, pero como yo no estaba acostumbrada a tratar con bebés, no me preocupaba demasiado.

Cuando tenía cuatro o cinco años, mi hijo me dijo que había sido rey en otro planeta, que había habido un terremoto, que se había golpeado la cabeza contra una roca y que su espíritu había caído en mi vientre. Cuando me lo dijo, a mí no me interesaba demasiado la cuestión espiritual, pero mi esposo y yo siempre habíamos pensado que queríamos ser abiertos con nuestros hijos, de modo que lo aceptamos.

En otra ocasión, mi hijo me dijo que no le parecía que su nombre fuera Jesse y que en su vida anterior se llamaba Thomas. A partir de entonces me puse a leer sobre la reencarnación. Muchas de las cosas que Jesse ha compartido conmigo me han hecho cambiar mi manera de concebir la vida y mi idea de Dios. Jesse tenía cinco o seis años cuando empezó a decirme que la gente de su antiguo planeta intentaba ponerse en contacto con él. Le pregunté si él podía hablar con ellos y me dijo que sí, y me enseñó cómo lo hacía. Simplemente cerraba los ojos y prestaba atención y después me decía lo que escuchaba. Doy por sentado que puede «leer» a las personas, pero, a medida que va entrando en la adolescencia, esa sensibilidad parece ir en aumento, a veces hasta el punto de producirle angustia.

Desde pequeño, a menudo Jesse podía leer nuestros pensamientos. Me da la impresión de que posee una sabiduría muy superior a su edad; a los cinco y seis años, trataba de resolver problemas mundiales, como el hambre y la vivienda para los que no tienen techo. Llegó un punto en que lo llevamos a un psicólogo infantil, porque se ponía demasiado serio y nos parecía que necesitaba entretenerse como los demás niños. A menudo decía cosas como: «Mamá, no te preocupes si no tenemos dinero, porque tenemos todo el oro del sol, que es lo único que nos hace falta».

Mattea nació empecinada y chillando. Incluso antes de nacer, cuando mi esposo, Ed, apoyaba la mano en mi vientre, se la pateaba. Era un bebé exigente y la situación no cambió a medida que fue creciendo. Cuando tenía dieciocho meses y le decíamos que tenía que recoger los juguetes, gritaba: «¡No!» y los arrojaba al otro lado de la habitación. Después de un Jesse tan tranquilo, con Mattea nos llevamos una gran sorpresa.

Cuando tenía tres o cuatro años, me preguntó si sabía por qué me había escogido como madre. Le dije que no (Jesse tenía seis o siete años por ese entonces, de modo que ya me estaba acostumbrando a no sorprenderme con nada de lo que dijeran). Mattea dijo: «He venido aquí para enseñarte a ser tonta y boba». Y lo ha hecho, ¡aunque sospecho que todavía no ha acabado!

Estábamos seguros de que Mattea debió de haber sido miembro de la realeza en alguna otra vida; elegía la ropa por el tacto (prefería todo lo que fuera sedoso) y no entendía que no pudiéramos comprarle algo porque era demasiado caro. Al despertar, por las mañanas, solía gritar desde su habitación: «Ya estoy despierta. Puedes traermelo el desayuno a la cama.» Aunque yo se lo llevaba una o dos veces al año, como algo especial, ella lo pedía todos los días y se enfadaba si no le hacía caso. Esperaba que le escogiera la ropa, la vistiera, la bañara, etc., bastante pasada la edad en que los niños suelen hacer esas cosas por sí mismos.

Por suerte, asistimos a la clase sobre cómo «Ser padres con amor y lógica», que ustedes recomendaban. Fuimos dos veces y nos ha resultado muy útil. Manea es una índigo que piensa que debemos estar a su entera disposición y, aunque ha mejorado con los años, ahora que tiene nueve sigue teniendo los mismos «aires». En realidad, no puede comprender por qué no podemos tener una criada o un ama de llaves y por qué tiene que ayudar en las tareas de la casa, ordenar su propia habitación y cosas así.

Mattea es absolutamente cariñosa, confiada y testaruda, lo cual constituye una combinación interesante. Cuando se enfada, su ira es palpable, pero lo mismo ocurre con su cariño y su atención, que se extienden a todos los seres vivos (parece tener más instinto maternal que yo).

Le preocupan mucho la igualdad y la justicia (y no sólo para sí misma) y tiene mucho cuidado de no herir los sentimientos de los demás... salvo cuando está furiosa: entonces es brutal. Se ex presa muy bien y me ha hecho saber, en varias ocasiones, en un ataque de furia, que lamentaba no haber «elegido» a otra madre. Ve y se comunica con hadas y con gnomos, y les construye lugares para jugar, al aire libre, y lugares para dormir, en su dormitorio. Desde muy pequeña, Mattea ha sido capaz de percibir cuándo alguien sufre, ya sea física o emocionalmente. En más de una ocasión, Ed o yo hemos sufrido algún tipo de dolor y nos hemos estado quietos, y ella se ha acercado y nos ha puesto la mano encima durante un rato y después ha preguntado si nos sentíamos mejor.

Podría seguir hablando horas y horas sobre mis hijos. Ejercen sobre mí una fascinación infinita. Cuando Ed y yo decidimos tener niños, no nos habíamos imaginado algo así. Esto es mucho más difícil y no se parece en nada a lo que yo me esperaba, pero no cambiaría a estos dos seres tan especiales por nada del mundo.

Muchas veces me ha parecido que ellos me enseñan más a mí que yo a ellos. He llegado a la conclusión de que lo máximo que puedo hacer es quererlos, orientarlos y respetarlos por lo que me enseñan. Ambos han manifestado su frustración cuando Ed y yo no podemos responder a sus preguntas espirituales, pero hacemos todo lo posible por ayudarlos a encontrar las respuestas. Por supuesto, Maltea insiste en que nosotros las conocemos, pero se las ocultamos a propósito. Eso ocurrió cuando ella escuchaba voces en su habitación y veía destellos de luz. Me puse a leer libros que pensé podían darme las respuestas y lo consulté con amigos. Cuando insinué que la voz podía ser su espíritu guía, se mostró muy frustrada, porque le parecía que yo tenía que saberlo.

Muchas gracias por haber escrito *Los niños índigo*.

* * *

EL RECONOCIMIENTO DE UNA FAMILIA

Anne Saunders

Soy una mamá australiana y tengo tres índigos.

Jessica tenía entre veinte y veintidós meses cuando pasó junto a una fotografía de mi abuela, que había fallecido hacia más de diez años. Jessica señaló la foto y exclamó: «¡Yo conozco a esa señora!» Todavía no le habíamos hablado de «Nana» a Jess y nos quedamos boquiabiertos cuando ella dijo, en un tono que no dejaba ninguna duda de que pensaba que éramos unos estúpidos por no saberlo: «Me venía a ver cuando yo estaba en la barriga de mamá».

No lo dudé y, curiosa, le hice numerosas preguntas. Jess hizo un mohín propio de los dos años y se cruzó de brazos, negándose, indignada, a responder a más preguntas tontas.

Tengo dos hijas, de siete y tres años, y un hijo de siete meses, que demuestra más fuerza de voluntad que las dos niñas juntas. De modo que otra vez espero con impaciencia su próximo libro.

* * *

«¡NO ESTÁN MUERTOS!»

Susan Saunders

Vivo con mi alma gemela, Wayne, que tiene una hija de seis años llamada Samantha. La primera vez que nos dio la impresión de que estaba conectada fue hace cosa de un año. Wayne había cogido un par de libros nuevos para leerle a la hora de irse a la cama. Sammy no lo sabía. Estaba saltando en su cama y Wayne le dijo que era hora de empezar a tranquilizarse. Ella siguió dando botes, hasta de pronto se detuvo, miró a Wayne y dijo: «¡Crystal [su primer ángel] me ha dicho que, si me tranquilizo y me meto en la cama, tienes unos cuentos nuevos para leerme!»

Pocas semanas después, estábamos atravesando la ciudad en el coche, cuando Sammy se puso a preguntar por su abuelo. Cuando Wayne le dijo que había muerto cuando ella tenía doce meses, hizo una pausa y continuó, en un tono algo severo: «Papá, no está muerto, y tampoco la abuela [que había muerto un año antes]. Los dos hablan conmigo, y también contigo, aunque tú no los escuchas.»

También le encanta jugar con los animales del Cielo Animal. Dice que no siempre se regresa al cielo cuando uno muere. Dice que sabe por qué ha regresado: «Para enviar amor a todos». Ha dicho: «Yo ya sabía que cometía un error regresando a la Tierra cuando estaba en la barriga de mamá. Le dije a Dios que había cambiado de idea y que quería volver a casa, pero Él dijo que era demasiado tarde.»

Es una gran frustración para Sammy no poder volar más que cuando está dormida. Me dijo que yo había sido su madre en el cielo, una vez. Una noche, a la hora de cenar, preguntó, sin darle importancia, dónde viven los canguros y también si había indios allí. Recordaba que había sido un niño y que se había enamorado de la hija del jefe indio, en un lugar donde había canguros. Mencionó muchos detalles relacionados con la historia.

Sammy explica que usa las alas para volar, pero también usa una burbuja para protegerse. Dijo que es muy fácil: basta con pensar en el lugar adonde quieres ir y ya estás allí. Hay un pla neta donde sopla tanto viento que cuesta mucho entrar. Pero cuando entras, todo reluce como el oro. Le encanta volar a través de los hermosos anillos para llegar hasta Saturno. Anoche me dijo que la Madre Tierra es la esposa de Dios. Dijo que la última vez que había ido a visitar a Dios, Él le dijo que todos éramos hijos suyos y que nadie es mejor que ningún otro ser humano. Sostiene que todos los nombres comienzan por «Hijo en el cielo». Me dijo que pronto el cielo estará justo aquí, en la Madre Tierra. Dijo que también quería regresar para sentir cosas distintas y aprender de todo.

Una mañana, Sammy se despertó muy agitada. Le estaba sirviendo el desayuno y me pidió que le rascara la espalda. ¡Dijo que le picaban las alas! Se puso a explicarme que eran medio invisibles. Me dijo que veía las mías. Le pregunté de qué color eran las suyas; me dijo que una especie de lavanda y rosado. Continuó diciendo que yo podría verlas si cerraba los ojos y utilizaba mi tercer ojo. Me dijo que lo intentara. Lo hice y, como siempre, no pude ver nada. Dijo: «Concéntrate más». Lo intenté, pero fue en vano. Entonces dijo: «Tienes que practicar más». También comentó que viajaba toda la noche y que no dormía. No seguí indagando sobre lo que veía ni adónde iba.

* * *

LA HISTORIA DE KATIE

Jennifer Walsh

Desde el instante en que nació, supe que Katie no era como los demás. Poseía una conciencia que nos impresionaba. Cuando abría los ojos, resplandecía en ellos la sabiduría de los siglos. Cuando mira a alguien, penetra en su alma.

Dormía muy poco. Reaccionaba ante los cantos indígenas, pero parecía tener dificultades para encajar dentro de su cuerpecillo. A menudo se sentía muy frustrada.

Como yo llevaba muchos años trabajando con la energía, me di cuenta de que Katie era muy sensible a los sonidos y a la energía de los demás. Era y sigue siendo particularmente sensible a la negatividad y la falsedad.

Desde que Katie empezó a hablar, me dijo que procedía de una estrella. Varias veces la encontré mirando el lucero vespertino y salmodiando para sí misma.

Tiene un increíble sentido del humor, imaginación y creatividad, además de un gran sentido de sí misma. A veces juega al juego de la «creación» conmigo. Me dice que ahueque las manos y entonces pone las suyas alrededor de las mías. Entonces lo único que tengo que hacer es crear lo que quiero.

Desde el principio, Katie siempre supo que era una reina y no ha aceptado nada menos que eso. Es un honor y un desafío, al mismo tiempo, criar a una niña tan interesante. La dejamos elegir en casi todo, porque ningún otro sistema va bien.

Esta niña inteligente pronto se dio cuenta de que buena parte del mundo exterior no era su mundo y, literalmente, ya no habla con nadie, excepto conmigo, mi esposo, nuestra hija adolescente y unos cuantos niños del barrio. Dicen que padece de «mutismo selectivo», que es un trastorno ansioso. Hace cuatro años que no abre la boca en la escuela. Cumplió ocho años en junio de 2001.

Katie detecta las energías de todo el mundo y dicen sus maestros que es capaz de captar lo que van a decir y hacer antes de que ocurra. Un maestro dijo que Katie podría hacerse cargo y dirigir la clase, si quisiera. Básicamente, puede hacer cualquier cosa que se proponga.

El verano pasado, cuando su abuela estaba a punto de morir, hablé con Katie. Francamente y con toda naturalidad, me dijo que le dijera a la abuela que no se preocupara, que estaría bien, y a continuación, con la misma tranquilidad, dijo que la abuela regresaría pronto, como un bebé recién nacido. Aparentemente, no sentía necesidad de lamentar su muerte; no era nada importante. Sin embargo, se disgustó cuando vio a la abuela en el tanatorio. Me preguntó por qué teníamos que hacer eso, cuando la abuela no estaba allí. Tuvo que comprender que otras personas tenían que despedirse a la manera de la vieja energía.

Ha sido doloroso observar cómo se retrae esta criatura tan bonita y tan capaz. No es tranquila por naturaleza, aunque a los demás les cueste creerlo.

Tiene algunos amiguitos fantásticos en la escuela, aunque no se comunica de forma oral con ninguno de ellos. Esas criaturas a menudo circulan a su alrededor, formando un círculo protector. Katie y su mejor amiga se comunican sin hablar y se lo pasan bien.

Cuando Katie comience a sentirse más segura para aflorar dentro de sí misma, irá avanzando lentamente. Cuando Katie y los demás florezcan, el mundo no podrá evitar convertirse en un lugar mejor.

Algunos consejos útiles para padres, de mi parte:

1. Mantenerse en el presente con su hijo. Tomar los días uno por uno. No hay que mirar todo el tiempo toda la carretera.
2. El amor, la aceptación, la paciencia y la tolerancia son importantísimos.
3. Comprender que esto forma parte de un todo. No hay que forzar ni presionar, porque eso sólo sirve para que el niño se retraiga más.

4. De ser posible, hay que procurar no medicarlos. (Eso estuvo a punto de destruir a nuestra hija.)
5. Hemos de recordar que siguen siendo niños. Básicamente, sólo quieren llevar una vida bastante «normal», al menos de momento. Todavía nos necesitan.

* * *

ZACHARY Y TYLER

Robin Rowney

Soy madre soltera y tengo gemelos de cinco años. Los dos, evidentemente, son niños índigo, y los dos presentan muchos de los componentes del diagnóstico típico de falta de concentración e hiperactividad. Acabo de leer *Los niños índigo* en menos de dos días y les estoy infinitamente agradecida por escribir una obra de arte tan ilustrativa, cuyas palabras devoré lo más rápido que pude.

Quiero contarles dos historias sobre mis «ángeles». En su primer año de vida, compartimos los tres el mismo dormitorio, en casa de mis padres (gracias a Dios que estuvieron allí para ayudarnos). Cada niño tenía su propia cuna y yo tenía mi cama. No dormían nunca toda la noche, ese primer año, de modo que yo era una mamá deprimida, que no dormía lo suficiente.

Una noche, después de una de mis propias sesiones de llanto, estaba acostada en la cama, observando cómo dormían los niños. Comencé a escuchar a Zachary que reía a carcajadas. Reía tan alto que pensé que mis padres también se despertarían, sin duda. Miré la cuna y vi que se cernía sobre él una luz dorada muy brillante. Me quedé atónita. Se calmó, de modo que me acerqué para mirar más de cerca. La luz se esfumó y Zach estaba profundamente dormido, con una inmensa sonrisa en el rostro, la sonrisa de un alma que sabe todo lo que hay que saber: una sonrisa beatífica. Aunque parezca irónico, ese es el niño que rara vez se está quieto y que está siempre en movimiento.

En cuanto a Tyler, él es el «vidente». Recuerdo que una vez, cuando tenía alrededor de dieciocho meses, lo estaba sacando de su sillita en el aparcamiento de un centro comercial, cuando miró el coche que estaba aparcado junto al nuestro, señaló y dijo: «Ángel». Veía un ángel en el asiento posterior del otro coche. Ni siquiera sabía que conociera la palabra «ángel» y, mucho menos, ¡que supiera decirla! Durante el año siguiente, o algo así, con frecuencia señalaba a los ángeles, sobre todo en vehículos. Hasta el día de hoy, sueña a menudo con ángeles, que los ve y que es uno de ellos. ¡Qué don!

Sin duda, considero que son una bendición estos dos seres hermosos e inestimables. Son mis ángeles.

Gracias nuevamente. Les estaré eternamente agradecida por su libro.

* * *

Ya hemos dicho que hemos recibido muchas cartas. Esta siempre estuvo en lo alto de la pila y estábamos absolutamente seguros de que queríamos compartirla con el lector. Es una historia que cuesta dejar de lado; trata de la lucha de un niño por su vida y la experiencia de una madre durante esa lucha. ¿Existen los milagros? ¿Los índigo pueden captar lo que ocurre? ¿Es posible cambiar la realidad, pasando de aquello a lo que está habituada la profesión médica a lo que crean los índigo? Esta es una historia que hará que el lector rinda homenaje a los niños índigo y a los padres que los acompañan.

«MAMÁ, ELLA NO VA A MORIR»

Sally Donovan

El dieciocho de marzo de 1992, me convertí en la orgullosa y algo desconcertada madre de una niña índigo. Claro que entonces no lo sabía. Tendrían que pasar seis años y medio antes de oír hablar del fenómeno índigo, pero si miro hacia atrás me doy cuenta de que todos los indicios estaban presentes.

Pocos minutos después de nacer, mi hija me comunicó el nombre que quería que le pusiera. Yo había elegido tres y, cuando el personal del hospital me la puso sobre el estómago, le pedí que me indicara cuál de ellos quería, cerrando sus grandes ojillos de recién nacida, una vez para indicar que sí, dos para no. «¿Molly?» Cerró los ojos dos veces. «¿Taylor?» Cerró los ojos dos veces. «¿Murphy?» Cerró los ojos una vez.

De modo que le puse Murphy. Comenzó a hablar bastante tarde, a los dos años y medio. Bueno, a hablar inglés, en todo caso, porque de bebé balbuceaba mucho. Cuando tenía entre doce y dieciocho meses, solía soltar una retahíla de algo que nos parecía un galimatías, aunque ella ponía mucha intención en lo que decía, con la cadencia adecuada y todo. Me daba cuenta por sus ojos de que trataba de decirnos algo y que no comprendía por qué no la entendíamos.

Una vez, cuando íbamos por la autopista, Murphy señaló a un coche que pasaba y dijo: «Ese hombre es malo». Como ya sabía que era un alma vieja, le pedí que me contara más cosas. Entonces me contó una larga historia sobre lo que había hecho y lo triste que estaba. Me daba cuenta de que se sentía frustrada por tener un vocabulario tan limitado para contarme su historia.

Murphy lo ha hecho muchas veces desde entonces, es decir, eso de decirme cómo se siente «esa persona que está allá». Algunas veces trato de sacarle más información, pero ella se rehúsa. Ya no tiene más interés por esa persona y quiere dedicarse a otras cosas.

A los tres o cuatro años, cuando trataba de explicarle algo, Murphy enseguida me interrumpía con firmeza y me decía: «¡Ya lo sé!» Entonces le preguntaba cómo lo sabía y ella me decía:

«Porque, mamá, ¡yo lo sé todo!», con total naturalidad. A mí no me cabía ninguna duda, incluso entonces, de que lo sabía, efectivamente. Ahora, cuando me dice «Ya sé» o «Ya lo sabía», en una situación, me detengo y le digo: «Claro, sí, me olvidaba de que tú lo sabes todo». Ella así lo cree y yo también.

Cuando Murphy tenía casi dos años, llegó a la familia otra pequeña índigo. Hayley nació el seis de enero de 1994. Era un bebé tranquilo, no tan inquieta como su hermana, pero con los mismos horarios imprevisibles para dormir, y pasé más de una noche con las dos en el sofá.

A los nueve meses, Hayley enfermó: tenía vómitos frecuentes y diarrea. Durante los seis meses siguientes le hicieron miles de pruebas. A los catorce meses todavía no andaba, como si estuviera demasiado débil para ponerse en pie. No pudieron encontrar nada malo, hasta que alguien sugirió que tal vez fuera alérgica al gluten. Suprimimos totalmente el trigo de su alimentación y su salud mejoró enseguida. Dos semanas después empezó a caminar. La mantuvimos a una dieta rigurosa y estaba bien.

Por Navidad, justo antes de cumplir los dos años, Hayley volvió a ponerse mala. Comencé otra ronda de médicos y pruebas. Nadie le encontraba ningún problema, salvo una infección de oído. Dos semanas después de su segundo cumpleaños, me di cuenta de que se estaba apagando. La noche antes de ir a ver a otro médico más, me eché a llorar, segura de que la estaba perdiendo. Murphy, que tenía casi cuatro años entonces, se me acercó y me dijo: «Mamá, no va a morir». Eso me animó. Seguro que Murphy sabía la verdad.

A la mañana siguiente, Hayley sufrió un ataque en la consulta del médico y casi no llegó a tiempo al hospital. Después me dijeron, en la sala de urgencias, que estaba adoptando la postura que adopta el cuerpo cuando está a punto de sobrevenirle la muerte cerebral. Al final, los médicos nos dijeron que tenía un tumor en el cerebro, del tamaño de un pomelo, y que la estaban preparando para operarla de emergencia, a fin de extirpárselo. El cirujano dijo que el tumor parecía maligno en la resonancia magnética y que después de la operación habría que seguir un tratamiento con quimioterapia o radioterapia.

Cuando Hayley se estabilizó, nos dejaron entrar a verla. Me quedé al pie de su cama y, casi como si fuera una visión que se representaba en mi mente, vi un rostro sonriente justo encima de su forma inerte. Era su rostro, que reía y me decía: «No te preocupes, mamá, que me voy a poner buena, de verdad». Lo escuché una y otra vez.

Me situé al lado de Hayley y le cogí los dedos con la mano derecha. Le puse la mano izquierda sobre la cabeza. Con los ojos cerrados, invoqué en silencio al Universo. Pedí que todas las plegarias que se decían por Hayley se unieran. Sentí su poder, mientras acudían desde lugares tan lejanos como Londres y Nueva Zelanda. Todas al mismo tiempo y con gran velocidad, formaron una franja de una luz blanca cegadora, que vino directamente hacia nosotras, como un cometa con una cola resplandeciente.

Aunque mantenía los ojos cerrados, la «vi» entrar como un bólido por la ventana del hospital. Sentí cómo me penetraba en el cuerpo por la derecha, pasaba a través de mí y me bajaba por el brazo izquierdo, me salía por la mano y penetraba en la cabeza de Hayley. Cuando la franja de luz chocó contra el tumor, estalló en una lluvia de chispas, como si fueran fuegos artificiales. Fue como si el tumor se desintegrara, quedara destruido. Fue lo más bonito que he visto en mi vida. Me envolvió una paz como no había conocido nunca. No me cabía ninguna duda de que Hayley se iba a recuperar por completo.

Después de la operación, apareció el médico, sacudiendo la cabeza. Dijo que el tumor no parecía tan maligno como había pensado, pero que no se atrevía a decir que fuera benigno. «Eso sería un milagro», dijo.

Pues bien, después de enviar la muestra de tejido a tres laboratorios distintos, e incluso a la Clínica Mayo, en Rochester, Minnesota, seguían sin poder identificarlo. Finalmente, tuvieron que clasificarlo como benigno, para lo cual el único tratamiento era reseccionar. No me sorprendió en absoluto, porque realmente Hayley es una niña milagrosa.

Hayley es ahora una niña sana y feliz de seis años. Su alergia al gluten desapareció después de la operación y no tiene que seguir ninguna dieta. En la última resonancia magnética que le hicieron, vimos que el hemisferio izquierdo de su cerebro se ha regenerado casi por completo, para sorpresa de todos nosotros (bueno, de los médicos, sobre todo). Le diagnosticaron un trastorno del procesamiento auditivo central y hace dos años que sigue una terapia para hablar. Le va de maravilla en el parvulario y avanza según lo previsto.

Ya sé que los ángeles la protegen. A los dieciocho meses se le quedó atrapado un dedo al final de la cinta transportadora del aeropuerto. En cuestión de segundos, había un señor a nuestro lado, ocupándose de su dedo, que estaba bastante destrozado. Mientras esperábamos a los médicos, estuvo allí y la atendió. En el hospital, los médicos se quedaron asombrados al ver lo bien que se había

atendido la herida. Miré la tarjeta que me había dado ese hombre y vi que ponía: «Dr. Angelchik». Fue realmente un ángel para nosotras.

Cada vez que nos quedamos tranquilas o meditamos juntas, Hayley señala y dice: «Allí está Dios» y «Allí están los ángeles». Los ve por todas partes y hasta me cuenta lo que ellos dicen, lo cual me produce mucho respeto. Ojalá pudiera ver lo que ella ve. Una vez estábamos en un avión, volando a través de las nubes, y ella señaló y me dijo que Dios y un puñado de ángeles la saludaban y decían: «¡Bienvenida, Hayley! Nos alegramos de que estés aquí.»

Muchas veces, en situaciones difíciles, mis hijas me dan los consejos más maravillosamente sencillos. Cuando estoy triste, me brindan las palabras de consuelo más dulces. Las ideas y la sabiduría que salen de su boca son realmente maravillosas. Hacen que me detenga y me ayudan a darme cuenta de hasta qué punto he perdido contacto con lo que tiene importancia de verdad.

Hace un año y medio, una médium me dijo que mis dos hijas eran «hijas del rayo azul». Busqué toda la información que pude sobre el tema, pero no encontré gran cosa, hasta que un amigo me habló de su libro y supe que había dado con la respuesta. Lo leí de un tirón hasta que me dio dolor de cabeza y después leí un poco más.

Ahora estoy en plena cruzada para cambiar la manera en que funcionan las escuelas. Hablo con los profesores, los padres y con todos los que quieran escucharme. Descubro que tienen mucho interés y que tienen historias similares para contarme sobre sus hijos... ¡Pero no están dispuestos a hacer el esfuerzo! Me encantaría crear mi propia escuela para proporcionar a los índigo un ambiente en el que puedan aprender.

Muchas, muchísimas gracias por publicar este libro. Ahora tengo algo que puedo tomar como referencia y decir: «Aquí está. Estos niños son unos regalos especiales que hemos recibido y tenemos que hacer algo al respecto, ahora. Necesitan nuestra ayuda para cambiar el sistema, para poder desarrollar su potencial.»

* * *

Sally indicó que Murphy fue capaz de «ver» el hecho de que Hayley no iba a morir. ¿Era una expresión de deseo? ¿O esta índigo realmente vio una fuerza vital o una parte interdimental del ser humano? En realidad, ¿los índigo pueden ver el aura? La siguiente historia es algo más que similar: ¡en realidad es casi idéntica!

«NO SE VA A MORIR HOY, ¿VERDAD, OMA?»

Bev Wells

Quiero contarles una historia sobre un niño índigo. Mi yerno, Lloyd, se puso muy malo el último Día del Trabajo, y estuvimos a punto de perderlo por una infección en la columna. Habían tenido que operarle esa parte del cuerpo y se le había producido una infección. Tiene tres hijos y mi hija (su esposa) estaba destrozada, por decir algo.

Hubo que hacerle una operación muy delicada; le tenían que poner un bloqueador en el corazón para poder inyectarle los antibióticos directamente. No pudieron hacer un cultivo de la bacteria y, como era una cepa nueva, no sabían cómo tratarla, de modo que la trataron con «todo lo que tenían».

Llevé a mis tres nietos a ver a su padre antes de la operación, porque dijo que quería que sus rostros fueran lo último que viera en la Tierra. Pude ver su aura, que tenía un aspecto muy tenue y casi no se veía. Temí que no sobreviviera a la operación. Estaba tratando de consolar a mi hija lo mejor que podía, cuando trajeron a Lloyd de la sala de recuperación. ¡El hecho de que estuviera vivo ya era todo un milagro! Mi nieta de tres años, Samantha, quiso ir a ver a su padre. Los otros dos niños estaban en la escuela, de modo que la llevé a verlo.

Trepó a una silla que había junto a la cama y acercó la cara a unos quince centímetros del rostro de su padre y no se movió. Lloyd abrió los ojos de vez en cuando y decía: «Hola, Sam»; después hablaba con su esposa o conmigo y volvía a dormirse.

Finalmente, mi hija dijo con suavidad: «Sam, ¿qué haces?» Samantha se volvió en la silla, miró a su madre a los ojos y dijo: «Lo estoy mirando y escuchando para poder recordarlo cuando muera». Por supuesto, mi hija casi se desmaya. Pero entonces Sam me miró a mí y dijo: «Pero no se va a morir hoy, ¿verdad, Oma?» Vi que su aura era mucho más fuerte que el día anterior y respondí con suavidad: «No, Sam, no se va a morir hoy».

Samantha había visto el aura el primer día y después había podido ver la diferencia con el segundo día, pero no sabía describirla. Con toda tranquilidad, bajó de la silla y dijo: «Ya me parecía que no». Entonces preguntó si podía ir a la tienda de regalos a comprar algo para su papá, cuando despertara. Dejé a mi hija para que recobrara la compostura y llevé a Samantha a la tienda de regalos, donde compramos un osito de peluche para su papá.

Mis tres nietos son niños índigo, pero las dos niñas (Samantha, que ahora tiene cuatro años, y Victoria, de seis) son las que más hablan y cuestionan. Mi nieto, que tiene ocho años, es más reservado, aunque se interesa mucho por lo que preguntan sus hermanas.

Victoria me preguntó si yo había tenido una vida anterior y si iba a tener otra. También quería saber si ella había tenido una vida anterior y si iba a volver a vivir. Por supuesto, le contesté con toda sinceridad pero, como va a un colegio privado religioso, le insinué que tal vez convenía que ese tipo de preguntas se las hiciera a sus padres o a mí, pero no a los maestros de la escuela. Me miró como sólo puede hacerlo una criatura de seis años y dijo: «¡Por el amor de Dios, abuela! No pensarás que iba a hablar de estas cosas en la escuela, ¿verdad?»

Fue una estupidez por mi parte dudarlo.

* * *

¿Auras? ¿Colores alrededor de las personas? ¿Energía? ¿Es posible que los niños realmente vean esas cosas? A continuación, lo que nos cuenta una educadora que les pidió a sus alumnos que «se abrieran y se lo hicieran saber».

«¿ALGUNO DE VOSOTROS VE COLORES ALREDEDOR DE LOS CUERPOS?»

Katherine

Me llamo Katherine y me ha ocurrido algo muy extraño. En diciembre pasado, trabajaba como maestra sustituta en una pequeña escuela de distrito en El Monte, California. Me dieron la clase de primero. Había unos veinte niños en la clase y se portaban muy bien.

Era el final de la jornada y yo había llevado algunos de mis «dibujos de energía», simplemente porque se me ocurrió. (Podía dibujar y pintar esas «imágenes de energía» con los ojos cerrados.) Las pegué en la pizarra, al frente de la clase, mientras los niños estaban sentados en la alfombra, delante de mí. Yo estaba sentada en una silla. Algo en mi interior me indujo a preguntar: «¿Alguno de vosotros ve colores alrededor de los cuerpos?»

Todos los alumnos me miraron y después se miraron entre sí. Entonces, tímidamente, unos cinco niños levantaron la mano. En ese momento, el aire cambió. Sentí que aumentaba la energía, como si se abriera una puerta entre esos niños y yo. Fue increíble y hermosísimo.

Un niño que se comportaba de un modo algo inmaduro creció allí mismo, ante mis ojos. Su manera de hablar mejoró y me dijo que veía una niebla de color encima de las personas, todo el tiempo; a continuación describió la mía correctamente. (Hace algún tiempo, varias personas me dijeron que mi aura era dorada.) Después describió otras: sonrosada, azul lavanda y rosa y entonces señaló el aura de un índigo.

Ese niño índigo, llamado Erick, simplemente me miró y yo lo miré. Entonces le pregunté: «¿Sabes de qué estamos hablando?» Movié la cabeza hacia arriba y hacia abajo, muy despacio.

Entonces añadí: «Te saludo y me alegro de conocerte». Sentí un cosquilleo en todo el cuerpo. Le pregunté: «¿Sabes por qué estás aquí?» Asintió muy despacio. Dije entonces: «Eres lo que hemos estado esperando.» Asintió. Yo sabía, en lo más profundo de mi corazón, que era cierto.

Entonces, otros niños me dijeron lo que veían. Todos sabían sobre auras y ángeles. No recuerdo el nombre del primer niño, pero me dijo que invoca a los espíritus. «Acuden en forma de mariposas hechas de luz. Nadie más las ve», dijo. Viaja a otros planetas con ellas y es consciente, cuando eso ocurre.

Otros me dijeron que ven un borde de color en torno a los cuerpos y que esa habilidad es algo que activan o desactivan a voluntad. Otros niños ven ángeles los viernes y algunos los ven en enero. Ese día ocurrieron más cosas increíbles, pero tendría que escribir un libro para abarcarlas a todas. Sin embargo, nunca lo olvidaré.

* * *

«ABUELA, ¿TÚ VES ÁNGELES?»

Doctora Barbra Dillenger

Al es un índigo «interdimensional». Es un niño grande, de nueve años, pero que podría pasar por un joven adolescente. Siempre ha sido fornido, de huesos grandes y bien desarrollado. Su abuela, que es muy amiga mía, lo llama «el gigante dulce». Tiene una actitud bastante filosófica, sobre todo en relación con las demandas de su hermanita «conceptual» (los «conceptuales» son un tipo de índigo que mencionamos en el primer libro). Al cede ante ella con facilidad y, aparentemente, sin ningún resentimiento. Hace varios años que asiste a una escuela primaria católica. Su abuela se ocupa a menudo de él y de su hermana para que sus padres puedan pasar algún tiempo a solas.

La familia sabe que a la abuela le interesan los ángeles. Una noche en que se hizo cargo de los niños, los padres le dejaron un regalo: un libro sobre los ángeles. Los niños se sentaron con ella para mirarlo, pero Al no dijo nada.

Más tarde, cuando llegó la hora de hacer los deberes, la abuela, la niña y Al se sentaron a la mesa para acabar lo que tenían que hacer. Al cabo de un rato, de improviso, Al preguntó: «Abuela, ¿tú ves alguna vez a algún ángel, a alguno de tus ángeles especiales?»

La abuela pensó por un momento, eligiendo las palabras con sumo cuidado. «No, cariño, en realidad, nunca veo a mis ángeles. Los siento y siempre sé cuándo están presentes. Algunas veces me hacen sentir tan llena de amor y alegría que me pongo a llorar».

Al sonrió con entusiasmo y susurró: «Ya lo sé, abuela. Sé perfectamente lo que quieres decir». Cuando acabaron los deberes, Al se dirigió al sofá y cogió el libro nuevo de la abuela, y ella lo escuchó decir: «Yo también los siento».

* * *

«MAMÁ, JESÚS NOS SALVARÁ»

Nikki Dolan

Quisiera aportar algo acerca de mi hija, Jessica. En realidad, me cuesta escoger un ejemplo, puesto que su sabiduría me ha dejado helada muchas veces. Les daré unos cuantos ejemplos breves, para que extraigan sus propias conclusiones.

Siempre me han aterrado las tormentas eléctricas. Como vivo en la zona que llaman la «avenida de los tornados», me suelo poner bastante nerviosa en primavera y a principios del verano. Me han visto esconderme en el sótano en cuanto escucho el primer trueno.

En junio de 1998, había ido de compras al centro comercial con mi marido, mi madre, mi hija Emily, que era un bebé, y mi hija Jessica, que tenía dos años. Regresábamos a casa en el coche y se nos acercaba a toda velocidad una super célula muy peligrosa, famosa por producir tornados. El cielo se había puesto de ese verde de mal agüero, del cual uno oye hablar y que espera no ver jamás. Evidentemente, me entró pánico.

Cuando lo pienso ahora, veo que me comporté como una perfecta idiota delante de mis hijas pequeñas. Es increíble que mi miedo no las haya marcado de por vida. Presa del pánico, estuve gritándole a mi marido durante diez minutos que condujera más aprisa. Mi hija no dijo una palabra hasta que me puse a llorar de miedo. (Ya lo sé: soy una imbécil.) De pronto, del asiento trasero, una vocecita de dos años manifestó con toda calma: «Mamá, Jesús nos salvará». Lo dijo con la fe más total y absoluta que escuché en mi vida. De repente me di cuenta de que, con mi paranoia, había olvidado por completo mi fe en Dios. Me sentí como una tonta, pero también sentí como una iluminación, al mismo tiempo. Poco después, la tormenta cambió de sentido y se alejó de nosotros. Durante toda esa terrible experiencia, Jessica mantuvo la calma, como hace siempre.

Jessica tiene una memoria increíble. Ahora tiene casi cinco años y a menudo me cuenta cosas de su vida, incluso de antes de cumplir los dos. Mi abuelo murió cuando ella tenía dos años y medio y todavía recuerda que fuimos a verlo antes de su muerte. Sólo permaneció dos o tres minutos en la habitación, pero lo captó todo y lo ha venido analizando desde entonces.

Habla a menudo de la cama de hospital en la que estaba y del ruido que hacía el aparato de oxígeno que había cerca. Murió en casa y, poco después, retiraron de la habitación la cama de hospital. La siguiente vez que Jessica fue a su casa, hacía unos cuantos meses que la cama ya no estaba allí. Hace poco, Jessica me preguntó por su «lecho de muerte» y si había ido al cielo con él. No me parece increíble la frase en sí, pero encuentro bastante sorprendente el hecho de que siga procesando una información que su cerebro recibió hace casi dos años y medio y extrayendo conclusiones lógicas e inteligentes.

La frase favorita de Jessica es «quiero a todo el mundo», y creo firmemente que así es. Trata con amor y respeto a todas las personas que encuentra y se impresiona y se siente profundamente herida cuando los demás no la tratan de la misma manera. Es una criatura adorable. Hace poco, estábamos las dos acurrucadas, como solemos hacer, en mi mecedora y le pregunté: «Jessica, tienes mucho amor en tu interior, ¿verdad?» Me respondió: «Por supuesto, mamá. Nací del amor.» Nunca lo había pensado de esa manera, pero claro que tiene razón. Se me llenaron los ojos de lágrimas con su frase, lágrimas de orgullo y alegría. Me enseñó tanto, sólo con una frase tan sencilla como esa.

Mi primer hijo murió en el parto. Se llamaba Douglas y nació a término. Jessica nació trece meses después de su muerte. Siempre le hemos dicho la verdad a Jessica sobre Douglas. Sabe que murió y que vive en el cielo. A menudo me dice que ha hablado con él y me da mensajes suyos. Me ha hablado de su «ángel», que se llama Sabrina. Jamás le diría que tiene una imaginación hiperactiva (como me decían a mí mis padres). Francamente, creo que sus experiencias con el mundo de los espíritus son tan válidas, si no más, que las que tenemos en este plano de la realidad.

* * *

¿Recuerda el lector que hemos dicho que estos niños a veces reaccionan ante las cosas espirituales profundas que los rodean? Prestemos atención a la historia de David, un niño de ocho años. La compasión que sienten estos niños a una edad muy temprana es una de las características que los distingue de los niños del pasado. No sólo se relacionan con compasión y sabiduría con los que los rodean, sino que también se conectan, a veces, con la energía del pasado.

«ME SIENTO COMO JESÚS»

Felicitas Baguley

Nací en Berlín, Alemania, y quisiera hablarles de mi hijo de ocho años, David. Hoy le pregunté si le gustaría que contara algunas de sus historias a los autores de un nuevo libro sobre los índigo.

Me dijo que sí y que le gustaría participar. Sin embargo, sólo se le ocurrió una cosa. Le pregunté qué era y me dijo: «Bueno, no es gran cosa, sólo que soy el seguidor [sucesor] de Jesús.»

Cuando David tenía cinco años, un día me dijo eso. A los cuatro o cinco años, lloró amargamente la muerte de Jesús. Emocionalmente, lo alteró mucho saber que Jesús fue clavado en la cruz. (Hablamos de eso en Pascua.) Lloraba como si Jesús fuera un pariente cercano que hubiera sido asesinado. Dijo: «Soy el seguidor de Jesús. Me siento como Jesús.»

También hay otra historia de cuando tenía unos tres o cuatro años: lo llevé conmigo a mi trabajo, en un parvulario. Resulta que un niño comenzó a provocarlo. David simplemente le sonrió con mucho afecto y se dio la vuelta.

Cuando di a luz a David también fue muy especial. En un momento determinado, tuve la sensación de que no podía continuar, de que ya no me quedaba más energía para seguir parándolo. Me sentí como si me estuviera muriendo. Dije: «David, por favor, ayúdame». De inmediato salió fácilmente de mi cuerpo. También vi que habían estado presentes dos médicos y dos enfermeras mientras daba a luz a David, cuando habitualmente sólo están la partera y una enfermera. Tuvimos, David y yo, algunas dificultades con el parto, de modo que necesitamos y nos prestaron ayuda.

Después del nacimiento, el personal del hospital se olvidó de nosotros durante el tiempo suficiente para darnos la oportunidad de estar juntos sin que nadie nos molestara. David me observó con gran intensidad durante varios minutos. (Lo habitual es que los recién nacidos cierran los ojos enseguida después del parto.) Él me miraba constantemente a mí, dentro de mí. Nos mirábamos los dos a los ojos con mucha fuerza. Al volver a casa, evidentemente, tuvimos todo el tiempo del mundo para estar juntos, mirándonos a los ojos. Allí me di cuenta de que David era un alma muy vieja y muy sabia, mucho más que yo.

* * *

Cuando son pequeños, nadie ha informado a los niños todavía sobre lo que es correcto. Todavía no «saben» que se supone que no están relacionados con Jesús ni con una experiencia de vidas pasadas. Los niños sólo sienten lo que sienten y se relacionan con el amor y la energía que los rodea.

Algunos tienen muy claro quiénes eran antes de «llegar aquí». A veces es algo general y a veces dan nombres concretos. Pero a menudo ven «lo que sucedió antes» como algo útil, a veces como si ellos mismos fueran ángeles. Una vez más decimos que esa capa de compasión es algo nuevo. Los primeros años de vida del ser humano están llenos de energía de supervivencia y un aprendizaje emocional primitivo. La mayoría de nosotros no nos relacionamos de forma compasiva con el mundo que nos rodea hasta los doce o trece años. Uno se pregunta de dónde procede la compasión cuando trata con estas criaturas. En la última historia, ¿quién enseñó a David la doctrina de «poner la otra mejilla»? La respuesta es que le vino naturalmente de dentro. No sólo se sentía como el maestro del amor (Jesús), sino que a los cuatro años ponía en práctica las palabras de Cristo, ¡en el parvulario!

Alguien diría que, puesto que la religión predominante en Estados Unidos es la cristiana, los niños pueden aprender la historia de Cristo muy pronto. Después de todo, la Navidad y la Pascua están llenas de ella.

Pero, ¿cómo se explica un gurú indio?

RECORDANDO A SAI BABA

Evelyn Beatty

Hola. Quiero contarles una historia sobre mi nieto índigo, Quillan. Cuando tenía unos dieciocho meses (estaba empezando a andar y a hablar), sólo decía unas cuantas palabras, como «mamá, yaya, papá», etc. Cogió entonces un libro que tengo sobre Sai Baba (un gurú poderoso y muy conocido que vive en India), que lleva su fotografía en la tapa, sonrió, juntó los dedos para formar un triángulo, inclinó la cabeza y dijo: «¡Sai Baba!»

Un día, cuando tenía dos años, yo estaba en mi habitación, hablando por teléfono, cuando me di cuenta de que un número de teléfono que necesitaba estaba en el salón, en el escritorio de tapa corrediza. Entré al salón a buscarlo y me di cuenta de que el papel con el número de teléfono estaba encima de la silla, delante del escritorio. Sorprendida, pregunté a mi hija, la madre de Quillan, cómo había llegado el papel hasta la silla. Me dijo que él se había levantado de pronto de donde estaba jugando, había abierto el escritorio, había cogido el papel y lo había dejado sobre la silla. Después siguió jugando con sus cubos.

Ahora Quillan tiene tres años y dibuja personas con tres ojos. Cuando le preguntan el motivo, responde: «Todos tienen un tercer ojo». Su madre le preguntó qué se ve con el tercer ojo y él respondió: «Mucha, mucha luz... sobre todo blanca y plateada». Aunque mi hija tiene mucha paciencia, a veces su hijo puede

resultar un auténtico desafío; tanto es así, de hecho, que un día sintió una frustración increíble y se encontró mirándolo, iracunda, con las manos en las caderas, diciendo: «Tú no mandas sobre mí». ¡Estaba hablando con una criatura de tres años!

¿No son maravillosos los indigo? ¿No son ustedes maravillosos por habernos brindado toda esta información? Nuestra familia está muy agradecida y aliviada, ahora que sabemos que nuestro precioso pelirrojo es normal... y especial. Muchas gracias.

* * *

Gran parte de nuestro buzón se ha llenado de historias de niños que «recuerdan» una experiencia pasada, antes de esta vida. He aquí algunas de nuestras favoritas.

«¿NO TE ACUERDAS?»

Tracy Cisneros

Cuando mi hija, Misha, tenía seis años, nuestra familia se trasladó a Ecuador. Tres meses después del traslado, Misha se puso muy enferma, con fiebre alta y vómitos. La llevé corriendo a la sala de urgencias del hospital y me di cuenta de que ya no estaba en mis manos. Había sido enfermera durante veinte años y sabía que necesitaba una intravenosa para hidratarla. Sólo pesaba quince kilos y, como estaba deshidratada, parecía un trapo flácido cuando la llevaba en brazos al hospital.

Mientras estaba tendida en la camilla, recuerdo que le miraba la dulce carita y temía por su vida. Le expliqué que la enfermera le iba a poner una intravenosa en el brazo y que sólo le haría daño un momento, lo que tardara la aguja en entrar, pero que después el dolor desaparecería. Le dije que tenía que ser valiente y mirar a mamá a los ojos para no tener miedo.

Así lo hizo y, cuando salió la enfermera, me puse a explicarle a mi dulce niña que, cuando era enfermera, solía poner intravenosas a niños y adultos. Le expliqué que los ayudaba a no tener miedo, como había hecho con mi niña.

Mi hija me miró como si lo supiera y me dijo: «Lo sé, mamá». La miré, intrigada, y le pregunté cómo lo sabía, porque eso había ocurrido mucho antes de que ella naciera.

Su respuesta fue franca y sencilla: «¿No te acuerdas? Yo solía observarte, cuando eras enfermera, desde el cielo, con los demás ángeles.»

* * *

SUBIR A UN NIVEL SUPERIOR

Yvonne Zollikofer

Ayer, mi hijo, Víctor, estaba jugando con algunos juguetes en su bañera y nos pusimos a charlar tranquilamente.

-Víctor, me contaste muchas cosas sobre tus vidas antes de venir aquí. ¿Puedes recordar algo de lo que ocurrió justo antes de que nacieras aquí, como hijo mío?

Los ojos de Víctor parecieron ir muy lejos y después respondió:

-Sí, me habían dicho que fuera a la Tierra para ayudar. Por un lado, no quería venir, pero por el otro, sí, de modo que dije que sí. Así que tuve que cavar un túnel para llegar hasta aquí. Seguí:

-¿Estaba oscuro o había luz? ¿Qué sentías?

-Oh, era muy estrecho y oscuro.

-¿Y tienes alguna idea de lo que ocurrirá cuando dejes esta vida?

-Sí. El túnel será muy brillante y subiré a un nivel superior. Se puso a jugar otra vez y en esos momentos dejó de hacer preguntas...

* * *

LOS CONSEJOS ESPIRITUALES DE UNA NIÑA DE TRES AÑOS

Kerry-Lynne D. Findlay Chapman

Quisiera contarles una experiencia sumamente profunda que tuve con mi hija Donna cuando tenía sólo tres años. Para que se sitúen, les diré que mi hermano (que tenía cuarenta y ocho años) acababa de morir de cáncer. Era una época muy dura para mi familia. Tengo tres hermanos más, pero mi única hermana, Beverly, murió a los veintisiete años, dejando tres hijos, el más pequeño recién nacido. Además, diez años después murió mi marido de repente, de un ataque al corazón y, durante un tiempo, fui una madre sola para un hijo y una hija. Después volví a casarme y mi esposo adoptó a mis dos hijos mayores y es el padre de los dos menores. Mi esposo es más joven que yo, pero eso Donna no podía saberlo a los tres años.

Después del funeral de mi hermano, regresamos a casa de mi madre y Donna se sentó conmigo, primero en la sala y después en el dormitorio (porque ella me lo pidió, porque estaba más tranquilo). Allí me habló del

cielo. Tocó el tema de una manera tan madura y seria que tomé notas de lo que dijo y después las pasé en limpio. Supongo que, dadas las circunstancias en torno a la muerte de Ron, sintió que necesitaba algunos «consejos espirituales».

Estas son las notas que tomé de nuestra conversación. Habla Donna Chapman, de tres años y nueve meses:

Quiero enseñarte algo acerca del cielo. Tienes que aprenderlo. Mi padre murió cuando era más joven. Era un hombre mayor y fue al cielo. Después se fue del cielo y ahora está en nuestra casa... mi padre, Brent.

Cuando era más joven, tenía una historia muy corta y murió y fue al cielo. Cuando estaba allí, no era ni joven ni viejo. Después regresó y dejó de ser un ángel.

Vayamos a un sitio más tranquilo donde podamos hablar. [Fuimos del comedor al dormitorio de su abuela y cerramos la puerta.] Quiero que aprendas algo sobre el cielo.

Tú viniste primero, después papá, después yo y después regresó Lindsay para estar con nosotros. Cuando tu hijo [Beau] era más joven, nunca salió del sol porque no sabía volar y tenía que tomar una medicina muy mala, como la que dan en el hospital.

Cuando yo era más joven, era una hermana muy mayor, y nunca salí del sol porque tenía mucho que hacer en el cielo. Cuando tú eras bebé, te hablé del cielo, pero no podías hablar. Tu hermana, la tía Beverly, era demasiado joven para marcharse. Ahora es una niña pequeña. [Esto me lo dijo dos veces, que Beverly es una niña pequeña.]

Si fueras al cielo, me pondría muy triste, porque eres mi mamá. Pero es bueno aprender algo sobre el cielo. Si te haces daño, tendrás que ir al cielo.

Reflexiones de una madre sobre esto:

Fíjense en la madurez (a los tres años) con la que me habló, con autoridad y confianza en sí misma. Primero habla de su padre, Brent, y de que ha vivido antes. Dice que tuvo una vida breve antes y que ahora está en el cielo, donde no somos ni jóvenes ni viejos. Dice que es un ángel, después de morir. Dice que yo «vine primero», después su padre, después ella y después Lindsay, que es el orden correcto en que nacimos. Dice que Lindsay (la más pequeña) «regresó para estar con nosotros». Habla de que ella «tenía mucho que hacer en el cielo». Dice que mi hermana, Beverly (que ha muerto) ha regresado a la Tierra como una niña pequeña.

* * *

«LA MEJOR MAMÁ QUE PODÍA HABER ELEGIDO»

Ángela Graves

No estoy segura de que mi hijo sea un niño índigo, pero reúne todas las características. Desde que era bebé, dormía muy poco y estaba muy atento, tanto es así que una vez que me acompañó al médico, cuando tenía unos dos meses, éste encendió su luz y la movió en el aire, delante de él, a algo más de un metro de distancia. El médico comentó que los ojos de Alex seguían todos los movimientos de la luz y que era muy raro que un bebé prestara tanta atención a esa edad, y me dijo que era probable que fuera muy inteligente.

Alex comenzó a hablar con frases completas muy pronto. Sabía los colores al año y medio, cantaba las canciones enteras de los dibujos animados, con movimientos de brazos, haciendo gorgoritos y representando a los personajes, a los tres años; fue por esa época, también, cuando comenzó a tener problemas en el parvulario.

Le costaba relacionarse. Quería jugar con los niños mayores, los de cinco años, que no le hacían caso, y estaba decidido a que lo aceptaran. No es manso en absoluto. Es una de las personas más desafiantes que he conocido. Tiene una energía agotadora y siempre te está buscando las cosquillas. A los cuatro años, pedí que le hicieran un test de inteligencia, por su conducta, para saber si tenía algún problema, antes de matricularlo en la escuela. Hasta los abuelos habían hablado de su hiperactividad. Comprobamos que tenía un coeficiente intelectual de 156, muy superior a la media, hasta el punto de que le cuesta integrarse.

Me dijo que soy la mejor mamá que podía haber elegido. Le pregunté qué quería decir con eso y me dijo: «Antes de estar en tu barriga, cuando todavía estaba con Dios, miré en todo el mundo y te elegí a ti para ser mi mamá y a papá para ser mi padre, porque me pareció que seríais los mejores padres para mí y no me equivoqué: lo sois.»

También me dijo que le daba miedo dormir solo, porque había un hombre (un espíritu) que entraba en la habitación cuando yo no estaba allí. Así fue durante tres años y se acabó cuando le dije que le podía pedir al hombre que se fuera o le podía pedir a Dios que lo hiciera marchar. También solía hablarme de su hermano Jerry (no tiene ningún hermano Jerry).

Un día estábamos sentados en la furgoneta y me dijo: -Mamá, ¿te acuerdas de cuando Jerry cogió mi perrito caliente y se lo comió, y no me dejó nada?

-No, ¿quién es Jerry? -le dije. -Ya sabes, mi hermano Jerry. -¿Quieres decir tu hermano Ben? -No, mi otro hermano, Jerry. -No tienes más hermanos.

-Ya sabes, el otro hermano, con mi otra madre, antes que tú y Ben -dijo.

Ya no lo recuerda, pero habló de ello hasta que cumplió los cuatro años, más o menos.

* * *

¿MANTEQUILLA EN EL TÉ?

Anna

La primera cosa extraña acerca de mi hijo fue que la prueba de embarazo (bien hecha) no indicaba que estuviera embarazada un mes después de que fuera evidente que había concebido un niño, Samuel (que nació en julio de 1995).

Samuel tardó bastante en aprender a andar y a hablar (comenzó a los dos años, más o menos), pero desde que tiene uno parece que comprende muy bien todo lo que le dicen. A los tres años, comenzó a utilizar términos y conceptos abstractos, como «mis pensamientos, mi imaginación, la felicidad, la maldad». Era capaz de utilizar el psicodrama, a cierto nivel, incluso siendo tan pequeño. Es consciente de que su propio mundo interior está separado del mundo material, y también de los puntos de vista de los demás. Además, utiliza palabras como «el ser humano» y «la gente» de una manera objetiva muy peculiar, casi como si no tuvieran nada que ver con él.

Samuel es un niño lleno de energía y muy conversador, que se interesa sobre todo por las cosas que son normales para un niño de cuatro años (como los coches de juguete y los juegos de ordenador). Sin embargo, en Fa vida cotidiana hace preguntas inteligentes como: «¿Por qué se llama indios a los indios, aunque no viven en India? Las personas, ¿son animales o no? ¿Cuánto frío tiene que hacer para que el agua se convierta en hielo?»

Samuel plantea a menudo cuestiones morales relacionadas con lo que está bien y lo que está mal. Ha sido evidente para él que en el mundo hay distintos países que hablan idiomas diferentes. A veces me pregunta cómo se dice esto o aquello en inglés o en francés. Parece conocer algunas costumbres de otras culturas, sin que nadie se las haya contado. Por ejemplo, pidió que Fe pusieran mantequilla en el té, porque «así es como lo beben en China».

* * *

La que sigue es una historia que nos ha enviado Bea Wragee, que es maestra, sanadora y trabaja con Fa energía. Dio clases en Fa escuela media, en Michigan, antes de trasladarse a California, donde trabajó varios años en Fa industria editorial, antes de dedicarse a su trabajo metafísico y a criar a su hijo. Utilizando la energía amorosa, crea esencias florales para personas y animales. Con su esposo, también hace sanación energética para particulares y en empresas. Ha creado una esencia especial para los índigo, para ayudar a esos niños tan especiales durante su viaje en Fa tierra. El lector se puede poner en contacto con ella en: beabobeth@aol.com.

MI VIAJE A TRAVÉS DE LA MATERNIDAD, CRIAR A UN SANADOR ÍNDIGO

Bea Wragee

Cuando mi hijo tenía diez meses, Frank Alper, un místico y maestro muy talentoso, me dijo que tenía algo que decirme sobre él. Yo acababa de entrar en Fa habitación y me sorprendió que fuera tan directo. Prosiguió diciendo que mi hijo era un alma de Fa máxima magnitud y que estaba en nuestro planeta para ayudar a sanar a la humanidad. La parte más importante de mi servicio consistía en protegerlo de la dureza del mundo. Temblando ante Fa responsabilidad que suponía esa información, pregunté: «¿Cómo se consigue eso?» Respondió: «Recuerda cómo te trataron a ti y haz justamente lo contrario».

Tal vez debería remontarme un poco más atrás. El día que cumplí cuarenta años, recibí el resultado de mi amniocentesis y también me dijeron que todo iba bien y que iba a tener un niño. Estaba Foca de alegría. Cuando me puse de parto y durante todo el proceso, no sentí ningún dolor. Estaba en armonía con esa alma diminuta que nos habían confiado, a mi marido y a mí. Cuando nació Trey, estaba lleno de luz. Tenía unos ojos fascinantes y magnéticos. Había gente en el hospital que yo ni siquiera conocía que me detenía para comentármelo. Supongo que entonces nos dimos cuenta de que era especial.

Hay numerosos ejemplos de Fa manera en que este niño índigo expresaba sus habilidades y sus dones únicos. Voy a mencionar algunos para darles una idea de nuestra dinámica familiar. Trey es un índigo «humanitario» que, de vez en cuando, adopta también las características de un índigo «artístico». Es un espíritu amable que utiliza un método refinado en Fugar de uno agresivo para satisfacer sus necesidades.

Cuando apenas tenía cuatro años, se nos estropeó el coche en Fa autopista, en medio del tráfico de Fa hora punta. En California, eso puede ser un gran inconveniente. Sentados al costado de Fa carretera, en la oscuridad, los coches pasaban zumbando a nuestro lado; le pregunté: «¿Qué vamos a hacer ahora?» Trey me miró con esos ojos inmensos que tiene y dijo: «No te preocupes, mamá. Usaremos el poder de nuestro amor para conseguir que alguien pare.» No había acabado de decirlo,

cuando se detuvo a ayudarnos una furgoneta. El conductor me dijo que nunca, jamás, se detiene en la autopista, pero que había visto a mi hijo y había tenido que parar. Y no sólo se detuvo, sino que además nos llevó hasta casa.

Una vez, estando de vacaciones, mi esposo se sintió muy mal. Trey me dijo que teníamos que hacer algo para sanar a papá. Le dije que sí. Me dijo que me ocupara del estómago y que él se haría cargo de la cabeza y la rodilla. Cuando acabé mi parte, le pregunté a Trey cómo hacía su trabajo de energía. Me explicó que visualizaba a Jim como si estuviera en un videojuego y que entonces enviaba energía a las partes de su cuerpo que estaban enfermas. Recordando las palabras de Frank, le dije que me parecía una manera estupenda de hacerlo. No me imagino con exactitud el tipo de respuesta que me habría dado mi madre, pero estoy segura de que no me habría creído. Por cierto, Jim se sintió muchísimo mejor a la mañana siguiente.

Las cuestiones escolares han ocasionado algunos problemas pero, aunque parezca sorprendente, creo que nos las vamos arreglando bastante bien. Al principio, Trey iba a una escuela Montessori. Después, por alguna lección propia de la vida, insistieron para que fuera a una escuela pública. Al principio me preocupé y me inquieté, pero al final me di cuenta de que, para él, era importante ver cómo experimentaban la escuela todos los niños. Lo que tengo claro es que confío en las percepciones que tiene de sus experiencias. Si manifiesta alguna duda acerca de la escuela, parto de sus observaciones y sus explicaciones. Nunca le digo: «¿Qué has hecho tú para que ocurriera esto?»

Ahora que Trey está en el instituto, cada vez aparecen más dificultades en relación con el valor de los deberes, ciertas lecciones y la importancia de decir la verdad, lo cual no siempre resulta fácil en un sistema que exige ajustarse a la «norma». Pero, como ya he dicho, Trey tiene rapidez mental y se expresa con suavidad. Con su amabilidad, ha podido interrogar a sus profesores y decirles la verdad sin crear demasiado caos. En eso tenemos suerte.

Un día, cuando estaba en primero de ESO, Trey me anunció que podía saber dónde se encontraba una persona, aunque no pudiera verla. Le pregunté cómo lo hacía. Me dijo que enviaba su energía desde su corazón, que entonces llegaba hasta la otra persona y que él podía saber dónde estaba. «Funciona en cierto modo como un sonar», dijo. Me impresionó su candor y también su capacidad para darle al proceso una explicación comprensible. Me dijo, algo consternado, que no podía hacerlo con cualquiera, sino sólo con las personas que le caían bien.

Ya llevo dieciséis años en mi primera aventura como madre. Sé que Dios, con su infinita sabiduría, esperó a que desarrollara una mayor sensación de mí misma y más conciencia de la conexión espiritual que siempre he tenido, antes de dejar que viniera a mí esa alma deliciosa.

Creo que, sean cuales fueren las decisiones que tome mi hijo en esta vida, sabe que lo amamos, lo respetamos y confiamos en él. Aprendí muy pronto a ser franca con él, por incómodo que me resultara. Mi recompensa es que, a cambio, me quiere y confía en mí. ¡Qué don más maravilloso!

* * *

Recibimos una carta de una profesora agradecida, Mary Ann Gildroy, que apreciaba la información sobre los índigo y que dice que ella misma ha sido testigo de ese fenómeno durante los veinticuatro años en que ha trabajado como educadora. Nos comentaba que los libros sobre los índigo sirven sobre todo para los padres y que también hace falta un manual para los educadores. A continuación nos presentó sólidos motivos del por qué parecen fracasar algunas escuelas, diciendo que hay un ejército de profesores que podrían elevar su nivel de pericia con sólo disponer de cierta asistencia práctica y asequible en la clase.

Estamos de acuerdo. Puede que ese sea el tema del siguiente libro sobre los índigo: una guía para la enseñanza del niño índigo. En ese caso, rendiremos homenaje a Mary Ann en sus páginas.

De momento, queremos honrar a esta educadora publicando su poema. Es un mensaje de una profesora a sus alumnos y nos sentimos orgullosos de poder incluirlo aquí. Está dedicado a todos los educadores que apenas pueden esperar para conseguir el apoyo del público en general, un grupo de maestros que son capaces de adaptar un sistema más antiguo para dar cabida a unos estudiantes que tienen una nueva conciencia: los llamados índigos.

* * *

TE LLEVO A CASA

Mary Ann Gildroy

Te llevo a casa conmigo, en mi cabeza, todas las noches.

Por ti, mis ojos se niegan a cerrarse y los pensamientos se me agolpan.

Veo tu rostro, a veces lleno de sol, iluminado de confianza y expectación.

Veو tu cara, a veces cerrada por la duda y la solitaria inseguridad que forma parte del crecer.

Eres mi inspiración, mi frustración, mi mayor desafío y, sobre todo, mi principal don.

Reflejado en tus ojos, veo lo que soy. Eres mi alumno.

Te llevo a casa conmigo, en mi corazón, todas las noches.
Por ti, mis ojos se niegan a cerrarse y los pensamientos se me agolpan.

(© 1994, utilizado con autorización)

* * *

Pues bien, siendo este el capítulo espiritual, hemos incluido desde historias de niños relacionadas con elementos tan diversos como Jesús y Sai Baba hasta las vidas pasadas. Ha llegado el momento de prestar atención a uno de nuestros estudiosos judíos favoritos. El doctor Wayne Dosick, además de ser rabino, es educador, escritor, guía espiritual y sanador, y enseña y asesora sobre la fe, el espíritu y los valores éticos. Ha escrito seis libros y adora a los niños. Escribió estas palabras justo después de la masacre que tuvo lugar en una escuela de Santee, en California, en marzo de 2001.

IMPRESIONES RABÍNICAS

Rabino Wayne *Dosick*

Otra vez.
Otra vez resonaron las balas en dos escuelas.
Otra vez murieron y resultaron heridos niños inocentes.
Otra vez los brutales autores son adolescentes.
Otra vez sentimos un dolor tremendo.
Otra vez decimos: «¡Basta!»
Pero decir «¡basta!» ya no basta.
Necesitamos respuestas reales. Necesitamos soluciones verdaderas.

Este es el problema. Todos los que trabajan con nuestros hijos -todos los educadores, y todos los médicos, y todos los terapeutas y asesores, y todos los profesionales de la salud mental, y todos los escritores, y todos los programas del gobierno, y todos los servicios sociales, y todos los padres- han tratado de sanarlos. Y, en cierto modo, todos lo han conseguido pero, de forma colectiva, todos hemos fallado.

Les hemos fallado no sólo a aquellos hijos nuestros que no tienen conciencia y portan armas a la escuela, sino también a aquellos hijos nuestros que no conocen la diferencia entre el bien y el mal, y también a aquellos que «no encajan» y «no se las arreglan» y «fingen». Les hemos fallado a aquellos hijos nuestros a los que ponemos en «clases de educación especial» y, cuando falla todo lo demás, los medicamos. Les hemos fallado a aquellos hijos nuestros que viven una vida imaginaria, que pasan innumerables horas jugando a videojuegos y navegando por Internet.

Les hemos fallado, porque todos tratamos de sanarlos a un nivel cognitivo, intelectual, racional. Pero las heridas de nuestros hijos existen a un nivel energético, espiritual. Y es allí donde hay que sanarlos.

Yo creo lo siguiente: Que nuestros hijos lleguen a este mundo como puros canales de la luz divina. Están llenos de la luz y el amor de Dios. Sus almas, viejísimas, conservan todavía «tibias» la memoria del conocimiento eterno y universal. Poseen el conocimiento y la visión de un mundo de perfección gozosa y armoniosa.

Que lleguen con toda su perfección y caen en un mundo como el nuestro, tan imperfecto. Por «dentro», saben por instinto lo que está bien y lo que es bueno. Por «fuera», experimentan todo lo malo y perverso que tiene nuestro mundo.

Cuando sienten ese gran abismo entre la perfección y la santidad del lugar de donde proceden y la existencia herida y maltrecha que encuentran aquí, les duelen el corazón y el alma. Se sienten profundamente afligidos por la gran discordancia que perciben entre la perfección que conocen intrínsecamente y lo que encuentran en la imperfección de la experiencia terrenal.

Se vuelven como recipientes destrozados, incapaces de retener la luz, incapaces de conservar la sagrada energía divina. Muchos otros experimentan heridas emocionales aquí, en la Tierra. Por más que queramos cuidarlos y protegerlos, nunca podremos preservar a nuestros hijos de los desaires que reciban, deliberadamente o sin querer, reales e imaginarios, en la vida cotidiana.

Para casi todos los adultos, el mayor dolor y la mayor soledad de la vida se producen cuando, mediante nuestros propios actos o pensamientos, de alguna manera nos desconectamos y nos alejamos de Dios. Para nuestros hijos, el máximo dolor, la máxima angustia y soledad existencial de la vida se producen porque, a pesar de que intentan desesperadamente seguir conectados con Dios, las fuerzas discordantes de la vida terrenal destruyen y producen una separación.

Mientras que ellos, nuestros hijos, a menudo son descritos como «sumamente brillantes [...], precoces» y «demasiado sabios para la edad que tienen», se los suele ver infelices, enfadados y deprimidos. Se dice de ellos que son niños difíciles, que tienen problemas en casa y en la escuela. A veces se les diagnostican dificultades de aprendizaje, o dicen que son hiperactivos o que sufren de falta de atención.

Nuestros preciosos hijos (el regalo de Dios a una conciencia mundial en permanente expansión) merecen ser sanados de su dolor y afirmar por sí mismos (y por nosotros) la unidad del alma universal. Necesitan enseñarnos que la verdadera ilustración consiste en saber que en realidad no hay ninguna separación, que sólo existe la unidad con Dios y con el universo. Entonces, ¿cómo sanamos a nuestros hijos?

Para transformar el comportamiento negativo, tenemos que llegar al origen de la conducta. Y el origen de la conducta negativa de nuestros hijos se encuentra en el nivel energético, espiritual, que es donde están heridos.

Imaginemos lo siguiente: si vaciamos de agua la batería del coche, éste no se puede mover, porque a su fuente de energía le hemos quitado la carga.

Del mismo modo, si «vaciamos de energía» la herida emocional de un niño, ya no tiene la carga de poder, conque la herida se queda sin energía. El niño puede sanar. Se interrumpe el comportamiento negativo. Se abre la circulación de luz y amor. Hemos identificado diecisiete heridas emocionales que puede experimentar un niño: ira, dolor, temor, desconfianza, desesperación, angustia, vergüenza, inseguridad, egoísmo, pérdida, pánico, inferioridad, odio, indignación, resentimiento, celos y culpabilidad. Cada una de esas heridas puede estar presente no sólo en el cuerpo emocional sino que también puede residir en un lugar concreto del cuerpo físico, ocasionando dolor físico.

La manera de «vaciar de energía» cada una de las heridas espirituales consiste en realizar un pequeño ritual (hacer un pequeño juego), diseñado para sanar esa herida en particular.

Llamamos a esos juegos «tú-yos», porque se realizan entre «tú» y «yo», uno de los padres y el niño. Aparentemente, no tienen casi nada que ver con una herida o un comportamiento determinados, pero la sanación tiene lugar a un nivel energético, espiritual, que es donde actúan los «tú-yos». Cada uno requiere dos o tres minutos y para realizar una sesión completa no se tarda más de una hora y media.

El padre no es el sanador, ni le impone a su hijo la sanación. En realidad, el padre facilita (como un ayudante cariñoso) la sanación y la transformación que proceden del espíritu y la energía de Dios y el universo que abraza (y es abrazado por) el alma del niño. La sanación espiritual es rápida. ¿Cómo lo sabemos? Hemos llevado a cabo un pequeño proyecto de investigación, haciendo pruebas con una pequeña muestra de niños que han jugado con sus padres a esos «tú-yos». Los padres nos informan de que se han producido cambios significativos en el comportamiento y las actitudes de los niños entre una y cuatro semanas después de jugar a esos juegos.

Los escépticos pueden llamarlo «puro esoterismo californiano, pero se trata de algo muy, pero que muy real. De momento, sabemos dónde nace el dolor de nuestros hijos; sabemos dónde reside; conocemos el lugar sagrado (lo más profundo de lo profundo del interior del interior) al cual debemos ir para facilitar la sanación. Y sabemos lo que está en juego.

Porque sólo cuando sanen las heridas emocionales de nuestros hijos podremos trasladarnos a una dimensión superior, a un nivel superior (vibracional) del alma.

Pasar a esa dimensión superior significará que todos tendremos mayor sabiduría y conocimiento; que podemos saber más allá del conocimiento y ver más allá de la vista, que nuestros sentidos se van a agudizar, que nuestra conciencia será más evolucionada, que estaremos más inmersos en la energía divina y que reflejaremos mejor la luz divina.

Entonces, y sólo entonces, nuestro mundo podrá trasladarse más allá de las limitaciones del presente, a un tiempo y un lugar en los cuales se pueda producir la sanación universal, donde la antigua esperanza y la promesa de un mundo perfecto se puedan hacer realidad. «Los niños pequeños irán a la cabeza.» Cuando sanemos las heridas emocionales de nuestros hijos donde se encuentran, en el nivel energético, espiritual, nuestros hijos pueden sanar de su dolor. Quedan sanos e íntegros. Entonces podemos decir: «¡Nunca más!» Nunca más tendremos que ver a nuestros hijos representando su dolor con un comportamiento aberrante o su angustia con armas en el patio de una escuela. Entonces, nuestros hijos podrán guiarnos hacia el mundo perfecto que conocen y prevén.

Si al lector le interesa seguir hablando de sanar a nuestros hijos, o si quiere más información sobre lo que acabamos de decir, puede llamar al (760) 943-8577, o al número (gratuito desde Estados Unidos) (877) SOUL KID.

(Publicado por primera vez en *el San Diego Jewish Times*.)

* * *

«Para rescatar a nuestros hijos, tendremos que dejar que nos salven del poder que representamos: tendremos que confiar en la diferencia que personifican para siempre. Y tendremos que dejarles elegir, sin temor a la muerte: que vengan y hagan lo mismo o que vengan y nosotros los sigamos, que un niño pequeño nos lleve de vuelta hacia el niño que siempre seremos, vulnerable y con carencias y dolido por la falta de amor y de belleza.»

June Jordan, poetisa estadounidense
y defensora de los derechos civiles¹

3

LOS ÍNDIGO MAYORES

Durante los seminarios metafísicos que damos en todo el mundo, los índigo siempre han sido un tema candente, por lo que nos dimos cuenta de que *Los niños índigo* se había publicado en un momento muy oportuno y que muchos padres y educadores se identificaban con el libro.

Lo que no esperábamos, sin embargo, fue algo que se hizo evidente alrededor de dos meses después de la publicación del libro. Parecía que muchas personas de más edad sentían que también habían sido índigos.

Hemos de plantearnos la cuestión con objetividad. *Los niños índigo* incluía una historia sobre una evolución humana reciente (al menos eso creemos). La pionera en ese campo, Nancy Tappe, comenzó a «ver» el color índigo dentro de los niños antes de publicar su libro *Understanding Your Life Through Color*,⁵ en 1982. En realidad, no recuerda cuándo fue la primera vez que vio el color índigo, pero cree que es probable que no haya ningún ser humano que sea índigo puro que supere los treinta y seis años.

En el primer libro, dijimos que era probable que muchos índigo «mayores» (de veinte y pico y treinta y pico) lo hubieran pasado bastante mal y presentamos dos historias de índigos que así lo confirmaban. También indicamos que, así como casi todo lo que evoluciona con el tiempo, era probable que los índigo hubieran ido llegando poco a poco, a lo largo de muchos años. Hasta ahora no habíamos empezado a darnos cuenta de las diferencias ni a plantearnos el nuevo paradigma de la paternidad y la educación, lo cual explica que el primer libro sobre los índigo fuera toda una revelación.

De pronto, sin embargo, nos enfrentamos a algo más... y en un sector muy concreto: el de los que trabajan con la metafísica y la espiritualidad. Muchas personas que tienen más de cuarenta y de cincuenta años creen que reúnen todas las características de los índigo. ¿Podrían ser sus precursores? O puede que no fueran índigos auténticos sino que simplemente tuvieran algunos de sus atributos.

Antes de ahondar en semejante acertijo, presentamos una muestra de algunas de las cartas y los mensajes que hemos recibido sobre ese tema.

* * *

LOS PRE-ÍNDIGO

Van Sunshine

Este nuevo libro podría comenzar con unas cuantas palabras apasionadas sobre los pre-índigo en biología.

Hay tantas, pero tantas personas que se merecen un homenaje y una ovación de pie porque, al «aferrarse a la luz» con firmeza, nos han conducido hasta este punto, en el tiempo, en el cual hasta existe la palabra «índigo».

Durante muchas generaciones, ha habido puñados de personas, aquí y allá, que han defendido con energía un cambio. Ha habido innumerables ocasiones en las que esa «única voz» se ha alzado sola, abogando por nuevas formas de pensar y de ser. Eran las que se alzaban hacia el Universo, proclamando que «podemos ser más». Eran las que llegaban con más amor del que existía habitualmente. Eran las de los «rebeldes violentos», que iban a contrapelo de la sociedad.

Es posible que algunas veces hayan parecido tontos, pero ahora no cabe duda de que fueron los pre-índigo quienes prepararon un nuevo paradigma que sacudió los cimientos mismos de la fibra de la humanidad. Gracias a ellos, realmente nos encontramos en el umbral de una mayor expansión del ser.

¿Quiénes son esas personas? Son las que están leyendo esto y también representan a muchas otras que han muerto desde entonces. Tal vez los tengamos encima del hombro, mientras escribimos esto, diciendo: «Si pudiéramos hacerlo otra vez, lo haríamos». Sonriendo y guiñando un ojo, dirían: «Lo conseguimos. ¡Que así sea!»

* * *

¿Los pre-índigo? Nan acaba de darles un nombre. Tal vez sean los precursores de los niños índigo que creen que fueron índigos o, por lo menos, el principio de la ola que vemos ahora. Aquí tenemos cuatro cartas más, que formulan la misma pregunta de distintas formas, la primera hasta ofrece una explicación lógica. Nos dimos cuenta de que habíamos encontrado un tema de debate completamente nuevo.

* * *

LA VIDA ES UN PROCESO

Dr. Umar Sharif

Muchísimas gracias por su libro sobre los niños índigo. Como educador y asesor, dedico mucho tiempo a defender una nueva forma de criar, educar y comprender a nuestros niños. Hace tiempo que tanto yo como otras personas de mi círculo venimos observando el fenómeno de lo que he denominado «la congregación». Además, tengo cinco hijos, el menor de los cuales (Ashanti) tiene ahora doce años. Algunas de mis conversaciones espirituales más satisfactorias han tenido lugar hablando con él desde que tenía tres o cuatro años. Ojalá hubiese sido más sabio al criar a mi hijo mayor (Mansur), que creo que es un índigo muy herido: un joven de veinticinco años muy brillante y que se expresa muy bien, que abandonó los estudios, sin acabar siquiera el instituto, pero que es un as de la informática, totalmente autodidacta.

Tengo lo que para mí es una pregunta muy importante. Los fenómenos naturales no se suelen producir en fragmentos lineales, sino que la vida es un proceso. Su libro y los autores que en él se citan parecen situar el fenómeno de los niños índigo a partir de la década de 1970. ¿Es posible que los niños índigo comenzaran a llegar al mundo varias décadas antes, pero que, como eran tan pocos, pasaran del nacimiento a la edad adulta sin que nadie reparara en ellos?

Mi pregunta se basa en dos observaciones: en primer lugar, Olodumare (Dios) siempre envía a Ogun (el defensor del camino) para preparar el camino de sus emisarios o su finalidad. Si alrededor del 90 por 100 de los seres humanos que han nacido en las últimas décadas son índigos, yo diría que tuvo que haber una vanguardia que nació algunas décadas antes, una vanguardia para ver, hablar y conservar.

En segundo lugar, sólo he llegado hasta la página 43 de su libro, pero diría que ustedes y los autores que han colaborado están hablando de mí, de mi infancia, de mi visión del mundo y de mis características. Sin embargo, ¡yo tengo cincuenta y tres años! (Nací en 1947)

* * *

APRENDER Y EVOLUCIONAR

Jaye Powers

Con respecto a los índigo y sus historias, tengo dos hijos, que ahora son adolescentes, a los cuales, sin duda, les cuadran las descripciones. Pero quisiera hacerles otra pregunta: ¡aparentemente, las descripciones también me cuadran a mí! ¿Hay tipos de índigo de más edad? Soy una mujer de cuarenta y cuatro años y me da un poco de vergüenza hacerles esta pregunta, pero, ¡vaya si me identifico con las experiencias de los índigo!

Mis hijos son muy evolucionados, inteligentes, sensibles, perspicaces y se «sienten diferentes» de muchos de sus pares.

Criarlos me ha ido muy bien, porque comprendo en gran medida sus sentimientos y sus experiencias.

Me parecía muy comprensible y natural que mis hijos fueran así. No oí hablar de los niños índigo hasta hace poco, cuando leí este libro, en el cual no sólo reconocí a mis hijos (que tienen trece y quince años), sino también a mí misma.

¿Alguna vez han oído hablar de eso, de índigos mayores? Les estaré muy agradecida por cualquier información que puedan compartir conmigo al respecto. Al igual que muchas personas, sigo luchando con eso de ser «distinta», y mis hijos han sido una gran bendición para mí. Tengo una fe profunda y sigo aprendiendo y evolucionando.

* * *

UNA NUEVA MANERA DE ENTENDERLO

Barbara Brandt

Leí por casualidad un artículo sobre su libro, *Los niños índigo*. Era la primera vez que oía hablar de ese tema pero, cuando leí su descripción de los niños, me invadió una gran ola de reconocimiento y comprensión. Tengo cincuenta y seis años y reúno todas las características que ustedes describen.

Desde que empecé a tomar conciencia de mí misma (cuando tenía unos cuatro o cinco años), siempre supe exactamente quién era. A los cinco, ya tenía decidido lo que iba a hacer en el mundo: provocar una sanación y un cambio social que afectaran a gran cantidad de personas.

Siempre supe que era parte de Dios y no podía comprender por qué algunas personas que supuestamente eran religiosas se comportaban tan mal. Incluso cuando tenía cinco años, si mis padres me aplicaban una disciplina perjudicial, más que enfadarme con ellos me quedaba atónita de que no supieran hacerlo mejor. Esa no es la manera de ayudar a los niños a aprender.

Sufría mucho al ver la infelicidad que otras personas se provocaban a sí mismas, pero ellas no entendían que yo lo supiera, de modo que me di cuenta de que tenía que esconderme y protegerme, hasta que llegara el momento en que pudiera «florecer».

Fui una solitaria la mayor parte de mi vida, porque no conocía a nadie más que fuera como yo, pero sobre todo ansiaba que alguien me explicara las contradicciones de mi vida. Sabía que yo estaba bien y que el mundo no podía estar mal, pero había algo que todavía no cuadraba.

Otras personas de mi misma edad, ¿les han comentado algo parecido?

* * *

«ESTOY AQUÍ COMO MAESTRO»

Mike Meloy

Acabo de leer su libro. Muchas gracias. Después de leerlo, ¡veo que las descripciones y las historias coinciden con mi propia vida! Nací en 1964, de modo que pienso que comenzamos a llegar antes de la década de 1980. Me parece que ustedes clasifican en grupos generales y, en muchos sentidos, encajo dentro de la división humanista. No obstante, creo que encajo mejor dentro de su clasificación interdimensional.

Cuando sólo tenía ocho años, ya hacía de asesor para mi familia y mis amigos. A medida que me fui haciendo mayor, caí en la cuenta de que había personas que no conocía de nada que me contaban toda su vida. Yo los escuchaba y les daba consejos sobre la manera de resolver situaciones cotidianas que, con ocho años, no habría sabido cómo resolver. Ahora tengo treinta y cinco y me doy cuenta de que sigo sirviendo de asesor y consejero.

Siempre he sabido que estoy aquí como maestro y que la clave es el amor. Este libro describe mis experiencias con muchísimo detalle. Estaba seguro de que había más personas como yo, pero todavía no había conocido a ninguna. Me encantaría sentarme a conversar sobre todo esto con alguien.

* * *

En 1989, una de las discípulas de Nancy Tappe, Barbara Bowers, escribió un libro titulado *What Color Is Your Aura?* Algunas personas, como Joyce Tutty, autora de la siguiente carta, nos han escrito para decirnos que Barbara también sabía acerca de los colores y confirmaron lo que Nancy había presentado. Algunas ni siquiera conocían la existencia del libro de Nancy y en sus mensajes hacían referencia al de Barbara. Barbara Bowers ya no está entre nosotros, pero queremos rendir homenaje a su trabajo, también.

«SOY UNA PERSONA NORMAL Y ACEPTABLE»

Joyce Tutty

Soy una índigo canadiense de cuarenta y cinco años y nunca he conocido a ningún otro niño índigo ni viceversa. Primero el libro de Barbara y después el suyo me han abrumado emocionalmente, al leer que soy una persona normal y aceptable, en lugar de alguien con defectos inherentes, según los patrones de casi todo el mundo. Siempre supe quién era, pero resulta maravilloso saber que hay otros que saben y comprenden cómo soy y que nacen tantos así.

Tanto ustedes como Barbara decían que los índigo pertenecen por lo menos a una generación posterior a la mía. ¿Conocen ustedes a más índigos que tengan alrededor de cuarenta o más años? Me encantaría poder comunicarme con alguno de ellos. Relacionarme con alguien con ideas afines parece demasiado imposible de imaginar, después de pasar tantos años sola, sin conocer a nadie.

* * *

Antes de seguir dando al lector más para pensar, queremos que sepa que, en el próximo capítulo, volvemos a hablar con Nancy Tappe y que le hemos hecho precisamente esa pregunta:

si puede haber índigos mayores, precursores de los que vemos ahora. Cuando el lector lea su respuesta, verá que los índigo, a pesar de ser de un «color» nuevo, son una mezcla de muchos que vinieron antes. Nancy nos cuenta que muchos que se «sienten» como si fueran índigos eran, por tanto, verdaderos precursores, pero no eran índigos.

De modo que puede ser que esos índigos mayores no fueran de un color «índigo puro». No poseían toda la energía de los índigo, que habría hecho que se los «viera» como índigos. Como decía (antes) Umar Sharif, puede que fueran emisarios de un tipo de seres humanos que estaba por venir. Sin duda se trata de una especulación y no tiene respuesta. Sin embargo, todavía podemos decir que no cesan las preguntas en relación con ese tema y que muchos que son mayores siguen «reconociéndose» en el paradigma índigo. Por consiguiente, queremos presentar algo más al respecto.

Muchos de los que nos escriben también nos proporcionan una información que nos parece un «guiño» del Universo. Nos cuentan que, puesto que tuvieron una infancia «de tipo índigo», han dirigido a sus propios hijos índigo de una manera insólita. Jaye Powers decía antes: «Criarlos me ha ido muy bien, porque comprendo en gran medida sus sentimientos y sus experiencias.»

¿Y si algunos de esos precursores estuvieran aquí para que los índigo puros pudieran crecer con más oportunidades de conocerse a sí mismos? ¿Sería posible algo así? Se trata, sin duda, de una pregunta espiritual. Buena parte de los mensajes que hemos recibido, algunos de los cuales hemos compartido con el lector, eran historias que nos contaban unos padres mayores y también unos profesores que sostienen que su experiencia como precursores les ha permitido hacer realidad su pasión: la de criar o enseñar a otras personas que eran como ellos. Ellos sabían lo que pensaban los índigo y lo que harían después. Sabían cómo «llegar hasta ellos» y cómo tener éxito en lo que a otros les costaba.

Dios ha llenado nuestro mundo de lo que es apropiado, así como de esos tipos de maravillosas sincronicidades (de las cuales hablamos en nuestros seminarios). También decimos que todos tenemos la capacidad de conducir nuestra vida en la dirección que queramos, que a veces nos parece que no podemos escapar de la rutina, cuando en realidad eso es una ilusión. Como seres humanos, tenemos la capacidad de levantar la humanidad o de destruir lo que nos rodea. En realidad, tan sólo se trata de elegir libremente.

Si los índigo eligieron a sus padres (como cuentan los niños en algunas de las historias que hemos presentado), entonces se puede decir que han elegido a sus precursores. ¿Habría sido por casualidad o de forma deliberada? Suponemos que los niños son los únicos que lo saben (y se lo guardan para sí mismos en esos primeros meses de vida), cuando no tienen el lenguaje necesario para decir: «¡Hola! Ya sé quién eres.»

Presentamos a continuación algunos ejemplos de precursores que nos han escrito. La primera es una respuesta a la historia sobre Ryan Maluski, que aparece en el capítulo cinco del libro Los niños índigo (en la página 216). Ryan contaba cómo era ser un niño índigo de algo más de veinte años (por ese entonces). Puede que al lector le guste la siguiente respuesta, dirigida a Ryan.

Querido Ryan:

Acabo de leer tu historia en el libro sobre los índigo y enseguida he sentido la necesidad de escribirte. Yo también soy una niña índigo y desde muy pequeña he sido dolorosamente consciente de lo diferente que soy de los demás. Hay tantos elementos y similitudes en la historia de tu vida que se parecen a la mía. En cierto modo, me siento consternada por no haberte conocido cuando atravesabas todas esas pruebas de malentendidos, porque te habría dicho: «Te comprendo perfectamente y comparto lo que sientes».

La única diferencia que salta a la vista en nuestras historias es que yo nací en 1951 y no en la década de 1970 ni en la de 1980. Por las actitudes opresivas de aquella época, en la sociedad en general y en mis padres en particular, me retiré dentro de mí misma para proteger mi vida privada con Dios y el reino espiritual. Era la única forma de sobrevivir. No me atrevía a contarles mi historia a mis padres, ni a otros adultos, profesores o ministros, porque experimentaba y percibía su desprecio inminente.

Ahora tengo tres hijos índigo y los estoy criando muy bien para que lleguen a ser personas extraordinarias, no por el libro sobre los índigo sino porque intuitivamente he comprendido que son diferentes, como yo. Han necesitado una devoción y unos cuidados tremendos por mi parte, como madre, muy diferentes de la manera en que mis padres me trataron a mí.

He adquirido la sabiduría y la perspicacia práctica necesarias para convertir a estos niños en seres humanos maravillosos, que ahora reciben honores de forma habitual. Hace quince años que utilizo las sugerencias que aparecen en el libro.

¡Me siento tan entusiasmada! Quiero decirles a todos los niños índigo que conozco que lean este libro para sentirse ratificados y aliviados.

-Vanessa

* * *

Queridos Jan y Lee:

Sólo quería darles las gracias por encontrarnos, a los demás índigos y a mí. Tengo cuarenta y un años, soy profesora de yoga y vivo en California. Tengo una maestría en psicología espiritual y doy clases a niños. Mi actividad se llama «yoga para índigos» y he desarrollado un programa de yoga para niños de todas las edades que incluye las *asanas* (posturas) del yoga, técnicas de respiración, juegos de imaginación, afirmaciones, visualizaciones, etcétera.

La lectura de su libro me ha dejado atónita, a medida que me iba fijando en cada característica de los índigo y las reconocía en mí. Siempre me he sentido un poco «adelantada a mi tiempo». De todos modos, sólo quería darles las gracias y saludarlos. Tengo el agrado de enviarles información sobre el yoga para índigos y sobre los cursos de formación para profesores de yoga y para padres sobre cómo trabajar con sus hijos, que estoy a punto de comenzar.

-Pamela Hollander,

Yoga para índigos de todas las edades,
1830 Avenida Mimosa, Encinitas, California 92024.

* * *

¿Yoga para niños índigo? A continuación, incluimos una frase de un artículo a toda página que se publicó en el número del 19 de febrero de 2001 de la revista *Time*, titulado «Om a Little Teapot», de Nadya Labi.

«A los niños estresados, el yoga les ofrece el camino hacia la paz interior. Sus padres se conforman con cualquier tipo de paz.»

A continuación, la escritora menciona una organización estadounidense, con sede en Michigan City, Indiana, llamada *Yoga Kids*, que habilita a adultos para dar clases de yoga a niños y de la cual este año saldrán por lo menos treinta y cinco profesores. También nos han hablado de campamentos de verano y grupos de trabajo para niños índigo. Seguro que muchos de ellos han sido organizados y dirigidos por los precursores del color índigo, que puede que no sean índigos puros, pero lo son lo suficiente para que los niños se puedan relacionar y sentir seguros con un adulto.

* * *

*«Para tener éxito cuando se enseña a niños,
lo primero es convertirse uno mismo en niño,
pero eso no supone un infantilismo fingido,
ni una media lengua condescendiente que el niño
detecta enseguida y aborrece profundamente.
Lo que supone es hacer suyo al niño
de una forma tan simple y tan completa
como el propio niño está absorto en su vida».*

Ellen Key, escritora sueca¹

NUESTRA SEGUNDA ENTREVISTA CON NANCY TAPPE

En nuestro primer libro sobre los niños índigo, presentamos a Nancy Ann Tappe, la primera que habló de los niños índigo en su libro, publicado en 1982, titulado *Understanding Your Life Through Color*,⁵ la primera publicación conocida en la que se describen los patrones de comportamiento de esos niños nuevos. Nancy clasificaba determinados tipos de comportamiento humano en grupos de colores y, de forma intuitiva, creó un sistema que resulta curiosamente exacto y revelador. Es un libro metafísico, muy entretenido de leer, y uno no puede evitar identificar sus propias características en alguna parte del sistema que presenta (mientras se ríe de uno mismo) y maravillarse de lo preciso que parece.

Ahora que han pasado dos años desde la investigación y la publicación de *Los niños índigo*, quisimos volver a hablar con Nancy para hacerle más preguntas. Como dijimos en el primer libro, Nancy se dio cuenta enseguida, cuando preparaba su tesis doctoral, de que se empezaba a «ver» otro color entre los recién nacidos, que comenzó a manifestarse en la década de 1970 y que ella catalogó en su publicación, en la década de 1980.

Para obtener el máximo provecho de la siguiente sesión de preguntas y respuestas, sería conveniente que el lector leyera las tres entrevistas con Nancy Tappe que aparecen en el primer libro sobre los índigo; comienzan en las páginas 24, 63 y 141. En ellas habla de los tipos de índigo: el «humanista», el «conceptual», el «artista» y el «interdimensional». Tal vez al lector le interese también una entrevista sobre los índigo y Nancy Tappe, publicada en un periódico, que se puede encontrar en Internet en la dirección www.kryon.com/jantober/j_indigo.html, en la que encontrará más información, que le ayudará a comprender mejor este capítulo.

Conviene tener en cuenta, al leer lo que viene a continuación, que para Nancy este tema es «totalmente científico» y que ella da clases en todo el mundo sobre los colores de la identidad personal. No todo lo que aparece aquí resulta fácil de entender a la primera, pero su libro contribuye a desentrañar algunas de las cosas que dice. Cada uno de los colores que Nancy describe (los violeta, azules, verdes, amarillos y habano) tienen unos atributos de personalidad concretos que se explican en su libro.

OTRA SESIÓN PRIVADA CON NANCY TAPPE

Una entrevista de Jan Tober

JAN: Antes de hablar de los niños, queremos formularte una pregunta que se hacen muchos padres: a muchas personas que tienen más de cuarenta y de cincuenta años les parece que reúnen todas las características de los índigo. ¿Ellos podrían ser los precursores de los índigo?

NANCY: Esas personas son violeta. Hay muchos matices en el color. No todos tienen la misma edad espiritual, ¿comprendes? Algunos llevan haciéndolo mucho más tiempo que los demás, y algunos de una forma diferente de la de los demás, y es como ir a la universidad. Elegimos distintos campos y distintos intereses. Por ejemplo, es posible que todos hablemos de ciencias políticas, pero, dentro de un campo tan amplio, caben el derecho, la salud, la psicología... Hay diferentes roles en esa ciencia política que nos obligan a aprender de forma diferente y a hacer distintas cosas.

JAN: ¿Quieres decir que algunos violeta son de distintos tonos de ese color?

NANCY: Sí, según el programa que tengan. Siempre he dicho lo siguiente: que un violeta nacido en un hogar próspero se comportará de manera diferente a un violeta que haya nacido en un gueto. Un violeta que haya nacido en un hogar culto será diferente de uno nacido en otro tipo de hogar. Y el que haya nacido en un ambiente artístico será diferente de un violeta nacido en las minas de West Virginia.

JAN: Claro, pero, ¿en qué sentido serían distintos los matices?

NANCY: No se trata de una diferencia de tono o de matiz, sino de la matriz que hay en su interior. Ahora casi nunca saco este tema en una declaración pública ni en una conferencia privada, sencillamente porque tardaría demasiado en definirlo y resultaría excesivamente confuso para el público en general.

JAN: Puedes definirlo ahora, para nosotros?

NANCY: Yo puedo definirlo, pero se trata de la manera en que ellos funcionan. Creo que los violeta están allí. Sigo insistiendo en que los «humanistas» sustituyen al amarillo y al violeta. Por consiguiente, tendrán dentro muchos de los atributos del amarillo y del violeta. Son los «violeta populares», que tanto fascinan a la gente. Además, está el índigo «conceptual», que sustituye al habano y al verde dentro del violeta. Aparte, el índigo «artista» sustituye al azul dentro del violeta. Y el índigo «interdimensional» sustituye al violeta.

En realidad, el violeta que hay en los «interdimensionales» representa a las personas extrañas, y pueden estar en cualquier campo, pero hacen cosas que son abstractas. Aportarán nuevas filosofías y religiones nuevas. Lee [se refiere al otro autor de este libro] entraría dentro de esa categoría. ¿Sabes lo que te quiero decir? Que es violeta. También encajaría como «conceptual», porque es habano. Entiendes

lo que quiero decir a ese nivel? De modo que no sólo es abstracto y hace algo que algunos podrían no comprender, sino que además procura ser muy lógico, como es el habano.

JAN: Sí.

NANCY: Él no tiene el amarillo. Tú sí que lo tienes. Tampoco tiene el azul, el «artista» y tú sí. Por tanto, una de las cosas que os convierten en un buen equipo de trabajo es que tenéis las características del «humanista» y del «artista». Él tiene el proceso «conceptual» y el «interdimensional», pero no es índigo; y tú tampoco.

JAN: Y las personas que se sienten índigo, ¿tienen las mismas características que los índigo o no?

NANCY: Tienen la misma conciencia que los índigo.

JAN: Entonces, ¿pueden tener algunas características similares?

NANCY: Tendrán algunas de las características similares, pero lo más importante es que los índigo tienen sus propias características. ¿Entiendes lo que quiero decir?

JAN: ¿Los índigo tienen las características de los demás colores?

NANCY: Sí y más. Eso es lo que tenemos que recordar. No son sólo los violeta los que sienten que pueden ser pre-índigo, sino los violeta, los azules, los verdes, los amarillos y los habano. Todos esos colores tienen un proceso que forma parte del niño índigo. Lo que hacemos es reducirlo todo a una sola cosa. En el Apocalipsis lo llaman muchas veces las «cuatro esquinas» y los «cuatro ángeles que sujetan los cuatro vientos», cuando dice «No dejes que sople el viento hasta que pase el presente». ¿Comprendes?

Eso equivale, para mí, a los cuatro tipos de índigo. Lo he estado definiendo de modo que tenemos la tercera dimensión y la cuarta dimensión. Ahora mismo estamos justo aquí [Nancy hace una marca en una pizarra], más cerca del borde. De modo que los índigo, hasta ahora, si bien en realidad todavía no se han separado del precipicio, han construido parte del puente. Y lo han hecho con la colaboración de los violeta. Y los violeta lo supervisarán, pero tienen que construir el puente por aquí [Nancy hace otra marca] y eso tardará entre doscientos y cuatrocientos años, según lo rápido que aprendamos y crezcamos. Podríamos conseguirlo en doscientos años, pero puede tardar cuatrocientos, y entonces esos cuerpos ya no tendrán un sistema inmunitario. Habrá cambios. Ese cuerpo no tendrá el mismo aspecto que ahora ni funcionará como ahora, pero los violeta son el principio de eso y el resto iremos detrás.

JAN: ¿Y qué sustituirá al sistema inmunitario?

NANCY: El sistema endocrino. De modo que, según lo rápido que los índigo construyan ese puente, puede que nosotros, tú, yo y Lee, regresemos para acelerarlo. Pero los índigo que ahora tienen menos de veinte años ni siquiera quieren ver el pasado. No quieren obedecer nuestras normas. Saben que las suyas van a ser diferentes. Las actuales contienen una mezcla del pasado y el futuro. Algunos de ellos se rebelan contra el pasado; algunos lo aceptan y tratan de seguir adelante. Durante los próximos seis años experimentarán unos cambios tremendos porque, como digo, conseguirán sus normas como si fuera una especie de suero gota a gota. De modo que no será algo repentino. Empezará de forma gradual y de pronto nos daremos cuenta de que los que dirigen el mundo ya no son los violeta. Y esa es la clave que queremos intentar transmitirles: que disponen de parte de esa información, pero que no es más que una cucharadita. Lo que de alguna manera hemos de hacerles entender es que están perfectamente bien como individuos violeta, que por ser violeta no se supone que les falte nada.

JAN: Recibimos una carta que ponía: «Los fenómenos naturales no se suelen producir en fragmentos lineales, sino que la vida es un proceso. Su libro y los autores que en él se citan parecen situar el fenómeno de los niños índigo a partir de la década de 1970. ¿Es posible que los niños índigo comenzaran a llegar al mundo varias décadas antes pero que, como eran tan pocos, pasaran del nacimiento a la edad adulta sin que nadie reparara en ellos?» [Tomado del capítulo anterior.]

NANCY: Lo que tenemos que recordar es que, antes del 1700, había muy pocos violeta, casi ninguno. El azul iba a la cabeza, y el habano, el amarillo y el verde. Los violeta comenzaron a ser más, más y cada vez más, como están haciendo ahora los índigo.

Los precursores son los violeta. ¿Entiendes lo que quiero decir a ese nivel? Cada dos siglos, aproximadamente, empieza a aparecer un color nuevo y eso es lo que recoge la civilización. De modo que en realidad los violeta comenzaron a entrar con fuerza durante el siglo xviii. Antes no fueron más que pizcas durante un tiempo. Lo que ocurre es que el tiempo se va acelerando y estos índigo van mucho más aprisa que los demás colores.

Los violeta son los precursores de los índigo. Recuerda que ellos no tienen nada que aprender, sino que lo repasan todo: algunas cosas medio recordadas y otras medio olvidadas. Los índigo no repasan nada: ellos son futuristas. Están aquí para enseñarnos el mañana. El ayer les importa un comino. Pero los violeta tuvieron que entretenerlo todo para completar la tercera dimensión. De modo que es muy importante rendir homenaje a todos los roles de todos los colores, porque cada uno ocupa su lugar y no

debilita el sistema con su propio proceso. De modo que eso es lo que tenemos que saber al respecto: que los violeta son los precursores de los índigo.

Recuerda que, desde hace dos mil años hasta mediados del siglo xx, hemos sido totalmente religiosos. No empleábamos la palabra «metafísica», aunque Aristóteles la hubiera inventado. Teníamos una orientación más religiosa e incluso, a mediados del siglo xx, lo que ahora llamamos «metafísica» se denominaba «espiritualidad»: un proceso protestante de la fe cristiana. Y las personas raras quedaban bajo la vigilancia de la brigada anti vicio, lo mismo que las prostitutas. De modo que sólo durante los últimos cien años, digamos, hemos podido ser librepensadores, al margen de la Biblia conocida. Hasta entonces nadie había hablado del color, ni nadie había hablado del desarrollo de la mente humana a ese nivel, ni de que tuviéramos una finalidad en el Universo. No éramos más que hijos de Dios.

Es decir que hemos iniciado un proceso que es mucho más dramático y que se mueve mucho más aprisa en este tiempo que antes. Seguimos enganchados a la religión y no estamos dispuestos todavía a atribuir a los seres humanos los méritos de su propia evolución. En el último siglo, hemos dado grandes saltos en el desarrollo de nuestra mente, a pesar de lo cual sentimos que nos falta algo, porque hay algo nuevo en el horizonte. Eso siempre me deja perpleja: ¿por qué lo tenemos? Lo que ocurre es que nos movemos más aprisa y, por tanto, nuestra línea lineal de la vida es mucho más impresionante. Ahora existe, antes no; no era más que una pequeña ondulación y en realidad nadie se daba cuenta de su existencia. En cambio ahora se convierte casi en algo como el ordenador, con bytes, cortes y desplazamientos. De modo que tenemos que ser conscientes de eso. Es interesante.

JAN: Hablemos de los niños. Han pasado más de dos años desde nuestra última entrevista. ¿Hay algo nuevo en relación con los niños índigo de lo que seas consciente o que haya cambiado?

NANCY: Creo que ellos son cada vez más conscientes de quiénes son. Una de las cosas que estoy investigando ahora, que acabo de observar el año pasado en Europa, es una característica especial que veo en la mayoría de los «humanistas», y es que tienen los dientes torcidos. Tal vez parezca ridículo. Los «humanistas» a menudo tienen los dientes torcidos, porque los dientes de delante no les caben en la boca y muy pocos se la arreglan. Lo he observado. Muchos de esos índigos viven en familias que no ponen aparatos a sus hijos, no sé por qué, pero me sorprende, porque los hijos tienen dieciséis, diecisiete, dieciocho, veinte o veintidós años. Y también lo veo en los más jóvenes. Yo no sé si las familias les pondrán aparatos o no, pero no parece tener demasiada importancia. No pasa lo mismo con los «artistas» ni con los «conceptuales».

JAN: Puede que en realidad a los niños no les importe su aspecto.

NANCY: No tengo la menor idea de a qué se debe. Bueno, también creo que no confiamos tanto en los médicos como antes. Ellos [los médicos] han dejado de tener el poder absoluto. Ese es el único cambio que he notado, aparte de que cada vez son más y más [los índigo]. Creo que vamos a ser testigos del mayor cambio en los próximos cinco o seis años, aunque no me parece que eso vaya a cambiar la definición, sino que creo que lo va a definir mejor.

JAN: Con tu don especial, ¿ves algún color nuevo?

NANCY: Todavía no. Pero cuando me llegó el color índigo, me dijeron que habría otro, aunque todavía no lo he visto. Sigo esperando.

JAN: ¿Te imaginas cuál puede ser?

NANCY: No, ni siquiera puedo intentar averiguarlo.

JAN: Desde que publicamos el libro sobre los índigo, ha habido un tremendo incremento de la violencia en lo que respecta a niños que matan a otros niños. ¿Cómo se explica eso dentro de la experiencia de los índigo?

NANCY: Recuerda lo que te he dicho. Cuando lleguemos al 100 por 100, la mitad estarán construyendo una utopía y la otra mitad, un caos. La mitad estarán construyendo un infierno. Y lo que he observado en todos los niños que han matado a otras personas es que eran «conceptuales», y no olvides que los «conceptuales» actúan en función de un proyecto. Las personas no son más que instrumentos para su proyecto. Lo que más me ha llamado la atención, dejando de lado a los dos estudiantes que [supuestamente] mataron a los profesores de instituto [en Dartmouth] (aunque no me he enterado de la historia lo suficiente para conocer sus antecedentes ni lo que estaban haciendo, porque eran de clase media alta), es que la mayoría de las veces, cuando hacen una cosa así, los «conceptuales» se suicidan, además. Sin embargo, en esa otra historia, queda algo oculto que todavía no he comprendido.

JAN: ¿Cuándo ocurrió eso?

NANCY: La semana pasada. Los entregó el padre de uno de los niños. Habían huido, pero creo que pasó algo que alteró la situación. No obstante, los dos son «conceptuales». Como digo, observo que la

mayoría de las veces se matan, ellos también. Por eso creo que el caso de estos dos es diferente y me voy a ir enterando para averiguar de qué se trata, porque hay algo que todavía no ha salido a la luz.

JAN: ¿Estaban metidos en algo?

NANCY: Esa es la pregunta que quiero hacer. Pero creo que muchos de ellos simplemente tienen unos padres que han hecho que se enfadaran con el mundo.

JAN: ¿Y se lo explican a todo el mundo?

NANCY: Mira lo que ocurre con los índigo en la escuela: si un padre los maltrata, van a la escuela y se lo cuentan a alguien, para que los ayude. Muchos de ellos llaman al 061. Muchos le dicen a la policía: «Mis padres me pegan». Son más francos con respecto a lo que les ocurre de lo que lo éramos nosotros. En cierto modo, teníamos incorporado un mecanismo que establecía: «No podemos decírselo a nadie, porque es culpa nuestra». Estos niños no se tragan ese anzuelo. Está ocurriendo a edades incluso menores y resulta incluso más dramático. Ahora hay niños que, con menos de diez años, van a conseguir cosas que otros no tuvieron jamás.

Creo que tenemos que comprender lo rápido que nos estamos moviendo y que están ocurriendo cosas que a muchos habrían horrorizado, hace quince años, incluso hace diez. De modo que creo que vamos a ver cada vez con mayor frecuencia que, a medida que los índigo se unifican cada vez más, se va a notar una gran diferencia entre los violeta y los índigo, y que será muy fácil de reconocer, algo así como lo antiguo frente a lo nuevo. Y lo veremos con respecto a las nuevas capacidades de sus cuerpos, así como también las de sus mentes.

JAN: ¿Tienes alguna idea o alguna prueba de que los hijos de los índigo tienen algo más que los niños índigo originales no tenían? Quiero decir: ¿te parece que se puede ver la evolución espiritual de ese grupo humano?

NANCY: Creo que sí, que existe una diferencia indudable. No sé si llamarla espiritual porque, cuanto más jóvenes son los índigo, más informatizados están, son más realistas, más desconfían de nuestro mundo, más nos ven como fracasados y más se dan cuenta de que no tenemos ningún proceso de franqueza. Creo que esa es una de las cosas que todos estamos viendo.

JAN: ¿Tú crees que lo que ocurre es nos leen la mente, y que decimos una cosa pero muchos de nosotros estamos pensando otra?

NANCY: No sé si nos leen la mente, pero creo que tienen un nivel de sensibilidad muy superior al nuestro, que captan cosas y que confían en sus sentidos. En cambio nosotros lo tenemos todo revuelto. Yo digo que «seguimos siendo corruptibles para el mundo». A menudo no sabemos cuál es la realidad. Sólo conocemos lo que percibimos de ella.

Si ponemos en fila a quince personas, tendremos quince percepciones distintas. Porque la verdad tiene muchas caras. Para los índigo, la verdad quiere decir otra cosa. Creo que van a ser mucho más andróginos que nosotros. El sexo no va a significar lo mismo para ellos que para nosotros. No lo van a usar como estratagema para casarse, sino para jugar, que creo que es para lo que se concibió de entrada, en todo caso, además de para la procreación. Pero es posible que no confíen tanto en la procreación como nosotros, lo cual supone que tal vez se interesen antes por la autosuficiencia, que es la lección de los violeta.

Porque la edad violeta exige que seamos auto suficientes. Los violeta, la mayoría de ellos, están orientados hacia el destino. A esos niños les encanta el viaje, pero el destino no cuenta. De modo que muchos padres se encuentran con el problema que supone que sus hijos acaben el instituto pero no estén dispuestos a ir a la universidad, que no quieran ir. Muchos de ellos se van a quedar en casa hasta que se puedan permitir el lujo de vivir como sus padres los han acostumbrado a vivir. ¿Comprendes?

En nuestras generaciones, estábamos impacientes por irnos de casa y empezar de cero. No queríamos que nuestros padres nos mantuvieran. Aparte de que ellos no lo habrían hecho. Era un logro salir y conseguir vivir por nuestra cuenta. Estos niños dicen: «Lo haré», y después se quedan en casa. Es un período interesante. Por consiguiente, su sistema de valores va a ser tan completamente diferente del nuestro que algunos lo considerarán horrible y a otros les parecerá maravilloso. La verdad es que están cambiando y que van a enseñarnos lo que es el amor, y nos vamos a quedar realmente atónitos por habérselo perdido. Van a enseñarnos a disfrutar de la vida (sin dejar que nos dirijan los chicos mayores de la escuela), a vivir más en el momento y a no estar tan preocupados por si tienen un diploma o no, sino por hacer lo que los hace felices. Van a ser muy diferentes.

JAN: Eso es lo que yo llamo «vivir en armonía con el niño interior», que fue la parte de mí que encontré cuando mi madre estaba haciendo la transición que llamamos «muerte». Cuando encontré a mi propia niña interior y me puse a trabajar con ella, me cambió la vida. Tuve que volver a hacerle de madre (a la niña interior). A medida que ella y yo dejábamos marchar a nuestra madre física, pude ayudarla y recordarle que yo era su madre auténtica / su hada madrina.

NANCY: Piensa en la cantidad de personas que no lo hacen así.

JAN: De modo que lo que me llega de los índigo es que esos padres intentan aprender a manejar a sus hijos, y la conclusión a la que llego es que tienen que tratar de aprender a manejar a su niño interior. Si consiguen una cosa, consiguen la otra.

NANCY: Creo que tienes toda la razón. No hay que tratar de ser ellos.

JAN: Hay que ponerse en contacto con el que llevas dentro. Los niños índigo verán la honestidad y la verdad en ti.

NANCY: Sí, y entonces los índigo se ocupan de todo lo demás. A los índigo les gusta hablar con franqueza.

JAN: Por supuesto.

NANCY: No les gusta que les hablen en tono condescendiente. Ayer vino a verme una mujer que es guionista en Los Ángeles y trajo consigo a su hijo de doce años. Entonces me siento y me pongo a charlar con él y ella me dice: «Te dirá la verdad a ti, pero a nadie más». Él no tenía ningún problema en hablar conmigo, pero se niega a hablar con ella. Entonces ella me lo trae para enterarse de lo que hace. ¿No es gracioso?

JAN: Me encanta. Gracias otra vez, Nancy.

5

EL NIÑO INTERIOR

«Una sociedad en la que los adultos están lejos del mundo de los niños y a menudo de su propia infancia suele oír lo que dicen los niños como si hablaran en otro idioma, o como si fuera mentira. [...] Se ha tratado a los niños [...] como si fueran mentirosos, embusteros y soñadores por naturaleza.»

Beatrix Campbell,
periodista británica)

Ahora vamos a tocar un tema que es posible que el lector conozca, pero que es probable que muchos no comprendan del todo. ¿Qué tiene que ver el trabajo con el niño interior con el tema de educar e interactuar con los niños índigo? En este análisis, vamos a tratar de concentrarnos en la pregunta exacta.

¿Qué puede hacer el lector para comprender bien este capítulo? Aparte de experimentar una sensación cálida y agradable, pensar en cuando tenía seis o siete años. ¿Qué pasa? ¿Qué no lo recuerda? Pues allí está la clave, ¿no?

Después de un taller que presentamos hace poco en la costa este de Estados Unidos, se acercó a Jan un señor y le preguntó si podía sentarse a su lado durante la comida. Comenzó a hablar con lágrimas en los ojos. Le explicó que, después de asistir a uno de nuestros seminarios, un año antes, había experimentado el despertar personal de su vida.

David tenía unos cincuenta y cinco años y, a diferencia de la mayoría de los hombres de su edad, se fue emocionando a medida que contaba su historia. «Jan -dijo-, mi esposa y yo hemos asistido a muchos talleres vuestros y siempre nos agradan. Sin embargo, en el último, mencionaste tu experiencia con el descubrimiento de tu niña interior. Cuando alentaste a los asistentes a ponerse cómodos y comenzaste la meditación guiada, me dispuse a disfrutar de una experiencia agradable y relajante. No obstante, esa vez nos llevaste a explorar esa parte de nosotros que se llama «el niño interior».

Traté de no emitir ningún juicio, aunque la verdad es que no aceptaba del todo el concepto. Sin embargo, por respeto a vosotros dos, mantuve los ojos cerrados y cumplí el programa. Me quedé atónito cuando se me apareció, mentalmente, un niño triste, desaliñado y enfadado que me dijo que lo había enterrado en el fondo de mi casa desde que regresé de Vietnam. Estaba muy enfadado conmigo. Me eché a llorar, a pesar de que no suelo hacerlo.»

David quiso contárselo a Jan y darle las gracias en persona, puesto que la experiencia le había producido una impresión muy profunda. Ella le preguntó si esa experiencia había supuesto algún cambio en su vida habitual. Le dijo que había llegado a un acuerdo con su «niño» recién encontrado para comprar una moto Harley Davidson, de modo que «ellos» pudieran emprender viajes largos y divertidos por el país.

Jan le preguntó: «¿Alguien te ha acusado de estar pasando por la crisis «de los cuarenta»?» Dijo que algunos lo pensaban, pero que, al responder, su nuevo niño (el pequeño David) adopta una actitud juguetona, en lugar de ponerse a la defensiva.

El pequeño David suele responder: «¡Estamos pasando por el renacimiento que tiene lugar en mitad de la juventud!» A continuación, le dijo a Jan que se sentía mucho más espontáneo, como si fuese otro. Se sentía travieso y el sentido del humor se había convertido en una parte de su vida mucho más importante de lo que era antes. David dijo: «Ahora me río mucho.»

* * *

«Un hombre infantil no es aquel cuya evolución se ha interrumpido, sino que, por el contrario, es un hombre que se ha dado la oportunidad de seguir evolucionando mucho después de que la mayoría de los adultos se hayan envuelto en el capullo de los hábitos y los convencionalismos de la madurez.»

Aldous Huxley¹

¿Quién es el niño interior? ¿Quién o qué es esa parte de un ser humano que uno puede enterrar en el fondo durante la mayor parte de su vida? A veces es un entierro de por vida y ya no vuelve a aparecer nunca más. ¿Por qué estamos hablando de esto, siquiera? Después de todo, ¿este libro no se refería a niños de verdad?

Cuando estábamos recopilando información acerca del primer libro de los índigo, se nos ocurrió una idea interesante, que mencionamos allí. Llegamos a la conclusión de que los índigo están aquí por muchos motivos. Uno de ellos, que puede parecer algo delicado, es que tal vez estén aquí para ayudarnos a encontrar a nuestro propio niño interior. ¿Por qué? Porque los índigo responderán de forma más positiva a la «auténtica manera de ser» de sus padres.

En el capítulo 2, Monique LeBlanc escribía que los índigo captan los sentimientos auténticos. La siguiente historia es muy similar a la de Monique, pero nos la envía Bea Wragee, a quien conocimos antes.

«¿POR QUÉ ESTÁS TAN ENFADADA, MAMÁ?»

Bea Wragee

Una tarde entré en la habitación de mi hijo de cinco años con algo de ropa recién lavada. Trey me miró con curiosidad y preguntó: «¿Por qué estás tan enfadada, mamá?» Sorprendida, le respondí: «No estoy enfadada, cariño.» Me miró con esos ojos fascinantes que tiene y respondió: «Entonces, ¿por qué tienes esa cara de enfadada?»

Era su reacción ante la verdad que se manifestaba con toda claridad en mi rostro. ¡La verdad era la verdad! Estaba enfadada y su sensibilidad a mi lenguaje corporal y mis expresiones era correcta. Ahora bien, ¿podía yo ser lo suficientemente adulta para reconocerlo? ¿Pasaría por alto su realidad o admitiría que su conciencia no se equivocaba?

Me armé de valor y le dije: «Tienes razón, cariño, estoy enfadada por algo que ha sucedido hoy y no te he dicho la verdad. Te pido perdón.»

El regalo que me hizo mi hijo ese día fue la conciencia de ser un solo yo y de la necesidad de ser sincera. ¿Cómo podemos enseñarle a un niño a decir la verdad si no somos capaces de hablar con franqueza?

¿Se da cuenta el lector de lo intuitivo que era el hijo de Bea? ¿Qué estaba ocurriendo en ese caso? Los índigo están muy bien preparados para «ver» la energía de su espejo dentro del adulto. Quieren mirar a cualquier ser humano, adulto o no, y ver la parte infantil. A eso lo llamamos el «yo auténtico» o el «yo íntegro», y nos parece que es el denominador común para la comunicación con los índigo.

Vamos a analizar una definición académica del niño interior según el doctor Charles L. Whitfield, autor de *Healing the Child Within:6*

El concepto del niño que llevamos dentro forma parte de la cultura mundial hace por lo menos dos mil años. Carl Jung lo llamaba el «niño divino» y Emmet Fox, el «niño maravilloso». La psicoterapeuta Alice Miller y Donald Winnicott lo llamaban el «yo auténtico». Rokelle Learner y otras personas que trabajaban en el campo de la dependencia de sustancias químicas lo denominan el «niño interior». El niño que llevamos dentro se refiere a esa parte de cada uno de nosotros que está viva, llena de energía, es creativa y se siente realizada; es nuestro yo auténtico, lo que somos realmente.

A medida que vamos creciendo, muchos de nosotros a veces tenemos que enterrarnos a nosotros mismos, o a una parte, «en el fondo de casa», para poder sobrevivir. El «yo auténtico» se retira de nosotros, a menudo a un lugar tan próximo como el fondo de casa, pero sin estar en la propia casa, con nosotros. ¿Ha sentido el lector, alguna vez, como si le faltara algo en la vida? Nos referimos a algo fundamental, no a una pareja o al dinero. ¿Alguna vez ha sentido como si le faltara una parte de sí mismo? Esa es la señal de que tal vez su niño interior esté escondido.

Aquí es donde intervienen los niños índigo de una manera profunda. El lector recordará que en el primer libro decíamos que los índigo mantienen, fundamentalmente, un equilibrio entre el hemisferio izquierdo y el derecho del cerebro. Con su conciencia innata, a menudo reconocen una «herida» en sus padres. Se dan cuenta de que el niño interior del padre o de la madre ha desaparecido, o que no es plenamente consciente. Como ellos anhelan el equilibrio (como ya hemos dicho), cuando no existe se bloquea la comunicación. Cuando tenemos enterrado dentro el niño interior, quedamos separados no sólo de nosotros mismos y de los demás, ¡sino también de nuestros niños índigo!

¿Hasta qué punto se puede estar «herido»? Planteémoslo así: supongamos que hemos perdido a nuestro primogénito. Pensémoslo. ¡Sería terrible! Algunos lectores conocen ese tipo de tristeza y dolor y saben muy bien lo que significa. Es una energía que cambia la vida y que forma parte de uno para siempre. Aunque el entierro del niño interior no se puede comparar con la pérdida de un hijo de verdad, algunas de las características son las mismas. ¿Me aparto de los demás? ¿Oculto mis sentimientos? ¿Me cuesta cultivar nuevas amistades? ¿Con frecuencia me encuentro mal? ¿Siento cansancio todo el tiempo? ¿Me enfado a menudo sin motivo? ¿Tiendo a seguir corriendo, en lugar de andar o de pararme a respirar, lo cual me impide observar lo que me rodea? ¿Todo me da miedo? ¿Me siento solo? ¿No tengo sentido del humor en la vida? ¿Todo es «una lata» para mí?

Le sugiero al lector que diga si para él lo siguiente es verdadero o falso: Los adultos trabajan, los niños juegan.

Si ha dicho «verdadero», le aconsejo que siga leyendo, porque se trata de los clásicos síntomas de la pérdida de amor y también del entierro del niño que llevamos dentro.

El ejemplo clásico de buscar el poni en el montón de estiércol sigue siendo la mejor anécdota que podemos citar a este respecto: un niño entra en la habitación con la esperanza de ver el poni. Le han dicho que está allí. El estiércol es secundario y no le molesta. Entusiasmado, el niño escarba buscando el poni, riendo sin parar, ¡hasta que lo encuentra! El adulto también sabe que el poni está allí, pero suele ver primero el estiércol y, o bien interrumpe el experimento, o no para de quejarse de lo mal que huele. El experimento tiene que ver con el estiércol, no con el poni. ¿A quién se parece el lector en este ejemplo?

De acuerdo: somos adultos. Estamos de acuerdo en que las presiones y las responsabilidades que tenemos son mucho mayores que las que experimenta un niño en la vida cotidiana.

Sin embargo, lo que pretendemos aquí es que cada uno haga un examen de su propio equilibrio, porque, sin el niño interior, puede que no lo haya. ¿Alguna vez alguien le dijo al lector que era un gruñón o un aguafiestas? ¿Alguna vez se lo dijo un niño? (¡Seguro que era uno muy inteligente!)

Algún lector dirá: «yo no. Tuve una infancia feliz.» Lo cierto es que muchos de nosotros hemos tenido una infancia imperfecta, algunos incluso disfuncional, en cierto modo. Es posible que crecer nos haya resultado doloroso. Ahí es cuando uno decide «cavar el hoyo» y «saltar dentro», para que algunas partes de nosotros puedan sobrevivir, a pesar de las situaciones de disfunción. Cuando ocurrió esto, uno se desconecta del «yo auténtico» y a menudo se aleja de los que le rodean.

A medida que crecemos, a menudo asumimos como una verdad nuestra lo que escuchamos decir a los que nos rodean y tienen una posición de autoridad, como padres, maestros, asesores, e incluso los libros, el cine y la televisión. Ojalá que hayamos empezado a discernir nuestra verdad a medida que hemos ido creciendo. Sin embargo, a estas alturas, sigue presente el viejo condicionamiento, de forma latente en nuestra personalidad, aunque en realidad ya no nos sirve para nada. Por ejemplo, es posible que, de niños, nos hayan dicho que no jugáramos con fuego. Si ahora queremos diseñar esculturas con un soplete, tendremos que volver a evaluar lo que tenemos «grabado», para liberar el miedo o las emociones que nos impedirían poner en práctica nuestro deseo reciente de esculpir con fuego.

¿Cuál es el atributo principal de un niño interior sano? No queremos simplificar demasiado todo esto (puesto que ya se ha escrito mucho al respecto), pero es el equilibrio. Una persona con un niño interior sano es espontánea, creativa, juguetona, feliz y capaz de reír abiertamente de su propia situación. En nuestra opinión, también es alguien que está en contacto con eso que llaman Dios, un reconocimiento espiritual del Espíritu. Hay mucho más, pero el lector ya se hace una idea.

Cuando uno viaja en avión, el auxiliar de vuelo nos explica cómo se usa la máscara de oxígeno, que se supone que ha de caer del techo si disminuye la presión en la cabina. Si uno viaja con un niño, las instrucciones son: «Póngasela primero usted y después al niño». Nuestro mensaje es el mismo. Teniendo en cuenta las presiones de la vida, primero tenemos que ocuparnos de nosotros mismos, para poder atender después esa preciosa carga que el Espíritu nos ha dado para que nos encarguemos de ella.

Pues entonces, ¿qué es lo que tenemos que hacer? Digamos que la cabina de ese avión metafórico está a oscuras cuando pierde presión. Por consiguiente, debemos hacer dos cosas antes de poder ayudar al niño: 1) encontrar la máscara y 2) ponérsela.

El fondo de casa: encontrar al niño enterrado

Encontrar al niño enterrado es una metáfora que significa reconocer que el niño no está en nuestra vida. Casi simultáneamente, darnos cuenta de que el niño que está escondido va a precipitar la búsqueda y la recuperación. He aquí algo que tenemos que tener en cuenta: casi siempre que hablamos con un niño suele ser para destacar su crecimiento. Centramos la atención en el adulto. Por ejemplo, cuando un padre se dirige a un hijo suyo que está llorando, le suele decir: «No llores, que ya eres mayor». ¿Alguna vez ha escuchado el lector a una madre decirle a su hijito: «Eres el hombrecito de mamá»? El homenaje parece estar relacionado con el hecho de ser adulto. Aunque decimos esas cosas a los niños porque pensamos que responderán ante algo que es evidente (el deseo de ser adultos), a menudo negamos así la importancia de ser niños. Es hora de reconocer la fértil riqueza del «yo infantil», tanto en los niños como en nosotros.

Hay bastante ironía aquí. Si realmente pudiéramos conocer los pensamientos más íntimos de los niños, algunos expertos nos dirán que ellos son muy listos con respecto a todo esto: que, a pesar de que anhelan los privilegios relacionados con ser mayores, también perciben la infelicidad que suele ser inherente a la edad adulta, que a veces se refleja en su propia experiencia familiar. Puede que, en realidad, no deseen ser otra cosa más que niños. De lo que estamos hablando es de la capacidad de cualquier adulto para reclamar algunas de las características infantiles que eran tan fabulosas, muchas de las cuales siguen estando allí, pero enterradas.

* * *

«Para el niño, hacerse viejo es casi una calamidad obscena que, por alguna razón misteriosa, a él no le ocurrirá nunca. Todos los que han superado los treinta años son tristes, grotescos, siempre están preocupados por cosas que no tienen importancia y siguen vivos sin, al menos por lo que ve el niño, tener nada por lo que vivir.

La única vida real es la de los niños.»

George Orwell¹

* * *

Quisiéramos informar al lector acerca de un libro estupendo que habla del descubrimiento del niño enterrado, paso a paso; es uno de los mejores libros que se han publicado sobre el niño interior. Se titula *Recovery of Your Inner Child*,⁷ y la autora es la doctora Lucia Capacchione, que dice lo siguiente sobre el niño interior, para darnos una idea de lo importante que es:

«Para ser plenamente humano, el niño que llevamos dentro debe ser abrazado y se tiene que manifestar.»

¡Vamos a hacer una búsqueda del tesoro! Es probable que las palabras «búsqueda del tesoro» atraigan al ser interior del lector. Lo que vamos a hacer es ayudarlo a encontrar el verdadero tesoro, que es él mismo. Vamos a analizar tan sólo un par de métodos que otras personas enseñan con todo éxito. Si el lector se lo toma con seriedad, no debe dejarse desconcertar por la novedad de esos métodos, ¡porque son efectivos!

Presentamos a continuación una técnica de Sharyl Jackson, una educadora veterana, con ocho años de experiencia en la escuela pública. Sharyl creció en una granja de Dakota del Norte, obtuvo la licenciatura en lenguas en la Universidad de Dakota del Norte y el doctorado en literatura española en la Universidad de Washington. Trabajó ocho años como maestra en la enseñanza pública, antes de ponerse a trabajar con el programa de justicia de menores en Seattle. Sharyl ha criado a una familia entera de niños índigo, que ya son mayores, y lleva muchos años en su viaje personal de recuerdo. Sus comentarios se publicaron por primera vez en Internet [www.PlanetLightworker.com] y se utilizan con su autorización.

TU NIÑO INTERIOR Y TU NIÑO ÍNDIGO

Sharyl Jackson

Te sugiero que, para comenzar a comunicarte con tu niño interior, busques un momento y un lugar tranquilos, seguros y relajados. También te sugiero que, al principio, hables en voz alta y que expreses tus intenciones.

Interrumpimos el discurso de Sharyl para proporcionar al lector un ejemplo de cómo podrían ser esas intenciones. «Invoco a Dios, el Espíritu, el amor divino, para que llenen mi ser y les pido, con toda pureza, que convoquen a mi niño interior.» El lector puede usar las palabras que quiera, siempre que tengan sentido para él. No se trata de una declaración religiosa, sino de invocar sus sentimientos espirituales básicos para manifestar que sus intenciones son puras cuando trata de hallar ese tesoro en potencia, que está escondido.

Creo que también es importante hacer borrón y cuenta nueva, por así decirlo, para anunciar al niño interior que uno quiere iniciar una nueva forma de comunicación con él [aunque usemos el masculino, ese «él» puede querer decir tanto «él» como «ella»]. Dile que te arrepientes de todas las veces que no le prestaste atención, no lo protegiste, lo abandonaste, lo que se te ocurra que esa parte de ti quiera y necesite escuchar. Puede que también quieras expresar verbalmente que lo perdonas por todo el dolor y los sufrimientos físicos y por todos los bloqueos que ha producido en tu vida. No te precipites en esta parte del proceso, ya que la comunicación, la claridad y la confianza son vitales para que salga bien.

Cuando te parezca que has creado el marco idóneo y que estás listo para el diálogo, lo primero que tienes que hacer es preguntar, en voz alta o baja, cómo se llama tu niño interior. Acepta lo primero que escuches, sientas o te parezca, y no te sorprendas por nada. Continúa la conversación con preguntas sencillas, como las comidas y los colores preferidos, o lo que sea; es decir, dedica algo de tiempo a aprender a comunicarte y a crear un ambiente de confianza. A medida que pase el tiempo podrás mantener conversaciones más profundas y significativas. Tu misión consiste en crear seguridad para este niño, además de garantizarle el cariño y el sustento. El niño te ayudará muchísimo a crear alegría, armonía, salud y bienestar y, sí, también incluso hará milagros, si quieres incluirlos en tu vida.

Dedica algo de tiempo a pensar cómo te habría gustado que te trataran cuando eras niño. Esas son claves importantes para ser un buen padre, tanto en relación con tu niño interior como con cualquier niño que tengas a tu cargo. Te puedo asegurar que cualquier esfuerzo que dediques a trabajar con ese niño interior será beneficioso para todos. Si tienes dificultades con tu índigo, pon en práctica estas nuevas habilidades para mejorar la comunicación. Si eres un padre maravilloso para tus índigo, piensa en lo que haces por ellos que tal vez no hagas por tu propio niño interior. Una vez más, nunca insistiré lo suficiente en lo importante que es este trabajo para tu propio crecimiento personal, así como también para la armonía en el hogar y en el mundo.

* * *

Volvamos ahora a la experiencia real de hallar el niño interior. En otro taller que hicimos hace poco, habló con Jan una mujer de cincuenta y siete años, llamada Jillian. Jillian era diabética desde hacía treinta años y se inyectaba insulina. Se moría de ganas de comer dulces, evidentemente, y se daba el gusto a menudo, a pesar de que siempre se proponía no hacerlo. Aunque se daba cuenta de lo perjudiciales que eran para ella, muchas veces fracasaba en su esfuerzo por evitar comer dulces.

Jan le sugirió que se «tranquilizara», que hiciera unas cuantas inspiraciones profundas y que pidiera ayuda al Espíritu, fuera lo que fuese lo que eso significase para ella. Jan se dio cuenta de que Jillian meditaba y que, por tanto, lo que le dijo a continuación tendría sentido para ella. Le dijo que le preguntara a «la niña pequeña que llevaba dentro» qué intentaba decirle con respecto a esos antojos de cosas dulces que, evidentemente, eran perjudiciales para su salud. Si había algo que a la niña le gustaba tanto como los dulces, ¿qué era? ¿Podría ponerse en contacto consigo misma, a ese respecto, para recibir una respuesta?

Jillian lo intentó. Se tranquilizó y, al cabo de un rato, respondió con una historia. Resultó que había tenido un hermano que había muerto por una afección cardíaca, antes de que ella naciera.

Cuando era niña, su madre había estado deprimida y no dejaba que hiciera ninguna actividad física, por temor a que se repitiera la tragedia de su hijo. Pero Jillian se moría por ir a clases de ballet, que se interrumpieron como consecuencia de los temores de su madre. Parece que la niña interior de Jillian seguía lamentándolo. Así se dio cuenta de que sus propios síntomas diabéticos habían comenzado cuando nació su segundo hijo. Lo que su niña interior le decía era: «¡Me encanta bailar! En realidad, echo de menos poder bailar. Bailar era tan dulce y divertido. ¿No podríamos bailar?»

En consecuencia, Jillian dedicó más tiempo de su vida al baile y de ese modo disminuyó su antojo por los dulces, como si su cuerpo comprendiera, de alguna manera, que había prestado atención y respetado las necesidades de la niña interior.

En resumen, lo que comenzó con una intención alcanzó una solución espléndida.

***El poder de tu otra mano*⁸**

The Power of Your Other Hand es el título de otro libro de la doctora Capacchione. También es un método que resume en su libro *Recovery of Your Inner Child*,⁷ que ya hemos mencionado. Si algún lector no practica la meditación, puede que se pregunte si hay algún ejercicio que le ayude a encontrar las respuestas, como hizo Jillian. Sí que lo hay; es uno muy divertido que ha ideado la doctora Capacchione y que le ha venido bien a muchas personas. Esto es lo que ella dice:

Nuestra mano no dominante se ha atrofiado por falta de uso y se ha congelado en una de las primeras etapas del desarrollo. La paradoja es que esa «otra mano» retrasada puede conducirnos otra vez a nuestro niño interior. [...] Estás abriendo el hemisferio derecho [del cerebro]. [...] Cada hemisferio del cerebro humano controla el lado opuesto del cuerpo. Parece que también hay funciones especializadas para cada hemisferio. El lado izquierdo contiene los centros del lenguaje que controlan el procesamiento verbal y el analítico y se ha descrito como el lado lineal y lógico del cerebro. En cambio, parece que el lado derecho es fundamentalmente no verbal y rige la percepción visual y espacial, así como también la expresión emocional y la intuición. Según mis observaciones, escribir con la mano no dominante proporciona un acceso directo a las funciones del lado derecho del cerebro. [...] Cuando escribimos diálogos entre el niño (la mano no dominante) y el adulto o el padre interior (la mano dominante), es como si mantuviéramos una conversación entre los dos hemisferios del cerebro.

A raíz de su exhaustivo trabajo sobre el descubrimiento del niño interior, la doctora Capacchione cree que escribir con la mano congelada, o sea la no dominante, permite acceder directamente a las funciones del hemisferio derecho. Una de las técnicas de escritura que utiliza es lo que ella llama «dialogar con las dos manos».

Nos pide que escribamos una conversación usando las dos manos. Que uno, como adulto, escriba con la mano dominante (es decir, la que utiliza normalmente para escribir), mientras que el niño interior escriba (aunque sea con letra de imprenta) con la otra, la que no es la dominante. En primer lugar, uno expresa una intención: la de «llegar a conocerlo». Le preguntamos el nombre y cualquier otra cosa que él quiera revelarnos; por ejemplo, cómo se siente, cuántos años tiene y todo lo que quiera comunicarnos.

En segundo lugar, le pedimos que dibuje lo que más desea en ese momento de la vida. Por último, finalizamos la conversación preguntándole si quiere comunicarnos algo más. Para acabar, le damos las gracias y le decimos que seguiremos conversando en otro momento. Durante la conversación, hemos de recordar que el niño siempre tiene razón, ya que expresa sentimientos, que no son ni positivos ni negativos, sino tan sólo sentimientos.

Ya habíamos advertido al lector que esto podía parecer absurdo, pero los resultados, según la doctora Capacchione, son profundos. Añadimos que conviene repetir el ejercicio todos los días, aunque sólo sea durante diez minutos. Hay que dedicarle unos minutos en los que estemos tranquilos, como justo antes de irnos a la cama. También sugerimos tener delante una foto del niño, durante la conversación, porque nos ayuda a concentrarnos en la edad que ha dicho que tenía. Además, la doctora Capacchione sugiere conservar el dibujo que el niño haya hecho durante la primera entrevista en todas las sesiones posteriores.

Cómo conversar con nuestro niño interior (recapitulación)

1. Ir a un lugar seguro, en el cual uno pueda estar tranquilo y en calma. Respirar profundamente y trasladarse a un lugar bonito de la mente, donde haya serenidad.
2. Expresar la intención, en voz alta, de conocer y descubrir a nuestro niño interior.
3. Usar nuestra mano dominante como el adulto que formula las preguntas.
4. Usar nuestra mano no dominante como el niño que responde.
5. ¡Usar la tercera mano para dirigir la orquesta! Vaya por Dios, aquí se ha colado nuestro niño (ji, ji).
6. Preguntarle al niño su nombre y pedirle que se dibuje a sí mismo. Hay que tener paciencia y tomarse su tiempo. Y nada de reírse. Conviene ser cariñosos y pacientes, como lo seríamos con cualquier niño.
7. Hacer las demás preguntas (que se indican anteriormente).
8. Para acabar, hacer la última pregunta («¿qué quieres comunicarme?») y dar las gracias al niño por salir y hablar.
9. Decirle al niño que pronto volverán a conversar.

Si el lector quiere conocer algunas conversaciones maravillosas entre adultos y niños, le recomendamos que compre el libro de la doctora Capacchione. Las conversaciones son reveladoras, dulces, a veces toscas, pero muy satisfactorias.

Replantearnos la relación con nuestros hijos

Ahora que el lector ha encontrado al niño y habla con él, ha llegado el momento de restablecer la relación que siempre ha querido.

Es lo que se llama «replantearnos la relación con nuestros hijos» y consiste en «ponerse la máscara», en la metáfora que hemos presentado antes, haciendo referencia a la máscara de oxígeno del avión.

¿Qué significa? Muy sencillo: es el método para establecer las normas que rigen la manera de criar a ese niño interior que uno, como niño, siempre ha deseado. ¿Qué haría el «padre perfecto»? El padre perfecto escucha, dedica tiempo a jugar, cuenta dos cuentos en lugar de uno y complace al niño, dedicándole tiempo para hablar.

Naturalmente, hay mucho más, pero para eso hace falta librarse de las «viejas grabaciones», las que convierten al progenitor en el «padre crítico» o la «autoridad».

Lo bueno de eso es que, a estas alturas de nuestra vida, ya somos adultos, de manera que todas esas cosas que eran importantes cuando el niño estaba aprendiendo sobre la vida ya están hechas, con lo cual, en realidad, el proceso se simplifica.

¿Qué podemos hacer para comenzar a replantearnos la relación con nuestro hijo? He aquí algunas maneras:

1. Dedicar a la comunicación con el niño interior todo el tiempo que este quiera.
2. ¡Ensuciarse! Sí, sí. Ir a jugar en la tierra. Plantar algo. Dibujar algo divertido y estúpido. No preocuparse por no salirse de las líneas, al pintar el dibujo.
3. Cantar, bailar, tocar un instrumento musical, hacer proyectos artísticos.
4. ¡Ponerse a bailar! Si uno no sabe bailar, mejor todavía. Moverse como un tonto. Los demás no pensarán que somos raros, sino que verán que uno se divierte y juega. Es probable que nos envidien.
5. No sorprenderse si uno encuentra otros niños por el camino. En ese caso, jugar con ellos.
6. Dejar que el niño interior nos vista de vez en cuando. (Pues sí, puede que haya llegado el momento de ponernos esa camiseta tan ridícula que compramos en Disneyland.)

La película de la Disney, El niño, con Bruce Willis, es un ejemplo de lo que decimos. El adulto, Bruce Willis, de pronto se encuentra con su niño interior a la vuelta de la esquina y comienza el proceso que acabamos de describir, es decir, reconocer y escuchar al niño.

Mientras tanto, descubre que no es tan fácil, pero al final decide dejar entrar al niño, reelabora y reescribe su pasado, lo cual, evidentemente, afecta al presente. Comienza la película como el «padre crítico» y, poco a poco, va cambiando hasta convertirse en el «padre que nutre». Aunque se trataba de una película fantástica, la metáfora relacionada con el concepto encierra una verdad profunda.

6

SOBRE LA RELACIÓN CON LOS HIJOS

(Los niños actuales necesitan más. ¿Te has fijado?)

A continuación, presentamos dos análisis hechos por dos individuos competentes que están «en la brecha». Trabajan todos los días con niños y padres, y ponen por escrito esos pensamientos para nosotros, en una época en la que parece que todas las semanas se producen disparos en las escuelas.

Rendimos homenaje a los padres de todo el mundo que están en pleno proceso de descubrimiento, es proceso de buscar para sus hijos algo totalmente diferente de lo que recibieron de sus propios padres. ¡Y eso no se debe a que hayan sido educados mal! Una de las mayores frustraciones que experimentan muchas madres y muchos padres es que sienten que lo están haciendo bien, como lo hicieron sus padres, pero que algo sale mal.

¿Necesitan estos niños algo más que lo que recibimos nosotros? La respuesta es que sí, aunque no cuesta tanto imaginarse de qué se trata. Tiene que ver con el amor, la lógica y la amistad. Tiene que ver con escuchar y ser conscientes. Requiere autodisciplina, sabiduría y algunos atributos más, difíciles de encontrar en un estilo de vida con mucho trabajo y mucho agobio, que se ha convertido en algo habitual en una sociedad como la nuestra.

Queremos que los padres sepan que no son los únicos que sienten esa frustración y que estos libros que escribimos no pretenden señalarlos con el dedo. Lo único que queremos es ayudarlos a ser mejores amigos de sus hijos, por más que piensen que ya «ha pasado demasiada agua bajo el puente» y que, cuando son adolescentes, ya no hay nada que hacer. Según los informes que recibimos de padres de todo el mundo, no es así. Nunca es demasiado tarde para enseñar el amor a los hijos. Sin embargo, es imprescindible que ellos observen el cambio en nosotros, antes de que éste signifique algo para ellos.

* * *

Este es un texto sobre la manera de relacionarnos con los hijos, escrito por una mujer llamada Barbra Gilman, que tiene veinte años de experiencia como terapeuta y un diploma de educadora para padres de la Red Internacional para Niños y Familias. Ejerce como ministro para personas con distintas religiones y es una alta ejecutiva de Success Strategies for Life ("Estrategias para triunfar en la vida"). Ha sido directora del Centro de Conciencia Espiritual de Nueva York y ha presentado su propio programa de radio: «Decisiones conscientes». Da conferencias y ha dirigido centenares de talleres sobre el desarrollo personal y espiritual y el éxito a través de la conciencia. Su último libro se titula *The Unofficial Guide to Living Successfully on Planet Earth*. Su teléfono de contacto es el (888) 826-8930.

ENTRENAMIENTO PARA PADRES LA PAZ COMIENZA EN CASA: SABIDURÍA Y APOYO PARA PADRES DE ÍNDIGOS *Barbra Gilman*

Antes que nada, un poema que ha escrito un joven:

Para mis padres

Me queréis y pensáis que eso os da derechos
para moldear mi vida como la vuestra.
Pero no puede ser. Debo ser libre, ¡debo ser yo!
Ya sé que me equivocaré,
y me lamentaré en sueños
por todas las cosas que vosotros, como padres,
desearíais poder prevenir, pero no soy vuestro bebé.
No podéis enseñarme los trucos que tenéis a vuestra
disposición, ni llevarme siempre de la mano.
Para ganar o fracasar, debo seguir yo solo mi camino
solitario a veces, a veces doloroso.

-Sef Tritt, 14 años

* * *

¿Y si cada niño que llegara al mundo viniera con un manual personalizado atado al dedo pequeño del pie? ¿Y si a todos los padres primerizos se les pudieran dar una serie de vacunas que los inocularan para no repetir los errores de sus padres? ¿Y si todas las personas que tuvieran niños a su cargo (tanto padres

y abuelos como educadores o amigos) recibieran un dispositivo especial que les permitiera ser clarividentes y garantizara que no volvieran a maltratar ni a malinterpretar las intenciones de ningún niño, por ningún motivo? ¿Y si todos los niños crecieran sanos, felices, en paz y libres? Qué clase de mundo sería este?

Pues bien, no existen los manuales personalizados para el dedo del pie, ni los dispositivos de clarividencia, ni las vacunas para ser mejores padres. No hay ninguna garantía de que ninguno de nosotros esté siquiera emocionalmente preparado para ser padres cuando lo somos. La mayor parte de las veces simplemente nos introducimos en la paternidad o la maternidad con la esperanza de que todo salga bien. Y he de decir, a nuestro favor, que en mi opinión la mayoría de nosotros tratamos de hacerlo siempre lo mejor posible, a menudo a pesar de los graves inconvenientes. Lo que pasa es que, muchas veces, hacerlo lo mejor posible no basta para evitar que transmitamos a nuestros hijos los patrones malsanos que hemos heredado.

¿Qué podemos hacer, entonces?

La familia postmoderna

Como padres, puede que sea nuestra obligación prestar atención no sólo a nuestros hijos sino también (y quizá fundamentalmente) a nosotros mismos, a nuestras propias necesidades y a nuestras propias heridas. De hecho, es muy probable que cada lector de este artículo tenga por lo menos un recuerdo doloroso de una época en la cual sus padres no lo entendían en absoluto o hacían justamente lo contrario de lo que él necesitaba para llegar a ser una persona equilibrada, con un amor propio sano y fuerte. Algunos de nosotros tenemos más de un recuerdo. Y para otros, los recuerdos dolorosos superan con creces a los agradables.

Sin embargo, cuando la mayoría de nosotros nos convertimos en padres, suponemos que simplemente sabremos lo que tenemos que hacer, o que hacer lo que han hecho nuestros padres bastará para nuestros hijos. Pero no «sabemos simplemente» cómo ser padres y, si repetimos lo que hicieron los nuestros cuando nos criaron, tenemos tantas probabilidades de transmitir los mismos errores a nuestros hijos como de nutrir su evolución para que lleguen a ser personas sanas, completas y equilibradas.

Incluso aquellos de nosotros que nos hemos criado en un ambiente lleno de cariño y apoyo podemos sentirnos perdidos cuando nos enfrentamos con las exigencias que supone vivir en nuestra sociedad. Muchas familias ya no pueden sobrevivir con un solo sueldo. Cuando los dos padres trabajan, desaparecen la comida familiar y muchos de los demás rituales sencillos y estabilizadores que congregaban a toda la familia. Más aún, la falta de unión se acentúa cuando a menudo los padres optan por matricular a sus hijos a un número excesivo de actividades extraescolares. El resultado es lo que llamo «la familia postmoderna»: un grupo de personas que viven bajo el mismo techo, pero que se mueven en tantas direcciones distintas que apenas tienen oportunidad de desarrollar una verdadera intimidad. Las familias postmodernas se desconectan, en lugar de interconectarse. Algunas veces, los miembros de la familia no parecen conocerse demasiado bien entre ellos.

A medida que ingresamos en el nuevo milenio, las fuerzas que rigen la evolución humana han añadido a la mezcla un elemento nuevo, un nuevo regalo para el futuro de la humanidad y un nuevo desafío para todos nosotros: los niños índigo.

Estas nuevas almas suben a bordo para facilitar nuestra transición hacia la etapa siguiente de la evolución de la conciencia humana. Son seres multidimensionales sumamente sensibles, a menudo con muchos talentos y una intuición muy refinada. Más que nunca, en lo que llevamos de historia escrita, nuestros hijos son diferentes de nosotros. Como dijo una mujer, contemplando a un bebé índigo: «nacen sabiendo».

La sinceridad es crucial

¿Qué es eso que saben los niños índigo y la mayoría de nosotros no? Instintivamente, los niños índigo saben quiénes son y lo que necesitan. Saben cómo se tienen que tratar entre sí los seres humanos. Esperan que las personas sean respetuosas. En ninguna circunstancia responden bien a las mentiras, las manipulaciones o la violencia. Los niños índigo esperan explicaciones y no se suelen conformar con un «porque lo digo yo». Además, reaccionan mejor cuando se los trata como adultos, en todo sentido.

«¡Pero yo no le miento a mis hijos! ¡No los manipulo! ¡No utilizo la violencia!» Ahora mismo escucho el coro de voces. La mayoría de nosotros nunca hemos engañado a propósito a nuestros hijos, ni hemos utilizado su amor propio como recurso para controlar su conducta; la mayoría de nosotros no hemos levantado jamás la mano a nuestros hijos, con rabia. Sin embargo, los sociólogos, los psicólogos y los críticos culturales de muchos ámbitos han observado que nuestra propia cultura está sumida en la violencia, el engaño y la manipulación. ¿Hasta qué punto somos conscientes de las maneras, pequeñas pero poderosas, en que nuestra vida se puede ver afectada personalmente por los mensajes culturales que han adoctrinado ciertos hábitos que tenemos en la mente, desde nuestra más tierna infancia?

Es posible que no engañemos directamente a nuestros hijos y que hasta nos parezca que, si les ocultamos cierta información, lo hacemos por su propio bien. En este punto comenzamos a alejarnos de la verdad y la mayoría de nosotros ni siquiera nos lo planteamos dos veces.

Analicemos el mito de Papá Noel, tan aceptado que lo reconocen y lo celebran incluso muchos niños que no se han criado en el cristianismo. Como símbolo, tiene un atractivo popular que va más allá de la afiliación religiosa. Pero, ¿y si dijera que, detrás de ese anciano amable, con su gorro rojo afelpado, hay una mentira violenta y manipuladora, diseñada para ayudar a los adultos a controlar el comportamiento infantil y a mantener las cosas como están? ¿Exagero?, dice el lector. Vamos a echar un vistazo.

Papá Noel trae a los niños toda la recompensa del amor incondicional, todas las Navidades, ¿o no? Su saco simbólico rebosa, pero el mito que conocemos la mayoría de nosotros desde nuestra infancia es que, si no nos portamos bien, Papá Noel no nos traerá nada. Es decir que, si no somos buenos, se llevará todos nuestros juguetes, lo cual no tiene nada que ver con el amor incondicional. En un contexto así, Papá Noel se convierte en una forma de castigo, propiciada por la cultura, una mentira que ejerce violencia psicológica y, al mismo tiempo, manipula a los niños.

Claro que todo esto puede parecernos exagerado a algunos de nosotros y hasta podemos llegar a decirnos que nuestros hijos no se lo toman demasiado en serio como para que eso los perjudique, lo cual no deja de ser una suposición peligrosa. Una de las cosas que enseñé en mi trabajo con los padres es a mirar el mundo a través de los ojos de nuestros hijos. Para los niños pequeños, esta historia no es ningún mito, sino algo muy, pero que muy real; y si bien usar a Papá Noel para controlar el comportamiento brinda, en el mejor de los casos, un mensaje para estar motivados externamente, en el peor enseña a obedecer a través del miedo a la carencia y a que dejen de amarnos y aceptarnos.

De pronto tomé conciencia de esa dinámica cuando una madre me contó lo siguiente acerca de su hija, una niña índigo de doce años. Madre e hija iban en coche a comprar, cuando pusieron por la radio la canción «Papá Noel viene a la ciudad».

La madre se puso a menear la cabeza, evocando recuerdos felices de su infancia, como las nevadas y el chocolate caliente, cuando su hija, Kim, exclamó: «Eso es maltrato infantil, mamá. ¡Qué canción más espantosa!»

«He de reconocer que me quedé estupefacta -me dijo la madre de Kim-, y que jamás volví a pensar en Papá Noel de la misma manera».

Vamos a ver: Papá Noel es, en el fondo, un símbolo de generosidad y de gracia. Claro que hay que festejarlo, pero no lo usemos como una amenaza o una recompensa. Dejemos que sea un símbolo de la abundancia y los milagros que surgen verdaderamente del amor incondicional.

Hemos de tomar conciencia de los mensajes con los que nos han criado, mensajes que muchos de nosotros hemos aceptado a ciegas, aunque puede que hayan sido perniciosos para nosotros de maneras sutiles, mensajes que tal vez ayudaran a nuestros padres a controlar nuestra conducta, pero que cada vez serán menos eficaces para influir en las generaciones de índigos. No pretendo convencer al lector de que vede a Papá Noel de su familia para ser un buen padre. ¡Por supuesto que no! Pero espero convencerlo de que, como padres, tenemos que tomar conciencia: los antiguos métodos de disciplina y control ya no sirven. Si podemos aceptar que estos nuevos niños están aquí para enseñarnos y si podemos aprender a ver a través de sus ojos, la vida de todos nosotros cambiará para mejor.

Perspectivas diferentes

¿Es verdad que los niños ven estas cosas de forma tan diferente? Pues sí, y no sólo cuando son adolescentes.

Otra madre con la que trabajé me contó que un día su hijo de seis años se le acercó y le preguntó: «Mamá, ¿por qué ya no me quieres?»

Sorprendida y perpleja, la madre dijo: «¡Claro que te quiero, Danny! ¿Por qué piensas que no te quiero?»

Danny respondió: «Porque ahora sólo me lees un cuento a la hora de dormir y antes me leías dos».

Jamás se le había ocurrido a esa madre tan ocupada que un cambio tan insignificante en la rutina pudiera hacer que su hijo se sintiera tan herido y poco querido. Sin duda, ella no tenía la menor intención de causar daño a su hijito. No era más que una madre común, que tenía mucho trabajo y trataba de hacerse tiempo para todo. Y, como a tantos de nosotros, no se le había ocurrido pensar cómo interpretaba la realidad su hijo, aunque sí que se detuvo a escuchar lo que tenía que decir y a hacer caso de sus sentimientos. Danny ya sabe que lo siguen queriendo, aunque las costumbres cambien a veces. Pero antes de venir a mi clase, la madre de Danny no sabía lo importante que era prestar atención a sus sentimientos y simplemente no solía hacerle caso, diciéndole: «No tiene importancia, cariño. ¡Qué tontería que pienses eso!» Cuando aprendió a ponerse a su nivel y a ver el mundo con él, coincidiendo con él, aprendió a conocer los misterios de su universo, comprendió la profundidad de sus sentimientos y pudo ayudarlo a adaptarse sin traumas.

Ya sabemos que cuando sufren un trauma, ya sea porque los tratan mal o, simplemente, porque no los entienden, los niños índigo suelen acabar tomando Ritalina y otros fármacos similares, diseñados

para modificar la conducta. Ese tipo de respuesta paliativa a las necesidades y las demandas de nuestros jóvenes puede contribuir a hacer más manejables la jornada escolar y las tardes en casa, pero, ¿cómo ayuda a nuestros niños? En realidad no los ayuda, sino que sólo sirve para que los adultos puedan mantener las cosas como están.

Pero, ¿cuál es la situación que los adultos pretenden mantener? ¿Acaso el mundo está tan bien equilibrado, tan lleno de paz y amor que podemos darnos el lujo de no cuestionar nuestras decisiones? ¿Podemos, de verdad, decidir pasar por alto la posibilidad de que, si nuestros hijos tienen dificultades, tal vez seamos nosotros los que tenemos que cambiar? Me parece que no. De hecho, creo que el futuro de nuestro mundo depende de que los padres, los educadores y los demás adultos que se ocupan del bienestar de los niños desarrollen la intuición y el comportamiento necesarios para que ellos, a su vez, puedan desarrollar al máximo sus capacidades. Y hemos de poder hacerlo con plena conciencia de que, en muchos casos, no tenemos idea de que muchas de esas capacidades se deben a que los niños índigo suelen estar dotados de talentos tan novedosos.

¿Qué podemos hacer? Educarnos a nosotros mismos, leer sobre los niños índigo, explorar las experiencias de nuestra propia infancia, tanto las positivas como las negativas, crecer como personas.

El curso que doy, «El redireccionamiento de la conducta de los hijos», consiste en un programa de formación que dura cinco semanas, disuado para ayudar a los padres a introducir los cambios que necesitan en su propia vida para que puedan cambiar su relación con sus hijos para mejor. ¿Cómo le voy a enseñar a mi hijo a hablarse a sí mismo de forma positiva si todo el día tengo la cabeza llena de diatribas autocríticas? ¡Es imposible! Y menos con los niños índigo, que son tan sensibles: olerían la hipocresía al instante y se acabaría la lección antes de la hora de comer. De modo que, en primer lugar, el curso enseña a los padres a hablarse a sí mismos de forma positiva y, a continuación, les ayuda a aprender a adaptar esa habilidad para sus hijos. Es como aprender otro idioma.

¿Cómo puede uno servir de ejemplo para los demás de respeto y consideración por uno mismo si lleva una vida tan estresada que nunca tiene tiempo de ocuparse de uno mismo? ¡Es imposible! Por eso, el curso de redireccionamiento empieza por enseñar a los padres a dedicar tiempo a quererse y a nutrirse a sí mismos. Una persona demasiado estresada es como un pozo que se ha secado. Cuando aprendemos a volver a llenarnos con regularidad, estamos en condiciones de nutrir y refrescar mejor a quienes nos rodean. Y cuando nos queremos de verdad a nosotros mismos simplemente queremos con más sinceridad a todos los demás que están a nuestro alrededor.

Si queremos aprender a apoyar los sueños de los niños, hay que brindarles una atención concentrada, dedicar tiempo a respetar sus verdaderas intenciones, respetar sus límites, manifestar afecto abiertamente, dejarles experimentar las consecuencias naturales, en lugar de los castigos o las recompensas, utilizar los errores como una oportunidad para animarlos... hemos de aprender a rellenar el pozo de nuestro espíritu. Pero, ¿cómo? El curso de redireccionamiento nos enseña a guiar a nuestros hijos, en primer lugar, acompañándolos, aprendiendo a ver el mundo desde su punto de vista. Nuestros niños índigo encabezarán la marcha con alegría, de modo que basta con jugar, festejar, crear e indagar. Los niños captan de forma innata que la clave para sanar y restaurar el espíritu reside en la expresión libre y desinhibida de la sencilla alegría de estar vivos. Lo único que tenemos que hacer es dejar que nuestros hijos nos guíen.

Claro que no siempre resulta fácil: a partir de la infancia nos enseñan a «crecer» y, en cuanto acabamos la carrera, o pescamos un trabajo especial, o tenemos un bebé, empezamos a decirnos: «Ya está, ya soy adulto». Comenzamos a imitar el comportamiento de los «adultos» y a asumir sus responsabilidades. Crecemos demasiado y perdemos contacto con la parte curiosa, creativa y aventurera de nosotros mismos.

Otra madre me contó lo que ocurrió una tarde que pasó con su hija de siete años y dos amigas suyas. Hacía calor y llovía y las tres niñas estaban dentro de la casa, poniéndolo todo patas arriba. Se trataba de una madre muy responsable y no quería recurrir a la televisión, pero la situación se le estaba yendo de las manos. Se dio cuenta de que cada vez se ponía más severa y de que se estresaba cada vez más, que decía que no en casi todas las frases y que empezaba a alzar la voz.

De pronto tuvo como una visión, se dio cuenta de lo desgraciada que se sentía y se echó en el sofá, fingiendo una pataleta, se puso a golpear con los puños y a gritar: «No quiero ser adulta. No me gusta ser adulta y tener que decir que no todo el tiempo. ¡Quiero ser niña y pasármelo bien!»

Se hizo un gran silencio en la habitación. Las tres niñas se quedaron mirándola y después todas se echaron a reír. «Venga, vamos -dijo ella-: ¡vamos a dar una vuelta a la manzana bajo la lluvia!» Y así lo hicieron, tres veces.

Después se dieron una ducha caliente y tomaron chocolate desleído. El resto del día, las niñas se pusieron a leer y a jugar tranquilamente, las tres juntas. De vez en cuando, durante los dos años siguientes, la madre escuchaba a su hija contar que ella y su madre y sus dos amigas habían salido a dar la vuelta a la manzana, corriendo bajo la lluvia, ¡tres veces! Tanto había significado para su hija esa pequeña aventura.

Pero había significado mucho más para la madre. En realidad, lo que ella encontró fue una parte maravillosa de sí misma, capaz de jugar y de ser espontánea: había vuelto a conectarse con su niña interior.

Dudaba si utilizar la expresión «niño interior» en este artículo, porque se ha dado tanta publicidad al concepto, a lo largo de los últimos quince años, más o menos, que muchos de nosotros ya no queremos saber más de él. «Ah, eso», decimos y dejamos de prestar atención. De lo que no nos damos cuenta es de que no nos limitamos a dejar de prestar atención a la idea o la expresión, sino que dejamos de prestar atención, ¡otra vez!, al niño interior.

¡Pobrecillo! Imagine el lector, por un momento, cómo se sentiría: uno tiene cuatro años y es el centro de una inmensa campaña publicitaria; todo el mundo quiere leer sobre uno, jugar con uno y saber más de uno, y prácticamente no tiene ninguna intimidad; después, poco a poco, todos sus nuevos «amigos» dicen: «Ya está, hasta aquí hemos llegado; la «vida» nos llama».

A continuación, todo el mundo regresa a su vida de adultos, olvidándose de uno por completo. Cuando uno comenzaba a acostumbrarse a tanta atención, vuelve a quedarse solo. ¿Cómo se sentiría? ¿Confundido? ¿Dolido? ¿Desconcertado? ¿Poco querido?

Lo que quiero señalar, usando un poco la imaginación, es que, para volver a integrar de verdad una parte tan frágil de nosotros mismos dentro del núcleo de la conciencia, no basta con salir de vacaciones un fin de semana y suponer que eso cambiará la calidad de nuestra vida a largo plazo, sino que hay que trabajarla o, mejor dicho, jugar con ella, todos los días.

Una vez asistió a uno de mis seminarios una mujer; llamémosla Doña Perfecta. Era una gran señora, muy fuerte, una triunfadora en su trabajo, pero que se movía como si fuera un robot. Parecía una persona muy agradable, pero poco cálida, como si tuviera el corazón cubierto por un muro, de modo que le encargué que hiciera un ejercicio: durante una semana, tenía que visualizarse como si fuera un payaso. Lo hizo bastante bien, de modo que, la semana siguiente, le pedí que fuera a una tienda de disfraces y comprara una gran nariz roja, que se pusiera una bufanda alrededor del cuello, un sombrero estrafalario y que empezara a relacionarse con sus hijos de esa manera. Cuando volvimos a vernos, me dijo que su hijo de trece años le había dicho que nunca se había sentido tan próximo a ella. «Sea lo que fuere que estés haciendo en tu vida para provocar estos cambios, mamá -le dijo-, gracias».

Más o menos un mes después, me llamó para decirme que le habían concedido un ascenso que jamás pensó siquiera que fuera posible. ¿Qué había ocurrido? La empresa le dijo que no sabían lo que había hecho, pero que algo había cambiado.

Así es como funciona: un simple paso para ponerse en contacto con el niño interior y llevar esa conexión a la práctica cotidiana puede cambiar todos los aspectos de la vida de alguien. En todos los años que llevo trabajando con personas, he observado que la gente que entra allí y trabaja con el niño interior produce los cambios más milagrosos. Doña Perfecta estaba dispuesta a introducir un cambio y a ponerlo en práctica, y esa es la clave.

Si tenemos el valor de ser sinceros con nosotros mismos y con nuestros hijos, podemos abrir un camino hacia una nueva vida, tanto para los padres como para los hijos. Los niños índigo saben lo que necesitan y, si nos mantenemos abiertos y aprendemos a escuchar sin ponernos a la defensiva, ellos nos lo dirán. La sinceridad, la confianza y la transparencia se pueden conseguir a base de pasos sencillos, si los padres están dispuestos a comenzar consigo mismos.

Considerar con seriedad el punto de vista de un niño puede resultar algo nuevo para muchos de nosotros, pero tal vez lo que el mundo más necesite sea, precisamente, conocer el punto de vista de los índigo. Lo mismo que ocurrió con el hijo de Doña Perfecta, a los índigo nunca les pasa desapercibido cuando sus padres dan pasos sinceros para conseguir un mundo más pacífico, porque conocen por instinto el mayor de los secretos: que la paz comienza en casa.

A veces

A veces la vida se da la vuelta y te da un golpe en la cabeza...

... y hace daño.

A veces el amor te arranca el corazón del pecho

y te arroja a las profundidades...

... y aprendes a seguir adelante.

A veces no te encuentras en tus cabales...

... y sonríes.

A veces los sueños se hacen realidad pero no hay nadie para pellizcarte...

... de modo que sigues soñando.

-Kat, 13 años

* * *

A continuación, presento la fascinante historia que cuenta Shirley Michael sobre una índigo llamada Amber. La formación de la doctora Michael incluye una maestría en orientación psicopedagógica y un doctorado en psicología transpersonal, aparte de tener experiencia en nutrición oriental y occidental, somática, medicina vibracional, aromaterapia, terapias del color y el sonido, biofísica, energía y terapia

de la danza y el movimiento. Atiende una consulta privada de psicopedagogía y dirige talleres y seminarios sobre diversos temas. Publica habitualmente artículos sobre salud y sanación. Es madre de un índigo, su experiencia más educativa hasta la fecha.

Para más información, el lector puede ponerse en contacto con la doctora Michael por correo electrónico, en la siguiente dirección: smichael@znet.com.

LAS DROGAS, LA MUERTE Y LA VIDA EN EL MÁS ALLÁ

Dra. Shirley Michael

Por la mañana recibo la llamada de una madre desesperada. Su hija de trece años había amenazado a la familia con cuchillos de cocina y estaban aterrorizados. ¿Qué podían hacer?

Cuando llegó a mi consulta, Amber, de trece años, tenía el mismo aspecto que muchas adolescentes: cabello largo, sin maquillaje, iba vestida de un modo que no tenía nada de particular.

Parecía una persona reservada y había una chispa de curiosidad en sus ojos castaños. Su madre se marchó, como le había pedido; quería estar a solas con Amber y le dije que llamaría a sus padres esa tarde.

Di las gracias a Amber por venir y le dije que no pretendía ponerme «en su contra» y que entendía que hacía falta mucho valor por su parte para venir a verme a mí, una desconocida. Además, le dije que no estaba de parte de sus padres y que lo único que me interesaba era aclarar la situación, si ella quería. Que ella decidiera. Me miró a los ojos y dijo: «Vale».

Cuando le pregunté por qué había aceptado venir a verme, me dijo que a veces ella misma se asustaba de algunas de las cosas que hacía y que no quería hacer daño a nadie, pero que la mayor parte del tiempo se sentía como un «globo hinchado, a punto de estallar».

Amber sacaba notas mínimas en los estudios, se aburría en la escuela y no comprendía de qué manera lo que aprendía la ayudaría a mantenerse por sí misma, cuando finalmente se independizara. Se sentía diferente de la mayoría de los otros niños. Le parecía que los adultos no la respetaban y enseguida percibía superficialidad o hipocresía en todos los que la rodeaban, incluidos sus maestros y sus padres. Cuando respetaba a un profesor, hacía los deberes según su propio nivel de satisfacción; cuando no lo respetaba (como ocurría con la mayoría de ellos), se negaba en redondo a hacer los deberes, sin importarle si aprobaba o no. No soportaba que le dijeran que no podía hacer algo «porque yo lo digo» o porque siempre se había hecho de una manera determinada. Se rebelaba ante lo que consideraba rigidez, pero anhelaba alguna estructura benévola que estuviera orientada hacia ella como una «persona real».

Enseguida me di cuenta, porque la vi tan despierta, por sus ojos y su sabiduría innata, que allí había una adulta joven con una gran inteligencia, mucho más madura, sin duda, que muchas personas de su edad y, en cierto modo, que los adultos que la rodeaban.

Quería experimentar la vida según sus propios términos, a pesar de ser una adolescente de trece años que carecía de la madurez evolutiva para tomar ciertas decisiones por sí misma, y eso la fastidiaba. ¡Quería ser adulta ya mismo! Le encantaba dibujar y sentir los colores y las formas, mover el cuerpo (bailar) y, sobre todo, le gustaba experimentar la vida «haciendo»: todas las características de una persona que aprende cinestésicamente.

Las disparidades de su entorno producían en Amber mucha confusión. Las lecciones de vida que recibía de sus padres, el centro educativo, la iglesia y lo que observaba en la sociedad eran, a veces, contradictorias, lo cual le parecía una hipocresía. Despreciaba a los adultos que hablaban sin sentido de lo que a ella le parecía la «verdad». Le encantaba sentir el torrente de ira en su cuerpo y asustar a los que la rodeaban cuando lo dejaba salir en serio. Amber reconoció que era, en cierto modo, una actriz y una tirana, y que le gustaba ver a sus padres y a su hermano caminando de puntillas a su alrededor. Le encantaba hacer teatro, porque era la única ocasión en que se sentía poderosa en la familia. No obstante, sabía que a veces estaba a punto de pasarse y le daba miedo no ser capaz de parar. También se daba cuenta de que sus padres no sabían qué hacer con ella y, si bien le agradaba la sensación de tener poder sobre ellos, en su interior temía que no pudieran protegerla de sí misma.

A Amber la querían mucho sus padres, que la habían adoptado de bebé. Su hermano, que sí era hijo natural suyo, era unos años menor. Cuando empezaba a andar, la describieron como una niña «difícil», muy obstinada, que «insistía hasta conseguir lo que deseaba». Al hacerse mayor se fue volviendo más enérgica y se enfadaba con facilidad, cuando no obtenía lo que quería. Sus padres realmente se sentían perplejos y frustrados con su conducta, porque su hijo era tranquilo, estaba siempre dispuesto a cooperar, obtenía buenas notas y participaba en actividades atléticas. Amber miraba los deportes con desdén y le parecía que competir era «ridículo».

Su familia vivía en un barrio de clase media en el que predominaban los blancos, había poca delincuencia y muchas escuelas cerca. Sus padres eran cultos y conservadores. Su padre ocupaba un cargo administrativo intermedio y su madre trabajaba media jornada, para poder estar con sus hijos por la tarde. Los dos alentaban a ambos hijos a jugar al fútbol, al béisbol, a bailar y a participar en otras actividades de la comunidad. Asistían a la iglesia con regularidad. En otras palabras, eran «buenos» padres.

Cuando Amber vino a verme, hacía poco que me había enterado de la existencia del trabajo de Nancy Tappe y el paradigma de los niños índigo. Por mi intuición y la descripción de Nancy, me di cuenta de que Amber era índigo, la primera que encontraba como profesional. Mi formación casi no me había preparado para una experiencia semejante. Trabajé con las entrañas y la intuición la mayor parte del tiempo, hablé con Amber como si fuera adulta, la cuestioné poniendo amor en la voz y, en general, todo salió bien.

Amber era una índigo «humanista» clásica y presentaba las siguientes características:

- ✓ Quería amar y respetar a sus padres.
- ✓ Le gustaba que la acariciaran, la abrazaran y fueran cariñosos con ella.
- ✓ No le gustaba estar sola, pero no porque tuviera miedo, sino porque quería estar acompañada.
- ✓ Le encantaban los animales y a ellos, ella.
- ✓ Vivía el presente y, cuando sabía lo que quería hacer, hacía todo lo posible por conseguirlo.
- ✓ Esperaba que el mundo que la rodeaba, y en particular sus padres y los demás adultos, fueran sinceros.
- ✓ Esperaba que la trataran con respeto y, cuando no era así, reaccionaba, a veces de forma violenta.
- ✓ Sabía que necesitaba una estructura, pero que no fuera rígida.
- ✓ Le desagradaban las restricciones y quería tomar sus propias decisiones.
- ✓ Era imposible hacerla cambiar de opinión o intimidarla por medio de la culpa y con amenazas no se podía hacerla cambiar de forma de actuar.
- ✓ Quería que la dejaran elegir, en lugar de darle órdenes.
- ✓ Quería cometer sus propios errores, para aprender de sus «propias experiencias».
- ✓ Se aburría en la escuela y veía los puntos débiles del sistema y de algunos profesores.
- ✓ Le gustaban los proyectos creativos, del hemisferio derecho del cerebro, más que los ejercicios lineales, propios del hemisferio izquierdo, como las matemáticas y la lectura.
- ✓ Sentía gran curiosidad por todo, incluidas la muerte, las drogas y el sexo.
- ✓ Poseía un conocimiento innato sobre la espiritualidad y creía en la otra vida y en la reencarnación, aunque ni su iglesia ni sus padres le habían hablado de eso.
- ✓ No le gustaban los adultos ambiguos y desconfiaba de los secretos.
- ✓ Era capaz de borrar a alguien de su cabeza por sospechar que no la respetaba o por ser falso o poco sincero.
- ✓ Se sentía como si fuese adulta, a pesar de saber que no lo era.
- ✓ Podía manipular fácilmente a sus padres con sus pataletas. v Era muy intuitiva y a veces era capaz de saber lo que pensaban los demás.
- ✓ Era muy sensible a las energías que había a su alrededor, como los estados de ánimo de los demás.
- ✓ No sentía ninguna culpa por todo lo anterior y lo que más quería era encontrar a su verdadera madre.

Cuando Amber tenía once años, un día se puso a fisgar en el despacho de sus padres y encontró los papeles de su adopción. Antes de eso, durante varios años, había preguntado a sus padres si era adoptada y ellos siempre le decían: «¡Por supuesto que no!» Amber temblaba cuando me lo contó y se echó a llorar por lo que consideraba la máxima traición de sus padres. ¿Cómo pudieron mentirle durante tantos años, cuando ella sospechaba que no le decían la verdad? ¿Por qué no tuvieron confianza en ella y le revelaron esa información? ¿Por qué tenía que ser un secreto? ¿Acaso se avergonzaban de ella? ¿Realmente pensaban que se marcharía? ¿No se daban cuenta de que ella los quería a ellos y no a su madre verdadera, a la que no había conocido? ¿Acaso pensaban que era estúpida? ¿Cómo era posible que no se dieran cuenta de lo espantoso que era sentir que no pertenecía a la familia desde que tenía uso de razón? Su rabia, su dolor y sus sentimientos de humillación eran reales.

Amber se tambaleaba al borde de su existencia. Varias veces había pensado en suicidarse, había probado las drogas y esperaba con ansia probar las relaciones sexuales. Necesitaba y quería que la guiara alguien en quien pudiera confiar, que le enseñara a tomar decisiones por sí misma y a encontrar un canal constructivo para su intensa energía. Era evidente que había aprendido a manipular a sus padres con sus enfados mucho antes de que estallara la cuestión de la adopción y necesitaba aprender a asumir la responsabilidad por su comportamiento. La presión constante de saber que no encajaba en su ambiente social ni familiar casi la volvía loca. Estaba fuera de lugar y ella lo sabía.

A medida que Amber fue creciendo, sus padres se sentían como si vivieran con una bomba atómica. No habían conocido nunca a una niña como ella y estaban llegando al límite. A pesar de sus buenas intenciones, no estaban preparados para manejar a un niño índigo de forma constructiva. Sólo contaban con sus propias experiencias familiares y con artículos que habían leído en la prensa popular. El padre era pasivo y se refugiaba en la televisión; la madre era la que más hablaba y la que imponía la disciplina a los niños.

Había muy pocos abrazos o contacto físico en la familia, pocas veces se decían «te quiero» y, a medida que la intensidad emocional de la familia fue creciendo, eso disminuyó aún más. Amber anhelaba que sus padres la tocaran y la abrazaran espontáneamente con cariño y que le demostraran que la querían. Los

dos padres se turnaban para llevar y traer a ambos niños de sus actividades. Era una familia típica, que hacía muchas cosas, como tantas otras familias del barrio.

Cuando sugerí a los padres de Amber que la ayudaran a localizar a su madre, se horrorizaron. Temían que Amber no volviera con ellos y que la perderían. También les sugerí que la sacaran de las escuelas públicas y la apuntaran a un instituto de arte dramático, que sería más adecuado para sus talentos y su vocación. También se negaron a hacerlo. Poco después, interrumpieron las sesiones que Amber tenía conmigo y dijeron que buscarían una «segunda opinión».

Unos años después, me encontré con la madre de Amber, que me dijo que, al final, decidieron seguir mi consejo y trasladaron a Amber a un ambiente escolar más adecuado para ella. Amber continuó los estudios y los acabó. Sus padres la ayudaron, también, a encontrar a su madre biológica, que al final resultó una experiencia positiva para toda la familia. Si bien la conducta de Amber seguía poniéndolos a prueba, su carácter imprevisible y su cólera habían disminuido de forma considerable después de ponerse en contacto con su verdadera madre.

La llamé por teléfono y mantuvimos una conversación estupenda. Me contó detalles de su primer encuentro con su madre y con su padre biológico, cuya existencia había sido un misterio para ella. Su madre y su padre de nacimiento se habían casado algunos años después de la adopción de Amber. Amber los iba a ver cada seis meses y nunca olvidaba decir a sus padres adoptivos que los quería y que, para ella, eran sus «verdaderos» padres. Me dijo que encontrar a sus padres sanguíneos la ayudó a adquirir una sensación real de sí misma y que ya no se sentía tan diferente de los otros. Además, tenía un trabajo que contribuía a su sensación de autosuficiencia y estaba aprendiendo a hacerse más responsable de su conducta. Y recuperó el respeto por sus padres adoptivos.

En una sociedad atribulada, índigos atribulados

No todos los niños índigo son irascibles, volubles y destructivos. Algunos son tan amorosos que se te derrite el corazón. Los niños índigo son individuos únicos, como todos los niños; sin embargo, como colectivo, presentan características específicas (véase la lista de Amber), que difieren de las de los niños de la generación anterior. Durante el período que pasó Amber en la escuela, el porcentaje de niños índigo era muy inferior al actual. Su sensación de ser diferente de sus pares se agudizaba, sin duda, por la cuestión de la adopción; sin embargo, es bastante habitual que los índigo se sientan «diferentes». Desde algún lugar de su interior, saben que ven, sienten y reaccionan ante la vida de un modo diferente al de muchos de sus compañeros y la mayoría de los adultos. Hoy día, es probable que el 95 por 100 de los niños de los cursos inferiores sean índigo; diría que la edad máxima se sitúa en los treinta y pocos años.

El porcentaje de índigos atribulados es directamente proporcional a la cantidad de individuos, madres, padres y familias atribuladas que hay en nuestra sociedad. En ese sentido, la población de índigos no se diferencia de las generaciones anteriores.

No obstante, debido a su sensibilidad, perciben el caos, la disfunción y la falta de amor nutriente en su cuerpo y en su campo emocional muchísimo más que sus predecesores. Eso puede tener consecuencias devastadoras para su desarrollo emocional, lo cual explica, sin duda, el aumento del consumo de drogas (incluidas las llamadas drogas «legales», como la Ritalina y el Prozac) entre los niños de todas las edades. Por el contrario, es probable que un ambiente que brinde apoyo, estimule la singularidad y establezca unos límites benévolos produzca un ser humano equilibrado y de un interés increíble.

Además de Amber, conozco a varios índigo que han tenido una vida muy problemática y, cuando han decidido que querían algo diferente, han recuperado rápidamente la compostura. Los índigo recurren a una gran fuerza interior, pueden superar adicciones si se lo proponen y sanan su vida con mucha más objetividad que la mayoría de nosotros. Por el contrario, si ellos no quieren introducir ningún cambio en su vida, ¡nadie los hará cambiar de opinión!

Suicidio, muerte y espiritualidad

Las conversaciones que mantuve con Amber y, posteriormente, con otros adultos jóvenes, despertaron mi curiosidad sobre lo que pensarían los chavales acerca de las drogas, la muerte y la espiritualidad. Para averiguarlo, reuní un protocolo de investigación e invité a participar a adultos jóvenes de entre dieciséis y diecinueve años. Sus respuestas me dejaron atónita.

Dejando aparte unos cuantos detalles, las respuestas a la mayoría de las preguntas guardaban una similitud extraordinaria; además, indicaban una concepción filosófica profunda. La mayoría de los participantes obtenían una nota «media» en los estudios, varios «insuficientes» y había algunos alumnos sobresalientes. Sólo uno de ellos había recibido una enseñanza religiosa formal, otro había oído hablar de conceptos metafísicos y el resto había recibido algo o nada de formación religiosa formal o por parte de sus padres. Salvo las clases de educación sobre las drogas, ninguno de los participantes había asistido jamás, en la escuela, a una clase en la que el debate se centrara en la muerte o la espiritualidad, y no era frecuente que sus padres les hablaran o debatieran con ellos sobre esos temas.

Con respecto a la muerte: La mayoría de los participantes recordaban que sabían algo de la muerte a los cinco años, algunos incluso a los tres. Todos creían que ese conocimiento había llegado a su conciencia sin que mediaran sus padres ni ninguna otra influencia.

Se les formuló la siguiente pregunta: **«¿Qué significa la muerte?»**

- ✓ «Detenerse en el planeta, pero pasar a otra cosa.»
- ✓ «Abandonar el cuerpo físico.»
- ✓ «El final de una parte y pasar a la siguiente.»
- ✓ «El paso de un estado a otro.»
- ✓ «Entrar en otra dimensión.»
- ✓ «Lo mejor de la muerte es lo que hay más allá.»
- ✓ «Uno tiene la oportunidad de salir de este planeta.»

Todos tenían mucha curiosidad por la muerte y querían saber cómo era la experiencia en realidad. Más del 75 por 100 se había planteado seriamente el suicidio en más de una ocasión, sobre todo los que consumían drogas habitualmente. Sin embargo, de ese grupo, el 50 por 100 no las consumían habitualmente, pero su vida era tan dolorosa que no sabían cómo acabar con el dolor. (Un participante quiso «irse» cuando tenía unos cinco o seis años, después de que sus padres se divorciaran). Su amor por la familia, por caótica que esta fuera, impedía que llevaran a cabo el intento de suicidio.

La pregunta siguiente era: **«¿Crees en una vida después de la muerte y en la eternidad del alma?»**

(La mayoría respondieron «sin duda». Algunos no estaban tan seguros pero, después de reflexionar un poco, dijeron que sí que creían.)

- ✓ «Naces, vives, sigues adelante.»
- ✓ «Estoy seguro de que el alma continúa; quiero decir que no es el final, lo sé.»
- ✓ «Tu alma vive en un cuerpo, lo pide prestado a la tierra, pero al final va a tener que devolvérselo.»
- ✓ «El alma se va a donde sea que vaya; después supongo que se queda allí, hasta que regresa en otro cuerpo.»

La última pregunta era: **«¿En qué consiste sentirse solo o sentirse diferente?»**

- ✓ «Solo quiere decir no tener a nadie que sea como yo.»
- ✓ «En cierto modo, me hace sentir algo triste y también orgulloso de ser un poco diferente de los demás. También triste porque en realidad no puedo establecer lazos con mucha gente. Una cosa compensa la otra.»
- ✓ «Es un asco.»

Más o menos por la misma época en que finalicé este proyecto de investigación, leí el siguiente artículo en la revista Family Circle (agosto de 1991), que lo dice todo.

UN LEGADO DURADERO

Por las mañanas, Cody Thornton, de tres años, se sienta en la escalera y se pone a charlar con la fotografía de su hermano mayor, Casey, que está colgada de la pared. Fue el lugar que Casey [de cinco años] eligió para tener una conversación íntima con Cody, en el otoño del año pasado.

-Mira, Cody -dijo-, me estoy muriendo y eso significa que ya no voy a poder seguir creciendo contigo.

Habían pasado dos años desde que comunicaron a Casey que sufría de leucemia linfoblástica aguda.

El pequeño había soportado radiación, quimioterapia, una esperanzadora remisión que duró catorce meses, dos recaídas y un trasplante de médula ósea como última oportunidad, y después otra recaída.

-¿Con cuánta fuerza estás dispuesto a luchar con esto? -recuerda su madre, que le preguntó a Casey durante ese período.

Su respuesta la dejó atónita. Dijo:

-¿Sabes?, el Casey de cinco años tiene muchísimas ganas de vivir, porque quiero estar con vosotros, pero no sé qué es lo que elige mi alma.

Las drogas y los ángeles índigo

Las drogas son una parte inevitable de nuestra cultura. ¡A los estadounidenses nos encantan las drogas! Al nacer, nuestros hijos ingresan en una sociedad que gasta miles de millones, cada año, en analgésicos, comprimidos para no engordar, descongestionantes, antidepresivos, estimuladores de la libido, píldoras anticonceptivas... y la lista continúa. Añadamos a eso el tabaco y el alcohol.

Sentada frente a mí está Jenna, una bonita índigo de veintidós años, con unos ojos gris azulado claro y un cutis precioso. Es una dulzura.

Jenna nació en una familia que consumía alcohol, cigarrillos, antidepresivos y aspirinas para la resaca. Claro que a los vecinos no les importaba. El padre de Jenna era médico y su madre, artista.

Jenna recuerda haber visto ángeles y haber hablado con las plantas y los pájaros cuando tenía tres años. Le encantaba la naturaleza. Miraba la pantalla del televisor y veía el universo y hablaba con las estrellas; le fascinaba mirar a las estrellas: le parecían tan cercanas. A los siete años, comunicó a sus padres que no quería ir a la universidad y que quería estudiar los ángeles, las estrellas y los extraterrestres. Su padre dijo que lo que pensaba era «del demonio y que ella era malvada» y la castigó.

Su madre la llevaba a la misa católica y Jenna asistió a un colegio privado religioso desde tercero hasta el segundo curso de la enseñanza secundaria. Lo único que le gustaba de la iglesia eran los rituales, el incienso, usar el rosario y cantar. No le parecía justo que las niñas no pudieran participar en la misa. Los sacerdotes le parecían «aburridos» y las monjas, indiferentes; nadie se comunicaba con su alma.

Jenna se encerró en sus ensoñaciones y en sus fantasías. Le gustaba crear disfraces divertidos para la escuela y recuerda la crueldad de los demás niños, que en sexto curso se burlaban de ella sin piedad, porque tenía un aspecto «diferente».

En su casa reinaba un ambiente de tensión: su madre siempre estaba deprimida y su padre bebía. Una vez encontró alcohol escondido detrás del váter y sus padres tuvieron una airada discusión al respecto. Cuando Jenna compartía sus experiencias con su familia, la ponían en ridículo, no le hacían caso o la castigaban. Una vez, su padre la encerró en su habitación y se puso a leerle las escrituras, desde el otro lado de la puerta.

En la escuela, Jenna se sentía alejada de los demás alumnos. Se estaba callada y se sentía invisible. Cuando comenzó el secundario, se juntó, automáticamente, con los chavales que se teñían el pelo de negro, vestían de negro y consumían drogas. Más o menos por esa época, su padre abandonó a la familia. Recuerda que ella quería morirse; tenía trece años.

Poco después de que su padre se marchara de casa, tomó su primer ácido. A los quince años, consumía alcohol, marihuana y cigarrillos; estaba enganchada a las anfetaminas, abandonó la escuela y no le importaba nada. Jenna se marchó de casa, vivía donde podía y robaba en las tiendas para comprar alimentos y para poder mantener su consumo de drogas. A los diecisiete años era adicta a la heroína y a la cocaína, las drogas que había elegido. Su padre seguía diciéndole que era «malvada» y su madre trataba de asustarla, diciéndole que «en su familia había problemas de alcoholismo». A los diecinueve años, había entrado y salido de siete centros de rehabilitación, estaba desesperada y dispuesta a morir. Estaba tan enferma, que apenas tenía fuerzas para acabar el día.

Durante ese período, comenzó a asistir a las reuniones de Alcohólicos Anónimos (AA). Vivía en un hogar «de vida abstinencia». El momento crucial se produjo cuando su compañera de habitación murió por sobredosis y otra amiga suya también sufrió una sobredosis y murió esa misma semana. Los administradores de la vivienda se enteraron de que Jenna había consumido drogas durante su estancia, lo cual iba específicamente en contra de las normas. Le pidieron que se marchara y, en pocas horas, volvió a quedarse sin hogar. Su madre le permitió volver a la casa familiar. Al día siguiente, le ofrecieron droga pero la rechazó, porque se sentía demasiado mal. Sin pensar demasiado en ello, esa negativa marcó el comienzo de su recuperación.

Jenna estaba realmente enfadada con Dios. Su fe se había ido haciendo trizas poco a poco, debido al comportamiento de los adultos que la rodeaban. De niña se dio cuenta de que los adultos, en particular su padre, no predicaban con el ejemplo, precisamente. Si Dios era amor, ¿por qué había tanto dolor en el mundo? Si ella era adorable y Dios la amaba, ¿por qué había tanto sufrimiento en su propia vida? Se sentía traicionada por sus padres, por la iglesia y por Dios.

Jenna siguió acudiendo a AA, le agradaban los aspectos espirituales del programa y, poco a poco, comenzó a recuperarse lo suficiente como para conseguir un trabajo. Quería vivir sin drogas. Una tarde fue con una amiga a una reunión de recuperación (que no era de AA), celebrada concretamente para adultos jóvenes. Jenna se sintió identificada con el grupo y en particular con Shannon, la «facilitadora», que no era mucho mayor que ella. A partir de ese momento, Shannon se convirtió en su mentora, una joven adulta aconsejando a otra, ídolos las dos.

Jenna quería ser como Shannon: una joven abierta, segura de sí misma, cariñosa, orientada hacia lo espiritual, apasionada y con una misión en la vida. Shannon enseñó a Jenna a ocuparse de su cuerpo, le decía lo que tenía que comer, la ayudó durante el proceso de desintoxicación, la orientaba en sus elecciones, la quería de forma incondicional y «no aguantaba tonterías». Cuando Shannon creó una residencia de recuperación, invitó a Jenna a vivir en ella y a trabajar allí, como mentora de otras jóvenes adultas, como había hecho Shannon con ella. Jenna aceptó. Ha seguido su propio proceso de recuperación con Shannon y comparte la vivienda con el resto del personal femenino, todas ídolo. Trabaja todo el día con niños en una guardería, algo que le encanta, y dedica el resto de su tiempo a trabajar con jóvenes que luchan con las drogas y con la vida. Se ha reconciliado con su padre, que hace varios años que no bebe alcohol, y mantiene una relación mucho más estrecha con su madre. Los dos la animan y están orgullosos de ella.

Índigos co-creativos: cambiar el mundo

Me presentaron a Shannon hace un año, más o menos. Es un ejemplo típico de índigo «humanista» (véase la lista de Amber), y hasta qué punto. Cuando era muy joven, «sabía» que trabajaría con adolescentes con problemas. Comenzó a trabajar con niños cuando estaba en la escuela secundaria y no ha dejado de hacerlo. Es licenciada en sociología, especializada en el abuso de sustancias por parte de los adolescentes. También tiene el título de instructora de yoga y masajista y ha estudiado fitoterapia, nutrición, aromaterapia y terapia de artes expresivas. Ha decidido crear un proceso y un establecimiento de recuperación, que preste servicios destinados a ayudar a los jóvenes a modificar sus hábitos autodestructivos, centrándose en la salud física, el bienestar emocional, la conexión espiritual y la finalidad en la vida, que es precisamente lo que ha hecho, utilizando su propio sueldo para financiarlo. La declaración de intenciones de la organización, preparada por Shannon y otros índigo, dice lo siguiente:

«Partiendo de la educación y el otorgamiento de poder, el objetivo fundamental del programa consiste en ayudar a los jóvenes, entre los quince y los veinticinco años, a superar las adicciones, los abusos y la falta de poder de su cuerpo, su mente y su espíritu. Se trata de un programa tridimensional, que destaca los aspectos físicos, emocionales-mentales y espirituales de la sanación.

»El programa parte de la premisa de que cada uno de nosotros tiene una finalidad única que cumplir y de que todos estamos interconectados. Por consiguiente, lo que hacemos con nuestro cuerpo se lo hacemos al cuerpo de la Tierra en general e, inevitablemente, nos lo hacemos los unos a los otros. A tal fin, el programa comprende la medicina alternativa, la conciencia del medio ambiente, el desarrollo de aptitudes vitales y el crecimiento espiritual.

»Además, es un programa basado en los pares. A medida que se fortalece la sensación del yo de cada participante, comienza poco a poco a asesorar a sus compañeros, como una forma de restitución, y ayuda a guiar a otros jóvenes en su viaje de auto-recuperación. Los jóvenes actúan como voluntarios, directores, personal, profesores y asesores de sus compañeros. Este programa sirve como vehículo para que todos los jóvenes reclamen y redescubran su verdadera identidad.»

Shannon me invitó a formar parte de la Junta Directiva de la organización y acepté. Trabajar con esas jóvenes índigo ha sido un regalo y estoy maravillada con ellas. Con la energía que caracteriza a los índigo, están decididas a conseguir lo que se proponen, son apasionadas, no se amilanan ante la magnitud de su misión y están dedicadas por completo a su crecimiento espiritual.

Los índigo han venido para quedarse. Son los infractores que insisten en el cambio, el aire fresco que flota sobre las tradiciones estancadas y los precursores de una nueva sociedad, dispuesta a cambiar hacia una conciencia más evolucionada. La mera existencia de los índigo desafía todo lo que hacemos y decimos. Insisten en una total honestidad y sinceridad y prefieren desconectarse y/o marcharse en lugar de combatir si no está presente la integridad en su entorno. Podemos colaborar y crecer con ellos o resistirnos y aferrarnos a la complacencia. Como queramos.

Las necesidades de los índigo son sencillas: mucho amor, una estructura benévola, una orientación consciente y espacio para demostrar su singularidad. A cambio, nuestro mundo recibirá unos dones que no nos podemos imaginar.

Paz

Tomadas de la mano caminamos
juntas
la paz y yo
y
todas las razas
negros, blancos
y
todas las
ballenas bailando en el mar
todos los
delfines levantándose y salpicando.

Tomadas de la mano
caminamos
juntas
y nos preguntamos
¿Por qué la guerra?
¿Por qué la ira?
¿Por qué el odio?
La paz y yo
y todas las criaturas de la
tierra
juntas para siempre

caminando de la mano.

-Sarah Barkley, 10 años

* * *

Nos gustaría acabar este capítulo con información actualizada sobre la Ritalina. En los dos últimos años se han publicado muchos artículos sobre este fármaco, la mayoría de los cuales no eran positivos. Hay docenas de páginas web que se dedican a presentar información sobre los efectos a largo plazo que produce la Ritalina en los niños, además de ofrecer asistencia. Es un tema que ha pasado a ser del dominio público.

Seguimos alentando a los padres a probar alternativas, antes de elegir el camino de la Ritalina. Aparte de la información abrumadora que está disponible sobre las ramificaciones biológicas del fármaco, resulta que ahora también surgen cuestiones psicológicas y culturales.

A continuación, incluimos un artículo de Eben Carle que se publicó en *Psychology Today* (junio de 2000, página 17):

FALTA DE ATENCIÓN E HIPERACTIVIDAD EN VENTA

«En un día cualquiera, en la próspera Virginia Beach, casi el 20 por 100 de los jóvenes y los privilegiados se tratan con Ritalina, muchos de ellos sin necesidad», según la psicóloga pediátrica doctora Gretchen LeFever. En realidad, se ha disparado el uso de la Ritalina entre los niños estadounidenses, de los novecientos mil usuarios que había en 1990 a los cinco millones del año 2000. Los psicólogos señalan con el dedo a unos padres demasiado competitivos, dispuestos a pagar cualquier precio para conseguir ventajas para sus hijos.

Según la investigación de LeFever, publicada en el *American Journal of Public Health*, si bien del 3 al 5 por 100 de los alumnos de la escuela primaria de Estados Unidos sufren el trastorno de falta de atención e hiperactividad, son casi seis veces más los alumnos de quinto de Virginia Beach que se medican por ello, cifra que, según dice, es típica en las comunidades adineradas del país. «Los padres recurren a la Ritalina -afirma-, porque sirve para estimular la concentración, obligando a los niños a "prestar atención" por medios químicos». Pero hay otra ventaja, sostiene Robert Sternberg, profesor en Yale: «Cuando se declara que un niño tiene dificultades de aprendizaje, dispone de tantas ventajas (más ayuda, más tiempo para pruebas como el Test de Aptitud Académica) que la gente se pelea por conseguir esa etiqueta.»

No es de extrañar que muchos profesionales estén indignados. A fines del año pasado, los miembros del Centro para la Ciencia en el Interés Público suplicaron la intervención de la secretaria Donna Shalala, del Ministerio de Salud y Servicios Humanos de Estados Unidos, para estimular el uso de métodos basados en la educación y la disciplina (en lugar de las anfetaminas) para corregir problemas de comportamiento y motivar un mejor rendimiento. También manifestaron su preocupación por los efectos secundarios, tales como dolor de estómago, insomnio y raquitismo, y por el descubrimiento de que la Ritalina había provocado cáncer de hígado en ratones de laboratorio. Pero eso no ha puesto coto a los padres. Señala la doctora Claudia Mills, profesora de filosofía en la Universidad de Colorado: «Damos Ritalina a nuestros hijos en parte porque no podemos soportar que estén por debajo de la media y tampoco podemos soportar que no estén por encima de la media.»

Otro artículo pertinente (del Servicio de Noticias de Reuters, 14 de setiembre de 2000):

UNOS JUICIOS AFIRMAN QUE LOS FABRICANTES DE FÁRMACOS Y LOS PSIQUIATRAS INVENTARON EL TRASTORNO DE FALTA DE ATENCIÓN E HIPERACTIVIDAD PARA VENDER RITALINA

por Edward Tobin
(no se publica todo el artículo)

NUEVA YORK (Reuters) - Richard Scruggs, el abogado que dirigió el acuerdo entre los estados de Estados Unidos y la industria tabacalera en 1998, dijo que los juicios contra los fabricantes del fármaco Ritalina para el trastorno de la hiperactividad son el «siguiente campo de batalla de la acción popular» de este país.

El abogado de Misisipí encabeza un grupo de letrados de la parte actora que alegan en dos juicios que los fabricantes del fármaco han conspirado con los psiquiatras para «crear» la enfermedad conocida como «trastorno de falta de atención e hiperactividad».

Scruggs, que antes de meterse con las grandes tabacaleras, tuvo su primera experiencia en un juicio de acción popular a nivel nacional con un intento exitoso en la industria del amianto, sostiene que está en juego la salud de más de cuatro millones de niños, que están tomando un medicamento que no necesitan.

Los dos casos, presentados ante un tribunal del estado en Hackensack, Nueva Jersey, y ante un tribunal federal en San Diego, acusan al grupo farmacéutico suizo Novartis AG (NOVZn.S), a la Asociación Estadounidense de Psiquiatras (APA) y a un grupo de apoyo sin fines de lucro llamado Niños y Adultos con el trastorno de falta de atención e hiperactividad (CHADD).

Se reclama la condición de acción popular y miles de millones de dólares en indemnizaciones. Tanto la empresa como la APA niegan las alegaciones.

«Lo que se denuncia, fundamentalmente, es que [los demandados] han ampliado de forma indebida la definición de este trastorno para incluir a niños "normales", a fin de promover y vender más fármacos y tratar a más personas», declaró Scruggs para Reuters en una entrevista telefónica, el jueves pasado.

Esos juicios representan el campo de batalla más reciente de la acción popular en Estados Unidos pero, puesto que tiene que ver con niños, resulta mucho más importante. Los funcionarios del gobierno, las compañías farmacéuticas y los profesionales de la medicina llevan tiempo debatiendo sobre la conveniencia de recetar Ritalina para el trastorno de falta de atención e hiperactividad en los niños. El fármaco está en el mercado desde hace más de cuarenta años, pero sufrió una fuerte presión cuando la Casa Blanca lanzó una iniciativa, en primavera, para reducir la cantidad de niños que utilizan ese tratamiento, conocido por el nombre químico de metilfenidato.»

Scruggs, que obtuvo más de cuatrocientos millones de dólares de honorarios del acuerdo con la industria tabacalera, dijo que la salud pública era el principal motivador en el caso de la Ritalina y que, en definitiva, el objetivo de la demanda era cambiar la manera de recetar el fármaco.

«En este momento, prácticamente todos los niños cabrían dentro de los criterios de diagnóstico de la Ritalina. Están explotando el temor de los padres por el bienestar de sus hijos para obtener unas ganancias que no les corresponden; pienso que eso es censurable y que puede tener un efecto generalizado sobre la salud de los niños estadounidenses», afirmó.

Los abogados están buscando una certificación a nivel nacional, ha dicho Scruggs, y esperan que otros hagan lo mismo, basándose en que "los criterios para la enfermedad tienen una amplitud artificial, para poder incluir a más niños y vender más fármacos".»

* * *

«Nada de lo que uno haga por los niños se pierde jamás. Parece que no se fijan en nosotros, dudan, evitan nuestra mirada y muy pocas veces nos dan las gracias, pero lo que hacemos por ellos no se pierde jamás.»

Garrison Keillorl 8

A TRAVÉS DE LOS OJOS DE UN ÍNDIGO

Algunas de las respuestas más profundas a nuestro primer libro procedieron de adolescentes y jóvenes adultos índigo. Aunque los índigo «puros» son niños, en su mayoría, muchos de sus precursores son adolescentes y jóvenes de poco más de veinte años. No creo que haga falta dedicar mucho tiempo a alertar al lector sobre lo dramático que se está volviendo el panorama para los adolescentes, ni sobre la rabia que vemos.

En *Los niños índigo* mencionamos que una de las características de los índigo es la sensación de ser adultos en un cuerpo que está creciendo... que si no se respeta a un índigo, se sentirá frustrado. Son casi adultos, si bien el sistema educativo y sus padres siguen considerándolos «niños». La frustración que sienten en casa tiene el potencial de estallar en otros lugares (en la escuela, por ejemplo), lo cual nos da una buena visión global de la situación actual en el mundo.

En el primer libro publicamos dos cartas de jóvenes índigo que nos decían «cómo es ser índigo». Las cartas que recibimos como respuesta a esas dos historias procedían, en su mayoría, de otros jóvenes, que nos felicitaban y decían: «¡Yo también!» Quisiéramos presentar más historias de índigos desde la perspectiva de los jóvenes. Aunque el lector piense que este capítulo es para ellos, en realidad, está dedicado al propio lector. Cuanto más nos enteremos, nos relacionemos y aprendamos lo que piensan nuestros niños y adultos jóvenes, más paz podremos aportar a nuestras familias.

Esto no está amañado. La mayoría de las cartas que recibimos comenzaban diciendo: «Tengo dieciséis años». Este parece un punto de demarcación conocido entre la infancia y la edad adulta, y es un período sumamente decisivo en lo que respecta a cuestiones fundamentales de la vida, como el amor propio, el amor, la elección de una carrera, etcétera.

Algunas de estas cartas llegaron poco después de la publicación del primer libro y otras, justo antes de que se enviara a la imprenta este, el segundo. Si no pudimos localizar al remitente, cambiamos el nombre que aparecía en la carta para respetar la intimidad de su autor, aunque no creemos que hubiese puesto ninguna objeción a que el lector leyera sus palabras; de hecho, pensamos que por eso recibimos la carta, en primer lugar: para informar al lector sobre el fenómeno de los índigo.

Al leer esta correspondencia, conviene que el lector recuerde que esta información está «verde», que se presenta a través del «filtro» de unos jóvenes que están en pleno crecimiento (mitad adultos, mitad niños). Es posible que no tengan todas las respuestas, pero poseen, sin duda, la experiencia de primera mano.

¿Recuerda el lector algunas de las características que mencionamos en el primer libro? Dijimos que estos niños necesitan desesperadamente encontrar a otros parecidos. También indicamos un rasgo nuevo de su temperamento: que no quieren que se les ponga a prueba sobre cosas que ya saben, o sobre cosas que les parece que no están a su altura. También comentamos que los maestros se tenían que ganar el respeto de esos niños, en lugar de limitarse a esperarlo por el mero hecho de encontrarse en una posición de autoridad. Dijimos que algunos alumnos podían percibir un desequilibrio en algún adulto (sobre todo en los profesores) y que entonces se desconectaban de él. Dijimos también que si esos niños no conseguían lo que necesitaban, formarían grupos de apoyo por su cuenta, o incluso que buscarían estímulos externos que les permitieran dar rienda suelta a su frustración y su rabia.

El lector podrá ver algunos de estos atributos en cada una de las historias que presentamos a continuación, así como también algunos puntos comunes de reflexión. Conviene prestar atención a algo más: si un padre o un profesor actuó bien, el niño lo tendrá en cuenta, y también tendrá la reacción correspondiente sobre lo que no le satisface.

La última carta de este grupo nos la envió un índigo adulto que quiso contarnos la historia de su vida y explicar cómo se siente alguien que lo cuestiona todo. Habla de su evolución personal y también de sus experiencias religiosas. ¿Recuerda el lector lo que hemos dicho sobre los índigos espirituales? Les gusta la iglesia, pero, ¿tiene que tener un sentido! Son pequeñas criaturas chamánicas, capaces de percibir si el ministro sabe menos que ellas (lo cual a menudo les causa dificultades).

Queremos rendir homenaje al autor de cada carta por su valor. También queremos rendir homenaje a su vida y decirles que los consideramos seres humanos valiosos. La información que nos brindan es vital para todos nosotros, sea cual fuere la edad que tengamos. Ya lo hemos dicho antes: algunos de estos jóvenes tienen mucho que enseñarnos. Esperamos que el lector «escuche», mientras lee estas palabras tan sinceras de nuestros jóvenes.

PARA LOS AUTORES DE LOS NIÑOS ÍNDIGO

Lisa Wallace

Aunque sólo voy por el primer capítulo de su libro, he sentido la necesidad de escribirles. Tengo dieciséis años y sé que soy uno de los niños de los que hablan.

Me dicen que, desde que era muy pequeña, empecé a preguntarme de dónde venimos. Le hacía preguntas a mi madre que ella ni siquiera sabía que existieran. La mayor parte del tiempo me sentía

sola, a pesar de que tenía y sigo teniendo muchos amigos y seres queridos. A menudo sentía que yo tenía más que ofrecer que los demás. Más de una vez he superado el nivel de madurez correspondiente a mi edad. Cuando era adolescente ya me planteaba cosas sobre el mundo y sobre mí misma, mientras que mis padres siguen luchando con ellas todavía.

Durante toda mi vida me he sentido incompleta y, por tanto, muy sola. Aunque parezca irónico, hace tan sólo unas semanas que descubrí cuál es mi posición en cuestiones espirituales y mi «media naranja».

Perdónenme si lo que voy a decir a continuación está poco claro, porque no voy a revelar toda la información sobre lo que quiero decir. Durante una conversación que tuve con uno de mis mejores amigos, aunque siempre ha sido más que un amigo (no en el sentido sexual sino espiritual), descubrimos que los dos hemos sentido lo mismo. Los dos hemos sido más profundos que otros niños y hemos alcanzado un nivel de aceptación en nosotros mismos que algunos no llegan a experimentar jamás. Los dos nos sentimos... no aburridos en la escuela, pero... ¡que no sirve para nada! Además, nos hemos sentido tan solos.

Gracias a nuestras conversaciones, hemos descubierto que los dos somos almas viejas y que, sin duda, esta es nuestra última vida sobre la Tierra. Cuando colgué, después de hablar con él por teléfono, me di cuenta de que ya no estaba sola. Cuando leí acerca de los demás índigos, me sentí tan conectada con ellos. ¿Habría alguna manera de que todos nos conociéramos?

Mientras leo su libro, me dan escalofríos y estoy a punto de echarme a llorar en cualquier momento. Es tan agradable saber que hay otros ahí fuera, porque si bien he estado rodeada de gente maravillosa y estupenda, me sentía totalmente aislada hasta que «conocí» a mi amigo.

Ahora sé que no estamos solos. Gracias por publicar el libro.

* * *

MI VIDA A TRAVÉS DE MIS OJOS ÍNDIGO

Katarina Friedrich

Soy una niña índigo «interdimensional» y vivo en Australia. Tengo dieciséis años y acabo de atravesar lo que mi madre llama mi «crisis de la madurez». Hace tres meses, mi madre, que nos ha criado ella sola, tanto a mí como a mi hermanita menor, durante más de diez años, estuvo a punto de llevarme al hospital infantil para que me administraran sedantes. Yo chillaba, gritaba como una histérica y le suplicaba que me dejara irme a casa (que me dejara morir, regresar al Espíritu). Me mordía los brazos y las manos y, literalmente, me arrancaba el cabello. Recuerdo que le suplicaba que me escuchara, ¡que alguien me escuchara!

Mi madre siempre me ha tratado como a una adulta y me ha presentado a todos sus amigos como a una igual. Nunca ha dejado de escucharme, siempre se ha percatado cuando algo iba mal y me ha hablado de ello hasta que se lo contaba, de modo que enfrentarse con una adolescente al borde de la locura, que le suplicaba que la escuchara fue desgarrador para ella. Cada vez que me decía que todo iba a salir bien, yo gritaba todavía más, sabiendo que las cosas no iban bien y que necesitaba con desesperación que alguien me ayudara. El verdadero problema no era que mi madre no me escuchara, sino que no lo hacía la escuela.

Mis primeros años de escuela fueron extraordinarios. Los recuerdo, en su mayor parte, como un sueño de libros, historias, narraciones y magia. Uno de mis recuerdos más vívidos y más queridos es el de estar tumbada bajo un árbol lleno de flores amarillas, leyendo un libro; aunque no lo veo a través de mis propios ojos, sino a través de los de alguien que me observa. Sólo leía las historias por la mitad y siempre les ponía el final que me parecía. Vivía en un paraíso que poco ó nada tenía que ver con los maestros. Pasaba sola la mayor parte del tiempo, pero siempre estaba contenta así. Me sentía muy diferente de los que me rodeaban, pero tenía la sensación de que eso sólo me volvía diferente, ni inferior ni excluida. Observaba a los demás y me fijaba en su manera de actuar, pero no actuaba igual. Mi expresión favorita era «¿por qué?», por lo general en forma de «¿por qué hizo eso?» o «¿por qué debo hacer aquello?» Con esas preguntas no pretendía desafiar ni rebelarme sino, simplemente, saber.

Hacia los siete u ocho años, las cosas comenzaron a cambiar. Incorporaron a nuestras actividades escolares las clases de música, que consistían en que la profesora dibujaba las notas musicales en la pizarra y nos hacía tocarlas en panderetas al mismo tiempo que ella, una y otra vez, hasta el infinito. Yo solía contemplar el árbol que se veía por la ventana y daba golpes mecánicamente. Al cabo de tres semanas de monotonía, un niño de siete años, muy brillante y despierto, dio un salto y arrojó la pandereta de plástico a la cabeza de la profesora. La escena que se desarrolló a continuación parecía extraída de *El señor de las moscas*.

El comportamiento se propagó rápidamente a los demás alumnos y, poco después, cualquier profesor que intentaba controlar nuestra clase no lo conseguía ni por asomo. Si los maestros nos gritaban, los chicos gritaban más. Un maestro pidió la baja por estrés y el siguiente ni se preocupó por tratar de darnos clase, sino sólo de controlarnos.

Yo pasaba casi todo el tiempo en el fondo del aula, haciendo tareas que mi madre me había puesto en casa. En un momento dado, llegué a encerrarme con llave en la clase, con lo cual tuvo que venir la directora a abrir la puerta. Me llevó a su despacho y me gritó, a lo que repliqué, sin inmutarme: «La señora (maestra) es tonta y no hace nada».

Mi madre se las ingenió para que me cambiaran a otra clase, que tenía una maestra muy mayor, muy estricta y muy fea. ¡Yo la adoraba! Reconozco que nos sentábamos en hileras y entonábamos las tablas de multiplicar, pero nos enseñó a bordar, y preparamos manzanas acarameladas como regalo de Navidad. Para aprender a escribir en cursiva, escribíamos un cuento en mayúsculas y ella lo copiaba en letra cursiva; entonces, lo volvíamos a escribir, copiando su letra impecable. Era una maestra tradicional, pero cariñosa y bondadosa, y eso era lo que recibía de sus alumnos. Lamentablemente, se jubiló al final de ese año, de modo que volví a encontrarme en la misma posición que antes. Me negué a regresar.

A mi madre le dijeron en la escuela que lo único que me pasaba era que estaba disgustada por el reciente divorcio de mis padres. Preocupada, mi madre me llevó a un psicólogo que hizo algo maravilloso: le dijo que era una buena madre y que el trauma que yo sufría se debía a la escuela, no al hogar.

Mi madre comenzó a moverse en todos los sistemas, a fin de tratar de cambiar la situación dentro de la escuela, pero todos sus intentos acabaron frustrados. Al final, me cambió de escuela.

Aunque no «encajaba» en la nueva escuela, por lo menos recibía mi dosis de educación: inglés, ciencias, historia, creación literaria, etcétera. Destacaba en todas ellas, a pesar de los problemas que había tenido al principio. Sin embargo, matemáticas siempre fue, y sigue siendo, un campo difícil. Demasiado lógica e inalterable para mí.

En esa nueva escuela fui objeto de burlas, provocaciones y ostracismo, lo cual me hizo mucho daño. Llegué a pensar que eso, simplemente, formaba «parte del carácter de esos alienígenas». En cambio los profesores, en ese lugar divino, eran maravillosos. Tuve la oportunidad de hacer cursos de escritura con escritores adultos y, de ese modo, pude conocer a una de mis autoras favoritas: Christine Harris.

Cantaba en un coro, tocaba el violín y también tuve la suerte de conocer a otro niño como yo. Igual que a mí, los demás alumnos lo rehuían, sobre todo porque sus temas de conversación eran mucho más elevados que el nivel intelectual de la mayoría de ellos. Aunque hablamos muy pocas veces, fue muy importante para mí saber que había más niños como yo.

En el secundario, tuve la gran suerte de que me eligieran para un programa que permite a los alumnos adelantarse en las asignaturas en las que más destacan. Para mí fue una bendición, porque me permitió seguir estudiando más unidades de historia, ciencias sociales, biología y arte y evitar, al mismo tiempo, otras asignaturas que no me gustaban, como las matemáticas y las ciencias, basadas en fórmulas. Además, tuve la oportunidad de distribuir mi horario de modo que no tuve que asistir a clase con profesores que sabía que dificultarían mi educación, en lugar de contribuir a ella.

Entonces llegaron mi decimosexto cumpleaños y el último año (al menos eso creía yo) del instituto. De pronto me quitaron la capacidad de evitar los trabajos superfluos (porque yo ya comprendía su contenido) y tuve que presentar todos los trabajos. No bastaba con ser inteligente, sino que había que demostrarlo. Comencé a dudar de serlo. Tuve mi primera relación sexual con un hombre que era siete años mayor que yo, que me hacía sentir valorada y querida, pero que tenía una historia familiar y personal muy traumatizada de abusos sexuales y físicos y dependencia del alcohol y otras sustancias. Fue una relación muy agotadora.

Puse fin a esa relación (fue una decisión muy dolorosa) y me sentí completamente sola. La escuela no me brindaba más que estrés y había perdido contacto con los pocos amigos que tenía, por intentar mantener viva la relación. Mi madre, que siempre había sido mi «peñón de Gibraltar», estaba iniciando la primera relación seria después de su divorcio, diez años antes, y también estaba cambiando. Comencé a comer muchísimo y a engordar, lo cual me hizo sentir peor. Me sentía fea, rechazada, indigna, tonta, perezosa y culpable por estar tan deprimida y por ser tan horrible con las personas que quería.

¿Qué fue lo que me condujo al estado en que soy capaz de escribir todo esto sin derramar más que unas cuantas lágrimas sanas? ¡El cariño! Fui a pasar unos días a casa de mi padre y mi abuelo paterno me dijo por primera vez que me quería. Después estuve en casa de mi tía unos cuantos días. Mis abuelos maternos vinieron del campo para estar conmigo. Mi hermana me abrazaba y mi madre dejó en suspenso su vida para compartir conmigo ese período.

Fui a ver a un médico que no podía hacer nada y lo reconoció. Acudí a un fitoterapeuta que me dio preparados a base de plantas, que me ayudaron muchísimo, al igual que el uso de la EMF Balancing Technique®. Por último, recibí en sueños un mensaje de un gnomo muy agradable.

El mensaje decía: «En el último grupo, tuvieron que tratar de cambiarse a sí mismos. Los de vuestro grupo (los niños índigo) ya lo tienen. Vosotros tenéis que cambiar el mundo.»

Que alguien me diga que no se trata de mí sino del mundo me ayuda a sentirme mejor. Me gusta cómo soy, pero no me gusta todo lo que hay en el mundo. Yo estoy bien. Yo soy yo. Puedo cambiar y cambiaré. El mundo también.

En la actualidad, se acusa a muchos niños de pensar que el mundo gira a su alrededor. Espero que algún día sea así.

* * *

SÉ QUE SOY UNA NIÑA ÍNDIGO

Patty Doe

Tengo dieciséis años y acabo de leer su libro sobre los niños índigo. Creo que soy una niña índigo. Mejor dicho, estoy segura de ser una niña índigo, pero he aprendido a formular mis afirmaciones para no parecer tan egocéntrica, a fin de evitar las reacciones negativas. Después de decir esto, quisiera darles las gracias por su libro y ofrecerles algunas ideas propias.

Realmente me gustó mucho el libro, que no sólo fue una afirmación que me vino muy bien, sino que también me abrió los ojos en algunos campos. Me sentí identificada sobre todo con la historia de Candice Creelman (que aparece en la página 226 de *Los niños índigo*, Ediciones Obelisco 8ª edición marzo de 2003). Su relato de que la gente se sentía celosa y se enfadaba porque ella aprendía con tanta facilidad me resulta muy familiar.

La única parte de la experiencia de los índigo con la que no me identifiqué fue con las cuestiones de salud, sobre todo con lo de la falta de atención y la hiperactividad. Tuve la suerte de que mis padres me apoyaran mucho y me aceptaran. Me han educado en un ambiente en el que he tenido libertad para explorarme a mí misma y a mi mundo.

Los aspectos espirituales que ustedes mencionan en el libro se consideraban la norma en nuestra casa. No dejo de estar agradecida por haberme criado en un hogar en el que la reencarnación y el karma regían nuestra vida. Creo que precisamente por eso no tuve que enfrentarme a algunas de las frustraciones que provoca el hecho de no ser comprendida.

Hace años que mi familia y yo tratamos de abrimos camino a través del sistema educativo de la ciudad donde vivimos. Tuve la suerte de tener maestras muy conscientes durante toda la escuela primaria pero, a partir de sexto, la situación cambió. He visto a muchos de mis compañeros más espabilados sentirse frustrados y rendirse ante el sistema, lo cual me ha vuelto más decidida a cambiarlo.

Cuando acabe los estudios, el año que viene, me gustaría irme sabiendo que, en mi escuela, tal vez a los adolescentes como yo les cueste un poco menos obtener una educación adecuada para ellos.

El último tema que quisiera tocar es la sensación de aislamiento que experimentamos muchos índigos. Siempre he sabido que soy diferente. No sólo soy índigo, sino que mi madre tiene una tienda de alimentos naturales en una población pequeña, que todavía sospecha de las alternativas que ofrece. No somos cristianos y vivimos en una comunidad muy basada en el cristianismo.

Desde que empecé a relacionarme con otros niños, he sabido que era diferente y siempre me he sentido agradecida por ello. Veo que otras personas no me comprenden a mí ni lo que soy, pero no los menosprecio. Sé que tengo más conciencia_ que ellos y no renunciaría a ello por ningún motivo. Yo soy la «rara» y estoy contenta de serlo. He elegido esta vida y acepto con alegría las lecciones que me dará y el camino por el cual me lleva.

Sólo quería compartir con ustedes estas ideas, para que supieran que hay índigos que crecen y no dejan escapar su intuición, índigos que no han sucumbido ante sus dones, sino que los utilizan por el bien de los demás y de sí mismos.

Muchas gracias, una vez más, por ese libro fantástico. Como despedida, quisiera contarles una pequeña historia. He tenido la suerte de conocer a otros niños como yo. Cuando hablo con ellos y nos ponemos a describir a otra persona, siempre volvemos a la misma pregunta: «¿Es uno de nosotros?» Así es como lo decimos: «uno de nosotros». Eso es lo que siempre queremos saber acerca de alguien. Hasta ahora, creo que no me planteaba conscientemente quiénes éramos «nosotros». Simplemente sabía que existíamos.

* * *

COMO MIRARSE EN UN ESPEJO

Jacob Butler

Soy un niño índigo y acabo de leer su libro, *Los niños índigo*. ¡Ah! Fue como mirarme en un espejo. Soy un índigo mayor. Tengo veintiséis años y soy padre de dos niños índigo maravillosos. No tengo demasiadas dificultades para educarlos, porque recuerdo casi toda mi infancia. Muchas de las sugerencias que aparecen en el libro mi esposa y yo ya las usamos para estimularlos y guiarlos para ser lo que son. Tendrán que perdonar que salte de una cuestión a otra, pero tengo tantas cosas en la cabeza que me cuesta ponerlas por escrito de una manera coherente. Comenzaré por mi crecimiento.

Cuando era pequeño, sabía exactamente quién era. Recuerdo que les contaba cosas a mis padres, cosas que yo sabía. Pero siempre me decían que me limitara a ser «un niño». No tenía problemas en

ese sentido, pero sabía algunas cosas. Durante un tiempo, mientras crecíamos, mi hermano y yo dormíamos en el desván que estaba encima de la carpintería de mi padre. En nuestra casa sólo había dos dormitorios y mis hermanas dormían en el otro. Pero hacía frío. Solía ir al dormitorio de mis padres por la noche y hablarle a mi madre de los platillos voladores que veía. Ella me decía que no existían y que me volviera a la cama. Unos años después, estaba sentado junto a mi madre en la iglesia y le dije que veía luces en torno a las personas. Le dije que veía una luz roja alrededor de la pintura de Jesús que había en la pared y que quería saber por qué estaba loco. Mi madre me dijo que yo no podía ver esas cosas, que Jesús no estaba loco y que me callara y tuviera un poco de respeto. Después de unos cuantos casos más como ese, dejé de decirle a la gente las cosas raras que veía y que yo sabía que eran ciertas.

Cuando tenía ocho años, mis padres se divorciaron y mi madre se volcó a las creencias *New Age*, lo cual enfureció a mi padre, que por entonces estaba muy metido en la religión mormona. Ella se marchó de casa y sólo volví a verla una decena de veces. Se mantenía en contacto por medio de las cartas y el teléfono y transmitía todas sus profundas tomas de conciencia. No quiero parecer engreído, pero lo único que se me ocurría decirle era: «¡Mira que eres tonta!» Pero sabía que ella tenía que recorrer su propio camino de toma de conciencia. Saltaba de aquí para allá, pero se mantenía bastante bien en su camino. Cuando mis padres se divorciaron, mi padre se juntó con una señora que también estaba en la *New Age*, que nos brindó cierta orientación en forma de meditación y nos hizo concesiones, a mí y a mis tres hermanos, para ser quienes éramos... que mi padre retomó cuando se separaron. Él siempre decía que todos éramos tan testarudos que calculaba que haríamos lo que nos diera la gana, de todos modos, conque decidió seguir allí por si nos desmadrábamos demasiado o nos dábamos un buen batacazo.

Cuando era adolescente, realmente me sentía no deseado. Todas las mujeres que tuvo mi padre en su vida abandonaron a sus hijos o nos odiaron. No me costó mucho echarme a mí la culpa. Muchas veces había pensado en suicidarme, pero siempre me contenía, porque sabía que estaba allí para hacer algo. Comencé a recordar cosas de mi juventud que tenía bloqueadas y también comencé a meditar otra vez. Eso me ayudó, en cierto modo. Además, comencé a leer un montón de libros de filosofía oriental. Realmente me gustó mucho leer *Ilusiones*. Lo leí por primera vez cuando tenía doce años. Pero recuerdo que, cuando era pequeño, y no sé si fue en un sueño o cómo, se me acercó una anciana y me preguntó cómo me llamaba. Le dije: «Jacob». Entonces dijo: «Ah, sí, el sanador. Has venido para ser sanador y también maestro. Cuando llegue el momento, se desarrollarán tus habilidades.» Luego se marchó con una sonrisa amable.

A veces estoy tumbado, descansando o a punto de dormirme, cuando de pronto se me congela el cuerpo y no me puedo mover. No puedo hablar, ni respirar, ni cerrar los ojos, pero sigo vivo. Por lo general me siento atraído hacia las luces, pero no siempre. Al principio me asustaba y luchaba como un loco para «volver a mí mismo». Pero la última vez que sucedió (y no ha vuelto a ocurrir desde entonces), simplemente dejé salir el miedo y sentí que me tiraban de mi centro *dan tien o hara*, da igual. Sentí como si todo mi cuerpo se sintiera atraído hacia ese centro. La vibración fue increíble. Entonces hubo un destello de luz y a continuación me volví algo inexplicable. Me convertí en todo. Era parte de todo y todo formaba parte de mí. No tengo palabras para describir la emoción y la abrumadora sensación de amor y de integración.

Después caí en un sueño profundo y desperté al día siguiente, totalmente desorientado. Tenía que estar solo para procesar lo que había ocurrido. Tenía miedo de contárselo a nadie, por temor a la antigua persecución. Pero se lo conté a mi mujer y ella me dijo que estaba bien, que no me estaba volviendo loco. También se lo comenté a mi maestro de tai chi, pero no lo comprendió. Fue una experiencia tan vívida, que la recuerdo como si fuese ayer. Además, he tenido muchos sueños que me han ayudado a darme cuenta de mi verdadera naturaleza y también de la de mis hijos.

Unos tres meses después del nacimiento de mi hijo Dylan (hijo del mar) Elihu (ángel custodio), tuve un sueño: él tenía aproximadamente la edad que tiene ahora, ocho años, y era gran de para su edad, como lo es en realidad. Celebrábamos su cumpleaños y los demás niños jugaban. Él se sentó a mi lado y se puso a mantener conmigo una conversación de adultos sobre la vida y por qué estamos aquí, tras lo cual su hermana, Jaiden (piedra real de la China) Samantha (fuego) se sentó y se puso a escuchar. Él dijo que un día yo despertaría y me daría cuenta de lo que era y de quién era. Dijo que mi verdadero nombre era Tamalar. También dijo que él procedía de Cetus y que lo habían enviado aquí para enseñar a los hombres, como a otros. Me dijo el verdadero nombre de su madre, pero no lo recordaba cuando desperté. Dijo que éramos del mismo lugar que él.

Eso ocurrió hace más de ocho años. Fue un sueño tan poderoso que llamé a mi madre para contárselo. Ella lo apuntó y me alegró de que lo hiciera, porque yo lo había olvidado por completo hasta hace poco. Cuando le escribí una carta a Dylan para referírselo, él la leyó y yo le pregunté qué pensaba. Se limitó a decir: «Genial, me encanta», y se marchó a jugar. Él y su hermana nos han dejado atónitos algunas veces, a mi esposa y a mí, con sus comentarios y observaciones, tan sabios y profundos para su edad. Pero cuando recuerdo quiénes son, ya no me sorprende tanto.

Cuando yo era pequeño, mi padre nos educó, a todos sus hijos, en la religión mormona, hasta los ocho años. De niño me gustaba ir a la iglesia, pero a medida que fui creciendo comencé a cuestionar algunas de las creencias que se me presentaban. No quiero decir que no creyera en Dios o en el

Creador por antonomasia, pero quise conocer la postura de otras creencias y saber por qué hacíamos cosas que no tenían nada que ver con Dios. Cuando vivíamos con mi primera madrastra, mi padre nos hizo ir durante un tiempo a una iglesia unitaria, pero era exactamente igual, aunque con otro nombre. Después fuimos a una iglesia luterana durante un tiempo y tampoco vimos grandes diferencias. Sin embargo, cada una sostenía que era la religión verdadera. Creo que la religión verdadera está en nuestro interior, que es donde encontraremos a Dios y la verdad, no en una iglesia, ni en un lugar, ni en una estatua. Claro que es bonito reunirse con otros y comentar las experiencias o superar juntos las dificultades, pero yo ya lo había calado y me daba la impresión de que muchos tenían miedo de mirar hacia dentro. Odiaba a mi padre por obligarme a ir.

Cuando él y mi madrastra se separaron, dejamos de ir a la iglesia durante un tiempo. Nos fuimos a vivir con mis abuelos y entonces papá comenzó a frecuentar la iglesia mormona, donde conoció a mi madrastra actual, una señora a la que quiero y respeto. Ella también es mormona, pero nos deja creer lo que queramos y sabe que todos somos buenas personas.

Cuando cumplí doce años, mi padre me insistió para que me hiciera sacerdote, pero me negué rotundamente. Dejó que me mantuviera firme en mi decisión, a pesar de que otros miembros de la iglesia lo criticaron mucho. Yo también «causaba problemas» en la escuela dominical, porque hacía preguntas. ¡Qué atrevimiento! Supongo que eso era, en cierto modo, como mi entorno escolar. Yo era una especie de alborotador. No prestaba atención y distraía a los demás niños, pero cuando me hacían preguntas sobre algo, siempre podía responder y devolverle la pregunta al maestro, que muy a menudo tenía dificultades para encontrar respuestas. Me expulsaron de la escuela dominical durante un tiempo y tuve que someterme al asesoramiento de mi abuelo, que pertenece a la alta jerarquía del sacerdocio. Le dije que lo único que hacía era preguntar. No era culpa mía si el maestro no podía responder.

Durante todo ese período, leía filosofía oriental. También me expulsaron de la clase especial para adolescentes que da la iglesia, en la cual se cursan estudios bíblicos avanzados para prepararse para sus misiones, y que se llama «seminario». Mi padre era el profesor en ese momento y hablábamos de Jesús. Yo interrumpía una y otra vez, haciendo comentarios sobre Buda, diciendo que había nacido quinientos años antes que Cristo y lo similares que eran las enseñanzas de ambos. A él no le gustó y dijo que no tenía que asistir más a clase.

Más adelante en la vida, descubrí que debemos leer todas las enseñanzas, tomar lo que resulta relevante para la situación de cada uno, que es única y, como enseñaba Buda, encontrar el camino intermedio. Todo lo que hagamos debe ser fruto de la amabilidad y el amor. Sé que en mi vida no he hecho nunca nada por nadie esperando nada a cambio. Por grande que sea el favor, basta con un simple «gracias» como compensación. No sé cómo hacer para que la gente se dé cuenta. Cuando se lo digo a los demás, no me hacen caso, porque soy joven.

Sé que soy sanador y maestro, pero la gente no me escucha. ¿Para qué voy a hablar? Sé que lo que tengo que decir es importante, pero no sé si la gente está preparada para escucharlo. Cuando tengo ocasión de intervenir en una discusión, no me hacen caso. Por ejemplo, cuando le hablé del libro sobre los niños índigo a mi maestro de tai chi, dijo que eran una sarta de estupideces *New Age*, y eso fue todo. Conseguí que reconociera que es posible la evolución espiritual y psicológica, pero no cree que se pueda producir en este momento. Le dije que, tanto si se produce como si no, no debemos perder las esperanzas porque, sin esperanzas, nada cambiaría. Si no va a cambiar nada en nuestro mundo, no le veo sentido a que siga existiendo. Espero que me haya escuchado.

Cuando acabé la secundaria, me casé. Mi esposa y yo nos trasladamos a Hawai, donde vivimos un tiempo; después nos mudamos a Colorado, donde estamos ahora. Mi esposa ha conseguido reconstruir la relación con su padre y está trabajando con la de su madre. Creo que ella también es una niña índigo. Por eso me siento tan cómodo con ella y he sentido que podía hablar con ella de todo desde el día en que la conocí. Hace nueve años que estamos casados y somos más felices que nunca.

Les escribo esta carta para saber si han tenido alguna comunicación con otros niños índigo que se sientan tan frustrados como yo. Sabemos quiénes somos y por qué estamos aquí, pero parece que muchos otros no están preparados para nosotros. Me preguntaba si habría alguna posibilidad de organizar un encuentro de índigos de todas las edades, sobre todo los mayores. Me gustaría hablar con gente que haya tenido experiencias parecidas y que comprenda lo que todavía estoy pasando. Me siento como si estuviera en lo alto de la colina. He llegado a la cima y estoy listo para que las cosas empiecen a rodar, pero, ¿cómo? ¿Cómo hago realidad plenamente mis talentos y los pongo en práctica? El mundo tiene que darse cuenta de que no tenemos que vivir así. Podemos tener todo lo que necesitamos y habrá suficiente para todos. Simplemente necesitamos vivir en la luz y dejar que gobierne el amor.

LO QUE HEMOS APRENDIDO

"A pesar de todo lo que nos hemos esforzado por brindar "ventajas", en realidad hemos producido la generación de jóvenes más ocupada, más competitiva, sometida a más presiones y más superorganizada de nuestra historia..

y, posiblemente, la más desdichada.

Parecemos empeñados en suprimir buena parte de la infancia.»

Eda J. Le Shan, educadora estadounidense y autora de
*The Conspiracy Against Childhood*¹

Han pasado dos años desde que se publicó la información original sobre los índigo. En ese período de tiempo, hemos visto que parte de la información fundamental que presentamos al principio sobre ellos se ha convertido en noticia de primera plana. Fuimos rotundos al afirmar que algunos de los exámenes que se hacían en la educación primaria eran obsoletos y al describir la reacción de los niños frente a ellos. Mientras escribimos este libro, la portada de la revista Time (del 12 de marzo de 2001) anuncia un artículo sobre el Test de Aptitud Académica, con artículos y debates de educadores que sugieren que esta prueba, que se creó en 1926, resulta obsoleta, sin duda, y se debería suprimir.

En la prensa y en la televisión nacionales, han ocupado un lugar destacado las historias sobre las trampas que se hacen con la colaboración de los profesores, las escuelas que fracasan, un programa nacional de cupones educacionales, la enseñanza en casa y una cantidad increíble de noticias relacionadas con la falta de atención y la hiperactividad. Como ya hemos dicho, también se han convertido en noticia de primera plana los escándalos relacionados con la Ritalina, y los indicios de que algunos niños están utilizando la Ritalina, adquirida de forma ilegal, como su «droga favorita» parece validar lo que advertíamos en un principio: que esta droga no suele ser una solución sino simplemente un paliativo, y además malo. ¡Y ahora nos enfrentamos con la posibilidad de que se difunda su adicción!

Por la parte positiva, en un artículo a toda página publicado en *Time* aparecían niños de seis años practicando yoga, como ya habíamos señalado, con la sugerencia de que los niños se «aficionan» a ese tipo de actividades introspectivas mejor de lo que cabría imaginar. Muchas otras revistas también han publicado artículos sobre los «nuevos niños» (sin llamarlos índigos, necesariamente).

También aparecen en todo el país colonias de vacaciones para índigos, como ya hemos señalado. Si el lector quiere conocer una que hay en Idaho, puede conectarse a internet y visitar www.campindigo.org. He aquí una cita de esa página: «Las colonias animan a cada niño a explorar sus propias verdades, talentos y capacidades, enseñándoles a respetarse a sí mismos, a los demás y al medio ambiente.»

Aparte están los niños que matan a otros niños. Nunca hemos tenido delante nada que nos obligara a prestar más atención. Esas tragedias son llamadas profundas de toma de conciencia, que exigen cambios fundamentales en la manera de relacionarse con los hijos y de escolarizar, lo que representa la base de nuestro trabajo y así ha sido durante muchos años. Acompañamos con el corazón a los padres y los alumnos que han sufrido esos episodios espantosos. Parece que a esas criaturas preciosas que llamamos «nuestros hijos» les está ocurriendo lo inimaginable.

La ira alcanza un nivel elevado, debido sobre todo a la frustración de una generación de padres y educadores que sienten que han hecho todo lo posible, pero que algo se les ha «colado entre las rendijas» para permitir el desarrollo de un defecto tan fundamental en la escolarización y la educación dominantes, un defecto que deforma la mente de un niño que es capaz de llevar un revólver a la escuela para matar a otros niños.

Hemos recibido cartas de algunos profesionales muy preocupados y muy instruidos, que nos han escrito diciendo que no tenía ningún sentido que hiciéramos un segundo libro sobre los índigo que fuera cálido y agradable. Nos decían que lo que estaba ocurriendo no tenía nada de eso. Necesitaban ayuda y les parecía que el segundo libro debía ser semejante al primero, es decir, brindar consejo a los padres y los educadores. En respuesta a su preocupación, quisiéramos decir que otros autores (aparte de nosotros) están escribiendo libros que, sin duda, seguirán esa línea y brindarán más información académica.

Uno de esos libros nuevos ha sido escrito por una de las colaboradoras de nuestro primer libro, *Los niños índigo*, la doctora Doreen Virtue, que ha escrito *The Care and Teeding of Indigo Children*,⁹ publicado por Hay House en agosto de 2001. Se están escribiendo otros trabajos, y el nombre que introdujimos en 1999, los «niños índigo», ahora también se utiliza en internet. Una búsqueda reciente con las palabras «niños índigo» en uno de los principales buscadores de internet (una herramienta que recorre el ciberespacio en busca de temas) obtuvo más de 68.000 respuestas.

Mientras escribimos este libro se celebran dos ceremonias conmemorativas y funerarias en nuestra propia comunidad de San Diego. Por todas partes están colgadas las fotos de los dos alumnos de secundaria que murieron de un disparo en el incidente de la Santana High School de Santee, hace apenas una semana. Eso produce mucha rabia y frustración. Los padres cortan las calles y tocan el claxon en señal de protesta contra la infinidad de camiones de la prensa nacional que invaden nuestra población

como buitres electrónicos y encajan micrófonos y cámaras delante de los acongojados padres, profesores y alumnos. «¿Cómo fue? ¿Qué ha visto?» El público está cansado de revivir ese horror. Queremos respuestas; basta de *reality shows*.

El diez de marzo de 2001, Bill Maher, presentador del programa de televisión *Politically Incorrect*, ocupó su lugar delante de la cámara y anunció al público nacional lo enfadado que estaba. Según él, ya era hora de que «recuperáramos a nuestras familias»; afirmó que convertir a los niños en socios dentro de la familia era un error, porque «estaban asumiendo el mando», dijo, y «nos controlaban la vida». Siguió diciendo que los niños deben aprender a obedecer, como hacían cuando él era niño, y que no había que darles una posición igualitaria. Había que ponerlos en su lugar. Los adultos eran sabios, pero los niños no, observó, y no deberíamos dejar que siguieran «mandando sobre nosotros». ¡Y lo decía en serio! Nos quedamos delante del televisor, sintiéndonos traicionados por la ignorancia inherente a esas antiguas maneras de pensar.

Ninguno de esos tiroteos en las escuelas ha sido protagonizado por un niño que hubiese sido respetado en su familia, que tuviese los «mejores amigos» en sus padres y que hubiese tenido la oportunidad de ser tratado como un «socio dentro la familia» mientras crecía. Esos atributos tan básicos de la paternidad o la maternidad ídigos proporcionan amor propio a los hijos, junto con la capacidad de distinguir entre el bien y el mal, cuando se los somete a la presión de los padres, que es inevitable en nuestra sociedad.

Casi sin excepción, los tiroteos en las escuelas han sido perpetrados por niños confusos que no han tenido ocasión de hablar de sus problemas en casa, o que tenían padres tan ajenos a lo que hacían sus hijos que hasta habrían podido construir una bomba en su propio garaje sin que ellos se dieran cuenta. Según sus antecedentes, los «niños asesinos» se sentían casi siempre frustrados, a menudo acosados en la escuela, y no eran capaces de hacer frente a los estímulos diarios causantes del estrés. En lugar de poder regresar a casa y encontrar un «amigo» dentro de la estructura familiar, algunos de esos niños creaban su propia realidad «llena de rabia», con juegos mortales y páginas web espantosas. Según las investigaciones, algunos de esos niños hasta seguían tratamientos con Ritalina, lo cual nos indica, una vez más, que este fármaco no cumple todo lo que promete. Esos niños no se comunicaban con sus padres o puede que no se sintieran lo bastante próximos a ningún miembro de su familia como para poder iniciar un diálogo.

Con el debido respeto por el señor Maher, un cómico excelente, nos parece que con sus comentarios hizo un flaco servicio a los niños de todas partes. ¿De verdad creemos que cualquiera de esos niños, que ahora están muertos o en la cárcel por sus actos, se habría comportado mucho mejor si les hubiésemos dado de bofetadas desde que eran niños y les hubiésemos dicho que «tenían que portarse bien porque si no ...»? Se trata de ídigos: humanidad sabia en cuerpos infantiles, obligados a aceptar un paradigma que resulta totalmente devastador para algunos de ellos. Si están llenos de rabia, la culpa la tienen las situaciones restrictivas en las que los han metido, que se caracterizan por altos muros de indiferencia o por adultos demasiado ocupados para detenerse y compartir.

Seguimos creyendo que la respuesta fundamental al fenómeno que tenemos delante es un cambio fundamental de actitud con respecto a la educación de los hijos. Que sean socios dentro de la familia. Nunca hemos insinuado que fueran dictadores ni que asumieran el poder. Brindar a los niños la posibilidad de elegir y respetarlos dentro de la familia no quiere decir darles el mando. Todavía es necesaria la disciplina, y «poner límites» con respecto a lo que es aceptable sigue siendo un componente válido de la relación con los hijos. Lo que ocurre, sin embargo, cuando uno respeta a un niño mientras crece, es que la disciplina familiar se comprende y se acepta mucho mejor que cuando al niño simplemente se le dice: «Espera a que seas mayor», «A tu edad no sabes nada» o «Haz lo que te digo».

Seguir el consejo del señor Maher sería volver a relacionarnos con nuestros hijos de la forma que era habitual hace cincuenta años, lo cual, por cierto, es una opinión que comparten muchos de los que siguen levantando las manos en señal de frustración. Les parece que puesto que ellos «salieron bien», ¿por qué no volver a «los viejos tiempos», cuando los niños se veían pero no se oían, cuando ellos respetaban a sus padres y no había disparos en las escuelas? Si fuera así, ¿cómo se explica la explosión de violencia infantil que se ha producido hace poco en Japón? Esa es una cultura famosa por las características de la relación entre padres e hijos. Aparentemente, los japoneses siempre nos han proporcionado un modelo cultural maravilloso de unidad familiar, en el cual los niños se portan bien y honran a sus mayores. Sin embargo, las últimas noticias que llegan de Japón indican que algunos de los problemas que tenemos en Estados Unidos también son frecuentes en el Lejano Oriente. Reproducimos un pasaje de un artículo publicado en la revista *Time* (el 8 de enero de 2000).

LOS SALVAJES JAPONESES

por Tim Larimer

Durante la década perdida de estancamiento económico que atravesó el país [Japón], los jóvenes de verdad han entrado en una espiral constante y descendente de apatía, desencanto y rebelión. [...] Cada vez con mayor frecuencia, los jóvenes japoneses han comenzado a manifestar explosiones de cólera inexplicables. Los índices de delitos violentos entre los jóvenes han aumentado (casi un 25 por 100 en los once primeros meses del año 2000) con respecto al año anterior y lo mismo ocurre con la deserción escolar y los delitos cometidos en las escuelas. Hace poco, un estudio oficial reveló que alrededor de una cuarta parte de los alumnos de los primeros cursos de la secundaria reconocían que a veces «tienen estallidos de ira o recurren a la violencia». Sólo el año pasado, unos adolescentes japoneses hicieron lo siguiente: el secuestro de un autobús, en el cual le cortaron el cuello a un pasajero; un joven asesinó a su propia madre con un bate de béisbol, y tres miembros de una familia murieron apuñalados. Y el mes pasado, un chaval de diecisiete años fabricó una bomba con clavos, tornillos, pólvora y una taza de café y la hizo estallar en una tienda de vídeos de Tokio. Llevaba una escopeta y dijo a la policía, según los periódicos locales: «Quería destruir gente». [...] Es evidente que algo ocurre con la juventud japonesa. Si la culpa no la tienen la animación, ni los videojuegos, ni el cine, ¿entonces quién la tiene?

Según la información de que disponemos, los niños han cambiado y el viejo modelo, por bien que haya funcionado, ya no va a servir más. Las décadas de los cincuenta y de los sesenta ya han pasado y, con ellas, una vieja cultura de inocencia, así como también un mundo que tenía la mitad de la población que el actual. Los indios son el resultado de la evolución humana y una esperanza para todos nosotros. Contra todas las previsiones, parece que la humanidad ha evitado todas las profecías del milenio y del Apocalipsis. Por el contrario, nos encontramos ahora en una encrucijada de conciencia, en la cual nuestros hijos están bien informados, son sabios y están preparados para otro tipo de relación con los padres y de escolarización. Se enfrentan con un mundo en el cual la tolerancia comienza a manifestarse de formas totalmente nuevas y los viejos paradigmas de la política y la religión comienzan a parecerles falsos. La integridad suele ser prioritaria en su radar de la humanidad y, cuando no la ven, incluso siendo muy jóvenes, reaccionan. A veces, cuando no la encuentran en casa o en la escuela, se retiran, se refugian en su interior mientras tratan de descubrir qué más les puede ofrecer el mundo o, mejor aún, qué pueden crear ellos a través de su ira y su rabia, que funcione mejor.

Algunos jóvenes, que están tan frustrados como nosotros, quieren expresar sus ideas sobre esta cuestión. Después de todo, ¡es lo que les toca vivir! A veces pensamos que los jóvenes viven en una burbuja y que sólo nosotros, como adultos, podemos reunirnos, crear comités, escribir libros y resolver este dilema. Pero, cada vez más, los adolescentes y los adultos jóvenes se reúnen entre sí, impulsados por su propio sentido de la responsabilidad y... pues sí, hasta escriben libros. Recomendamos encarecidamente uno que fue escrito por una persona muy joven. Se titula *Can Students End School Violence?: Solutions from America's Youth*,¹⁰ de Jason Ryan Dorsey. Amazon.com opina lo siguiente acerca del libro de Jason:

Cada sección de este libro, compilado por el joven orador más destacado de Estados Unidos, Jason R. Dorsey, de veintidós años, está repleta de perspicacia juvenil y de soluciones prácticas. Jason ha trabajado con más de ciento cincuenta mil jóvenes de todo tipo y de todas partes del país y se refiere directamente a las experiencias, las dificultades y las oportunidades que encuentran todos los días. Para ayudar a nuestros jóvenes, debemos aprender directamente de ellos. Debemos dar forma a nuestras escuelas desde dentro hacia fuera, poniendo a los estudiantes en primer lugar, porque son ellos los que crean la violencia escolar y los que la padecen.

El lector se habrá percatado de que ninguno de nuestros escritos presenta problemas sin soluciones. Tratamos de publicar libros que identifiquen ciertas cuestiones y también que ofrezcan sugerencias sobre lo que se puede hacer.

De modo que, después de lo que acabamos de afirmar, ofrecemos al lector algunas pautas. El éxito que tenga en su relación con un hijo indio o casi indio depende de varias condiciones:

1. **La edad del niño.** ¿Cuánto tiempo ha transcurrido sin que se reconozcan sus cualidades como indio?
2. **El lugar donde viven.** Seamos realistas. A veces vivimos en lugares en los que la supervivencia es más importante que ninguna otra cosa. Cuesta plantearse algunas de estas cuestiones un poco más elevadas cuando lo que más preocupa a los padres es poder llevar un plato de comida a la mesa.
3. **La situación del progenitor.** Si se trata de una familia monoparental, si vive en un distrito escolar inadecuado.
4. **El valor del progenitor.** A menudo, lo más difícil es iniciar un diálogo con nuestros propios hijos. Lo sabemos.

Vamos a analizar cada uno de estos puntos más detalladamente.

LA EDAD: Si el lector tiene un hijo de uno o dos años y está leyendo este libro, tiene suerte, porque está en condiciones de comenzar a relacionarse con él siguiendo un paradigma nuevo; podrá descubrir en realidad a su hijo y deleitarse viendo cómo acepta las cosas que son nuevas y muy propias de los indios. Sin embargo, muchos lectores tendrán hijos mayores, adolescentes o preadolescentes, algunos de los cuales ya habrán decidido que sus padres están sólo un escalón por encima de la caca de perro. Ponen los ojos en blanco cada vez que uno les habla, arrastran los pies y miran al suelo, en lugar de mirarnos a la cara, y transmiten un mensaje corporal sin palabras equivalente a: «Vale, lo que tú digas». Cuando acaban su sesión de no escuchar, se largan por la puerta a una vida privada que tan sólo esperamos que pueda contar con nuestra aprobación.

Ha llegado la hora de emprender la interacción de nuestra vida: un encuentro forzado en el cual dejemos de lado nuestro escudo, con la esperanza de que no sea demasiado tarde. Lo más probable es que no lo sea. Sugerimos al lector que informe a sus hijos de que quiere hablar con ellos, que les pida que escojan un momento adecuado y que le dediquen una hora. Ha de exigir que fijen un momento y que no dejen que nada les haga cambiar de planes; nada de nada. De este modo, les está dando a entender que esa reunión es más importante que cualquier otra tarea o cuestión familiar. El lector ha de estar preparado para la posibilidad de que protesten con energía (por decirlo de alguna manera), pero debe insistir.

El lector se sentará frente a ellos con una libreta y les pedirá que lo miren mientras hablan. En primer lugar, les dirá que no se trata de ninguna conferencia en las que se les vaya a imponer un castigo, ni a minimizar o a amonestar. Les dirá que, más que ninguna otra cosa en el mundo, lo que quiere es ser su amigo; a continuación les pedirá que le digan qué es lo que no va bien, según ellos.

Deberá adoptar una actitud abierta. No ha de esperar milagros pero, por encima de todo lo demás, su aceptación debe ser incondicional. Conviene que el lector recuerde que la entrevista se refiere a ellos, los hijos, no a él, de modo que no conviene que les hable de cómo eran las cosas cuando él era niño. No hay que sermonearlos, ni hay que enfadarse. Conviene que escuche sin rechistar, aunque le digan cosas que estén totalmente equivocadas, o que resulten exageradas, o incluso ofensivas. No debemos olvidar que, si ellos se abren de verdad, lo importante es que le estarán diciendo las cosas ellos mismos, para bien o para mal. Conviene dejarlos despotricar contra nosotros. Conviene dejarlos que se quejen de todo, aunque no sea justo que lo hagan. Vale la pena tomar notas, porque eso demuestra que prestamos atención. Pero hemos de escuchar... tan sólo escuchar.

Al final, no hemos de hacer lo previsible. No tenemos que responder punto por punto. Al menos no todavía. Hay que comprender que la mayor parte de lo dicho parte de lo que ellos sienten y ese es el sentido de la entrevista. Conviene usar la imaginación. Se les puede pedir que hablen un poco más sobre lo que es importante para ellos y en eso podemos darles una mano. Puede que opinen que somos demasiado estrictos, demasiado viejos para entender su música, que no apreciamos su moda ni a sus amigos, que no somos lo bastante cariñosos, generosos o inteligentes.

Esa primera reunión debería acabar con una serie de preguntas. Cada caso es diferente, pero a continuación incluimos una muestra de lo que se puede preguntar:

1. *«¿Qué puedo hacer yo para mejorar tu vida?»* Es posible que respondan afirmando cosas absurdas o que no tienen nada que ver. No importa. Estamos brindando a nuestros hijos la oportunidad de una catarsis (un lugar seguro) y también la posibilidad de desahogarse. Además, estamos comenzando a crear un vínculo nuevo que antes no existía. Conviene contar hasta diez y prestar atención. Otra cosa: el mero hecho de escuchar no supone que uno vaya a hacer todo lo que piden.
2. *«¿Hay soluciones intermedias a las que podamos llegar? ¿Qué harías si estuvieras en mi lugar?»* Esto sirve para hacerlos pensar y también para que se den cuenta de que hablamos en serio. Puede que en realidad tengan ocasión de mejorar su vida, de modo que tal vez aprovechen la oportunidad. Puesto que no vivimos en una burbuja (es de esperar), algunos de los temas de discusión no nos causarán ninguna sorpresa. Conviene estar dispuestos a llegar a algún acuerdo y comenzar a negociar las cuestiones importantes. Hemos de estar dispuestos a ceder algo. Recordemos cómo éramos cuando éramos jóvenes y pongámonos en su lugar.
3. *«¿Es demasiado tarde para que seamos amigos? ¿Me prometes que recurrirás a mí si necesitas ayuda? ¿Volverás a reunirse otra vez así conmigo?»* Estas son las preguntas importantes y representan el motivo fundamental de esta conversación inicial. Es posible que ellos simplemente hagan ver que les interesan estas preguntas pero que no estén dispuestas a tomárselas en serio todavía. ¿Por qué? Porque no confían en nosotros. A cualquier padre le cuesta aceptarlo, pero así es.

Muchos adolescentes y preadolescentes confían mucho más en alguien a quien conocen desde hace menos de un año y que tiene su propia edad que en los padres que les dieron la vida.

Es posible que hagan falta unas cuantas de estas reuniones especiales; al final, los hijos se acostumbrarán a que:

- ✓ las reuniones no acaban en peleas. (Nos lo tenemos que prometer a nosotros mismos, y harán falta sabiduría y mucho autocontrol por nuestra parte. Si se producen peleas, aunque sólo sea una, se habrá perdido la confianza en todo el proceso. Ya hemos dicho que no sería fácil...)
- ✓ no arremetemos contra ellos.
- ✓ realmente pueden hablar con nosotros sin que vuele todo por los aires. Basta con estar presentes y con prestar atención a sus sentimientos. No tenemos que definirlos durante esa etapa. No es momento para sermones, ni para sabiduría de adultos. Es hora de sentarse y escuchar.

Al final, según lo que nos han contado muchos padres, podremos hablar sobre la escuela, sus amigos, su música y muchos otros temas que poco a poco les vayamos sacando o que vayan surgiendo... pues sí, hasta de sexo. ¿Para qué? Nuestros hijos consiguen un amigo nuevo que se llama mamá o papá. Algunos padres hasta dan un paso más y asisten a un concierto con sus hijos, o salen a comprar ropa con ellos, o algo así. Es posible que no sea lo que uno más quiera hacer, pero nuestros hijos no lo olvidarán jamás. ¿Vale la pena el esfuerzo? ¡Claro que sí! Después de todo, ¿no queríamos recuperar a nuestros hijos?

EL LUGAR DONDE VIVEN. Uno puede vivir en un barrio acomodado o en un gueto. Nuestro hijo puede asistir a una escuela ilustre o a una en la que todos los días controlen si llevan armas. Una de las cosas interesantes que hay que destacar es que la mayoría de las matanzas escolares, que tienen tanta resonancia mediática, no tuvieron lugar en escuelas de guetos, sino en barrios de clase media alta. Los niños de los guetos nos cuentan que allí también hay muertes, sólo que no tan dramáticas, y que los acontecimientos no llegan a las noticias vespertinas.

Cada situación es diferente. Lo más probable es que las familias que se limitan a sobrevivir sean más capaces de comunicarse mejor con sus hijos. Los niños participan en las tareas y asumen responsabilidades muy pronto y, por consiguiente, tienen mejores oportunidades de dialogar con sus padres. Sin embargo, incluso en esa situación, los procedimientos que acabamos de mencionar siguen siendo necesarios, en algún momento. Al final, hay que plantear algunas de las preguntas importantes para que los niños comprendan que, sea cual fuere nuestra situación, necesitamos su aportación.

LA SITUACIÓN DEL PROGENITOR: Si el padre o la madre viven solos, eso significa que no reciben demasiada ayuda. También significa que se encuentran en la misma situación que muchos otros, de modo que no son únicos. A pesar de todo, se puede lograr que esto funcione, con un niño pequeño o con un adolescente. Simplemente significa que el enfoque debe ser algo diferente. Tal vez haya que pedirles más ayuda a ellos para que salga bien. Se pueden hacer preguntas del tipo: «¿Sabes por qué estamos solos?»

Sin despotricar contra el cónyuge que tal vez se haya marchado (puesto que, con frecuencia, los niños van a verlo), conviene hablar con libertad de lo ocurrido, con toda naturalidad. Se puede hablar tranquilamente, con sencillez, de temas como la pérdida del amor, la adicción a distintas sustancias, la infidelidad y muchos más que, en apariencia, conciernen a los adultos. Tal vez nos sorprenda ver lo mucho que entiende un niño. Además, crea un vínculo entre él y el progenitor. Pero no hay que dejar «mal» al otro progenitor. Basta con explicarle al niño cómo nos sentimos ante lo ocurrido; no hace falta explicar quién le hizo qué a quién.

Si el cónyuge ha muerto, hay que hablar con cuidado de la muerte en general, que es algo real y que tenemos delante. No se la puede pasar por alto, con la esperanza de que algún día los niños lo comprendan todo, cuando sean mayores. Hablando de la muerte desaparecen muchos temores y malos entendidos. No hablar con franqueza sobre la muerte de alguien próximo a menudo da lugar a que los niños creen que la muerte es tan mala que podría venir a buscarlos a ellos cualquier día, cuando están dormidos o, peor aún, que ha sido culpa suya, de alguna manera.

Conviene hablar de lo mucho que uno echa de menos al cónyuge ausente y cómo se siente. Si el cónyuge desapareció cuando los niños tenían edad suficiente para darse cuenta, conviene estar dispuestos a llorar la pérdida juntos. A menudo nos han contado de niños muy pequeños que, al escuchar hablar a su madre de lo que sentía, la han abrazado, diciéndole que todo «iría bien». En realidad, utilizaron el código de la «enfermera» o de la «madre». Eso es un buen amigo. Se acaba la conversación con la promesa de hacerlo mejor y se decide qué puede significar eso. Acabamos de crear lo que nos gusta llamar «el equipo de la alegría».

¿Tenemos una escuela que nos causa problemas, a nosotros o a nuestros hijos, en la que se utiliza un viejo paradigma de enseñanza, sin darse cuenta de lo que le ocurre realmente al niño? ¿Qué se puede hacer? Por más que vayamos a hablar con los profesores y los psicólogos, no conseguimos nada. Algunas escuelas (nos dicen) hasta pueden llegar a incluirnos en una lista de «padres problemáticos», si vamos a plantear cosas demasiadas veces. ¿Qué se puede hacer?

La respuesta es, evidentemente, que tratemos de cambiar a nuestros hijos a una escuela mejor o que establezcamos la enseñanza en casa. La realidad, sin embargo, es que no siempre es posible. La legislación, nuestra situación financiera, el lugar donde vivimos, etcétera, a menudo nos lo impiden. Muchos padres nos han dicho que la solución (una vez más) consiste en llegar a un consenso entre padres e hijos, en convertirnos en su «sala de reunión»; en compadecernos de ellos cuando las cosas

no van bien con algún profesor o con alguien que los molesta en la escuela; que sepan que siempre tendrán una vía de entendimiento con nosotros y que, por más que ni ellos ni nosotros podamos cambiar la situación, podemos reírnos o llorar juntos al respecto. Hay que dedicar un tiempo para hablar y después escuchar mucho. No dejemos que una agenda apretada haga desaparecer la oportunidad de hablar. Nos quedaremos sorprendidos de lo mucho que se consigue de este modo. A menudo desbarata una situación o, mejor aún, da valor a nuestros hijos para afrontar el día siguiente. Entonces todos nos sentimos más animados y dispuestos para el futuro. Pensémoslo.

EL VALOR DEL PROGENITOR: ¿Por qué resulta tan difícil? Un motivo es que esos niños han vivido con nosotros toda la vida y nos conocen muy bien. Saben el aspecto que tenemos en paños menores y nos han visto por la mañana, incluso antes que el espejo. Tienen delante todas nuestras manías, nuestros malos hábitos y nuestros errores, lo cual dificulta todo tipo de diálogo o comunicación. A veces los hijos mayores se comportan más como antipáticos compañeros de celda que como parientes cariñosos.

Pero, ¿verdad que no hemos olvidado lo que ocurre después de la adolescencia? Que uno despierta un buen día y se pregunta cómo es posible que los padres de pronto se hayan vuelto «lis tos» o que se hayan calmado. Pero no son ellos los que han cambiado, sino uno mismo. Es probable que tuviéramos veintitrés o veinticuatro años. En otras palabras, no perdamos las esperanzas; a menudo, el mero hecho de crecer derriba los muros que existían durante esos tiempos difíciles. Pero esperar no es una opción. Muchos padres han dicho que la llamada brecha generacional se cerró en gran medida mediante las técnicas que hemos mencionado y que conseguir que sus hijos confiaran en ellos fue el mejor regalo que jamás les concedió el universo: una situación en la que todos salieron ganando y en la que los beneficios fueron evidentes para todos.

Supongo que hemos de decir, como autores sobre el tema, que sabemos lo difícil que es y el valor que hay que tener para ir evolucionando junto a estos nuevos índigo. Para que el procedimiento resulte más agradable, vamos a presentar lo que nos han contado algunos padres:

1. *No mentir nunca.* Como ya hemos dicho, los índigo son muy intuitivos. Se dan cuenta si no les decimos las cosas claras y entonces se crea un abismo entre ellos y nosotros. Ni siquiera conviene ya seguir recurriendo a las verdades a medias que los padres cuentan a sus hijos para protegerlos de la cruda realidad. ¿No podemos pagar el alquiler? ¿Estamos preocupados? Aunque no compartamos con ellos nuestros temores, va bien que nos atrevamos a decirles la verdad, si quieren saber algo. Conviene acabar con algún tipo de mensaje positivo, tranquilizador para las dos partes, como: «*Pero vamos a solucionarlo... porque somos un buen equipo. Esto también pasará.*» O algo por el estilo. Es mejor para los hijos saber por qué estamos preocupados, en lugar de preguntarse si se debe a algo que ellos han hecho. Lo mejor siempre es decir la verdad. Si procuramos adoptar una posición íntegra y sincera, ellos lo entenderán. En tiempos de crisis, ¡recemos con ellos! Conviene hacerlos partícipes todo lo posible, pero no en el proceso del temor, sino en nuestra realidad y en nuestra esperanza de hallar una solución.
2. *Informarles sobre las cuestiones familiares importantes antes de tomar una decisión definitiva.* Aunque en la realidad es posible que los niños no puedan influir en las decisiones importantes (por ejemplo, si la pareja decide mudarse), al incluirlos en las conversaciones sentirán que no nos limitamos a llevarlos de aquí para allá, según las circunstancias. Si tienen conocimiento de nuestros procesos de decisión, es más probable que acepten la situación sin montar un escándalo. Además, así podemos conocer sus temores con respecto a ciertas situaciones, con lo cual haremos cosas que, si no, tal vez no haríamos. ¿Cuál es el resultado? Que nuestros hijos recordarán toda la vida que sus padres confiaban en ellos lo suficiente como para tenerlos en cuenta de esa manera.
3. *Tratar de comprender lo que hace felices a nuestros hijos y preguntarles si, de vez en cuando, podemos participar en alguna de sus actividades.* Puede que nuestros hijos tengan alguna afición que nos parezca absurda, improductiva o infantil. Tratemos de acordarnos de cuando éramos niños y de desarrollar cierta tolerancia al respecto. Acompañémosles a los sitios donde encuentran lo que les interesa, aunque no haya allí nada que nos interese a nosotros. Si hay algo que no entendemos, podemos decírselo, sencillamente, y mostrarnos dispuestos a recibir una explicación. Concursos de skate... modas estrafalarias... una música (que a nosotros nos resulta) desagradable... el convencionalismo absurdo de los cómics... los restaurantes vegetarianos... los deportes de riesgo... los concursos de tractores (oh, perdón... si eso es cosa de los maridos)... de todos modos, el lector ya se hace una idea. Hay que procurar tener una buena relación con los hijos sin llegar a romper la norma de «no traer a los padres», con lo cual queremos decir que habrá actividades en las que uno no se debe meter ni por asomo... y ellos nos harán saber cuáles son, antes que exponerse a que sus amigos los pongan en ridículo. Conviene preguntarles: «¿Prefieres hacerlo con tus amigos?» Ellos siempre nos lo dirán.

Además, negociemos con nuestros hijos. Llevémoslos a un sitio al que no podrían ir si no los llevara alguien, invitémoslos, etcétera y, a cambio, podemos pedirles que nos acompañen a algún lugar... por ejemplo, a ver una obra de teatro, una buena película o un concierto sinfónico. Cuando las dos partes ceden un poco, se establece algún tipo de acuerdo.

4. *La disciplina:* Conviene usarla con moderación y dejar bien claro dónde están nuestros límites. Procuremos asegurarnos de que las normas de la familia no estén desfasadas y que no sean necesariamente las mismas que nos imponían cuando éramos pequeños. Los tiempos cambian, de modo que más vale conocer todos los hechos antes de decir automáticamente que no a algo que tal vez sea aceptable ahora en la sociedad, e incluso para la mayoría de los demás padres.

Los límites que uno establece y las expectativas que tiene con respecto a las comidas, los horarios para ver la televisión, la hora de volver a casa, los ordenadores, los juegos y la manera de vestir resultarán mucho más aceptables si los comentamos personalmente con nuestros hijos. Una vez más, tal vez convenga negociar un poco con ellos y puede que los ayude a comprender que somos razonables y que hacemos todo lo posible por hacer que las cosas salgan bien para todos. No basta con imponer las reglas, ¡hay que discutir las!

Al final, sin embargo, los padres somos nosotros de modo que, si hemos de tomar una decisión que a ellos no les agrada, conviene hacerles saber por qué la tomamos y atenernos a ella. Después de todo, los adultos nos enfrentamos permanentemente en la vida a situaciones de este tipo. Tal vez recordemos cómo nos sentíamos en el trabajo si alguna vez nos degradaban, nos criticaban o nos echaban. En cierto modo, es lo mismo que sienten ellos cuando no consiguen lo que quieren o no se salen con la suya. Hemos de respetar sus sentimientos y tratar de compensar la disciplina y las normas con amor.

Por decirlo en pocas palabras, crecer no es fácil, pero, teniendo unos padres cariñosos, comprensivos y justos, siempre habrá sensatez y lógica en cualquier relación, discusión o debate. Antes, la disciplina consistía en: «Haz esto porque sí no... Hazlo porque yo lo digo». Ahora se trata de: «Haz esto porque perteneces a una familia y estamos juntos» o «Hazlo porque nos respetamos mutuamente».

Estados Unidos es un país que se basa en el gobierno de la mayoría y en los derechos de las minorías. Tal vez convenga llamar la atención sobre la manera en que toda una nación ha podido vivir unida durante 225 años y lo bueno de un sistema en el que no todo el mundo consigue siempre lo que quiere. Nosotros somos la mayoría y ellos, la minoría. Puede que nosotros ganemos, pero ellos también tienen derechos.

5. *Establecer contacto físico con nuestros hijos a menudo.* Pues sí, incluso con los adolescentes. De hecho, los ayuda a volver a ser conscientes de su cuerpo. Si los padres (me refiero a los hombres) lo hacen a menudo cuando ellos son pequeños, más adelante no lo rechazarán tanto. Incluso los varones serán capaces de aceptarles un abrazo. Si nunca lo han hecho, es hora de comenzar. No importa si nos apartan unas cuantas veces, al principio. Hay que hacerlo, de todas formas, porque acabarán aceptándolo. Y hasta es posible que respondan, algún día.
6. La experiencia de criar a los hijos es, tal vez, la prueba suprema para el ser humano y también la mayor recompensa. Hay muchos caminos y muchos resultados, muchas historias y muchas reacciones. A veces las cosas no salen como quisiéramos, pero cuando nos enfrentamos con semejante desafío, nos preguntamos: ¿Cómo lo vamos a manejar? ¿Con amor, piedad y sensatez... o con desacuerdos y mala voluntad? Depende de nosotros.

* * *

Muchos lectores de este libro habrán perdido algún hijo por muerte o enfermedad de modo que, para rendir homenaje a los que se han ido y, sobre todo, para honrar el potencial de los que quedan, queremos presentar una última historia de Betsie Poinsett.

LAS MADRES QUE LLORAN POR LA NOCHE

Betsie Poinsett

Gracias por referirse a esas preciosas almas que iluminaron el camino para los nuevos índigo. Consiguieron que les prestara atención enseguida, porque había estado pensando en ellos cuando leí la nota de Lee en internet en la que solicitaba historias sobre los niños índigo. Me fui a dormir pensando en ello y esta mañana me desperté convencida de que tenía que escribir.

Mi hijo fue uno de esos pre-índigo. Puedo decir que dio la vida por la causa. Murió a los veintiún años, en 1997, sin haber querido nunca estar en este mundo de tres dimensiones y, sin embargo,

transformando a todas las personas que entraban en contacto con él. Su tótem indio era la libélula, que te hace pasar de una dimensión a otra. Vivía siempre al límite (consumía drogas y alcohol, conducía bajo sus efectos). Sufrió muchos accidentes y de muchos salió ileso, menos del último. De pronto, ¡zas!, se fue. Mi prueba consistió entonces en transformarme espiritualmente o en derrumbarme. Elegí la transformación.

Después de la muerte de mi hijo, me llamaron muchas personas para decirme lo espiritual que era y lo mucho que les había cambiado la vida. Mi esposo y yo nos mirábamos y nos preguntábamos si estarían hablando de la misma persona. Nos había alejado de él desde que tenía alrededor de cinco años, creo que porque sabía que no duraría mucho tiempo. Cuando murió se quedó aquí conmigo, como una energía eléctrica abrasadora, dándome mensajes y apareciéndose a muchas personas. Me di cuenta de que, en el «panorama general», había estado aquí como un gran maestro.

Dejó tras de sí más de doscientos poemas y canciones que no teníamos la menor idea de que hubiese escrito. Ahora estoy tratando de publicarlos en un libro, en su recuerdo, y además estoy escribiendo otro sobre mis experiencias con él, titulado *Mothers Who Cry in the Night*.

A uno de sus amigos se le han muerto más de veinte amigos en los últimos cuatro años. ¿Tienen ustedes idea de la cantidad de chavales como estos que han venido y se han marchado? Se me ocurren más de treinta y cinco, a ojo de buen cubero. Necesitan que los honremos. Sin ellos, estos nuevos niños índigo no serían posibles. He aquí parte de un poema que le escribió mi hijo a un amigo, que en paz descanse:

Conrad

Más y más
mi amor por ti
continúa más y más
no muere jamás
nada de adioses
el miedo ya no tiene poder
mientras mi mente se desliza
hacia otro paradigma
clasificado sólo por la luz
otro amigo en vuelo
volando hacia las estrellas
mientras las cuentas de colores atrapadas en frascos
aplacan el dolor y siguen siendo
un cambio constante de
ritmo para sustituir
A otro amigo perdido en la gracia.
Cree en mis palabras
Son la única manera
en que puedo expresar
No hay forma de decir
Si mi mente debilitada
Pudiera reestablecerse
No importa la riqueza
Sólo te quiero a ti.

Ella camina a través del sol
en transparente majestad.
La vida acaba de comenzar.
Los ojos de un águila con un tono del cielo
Amor infinito por esta criatura luminosa
Un amigo de las dimensiones de la
Libélula se reagrupa
Un maestro de la vida ha cortado el lazo
dotado con poderes de alcance chamánico
revelando la necesidad de más amor para lamentar.

©1966 Bennett E. Poinsett11 (Betsie966@aol.com)

* * *

EPÍLOGO

Queremos expresar nuestro profundo agradecimiento a todos los que han apoyado nuestro trabajo, han asistido a nuestros seminarios, se han puesto en contacto con nosotros y nos han ofrecido aliento. Honramos su vida y presentamos este trabajo como un homenaje a la multitud de niños que hay en la Tierra, que están en condiciones de cambiar a la humanidad.

¡Los queremos a todos!

Lee Carroll y Jan Tober

* * *

NOTAS

1. *The Columbia Dictionary of Quotations* cuenta con la autorización de la Columbia University Press. Copyright © 1993, 1995, by Columbia University Press. Reservados todos los derechos.
2. *Children of the New Millennium: Children's Near-Death Experiences and the Evolution of Humankind*, P. M. H. Atwater, Three Rivers Press, setiembre de 1999.
3. *Old Souls: The Scientific Evidence of Past Lives*, Tom Shroder, Simon & Schuster, 1999.
4. *Golden Rules: The Ten Ethical Values Parents Need to Teach Their Children*, Wayne Dosick, Harper, agosto de 1998.
5. *Understanding Your Life Through Color*, Nancy Tappe, 1982, Starling Publishers. ISBN 0-940399-008. Este libro no se distribuye en todas partes. Para conseguirlo hay que llamar a la librería Awakenings, en California, al número (947) 4570797, o a la librería Mind, Body, Soul, en Indiana, al número (317) 889-3612.
6. *Healing the Child Within: Discovery and Recovery for Adult Children of Dysfunctional Families*, Charles L. Whitfield, Health Communications, enero de 1989. Hay traducción española, SANAR NUESTRO NIÑO INTERIOR, Ediciones Obelisco, Barcelona 1999.
7. *Recovery of Your Inner Child*, Lucia Capacchione, Fireside, marzo de 1991.
8. *The Power of Your Other Hand: A Course in Channeling the Inner Wisdom of the Right Brain*, Lucia Capacchione, Newcastle Publishing Co., agosto de 1988.
9. *The Care and Feeding of Indigo Children*, Doctora Doreen Virtue, Hay House, agosto de 2001.
10. *Can Students End School Violence?: Solutions from America's Youth*, Jason Ryan Dorsey, noviembre de 1999, JayMar Services.
11. De *The Dragonfly Collection: Poems and Songs by Bennett E. Poinsett*. Publicado por Shakti-Hill House.

ACERCA DE LOS AUTORES

LEE CARROLL. Tras obtener la licenciatura en economía y administración en la California Western University de California, Lee Carroll fundó una empresa técnica de audio en San Diego, que prosperó durante treinta años. Como ingeniero, ¿qué tiene esto que ver con la canalización y con los niños índigo? Como cuenta Lee, Dios tuvo que darle un golpe «entre los ojos» para demostrarle que su experiencia espiritual era real. El año 1989 resultó decisivo, cuando la primera persona con poderes parapsicológicos le habló de su camino espiritual; tres años después, otra persona, con los mismos poderes y sin relación alguna con la primera, ¡le dijo exactamente lo mismo!

Con timidez presentó sus primeros escritos ante la comunidad metafísica de Del Mar, en California, y el resto ya es historia: publicó un total de nueve libros metafísicos en un periodo de siete años. Hasta ahora se han impreso más de medio millón de libros en quince idiomas: español, francés, alemán, chino, hebreo, inglés, danés, italiano, griego, húngaro, japonés, finlandés, ruso, neerlandés y turco.

Lee y su socia espiritual, Jan Tober, comenzaron los «grupos de luz Kryon» en Del Mar en 1991 y poco después se trasladaron del salón de una casa a la iglesia de Del Mar. Ahora celebran reuniones en todo el mundo, con públicos que han llegado a las tres mil personas, sólo en Europa. En los primeros tiempos de Internet, Kryon tenía la carpeta *New Age* más coherente de la historia de America Online y ahora atrae a muchos más navegadores electrónicos a su página web, que se puede visitar en www.kryon.com. Además, en esta página web hay una revista *on-line* en la que se publican con frecuencia nuevos artículos relacionados con Kryon y con los índigo.

Puede que la reunión más emotiva con Jan y Lee tuviera lugar en Tel Aviv, Israel, en octubre de 2000. En medio de los conflictos y los violentos levantamientos que se producían en ese momento en Oriente

Medio, se enviaron mensajes a un único grupo de más de mil israelíes, entusiastas y animosos. (Este mensaje se puede encontrar en la página web de Kryon, cuya dirección ya hemos dado.)

En 1995, invitaron a Lee y a Jan a presentar el trabajo de Kryon en las Naciones Unidas, en la ciudad de Nueva York, ante un grupo reconocido por la Carta de las Naciones Unidas que se conoce como la Sociedad para la Iluminación y la Transformación. La reunión tuvo tanta aceptación que los invitaron a volver dos veces más, en 1996 y en 1998, para presentar su mensaje de amor.

Lee ha escrito nueve libros de Kryon y, junto con Jan, ha escrito *Los niños índigo*. La dirección de la página web en inglés sobre los niños índigo es: www.indigochild.com.

Lee sigue escribiendo en su casa de San Diego, vive con su esposa, Patricia, y con su perro maltés, *Mini*.

Su correo electrónico: kryonemail@kryon.com

* * *

JAN TOBER. Jan Tober ha sido activa como metafísica durante toda su vida. A lo largo de los últimos veinticinco años, ha trabajado como asesora intuitiva, sanadora por imposición de manos, canalizadora, facilitadora de meditación, maestra de Reiki, ha sido cofundadora de la Iglesia de la Conciencia (San Diego, California) y co-facilitadora de los talleres y seminarios de Kryon en todo el mundo.

A partir de los últimos años de su adolescencia, la voz de Jan ha sido su principal instrumento de sanación. A los dieciocho años, la contrataron para trabajar con un grande del jazz, Stan Kenton, y siguió cantando, grabando y haciendo giras con otras dos leyendas: Benny Goodman y Fred Astaire. Ellos fueron sus mentores, además de sus maestros.

Como parte de su compromiso permanente con su trabajo espiritual, Jan se ha presentado tres veces ante la Sociedad para la Iluminación, en la sede de las Naciones Unidas en la ciudad de Nueva York, junto con Lee.

Jan aparece como cantante y compositora en varios álbumes de meditación canalizada. También ha publicado recientemente «*Teknicolour Tapestry*», un álbum de música, con el acompañamiento del arpista Mark Geisler y el artista canadiense Robert Coxon, de gran éxito de ventas. El álbum presenta música canalizada para la sanación, incluidos los tan buscados tonos de voz de los cuencos tibetanos.

Su correo electrónico: kryonemail@kryon.com

PUBLICIDAD:

LOS NIÑOS ÍNDIGO: Lee Carroll, Jan Tober

“Un libro especial para los que tienen hijos pequeños, hiperactivos o con déficit de atención”.

En este libro pionero, dos autores y conferenciantes de reconocido prestigio internacional como Lee Carroll y Jan Tober, reúnen a algunas mentes preclaras (médicos, educadores, psicólogos) que tratan de explicar el fenómeno de los niños índigo.

Sin duda estos niños son especiales y representan un porcentaje elevado de los niños que nacen actualmente en todo el mundo. Nacen «*sabiendo*» quiénes son y cuál es su misión, y por eso debemos reconocerlos, respetarlos por sus cualidades excepcionales y orientarlos cariñosamente.

CÓMO DESARROLLAR LA MENTE DE SU HIJO: Robert Fisher

Todos los niños, sea cual sea su edad y su capacidad, disponen del potencial necesario para mejorar su pensamiento y su nivel de aprendizaje. Basándose en las últimas investigaciones sobre la inteligencia, *Cómo Desarrollar la Mente de su Hijo*, le mostrará de qué modo usted, el padre o la madre, puede ayudar a su hijo proporcionándole experiencias más ricas y diversas en el hogar.

En cada capítulo encontrará interesantes actividades para que su hijo expanda su mente, bien solo, con usted o con sus propios amigos. Sobre la base de sus más de veinte años de experiencia, el programa de *Cómo Desarrollar la Mente de su Hijo* desarrollado por Robert Fisher, pone al alcance de su mano un aula para el milenio.

FIN

* * *